AUTOVÍA
HACIA EL CRIMEN



SERIE INSPECTOR JEFE BRAIS LÓPEZ 2

SANTIAGO E. LARRÁN

AUTOVÍA HACIA EL CRIMEN

Santiago E. Larrán

SERIE INSPECTOR JEFE BRAIS LÓPEZ N.º 2

Copyright © 2025 - Santiago E. Larrán

Todos los derechos reservados

Esta obra está protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Versión 1.0: noviembre, 2025
www.santilarran.com

Suscríbete a mi lista

Te agradezco que hayas llegado hasta esta novela. Es todo un honor.

Por eso, si te suscribes a mi lista de correos a través del CÓDIGO QR, te enviaré en exclusiva un CASO EXTRA del INSPECTOR JEFE BRAIS LÓPEZ, el inspector más borde de Nueva Gades (Cádiz), cuya acción se desarrolla justo antes de "15 razones para matar" y de "Autovía hacia el crimen".

Además, si lo haces, podrás participar en futuros sorteos de ejemplares en papel dedicados y podrás enterarte en primicia y antes que nadie de mis próximos lanzamientos.

AUTOVÍA HACIA EL CRIMEN

¡UBICAMOS LA ACCIÓN! : NUEVA GADES

La historia que se narra a continuación y que tienes entre tus manos (sea en papel o ebook) se desarrolla en Cádiz.

No obstante, si has leído la sinopsis, te habrás percatado de que se menciona un lugar al que he dado en llamar **Nueva Gades**.

Eso me lleva a hacerte, querido lector, **una advertencia**: no estamos en el Cádiz que conocemos, ese al que estamos acostumbrado los que lo vivimos; no es esa capital de provincia que a duras penas alcanza los cien mil habitantes en el censo y que desangra su esencia a medida que el turismo salvaje empuja a gran parte de la población a abandonarla en busca de viviendas dignas a precios razonables.

No. La serie del inspector jefe Brais López se ubica primordialmente en Nueva Gades. Nueva Gades viene a ser, en la medida de mis modestas posibilidades, la Vigata del maestro Camilleri y su gran Montalbano, pero ubicada en el sur de España.

¿Nueva Gades? Sí, has oído bien. Nueva Gades: un territorio ficticio que pretende conjugar la idiosincrasia del alma de gaditana con lo que habría llegado a ser Cádiz si su territorio –y por tanto su población– hubiera podido expandirse más allá de la frontera obligada que impone el mar.

Quizás, si conoces la trimilenaria ciudad fundada por los fenicios hace más de 3000 años (según las últimas encuestas), te preguntarás a qué viene esta invención.

Yo te respondo: para lograr más libertad creativa. El exiguo terreno que ocupa mi escueta ciudad, limita. Para bien en muchas

ocasiones, porque Cádiz es una ciudad tranquila y con un índice de criminalidad bajo.

Pero para un creador de historias sobre crímenes, delitos y demás maldades es mejor y más rentable tener un tablero amplio donde poder jugar con los personajes, que tendrán más espacio para vivir, guardar secretos, escapar y buscar.

Así, Nueva Gades hace a Cádiz el doble de grande, porque se constituye como una península adicional, una extensión a la pseudoínsula que es la vieja Gadir.

En fin. Al menos esa es mi intención. En cualquier caso, sea como fuere, espero que te guste y te resulten divertidas y amenas las peripecias del peculiar inspector jefe Brais López por esta nueva tierra llena de posibilidades llamada NUEVA GADES.

A mi madre y a mi padre, allá donde estén, entre su memoria y mis recuerdos. Ojalá Amazon tenga entrega Prime para el cielo y que me puedan leer.

Y, por supuesto y como siempre, a mis amados Éric y Olga, que lo son todo para mí.

Capítulo 0 - Luces y sombras

Las luces que se alejan a veces no se van. Solo cogen carrerilla. La muerte también sabe insistir.

Si hubiera podido pensar con claridad, habría llegado a la conclusión de que se trataba de un *déjà vu*, y también que regresar allí había sido una pésima elección. Pero tirado en el suelo, pensar era un lujo que no estaba a su alcance. Pese a todo, sí fue capaz de discernir que esta vez no podría escapar. Había conseguido esquivarlo y sobrevivir, aunque a cambio de quedar a su merced si volvía. E iba a regresar.

Quizás por el viento o quizás por la caída, el mareo se había agudizado, el pecho le dolía más y sentía que el corazón iba a explotar. Pese a todo, no quiso darse por vencido. No era lo que le habían inculcado.

Se concentró al máximo para intentar vencer la confusión que se estaba apoderando de su cerebro y, aprovechando un mínimo hilo de claridad mental, trató de colocar las manos sobre el suelo. Quiso dejar de lado el miedo y el dolor e impulsarse. Sin embargo, las fuerzas le abandonaron y no pudo coordinar sus movimientos para recuperar la vertical.

Fue entonces cuando lo notó. Algo o, mejor, alguien lo había cogido en volandas y comenzaba a arrastrarlo. Sus pies creaban dos surcos gemelos por la arena del camino. Quiso gritar, aunque tampoco de eso fue capaz. Balanceó los brazos, pero era tarde. Lo último que vio antes de sentir un nuevo pinchazo —como el de la vez anterior— fue una luna amplia y blanca. La misma luna que se convertiría en testigo casi único de su muerte.

El viento cesó. De eso sí se dio cuenta, aunque los ojos ya no le sirvieran. Estaba en el interior. Cerraron la puerta y el sonido de la realidad se atenuó, como cuando se introducía en esa sala hermética para medir su capacidad auditiva en los reconocimientos médicos del ejército.

El tiempo, entretanto, había perdido todo su sentido. Concentrado en que el aire llegara a sus pulmones, si hubiera sobrevivido tampoco habría sido capaz de saber si habían transcurrido diez segundos o una hora en llegar a su última parada. Ni siquiera sintió la caída, ni siquiera pudo pensar si ya su alma había abandonado a su cuerpo. Y fue una suerte, porque tres minutos después no experimentó miedo alguno ante lo que se le vino encima. Ni miedo ni dolor.

Capítulo 1 - Mal día para morirse

El hombre tenía un agujero en la cabeza, aunque una boina roja la mar de aparente lo tapaba parcialmente.

—Está saltando el levante, Brais —le decía el cadáver, sentado en una silla de playa y metido hasta las rodillas en el agua sucia de la Bahía—. Es un muy buen día para quedarse en casita.

Brais asentía con gravedad, pero no tartamudeaba. Se limitaba a contemplar la situación como si fuese lo más normal del mundo. A su lado, una cabra con el uniforme de gala de la Policía Nacional y el distintivo de comisario en el pecho rellenaba un atestado con una *Olivetti Lettera 32*, mientras mascaba chicle con gesto circunspecto. Más allá, un grupo de jubilados en bañador jugaba al dominó sobre el capó de un coche patrulla volcado sobre la arena de la playa de la Caleta.

—¿Y tú qué opinas, Brais? —insistió el muerto descabezado, ahora con acento francés—. ¿Crees que fue un suicidio o un mensaje del cosmos?

La arena comenzó a vibrar bajo sus pies descalzos. Las sombrillas se transformaron en paraguas negros y la cabra uniformada, de pronto, tenía piernas de mujer. Brais se miró las manos y no estaban: en su lugar, dos cigarros gigantes se le ofrecían obscenos. Fue entonces cuando lo oyó por primera vez.

La cabra saltó hacia el muerto y ambos desaparecieron. Solo quedaban en la playa él y Silvio Rodríguez, que cantaba a pleno pulmón, pero con su inconfundible voz, el "Highway to hell" de AC/DC. Todo parecía tener sentido. Todo era extrañamente lógico.

Hasta que sonó el teléfono.
Tiiiri-ri-rí, tiiiri-ri-rí…

—¿Qué co-coño es eso?

El muerto, que ahora tiraba de una caña, se encogió de hombros; pero la tanza se tensó y empezó a vibrar.

Tiiiri-ri-rí, tiiiri-ri-rí…

La melodía del "Highway to hell" subió de volumen: "…I´m on a highway to…". El cadáver soltó la caña de pescar para taparse los oídos.

Brais miró a su alrededor: los árboles de la avenida se convertían en puros habanos y las nubes parecían arcaicos vasos de tubo hasta arriba de ron Bacardi cola.

Tiiiri-ri-rí, tiiiri-ri-rí…

Brais abrió los ojos. No veía nada. Pensó que se había quedado ciego. Su mano trémula palpó la pared hasta que dio con lo que buscaba y pudo descartar un aneurisma. Se había hecho la luz.

El techo blanco del hospital de San Rafael lo recibió con una carencia absoluta de lirismo. Tenía el cuello torcido hacia la derecha y el brazo dormido. Un hilillo de baba le recorría la comisura de los labios, pero no tenía energía ni para limpiarse ni para disimular.

Tiiiri-ri-rí…

El móvil vibraba sobre su pecho. Tardó unos segundos en distinguir lo que le anunciaba la pantalla.

"Agente Federico García (Poeta)" era el contacto.

Suspiró. Dio un toque seco para descolgar.

—¡Me cago en mi cama! —protestó a medio susurrar—. ¿Qué coño quieres, poeta?

—Señor inspector jefe… soy yo.

—¿Quién si no? ¿Qué hora es?

—Las cinco menos diez.

—¿De la tarde?

—No, no, no.

—A la mierda, Federico —Brais iba a colgar.

—Han encontrado un cadáver —dijo apresuradamente—. En la autovía de San Fernando. A la altura del… Vento… nillo el….

—Ventorrillo el Chato —aceleró Brais para corregirle—. Se llama Ventorrillo el Chato.

—Eso, señor inspector jefe. Lo estaba mirando en Google Maps.

Brais cerró los ojos. Se los frotó. Luego se frotó la cara entera. Luego pensó en lanzarse por la ventana, pero lo descartó rápido porque estaba en un primero.

—¿Un atropello?

—Eso parece… pero es muy raro. El conductor que se lo llevó por delante dice presuntamente que ya estaba ahí, tirado en medio del carril

dirección San Fernando. Jura por su madre que no se movía. Que se lo encontró como una bolsa de deporte atravesada.

—¿Le han hecho el test de alcoholemía?

—Perdone, señor. ¿A quién? —preguntó el agente novato Federico García.

—Al muerto. ¡Co-cojones! —susurró a voz en grito, si es que eso se puede hacer— ¡Al del coche! ¿A quién iba a ser? ¿Se lo han hecho o qué?

—Negativo, señor inspector jefe —respondió como pidiendo perdón.

—¡Pu-pues que se-se lo hagan!

—Es lo que le he respondido. Se lo han hecho y ha dado negativo.

Un suspiro profundo habló fuerte y claro desde el lado de Brais.

—Vale. A ver si me he enterado. Tenemos un muerto que no sabemos si estaba muerto de antes, ¿no? Un coche que lo ha atropellado y un conductor fresco que… ¿iba muy rápido?

—Dice que iba a menos de 80, porque justo allí hay un radar, y que se lo comió. Lo tenía encima cuando se dio cuenta. Pero asegura que el hombre estaba tirado en la calzada.

—¿Entonces?

—Pues eso. Que no sabemos si lo mató él, o si ya estaba muerto antes. Y…

—Quieto parao, poeta. Estoy cayendo en la cuenta ahora de que el muerto no me corresponde de ninguna de las maneras. Tú y yo trabajamos en la comisaría de distrito de Nueva Gades. Si es en la autovía, le toca al Inspector Martínez, de la comisaria provincial, que…

—Se ha puesto malo, señor inspector jefe —se adelantó el agente García —. Gripe, vómito y esas cosas víricas. No entra hasta el lunes. Me han dicho que a ver si puede ir usted. Soy un mandao.

—¡Joder! Es igual, es igual —repitió nervioso—. Pero esto no es competencia de la Policía Nacional. Es de la Guardia Civil, poeta.

—Ya no, señor inspector jefe. ¿No se acuerda?

—¿No me acuerdo de qué, joder? ¡Y no me llames más así, co-coño! —volvió a gritar para adentro.

—Lo del área metropolitana de la Bahía de Cádiz que se acaba de crear. La nueva ley entró en vigor la semana pasada. Ahora, la autovía entre Cádiz y San Fernando es nuestra. Nos toca, señor inspector jefe. Y el juez no va a llegar hasta las ocho. Los de Científica tampoco han llegado todavía. El

cuerpo sigue ahí, tapado con una manta térmica. Y el carril derecho lleva cortado casi una hora. Y…

—La globalización… —murmuró Brais.

—¿Perdón?

—Nada, poeta, nada. Puñetero invento de andar por casa —murmuró Brais con una mezcla entre desdén y tristeza existencial.

—Entonces, ¿viene usted para acá?

—Pues va a ser que no —contestó con rotundidad Brais mientras recolocaba su uno noventa para lograr recuperar la verticalidad.

Al incorporarse, sin querer, movió la silla con brusquedad. La camilla de al lado chirrió. Su padre abrió un ojo. Luego el otro.

—¿Ya estás otra vez con el teléfono, *neno*? —dijo su padre con voz queda.

—Mierda…

—¿Qué pasa? —preguntó Toño, que se irguió lo que daba de sí el colchón viscoelástico sintético y antiestético que la Seguridad Social pone a disposición de sus pacientes.

—Una tontería. Es un muerto.

—¿Un muerto es una tontería? —protestó su padre—. Menudo inspector de policía he criado.

—Quiero decir… un cadáver. En la autovía. Pero no es cosa mía. O no debería serlo.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Estar co-contigo, papá. ¿Tienes amnesia? A lo mejor la medicación…

—¡*Vaiche ao carallo, neno*! —volvió a protestar en su lengua materna —. No me quieras pegar tu hipocondría. Además, hasta el mediodía no tengo nada. Vete.

—¿Me estás echando del hospital?

—Te estoy empujando a hacer tu trabajo. Llevas semanas… raro. Como si el mundo te debiera algo. Y no te debe ni una caña pequeña de Cruzcampo calentorra.

—Gracias por el consuelo.

—Te lo digo porque te quiero. ¿No te das cuenta de que estás insoportable? Te tomas demasiado a pecho todo, *fillo*… —Toño, que había suavizado su tono, hizo una pausa—. Yo me voy a poner bien. Y tú… Tú tienes que soltar lastre. Y trabajar te ayuda.

—No me-me-me psicoanalices.

—No necesito hacerlo. Eres transparente cuando duermes. Y roncas.

Brais se quedó un momento en silencio. Apoyó la frente contra la palma de la mano. Luego volvió a llevarse el móvil al oído.

—Poeta, ¿sigues ahí?

—Sí, señor inspector jefe. Aquí sigo, a su entera disposición.

—No seas pelota. Venga, que tiro para allá. Dile a los de Tráfico que nos guarden espacio. Y que nadie toque nada.

Colgó. Se levantó despacio. Se estiró en toda su amplitud como un gato viejo y artrítico. Su espalda sonó como una sinfonía de cristales rotos.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —le preguntó a Toño.

—A ver, Brais. Se supone que me operan hoy. Pero dijeron a mediodía. Y conociendo cómo está la sanidad últimamente… Estaré bien. No te preocupes.

—Joder —respondió a un nuevo crujido de su cuello—. Voy a parecer un trapo viejo. Me he quedado tieso en esa silla.

—Entonces muévete. Y piensa en lo que te he dicho.

Brais asintió, le dio un beso en la frente a su padre y salió al pasillo. El hospital olía a cloro y a lejía, lo cual relajó un poco su hipocondría. Saludó con un gesto genérico a la enfermera de guardia, que desde el mostrador lo miraba —a él y a sus prominentes ojeras— a medio camino entre asustada y sorprendida. Ya fuera del hospital giró a la izquierda del arco de la calle San Rafael. Comprobó entonces que Cádiz aún no había despertado. Era noche cerrada aún y el único movimiento que había a esas horas lo protagonizaban un par de basureros charlando como si ambos estuviesen a veinte metros el uno del otro. La bruma marina lo cubría todo con una película pegajosa. Los gatos callejeros seguían durmiendo en las ruedas de los coches.

Su viejo Dacia Logan lo esperaba en el aparcamiento de tierra junto al Campo de las Balas. Gris, polvoriento, lleno de papeles y migas. Como él.

Encendió el motor. Lo logró a la primera. Un milagro teniendo en cuenta la humedad asesina de una noche de diciembre en Cádiz, que flotaba aún en el ambiente a lomos de una niebla que se podía cortar con cuchillo. Mientras se ponía el cinturón, marcó el número de Perico.

—¿Sí?

—¿Sabes lo del cadáver en la autovía a San Fernando? ¿Estás de servicio?

—Sí a todo. De hecho, ya he llegado. Muy raro todo, ya lo verás. Parece atropellado, pero no cuadra —señaló Perico—. Por cierto, ¿tú no estás de permiso por lo de la operación de tu padre?

—Sí, pero no tenía más sueño.

—¿Voy con café?

—Y churros, por favor.

Colgó. Brais encendió la radio, pero solo pilló ruido blanco. Apagó. Conducir en silencio era lo más parecido a meditar que había aprendido en su vida.

Las calles y avenidas seguían casi vacías. A esa hora solo los panaderos, los obreros madrugadores y los insomnes no estaban en sus casas. Llegó hasta el muelle para después enfilar la carretera industrial; luego dejó atrás el fantasmal puente de la Constitución, envuelto en bruma, y puso rumbo hacia la Avenida de la Sanidad Pública desde donde enlazaría con la autovía de Cádiz-San Fernando. De fondo, la bahía lo envolvía todo con su terca y ponzoñosa humedad.

Las farolas seguían encendidas. El cielo, que quería empezar a desperezarse, tenía el color de un hematoma de cuatro días. Y sin embargo…

Recordó la frase de su padre: la vida es bonita si limpias las gafas con las que la miras.

Y por un instante —solo uno—, Brais pensó que tal vez no era un mal día a pesar del viento, del frío y de las nubes. Tal vez el cielo tenía un azul escondido. Tal vez, entre las noticias políticas de personajes sin honor, los informes manchados de sangre y los sueños con muertos medio descabezados, aún quedaba algo que merecía la pena mirar. O, por lo menos, un cigarro a medio fumar tirado en el suelo.

El coche siguió su camino. La autovía lo esperaba. Y con ella, un nuevo cadáver que no encajaba.

Capítulo 2 - Curvas peligrosas

A las siete y media de la mañana, por la playa de Cortadura, apenas se intuía el horizonte. El cielo, perezoso, aún se aferraba a los colores de la noche y, a escasos cien metros, el mar —la mar— arremetía contra la playa con furia.

Brais cerró los ojos y suspiró con fuerza al contemplar la naturaleza en su esplendor; el olor a algas inundó su sentido del olfato. Tras eso miró hacia adelante y divisó en la distancia la zona acordonada. Balizas, coches de policía nacional, guardia civil y una ambulancia, todos con sus correspondientes luces, dejaban claro que algo había ocurrido en la curva de Torregorda. Nada bueno.

Enfiló el último trecho y se subió el cuello de su chaqueta de cuero negra para combatir el viento frío y húmedo. No lo admitiría nunca, pero temía que una infección bacteriana y/o vírica anidara en su garganta y provocara, en el mejor de los casos, una afonía crónica. Pasar tanto tiempo en el hospital había agudizado esos temores. Sí, sabía que era un hipocondríaco de manual. Tosió fuerte, como si con eso pudiera exorcizar su miedo irracional a las enfermedades, pero lo único que consiguió fue que una gaviota monumental graznara del susto.

—Los tuyos por si acaso.

Llevaba entonces casi media hora caminando desde el Ventorrillo El Chato, donde había dejado el coche. Por ello, en cuanto vio a Federico, que charlaba tranquilamente con el subinspector Pedro Vélez al inicio del desvío de Torregorda, su ira hizo acto de presencia.

—¡Me cago en tu cama, poeta! ¿No me dijiste que el muerto estaba por el Ventorrillo el Chato, cojones? —bramó Brais—. Llevo media hora andando desde allí.

—Lo-lo-lo siento mucho. Como sabrá, no soy de Cádiz, así que tuve que usar Google Maps. Eso y mi presbicia me han jugado una mala pasada, señor inspector jefe.

—Deja al chaval, Brais. Que hasta le estás pegando tu tartamudeo con tanta bronca —intercedió Perico.

—Vaya panda de policías nacionales —siguió protestando—. Y yo, mientras, perdiendo el tiempo.

—¿No has venido en coche? Si a ese Dacia Logan cascao que tienes se le puede llamar coche, claro —dijo Perico con una sonrisa burlona mientras se frotaba las manos por culpa del frío.

—Vete al carajo, Pedro. Lo he dejado en el aparcamiento del Ventorrillo. Preferí venir por la carretera de Cortadura, porque había una cola de muerte por la autovía por culpa del cadáver y porque el menda este —señaló con dedo acusador al poeta, que se puso colorado de inmediato— no miró bien un mapa. Total, da igual.

—A quién se le ocurre. Podías haber puesto el pirulo y adelantar a las masas. Por cierto, qué llevas en la mano —preguntó Perico al ver que Brais sacaba algo del bolsillo de su chupa de cuero negra.

—¿Esto? —dijo mirando hacia el objeto en cuestión—. Una cámara de esas que llevan los ciclistas.

—Parece una *GoPro* de las buenas —dijo el agente Federico.

—Ni idea. Me la he encontrado tirada en la arena cerca de donde dejé el coche. Está medio rota, así que no creo que funcione, pero a mi padre le gusta arreglar cacharros y mierdas de estas. Venga —cambió de tercio con brusquedad—, contadme de una puñetera vez qué tenemos.

Brais siguió a sus compañeros hacia el escenario del crimen: la autovía; más concretamente el carril derecho, justo antes de la entrada a Torregorda. Aquello parecía una verbena por las luces y por el jolgorio reinante entre policías y algunos guardias civiles, que charlaban animadamente mientras esperaban la llegada, siempre tardía, de la científica y del juez encargado de levantar el cadáver. Y, en medio de todo, sobre el asfalto, el cuerpo destrozado de alguien que alguna vez tuvo rostro.

Quien ya se encontraba allí era Lorena Fajardo, la forense, que también aguardaba pacientemente mientras daba un sorbo a su termo.

—Bu-buenos días, Lo-lorena —saludó Brais en cuanto notó los ojos de la forense posarse en los suyos—. ¿Qué tenemos?

—Café. Americano para ser exactos.

—No-no-no —negó Brais ante la cara divertida de Perico—. Me-me re-refiero a…

—¿El cadáver? —se adelantó ella, esta vez con semblante serio—. Muy muerto. Todo apunta a un atropello clásico con aplastamiento. Impacto, desplazamiento, pérdida de masa corporal, hemorragia… Lo de siempre. Pero hasta que no haga una autopsia exhaustiva no podré decir mucho más.

Ya os iré contando en el informe. Lo siento, me están llamando —se excusó señalando el móvil, que vibraba afónico en su mano.

Brais se quedó pensativo y con los ojos muy abiertos. Le quiso parecer que la forense le había guiñado un ojo al despedirse.

—El momento de la muerte lo tenemos, Brais —dijo Perico, mientras Brais se recuperaba—. El tipo que le pasó por encima al fiambre nos ha dicho que fue poco antes de las seis y cuarto. Que entra a trabajar a las seis y media en la factoría de Bazán, en San Fernando, y tiene cogida la hora de pasar por aquí.

—¿Algún testigo más?

—De momento, no.

Brais volvió a la ingrata tarea de observar los restos de lo que alguna vez fue un cuerpo normal, y no el amasijo de carne y sangre en que se había convertido. El cuerpo, efectivamente, estaba hecho trizas. Brazos y piernas en posiciones antinaturales, cráneo hundido, tórax aplastado. Una zapatilla a tres metros de distancia. El otro pie aún calzaba la suya. Las mallas negras de deporte se habían rasgado a la altura de la cadera.

—Estaba corriendo, ¿no? Lo digo por el atuendo de "runner". O lo que queda de él. Y por las zapatillas… A ver, poeta, en tu condición de reconocido experto en zapatillas deportivas. ¿Son de correr?

—Ummm. Yo diría que sí, pero no distingo la marca.

—Lo que no entiendo es qué hacía este hombre de dios corriendo por medio de una carretera como esta y de noche —agregó Brais.

—Quizás quería aprovechar que no había mucho tránsito de coches a esa hora para cruzar al otro lado de la carretera y atajar—especuló el subinspector.

—¿Al otro lado para qué? ¿A dónde quería ir? ¿Sabemos dónde vivía?

—No lo he mirado aún —contestó Perico.

—Yo sí —terció Federico mientras sacaba una pequeña libreta del bolsillo trasero de su pantalón ante la sorpresa de Brais y Pedro—. Vive en Nueva Gades, en la calle Uriel, número 6. El nombre… —dijo volviendo a mirar la libreta— no lo he apuntado.

—Muy bien, poeta. Me has dejado anonadado —le felicitó Brais—. ¿Eso está en el barrio de los Ángeles, verdad?

—Sí.

—Pues entonces no tiene sentido. Nadie en sus cabales hace eso de madrugada y con la niebla que caía por la noche. Menos aún cuando su casa

está en dirección contraria. Si quisiese seguir corriendo, seguiría por el Eurovelo este de los cojones.

—A lo mejor es que era un colgao. O un suicida.

—O un temerario —añadió Federico, animado.

—O un gilipollas —ironizó Brais—. Venga ya, que parece que esto es un *brainstorming* de esos que están tan de moda en las formaciones de Madrid. Lo que hay que hacer es identificar al colega en escabeche.

—Qué poca sensibilidad, tío.

—¿Sabemos o no sabemos quién era? —insistió Brais.

—Espere un momento, señor inspector jefe, que ya ha llegado la científica. Un segundo… —terminó de decir Federico a la vez que se separaba de sus superiores.

El agente novato se acercó a la zona en la que los miembros de la policía científica comenzaban a organizar su trabajo. Brais y Perico observaron cómo el poeta hablaba a cierta distancia con el encargado de hacer fotografías, que justo en ese instante apuntaba la cámara al suelo, al lado del cadáver. Tras varios fogonazos, el fotógrafo forense se acercó a Federico y le mostró algo en la pantalla. A renglón seguido, el agente volvió con sus compañeros.

—Jorge Elestondo Vega —recitó de seguido como si estuviera en el colegio—, sargento en la Brigada de Infantería de Marina, en el TEAR de San Fernando.

—Joder, poeta. Me estás dejando anonadado. Pero, ¿de dónde han sacado esa información?

—De su TIM, señor inspector jefe.

—No me toques los huevos y no te pases de sobrao. ¿Eso qué carajo es?

—La ta-tarjeta de identidad militar. Al lado del muerto estaba tirada, junto a una especie de billetero. La vi cuando llegué, pero no quise tocar nada hasta que llegaran los de la científica.

—Vale, vale, poeta. Estás que te sales —le felicitó Brais y el joven policía esponjó de satisfacción.

—Pues a lo mejor sí que quería ir a San Fernando corriendo —indicó Perico.

—Quizás. Habrá que estudiarlo —corroboró Brais—. Y habrá que confirmar también que efectivamente es el sargento, porque la cara le ha quedado regular. Por cierto, ¿además de la tarjeta identificativa del ejército llevaba algo más encima?

—Parece que no —respondió Perico—. Fede y yo echamos un vistazo por los alrededores al poco de llegar y no vimos nada. La científica dirá, pero a priori... De todas maneras, si quieres, podemos mirar de nuevo mientras.

—Es raro que no llevara llaves, ni teléfono móvil, ni nada —dijo Brais, pensativo, mientras se mesaba la barba de cinco días sin afeitar.

Cada uno de ellos comenzó a buscar. Uno por el arcén, otro por la calzada sur, y Brais en dirección a Cádiz. Tras unos minutos caminando cual viejo sacerdote corcovado mirando al suelo, se volvieron a reunir sin ninguna novedad ni hallazgo.

—¿Nada no? —preguntó Brais.

—Ná de ná —contestó Perico, al que secundó el agente novato—. De lo que sí me he enterado es que hay marcas de frenazo del coche que atropelló al militar. Lo estaban comentando un par de guardias civiles. Coincide con lo que declaró el conductor.

—¿Pero no me habíais dicho que desde que ha entrado en vigor lo del área metropolitana de la Bahía de Cádiz la guardia civil ya no es competente?

—Ya, hombre, pero siguen siendo especialistas en medir y examinar frenadas y cosas de esas. Ahí estaban, con su cinta métrica y sus croquis. Estarán tan liados como nosotros con el tema de las jurisdicciones y las competencias.

—Menudo país de incompetentes este. Aquí nadie quiere competencia de nada, pero cuando hay una obra o un muerto, todo el mundo revolotea alrededor —sentenció Brais—. Por cierto, yo quiero ir a hablar con el conductor de marras.

—Allí está, en la ambulancia, con un ataque de ansiedad gordo —le contestó Perico—. Y no es para menos.

Brais y Perico dejaron al poeta, que iba a cotejar los datos del presunto sargento fiambre, y se acercaron al vehículo médico, aparcado en el arcén. Allí, sentado, con las piernas colgando, el rostro desencajado y las manos cubriéndole la boca, estaba un hombre de cuarenta años sollozando entre jadeos mientras una sanitaria lo acompañaba.

—¿Se encuentra bien, Francisco? —se preocupó Perico.

—Manda *carallo* —protestó Brais antes de que pudiese contestar aquél. El conductor levantó la vista y frenó por un momento su sollozo, expectante

—. Después soy yo el insensible. No ves que está como el culo. Acaba de hacer papilla a un hombre.

—Brais, picha —le afeó el subinspector, mientras que el hombre, con los ojos muy abiertos, empezó a hiperventilar— Ya la has liado.

La técnico de emergencias necesitó varios minutos para contener el ataque de ansiedad. De hecho, cuando Brais y Perico se dispusieron a hablar con él, no quiso alejarse demasiado por si su atención volvía a ser necesaria.

—Di-disculpe po-por lo de antes —se excusó Brais mientras Perico, con los brazos cruzados, asentía—. Soy el inspector jefe López. Necesito que me cuente con el máximo detalle posible lo que ha pasado. ¿Se siente capaz?

—Yo-yo no lo vi. No lo vi. Hasta que no lo tuve encima no lo vi —repetía echándose las manos a la cara—. Estaba… estaba en el suelo, en la carretera. Ahí, en el carril derecho, a un lado —giró su cuerpo y señaló con el dedo; un estremecimiento recorrió su torso— Ahí estaba, tirado. Cuando me di cuenta, ya estaba encima. Me lo comí. No me dio tiempo a frenar, lo juro por mi madre que en paz descanse.

El hombre rompió a llorar. Un llanto quedo y profundo que incomodó profundamente a Brais.

—Tranquilo, hombre, tranquilo —le dijo Perico.

—Francisco, ¿sabría decirme si el señor que usted…? Esto… ¿Si el atropellado estaba, digamos, entero cuando…?

—Sí. Por lo que vi, sí. Fui yo el que…

—¿De dónde venía usted? —se adelantó Brais a un nuevo ataque de llorera.

—De Cádiz. Iba al curro, como todos los días. —Se sorbió los mocos—. Trabajo en el astillero, ahí en la Bazán.

—¿Había algún coche más cuando ocurrió el…?

—Pufff. Ya se lo he dicho a otro policía antes. Puede que delante mía, a cierta distancia, hubiera uno, pero con todo esto…

—¿Y no vio usted si esquivó el cuerpo o hizo algo?

—Ya digo que no estoy seguro, pero creo que se metió en el desvío de Torregorda. Aunque con la niebla… Por eso me… Cuando los faros lo enfocaron ya no…

—¿Seguro que no estaba cruzando?

—¡Ni de puta coña! —De repente, el hombre se había encendido. Se levantó como un resorte, fruto de los nervios, y cuando parecía que iba a lanzarse contra algo o contra alguien, especialmente Brais, se derrumbó.

La sanitaria, que presenciaba alerta, se acercó corriendo. El hombre se echó a llorar sin contención. Brais y Perico se apartaron unos pasos.

—¿Qué piensas? —preguntó Perico sin perder de vista la triste escena.

—Poco. Que nadie normal se mete en una carretera de noche y con niebla. Y que, si estaba corriendo, ¿por qué no llevaba encima ni móvil ni cartera ni llaves? No me huele bien. Aparte de que habría que comprobar lo del coche que supuestamente iba delante del de este hombre.

—¿Entonces? —insistió Perico.

—Entonces… Vamos a tener que rascar un poquito más, a ver qué sale. Habrá que esperar a los informes de la científica y el de la autopsia. Y también habrá que ver si hay cámaras por la autovía, a ver si hay suerte y alguna está operativa y ha grabado algo. Y… venga, vámonos para la comisaría, que se encargue el poeta de lo que falte. Me duele la cabeza.

La bruma empezaba a despegarse de la curva de Torregorda. El cadáver esperaba a que el juez llegara. Y las preguntas apenas empezaban a surgir.

Capítulo 3 - Mediodía es una mentira

La comisaría de distrito de Nueva Gades, a las once de la mañana, era un hervidero de murmullos, tazas de café de máquina y teclados aporreados con furia. El edificio, una reliquia de los años 70 rehabilitada a base de presupuestos mal estirados y pintura de oferta, mantenía su dignidad gracias a los funcionarios que lo habitaban y, sobre todo, a la resistente piedra ostionera.

Brais y Perico entraron por la puerta principal. El primero con las manos en los bolsillos y el ceño ya habitual; el segundo, con cara del que sabe la que se le viene encima nada más comenzar la mañana.

—¿Qué tal tu padre? ¿Cuándo le operaban? —preguntó Perico, mientras subían por las escaleras hacia la primera planta, donde se ubicaban sus respectivos puestos.

—Bien. Hoy.

—Joder, Brais. Estás más parco que un indio en una fiesta de vaqueros.

—Déjame, cojones. Lo operan hoy y se encuentra bien y tranquilo.

—No como tú —le reprochó—. En fin, si necesitas cualquier cosa… Y no te preocupes, tío. Seguro que todo va bien.

—Vale —le espetó con sequedad.

Brais, tras desprenderse de su chupa de cuero, se detuvo frente a su habitáculo con aspiraciones de despacho minimalista. Se dejó caer en su vieja silla giratoria con un bufido y pulsó el botón de encendido de su arcaico ordenador. Estiró su uno noventa de altura y se desperezó a conciencia antes de mirar seriamente a su amigo, el subinspector Pedro Vélez.

—Lo primero es recopilar información sobre el sargento… Déjame que mire… —dijo sacando su libreta para buscar el nombre completo.

—Jorge Elestondo Vega —se adelantó Perico—. El poeta, es decir, Federico, se encargaba de ello.

—Me parece bien. Hay que confirmar si el muerto, aparte de su identificación militar, llevaba algo más encima en el momento de palmarla. Lo que hablamos en la autovía y que no encontramos. Llaves, teléfono, auriculares, una mochila… Cualquier cosa.

—Le preguntaré a Roberto, de la científica, qué han encontrado. Es enrollao y no pone pegas en adelantar información. Lo que he podido comprobar es que no estaba casado y que nació en el País Vasco.

—Perfecto.

—Mira, por ahí está Federico —advirtió Perico.

—Pues dale; aprovecha y os ponéis al día de todo. Yo me tengo que ir —dijo Brais con gravedad.

—Ya sabes, picha. Cualquier cosa que te haga falta…

—Gracias. No te apures —contestó Brais mientras volvía a cubrirse con su chupa de cuero—. Me voy, ¿vale?

Cuando apoyó el pie en el último escalón, supo que era tarde. No le apetecía hablar con nadie. Más que nada porque sabía que no estaba de humor. Demasiadas noches sin dormir bien y demasiadas preocupaciones. El cóctel perfecto para explotar al estilo Molotov.

—¿Qué pasa Brais? —le espetó Agustín Santonja, su superior directo y comisario de distrito—. Ponme al día de lo del cadáver de la autovía mientras dejo esto en mi despacho, anda.

—Perico está en ello. Él te cuenta —le respondió más seco que una mojama sin dejar de andar ni por un instante.

—Quieto ahí, inspector jefe López. Que no se te olvide…

—Ya te he contestado —le soltó a la remanguillé—. No tenía ni que haber venido. Estoy de permiso.

—Brais, un policía siempre está de servicio y...

—Pregúntale a Pedro. Adiós.

—¡Brais, joder! ¡Inspector López!

A su espalda, los gritos del comisario rebotaban contra las paredes de la entrada como pelotas de frontón. No se giró. No lo hizo ni siquiera cuando alguien más alzó la voz desde la oficina de atención al ciudadano. Siguió andando hasta la calle y se limitó a mirar la hora en su reloj Casio. Casi las once y media.

La distancia entre la comisaría de distrito de Nueva Gades y el hospital de San Rafael era considerable. Aún así, y pese a que caminar no era una de sus aficiones preferidas, decidió ir a pie. Quería llegar para esperar con Toño, su padre, a que lo subieran a quirófano. Memento mori, se repetía. No se perdonaría no despedirse de él, porque su hipocondría estaba en “Defcon 1” y se extendía también a su progenitor. Pero otra parte de su ser, ese individuo que todos llevamos dentro y que mantiene con uno mismo continuos diálogos interiores, ese “yo” que no te pasa una cuando la cagas, temía, aunque no lo admitiese, llegar al hospital. Y en esas discusiones

internas se hallaba a las doce menos cinco del mediodía cuando sonó el teléfono.

—Coño, Perico. ¿No puedes vivir sin mí?

—Lo que tú digas. Escucha, caratrucha. La próxima vez que me cargues el muerto y me mandes al comisario, me avisas antes, ¿vale, chato? No veas cómo estaba. Vino como un león. ¿Qué le has hecho?

—¿Ser asertivo?

—Joder, macho. Desde que estás con esos libros de estoicismo y mierdas de autoayuda, estás insoportable. Quiero decir, más que de costumbre.

—Ve-vete al ca-carajo —tartamudeó de rabia—. A ver, ¿qué le has contado?

—¿Qué le voy a contar? Lo poco que sabemos y… —Perico hizo una pausa. Era obvio que estaba pensando si decir lo que iba a decir a continuación—. … Y lo de tu padre.

—Pues te lo podías haber ahorrado. No me gusta hablar de mis cosas.

—Pero Brais, cojones. Que Agustín no lo sabía. Incluso se ha medio disculpado. Con lo que le cuesta al tío estirado admitir un error; yo creo que para él equivale a ponerse de rodillas una persona normal que no sea un trepa engreído.

—Vale, bueno. Pues nada. —Sus palabras aspiraban a convertirse en despedida.

—Espera, espera. También me ha dicho algo interesante. ¿Estás ahí? —preguntó Perico ante el silencio en el otro lado de la línea.

—Que sí. Que voy a meterme en el ascensor del hospital. Cuenta rápido.

—Joder, tío. A ver. Pues que, por lo visto, le han dado un toque del Ministerio del Interior.

—¿Por? —preguntó Brais.

—Esto ya te interesa, ¿a que sí?

—Suéltalo ya, joder.

—¿Te acuerdas la noticia del otro día del robo de armas en el cuartel de San Fernando?

—¿Eran varias pistolas, no?

—Eso es. Pues el ministerio de Defensa está presionando al de Interior con el tema. No pueden permitirse un escándalo más en el ejército en general ni en el cuartel de infantería de marina de la isla en particular.

—Pues vale. ¿Algo más?

—Coño, Brais —combatió Perico la indiferencia de Brais—. Que esto lo tenemos que tener en cuenta. Que hasta un general ha llamado personalmente a Agustín para que esté *al liquindoi* y para que agilice la investigación sin que salga de aquí. Es más, por lo que he leído entre líneas de lo que ha dicho Agustín, les interesa que la muerte haya sido un simple accidente o, como mucho, un suicidio. Te recuerdo que el cadáver de la autovía es de un militar de ese cuartel precisamente.

—Vale, Pedro. Lo tengo en cuenta. ¿Algo más?

—Vaya tela, macho. Que es importante, ¿no crees?

—Estoy en otra cosa, Pedro.

—Vale, vale. Lo comprendo. Perdona, tío. Lo principal es lo de tu padre. Por cierto, ¿cuando lo operaban?

—Hoy. Estoy esperando a que llegue algún ascensor para subir a planta y estar con él un rato.

—Ya, ya. ¿Pero a qué hora?

—A mediodía.

—¿Y son las…? Doce y cuarto —concretó Perico tras mirar su reloj—. Vas un poco tarde, ¿no?

—A mediodía te he dicho. Entre las dos y las tres. Cuando se almuerza —dijo Brais cada vez más acelerado.

—No, pichita mía. Mediodía son las doce. Aquí y en Pekín.

—Que no. Mediodía, de toda la vida, es…

—Sabes que no, Brais. Corre, anda.

—¡Me cago en mi puta cama! ¡Adiós! —dijo Brais por último después incluso de haber colgado, pero antes de comenzar su particular carrera contra el reloj.

Ya que el ascensor se mostraba remiso, Brais no pudo esperar más y se dirigió a las escaleras. Subió de dos en dos los peldaños y enfiló el pasillo a toda velocidad. Pasó por delante del mostrador de enfermería como una exhalación, ignorando los avisos de “Silencio, por favor” y “Prohibido correr”. Cuando llegó a la habitación, con las pulsaciones a mil, no había nadie. Con el corazón en la boca salió de la estancia para verificar que no se había equivocado. Ni de coña. Para su horror, era la de su padre.

—¡Me cago en mis muertos! —bramó echándose las manos a la cabeza —. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Dónde está mi padre? —gritó.

—¿Señor? —le espetó a voz en grito un celador que se había asomado a la puerta ante el escándalo—. Que estamos en un hospital —le recriminó—. Baje la voz, que aquí hay enfermos.

—¡Y una mierda! Aquí, precisamente aquí, falta un enfermo. Mi padre. ¿Cómo se lo llevan solo, sin esperar a que nadie lo acompañe? Que lo van a meter en quirófano y dios sabe si… —El rostro de Brais empezó a contraerse a la vez que su boca dejó de vocalizar.

—Estese tranquilo, hombre. Que está en buenas manos. Las manos de dios son…

—¡Las manos de tu p…!

Brais no terminó la frase. Quizás gracias a dios. O más bien, merced al sonido inconfundible del agua que, con casi toda seguridad, procedía de una cisterna. En concreto, la cisterna del cuarto de baño de la habitación, cuyo sonido se amplificó en cuanto Toño abrió la puerta y, con gesto sereno y un poco de agua en la cara, empezó a negar con la cabeza al mirar a su hijo.

—¡Coño, Brais!

Capítulo 4 - Hospital, de día

El celador se marchó. Igual que el resto de pacientes, acompañantes, y sanitarios que habían ido acudiendo para presenciar, sin palomitas eso sí, el espectáculo protagonizado por Brais López y su famoso mal genio. No fue fácil. Toño tuvo que esforzarse. Y para ello, aunque jubilado, recurrió a las habilidades que había desarrollado en su dilatada carrera como policía nacional —y comisario provincial—. Gracias a eso logró disolver la reunión y dispersar a los participantes. "Circulen, circulen", llegó a decir en algún momento. Le costó. Vaya que le costó. Pero tras conseguirlo tocaba actuar como padre.

—Te tienes que tranquilizar, neno. No pasa nada. Va a salir bien todo, ya verás. —Toño trataba de usar un tono conciliador, pero Brais lo tradujo como condescendiente.

—No soy un niño chico.

—Pues a veces te comportas como uno.

Brais le sacó la lengua a su padre para después dedicarle una sonora pedorreta, lo que con su estatura estaba a medio camino entre lo cómico y lo patético.

—Si es que…

—Estaba preocupado y… Eso… Pero bueno, ¿cuándo te operan al final?

—Pues parece que no va a poder ser hoy. Ha venido la doctora Gómez para decirme que han entrado dos urgencias y que se pospone mi operación.

—¡Joder! Menuda sanidad pública nos están dejando —se quejó con amargura—. ¿Y para cuándo? ¿Te vas para casa mientras o qué? Porque dijeron que tenían que intervenirte pronto. Espera, espera… —Brais sacó su móvil y accedió a la agenda—. Mañana no puede ser. Mañana es domingo.

—Eso pensaba yo, pero parece que sí es posible. Aprovechan las guardias en festivo para quitarse las cirugías que se les quedan colgadas. Y como mañana la doctora Gómez se queda…

—Si no fuera por los médicos… Pero no es la solución, coño —protestó Brais con vehemencia—. ¿Si están operando y viene una urgencia importante, qué pasa? ¿Que no la atienden? ¿Que dejan la operación a la mitad? Lo que tienen que hacer es contratar más médicos y más sanitarios y no meter más dinero a la privada. ¡Es que…!

—Ya, neno. No te hagas más mala sangre, anda.

Brais se acercó a la ventana y lanzó su mirada hacia la plaza Fragela. Buscaba el Gran Teatro Falla, pero apenas alcanzaba a ver un lateral. En vez de eso, su vista solo alcanzaba a ver el contorno de los edificios de la calle Sacramento, difuminados por la densa niebla que de nuevo había hecho acto de presencia.

—Pásame el periódico, anda —le pidió su padre señalando hacia el Heraldo de Gades, que yacía doblado al lado del pequeño televisor de 24 pulgadas que habían traído de casa y que, según les habían dicho, no podían enchufar.

Brais salió de su ensimismamiento y se lo acercó. Toño se sentó en el sillón y comenzó a leer los titulares.

—¡Anda, coño! Robo de armas militares en el cuartel de San Fernando. ¿Sabes algo de esto, neno?

—Me han comentado de pasada. Pero en la noticia habrá seguramente más información de la que yo manejo.

—Pues no es normal un robo así. Dudo que sea alguien de fuera. ¿Quién iba a ser el loco que se meta en un cuartel lleno de militares a robar? Si yo fuera policía…

—Papá, tú eras policía —le corrigió.

—Ya estoy jubilado. Y la verdad es que me gusta más elucubrar teorías basándome en las series que veo en la tele. Por cierto, a ver si me buscas el último capítulo del comisario Montalbano. Lo ponían en la segunda cadena justo el día que me mudé aquí al hospital y aún no tenía la tele.

—Tomo nota. ¿Pero qué crees que ha podido pasar según tú?

—Obviamente, si ha habido un robo en unas instalaciones militares, ha sido desde dentro. Aunque —Toño empezó a tocarse el mentón— hay que ser un militar tarado para intentar algo así. No me cuadra nada.

—Ya. Buena lógica. Pues que sepas que el saqueo de armas en el cuartel me afecta casi de lleno.

—¿En serio? —preguntó mientras se incorporaba en señal de interés—. ¿Por qué, Brais?

—Porque el cadáver de la autovía era de un militar. Sargento para más señas. Y no te vas a creer dónde estaba destinado.

—¡No me jodas! ¡En el cuartel! Justo te iba a preguntar ahora por tu caso —dijo mientras miraba expectante a su hijo—. Prepárate para presiones de todo tipo.

Un silencio cómplice surgió entre ellos. Ambos, sin decirlo, habían llegado a la misma conclusión y no era otra que la investigación sobre el muerto de la autovía iba a traer muchos quebraderos de cabeza. Y la mayoría de ellos tenían un destino que vestía con chupa de cuero y que destacaba con claridad, como el nombre de un puticlub de carretera en una noche sin luna.

—Bueno, bueno. Cuéntame algo del caso, ¿no? A lo mejor mi experiencia te puede venir bien —dijo Toño con voz engolada.

—Ya, bueno… —replicó Brais con ironía—. Poco tenemos de momento. Perico y los demás están en ello.

—Vale. ¿Pero cómo ha sido? ¿Iba en bicicleta y se lo llevaron por delante? ¿Y a qué hora? ¿A qué altura? Anda cuenta, que estoy muy aburrido.

—Tranquilo, papá. A ver… —Brais hizo una ordenación mental de la información para exponerla—. Fue a eso de las 6 de la madrugada, aproximadamente unos metros antes del desvío de Torregorda. Y no, no había bicicleta. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que lo atropelló un coche y que el conductor asegura que estaba tirado en el suelo sin moverse cuando se lo vio encima. Dice, y yo lo creo, que no pudo hacer nada.

—¿Algún testigo aparte del conductor?

—Nadie. Lo más cercano a eso es un coche que, si el que atropelló al sargento no recuerda mal, iba delante de él y se metió por el desvío para Torregorda. Con un poco de suerte hay cámaras por la zona que hayan grabado algo interesante.

—La del radar al menos.

—A ver… —dijo Brais con pesimismo.

—Entonces no sabéis qué hacía por allí el militar, ¿no?

—Iba con ropa de correr. O eso parecía, porque no te puedes imaginar cómo ha quedado el cuerpo.

—Me imagino. ¿Y a dónde iba por medio de la autovía? No entiendo.

—Eso tampoco lo sabemos. Perico, por ejemplo, dice que puede que fuera corriendo en dirección al cuartel de San Fernando. Pero me extraña. En fin, ya ves. Un caso facilito.

—Joder. Es que puede ir desde un simple atropello, hasta un suicidio, pasando por…

—Un asesinato.

—Un asesinato basado en una trama de robo de armas —sonrió Toño con malicia.

—Mejor que no —contestó Brais con una mueca de disgusto en su rostro—. Por cierto, no te he contado.

—¿El qué?

—He dejado a Agustín con un palmo de narices del copón —dijo Brais con una sonrisa que se le dibujó como por arte de magia.

—Eres muy cabrón —respondió Toño con otra sonrisa, pero que difuminó enseguida—. Y está mal que te lo diga tu propio padre. Tienes que cortarte un poco, Brais.

—Es que se está volviendo insoportable. Se le ha subido el puesto a la cabeza. Y eso que es comisario de distrito. Como consiga llegar a comisario provincial o algo más alto…

—Todo eso será cierto, pero tu carácter…

—¿Qué le pasa a mi carácter? ¿Algún problema?

—Tssss. A mí no te me subas en banderillas, que te meto. Que soy tu padre, coño —se encaró Toño, que miraba a su hijo como si este tuviese ocho años y no se presentara a comer cuando lo llaman.

—¿A que me voy?

—Venga, fuera. Ya te estás yendo.

—Pero papá… —Brais se desinfló—. No te pongas así.

—Venga, vete para la comisaría, que aquí no haces nada más que dar por culo y ponerme de los nervios. ¡Hombre ya!

—Papá, que tengo cinco días de permiso por la hospitalización y solo me he cogido uno. Me quedo y punto.

—A ver, neno —Toño volvió a usar un tono más moderado, casi cariñoso—. Te conozco como si te hubiera parido.

—Eso me decía mamá —dijo con melancolía.

—Por supuesto. Pero también te decía que no seas tan “padentro”. ¿Es verdad o no es verdad?

—¿Y qué quieres?

—Que tengas la cabeza ocupada. Tu hipocondría se agrava con los hospitales. Aparte de que no me dejas dormir con tus ronquidos. Esta noche incluso he estado a punto de buscarte un paquete de tabaco para que te fueras a fumar. Lo que quiero decir es que te vayas a la comisaría y te pongas con el caso.

Sorprendentemente Brais no explotó al escuchar las perorata de su padre. Ni siquiera arrugó la frente en señal de disconformidad. Al contrario, parecía estar concentrado rumiando y valorando una a una las palabras del discurso que acababa de recibir.

—¿Tienes el móvil a mano?

—Sí —contestó Toño, que entendió perfectamente a dónde quería llegar su hijo—. Y además, si hace falta, los de enfermería y los médicos tienen tu número de teléfono y saben que trabajas en la comisaria de distrito de Nueva Gades.

—Bien. Vale —continuó lacónico—. ¿A qué hora te operan mañana?

—A primera hora. Con que estés aquí…

—Vale, vale, vale. Pero… ¿qué es primera hora?

—Neno, no me comas la moral, eh. ¿Qué va a significar primera hora?

—No, no, no. Porque cuando dices mediodía, ¿sabes qué significa?

—Te lo digo en castellano en vez de en gallego para que lo entiendas: ¡vete al carajo, Brais! Ea, ya lo has conseguido. Y déjame que descanse en paz.

De pronto, el rostro del inspector jefe más borde de Nueva Gades se transformó. Su cara se había convertido en la de un gatito de ojos vidriosos, aunque vestido de *rockero* decadente.

—Coño, neno. Que es una expresión… ¿Sabes lo que te hace falta a ti? Una novia. Por cierto, ¿sigue trabajando contigo la forense esa tan *guapiña*? ¿Lorena se llamaba?

—Me-me ca-cago en mi cama. ¡Adiós! —explotó por fin Brais, que se marchó con el correspondiente portazo.

Capítulo 5 - Paseos, pistolas y pamplinas

Con el ceño fruncido aguardaba en la puerta del hospital de San Rafael. Aunque eran las dos de la tarde, no tenía hambre. Tampoco quería quedarse en la sala de espera, así que dio un par de pasos y salió del centro médico. Todavía en la acera, Brais echó una ojeada a un lado y a otro de la calle y, ante la duda, dejó que el piloto automático decidiera.

Sus pies le llevaron en dirección a la interminable calle Sacramento con la determinación de aprovechar la mañana para hacer algo que no supusiera ni cadáveres, ni informes, ni agobios. Algo, en definitiva, que no fuera ser él mismo. Caminó con las manos en los bolsillos en sentido hacia la plaza de Candelaria, como si ese gesto rutinario fuera a espantar la inquietud que le burbujeaba en el estómago y la desazón por haber discutido con su padre.

Al principio se empeñó en encontrarle algo bonito al paseo. Las fachadas encaladas, las macetas en los balcones desafiando a la gravedad, una anciana que fregaba los adoquines con esmero como si se tratara del salón de su casa. Cádiz en estado puro. Ese Cádiz céntrico que aún sobrevivía a la invasión del turismo desmedido y al copia y pega de la globalización. La vida es bonita si limpias las gafas con las que la miras, se dijo a sí mismo, recordando las enseñanzas de Toño.

Duró dos manzanas. Pasear no era lo suyo. Andar por andar, sin meta ni objetivo, le parecía una especie de tortura *light* con pretensiones filosóficas.

Mientras, el viento de poniente acechaba en cada bocacalle cargado de una humedad que se le metía por el cuello de la chaqueta. Brais chasqueó la lengua, negó con la cabeza y continuó a su pesar.

Cuando miró hacia delante, un grupo de turistas desorientados le bloqueaban el paso. Su mal humor estaba regresando. Buscó un hueco por el que poder atravesar esa muralla extranjera, pero uno de los excursionistas le soltó el humo de un cigarro en la cara. Brais se debatía entre quitarle el cigarro y darle dos caladas o estampárselo en la boca. El tipo, al ver su cara, le pidió de inmediato disculpas en un idioma que parecía francés. Lo que Brais respondió no lo entendió el presunto gabacho, pero sí interpretó perfectamente su lenguaje corporal, pues tardó menos de un segundo en apartarse.

Brais, sin darse cuenta, había acelerado el ritmo de la marcha. A la altura de la tienda de ropa Eutimio —uno de esos establecimientos de toda la vida en peligro de extinción—, giró a la izquierda. Atravesó la plaza del Palillero

y siguió por Columela. Las tiendas que veía a uno y otro lado lo deprimían aún más. Franquicias y más franquicias: una globalización a pequeña escala. En momentos como ese recordaba la razón por la que Nueva Gades le gustaba tanto en comparación con el resto de Cádiz. Allí, en su "tierra chica", las tiendas, en gran parte, eran auténticas; establecimientos de barrio que permitían vivir con dignidad a sus propietarios, aunque no ofrecieran dividendos a esas entelequias que los medios especializados denominan juntas de accionistas.

Cuando alcanzó la esquina con la calle San Francisco, tiró a la derecha, dirección plaza de San Juan de Dios. Iba a continuar hasta el muelle, pero su paseo contemplativo había ya durado demasiado. La idea de regresar al hospital con su padre se convirtió en algo medianamente apetecible, pese a que tenía muy claro que ni Toño ni él necesitaban otra discusión sobre temas quirúrgicos y expresiones horarias genéricas.

Así que a la altura de calle Nueva comenzó a atajar, aunque aún sin rumbo claro. Callejeó y tras recorrer Cristóbal Colón se encontró con una de esas calles del casco histórico cuyo nombre nunca era capaz de recordar. Le dio por levantar la mirada. Ante sí, una fachada descascarillada y un balcón estrecho y agrietado con ropa tendida que le recordaron a la casa en la que vivía junto a su madre el borrachín al que sus superiores, siempre tan prácticos, quisieron endilgarle el muerto de la nave abandonada. En eso sí eran iguales Cádiz y Nueva Gades. Eso era idéntico en cualquier lugar del mundo, pensó Brais.

Suspiró. Dio unos cuantos pasos más y giró la cabeza, seguramente por pura inercia. Ahí estaba, una joyería. Pequeña, discreta, con la verja subida a medias y las luces encendidas. Hasta ahí todo más o menos bien. Pero a través del escaparate, la escena que se estaba desarrollando en el interior no tenía nada de normal para el ojo bien entrenado de un policía de élite… Ni tampoco para Brais.

Allí dentro, un hombre mayor —presumiblemente el joyero— tenía los brazos en alto. Frente a él, un tipo en el que destacaba una melena descuidada le apuntaba con una pistola. Lo cierto es que no tenía pinta de atracador profesional: ni pasamontañas, ni guantes; y, para colmo, su ropa, una camiseta técnica roja y unos pantalones tipo cargo verde pistacho, no servían para pasar desapercibido. Pese a que su cerebro intuitivo percibía elementos discordantes, un policía debe hacer lo que debe hacer. Los

hechos objetivos hablaban fuerte y claro: la mano firme que empuñaba el arma y el gesto tenso del joyero decían lo que decían.

Brais se palpó el costado. En cuanto se dio cuenta de lo que faltaba, maldijo para sí. Casi nunca llevaba encima su arma reglamentaria. Solo lo hacía cuando las circunstancias le obligaban. Y como siempre que le ocurría algo así, pensó que las puñeteras circunstancias nunca avisan. No obstante, con o sin, se dispuso a hacer su trabajo de policía: servir y proteger, que dicen los yanquis.

Se parapetó a un lado del escaparate y llamó a comisaría. Solo necesitó unos segundos para pedir ayuda. Después, metió el móvil en su bolsillo y se quedó pensando apoyado en la pared. Mirando hacia el cielo, intentó convencerse a sí mismo, pero no lo logró. El impulso fue más fuerte.

Activó el modo sigilo para sus casi dos metros de poli e hizo lo que sabía hacer: cogió aire, bajó sus pulsaciones y se introdujo en la joyería como un gato de la calle ante su presa.

El tipo no lo vio venir. Estaba concentrado en el joyero que, para sorpresa de Brais, dibujaba con su cara una sonrisa nerviosa, más de compadre que de víctima.

Cargó contra el atracador. Su hombro impactó contra su pecho y lo estampó contra el suelo, donde aprovechó para doblarle el brazo con el que un momento antes blandía el arma de fuego. En un segundo, cual prestidigitador, lo tenía inmovilizado y suplicante.

—¡Quieto, gilipollas! ¡Policía!

Brais, con las endorfinas a tope, echó un vistazo al joyero. Este, con más ojos que cara, aún con las manos en alto, se atrevió a hablar.

—¡Pero…! ¡Pero si es una broma! —dijo.

—¿Qué?

—Que-que es un amigo —insistió el joyero consternado al ver los gestos de dolor del presunto atracador—. Era una broma de colegas.

Brais no podía creer lo que estaba escuchando. Pero no era la incredulidad lo que más sentía, sino indignación. Miró al tipo en el suelo, que tenía los ojos desorbitados, el pelo desmadejado y temblaba como un flan en un terremoto.

—¿U-una b-broma…? —repitió Brais, contagiado del tartamudeo.

—Sí, sí. ¡Una broma! —balbuceó haciendo un esfuerzo supremo el tipo —. ¡La pistola no es de verdad!

Brais, sin dejar de aplicar presión sobre el hombre, echó una ojeada al arma. Se trataba de una semiautomática negra, con buen acabado; algo currada, pero aspecto letal. Alargó la mano, la cogió y la sopesó. Una pistola de matar, sin duda.

—Esta no es de juguete, mamón.

En ese preciso momento, dos policías nacionales, entraron por la puerta entreabierta de la joyería. Habían sido alertados por un transeúnte asustado que aún señalaba con su dedo acusador desde la calle, mientras la gente se iba acumulando.

—¿Inspector jefe López?

—Presente —contestó con sarcasmo Brais—. Disculpa que no te dé la mano.

—Agentes Recio y Solano. Nos han llamado de la comisaría de distrito. ¿Todo controlado? —preguntó Recio, el policía más bajo, tras ver la escena más de cerca.

—¿Tu eres tonto, verdad? —respondió Brais atravesándolo con la mirada—. ¿No ves cómo estoy?

Lo cierto es que con una mano le presionaba la cabeza al atracador y con las piernas sobre su espalda le impedía cualquier movimiento indeseable. Un *twister* policial en toda regla. No era la posición más cómoda que recordaba, ni siquiera comparada con dormir en un hospital.

—¡Tira pacá las esposas, cojones! —le pidió al más alto de los dos, el cual, como un resorte, le entregó los grilletes reglamentarios como el que da de comer por primera vez a un león hambriento—. Y guarda el arma que está ahí —añadió señalando a la pistola tirada sobre el suelo—. Es una prueba, así que cuidado con cómo la coges.

—¡Era una broma! —volvió a implorar el tipo—. De verdad. ¿A que sí, Manolo? —se dirigió al joyero, que asentía sin parar con la boca abierta, pero sin decir ni una palabra.

—Parece buena —intervino uno de los agentes con el arma en la mano envuelta en una bolsa de pruebas al efecto—. Pesa como una de verdad.

—Es de verdad —aseguró Brais con la mandíbula apretada.

—¡Pero era una broma! —insistió el detenido—. ¡Una tontería entre amigos! ¡Lo juro!

—Es verdad —le apoyó el joyero, que no sabía dónde meter las manos, ni cómo ubicar sus músculos faciales.

—Pues a comisaría, a explicar la broma que, por otra parte, no tiene ni puta gracia. ¡Me cago en mi cama! —se quejó en cuanto vio que su chaqueta de cuero querida tenía una pequeña raja en la manga.

—¡Por favor, que era una coña!

—¡A tomar por culo!

Los agentes le leyeron sus derechos al atracador mientras lo ayudaban a incorporarse. El joyero trataba de interceder, pero ya era tarde. Aquello había pasado la línea de lo anecdótico.

Brais se quedó unos segundos mirando la escena. Había algo en la expresión del tipo que no le cuadraba. El susto, sí. Pero también una tristeza honda, un desasosiego que no tenía que ver con ser arrestado por una broma. Estaba demasiado hundido. Demasiado…

—Bah… Menudo carajote —musitó Brais, tras lo que se acercó a los agentes—. Llevadme también. Lo he detenido yo. Firmo yo el parte. Total, así no tengo que ir directo al hospital. —Se le escapó una fugaz sonrisa.

Uno de los agentes lo miró, dudando si lo decía en serio.

—¿Seguro, inspector?

—Sí, venga. Así me entretengo. Y a ver si en comisaría alguien me da un café que no sepa a agua de calcetín.

Lo metieron en el coche patrulla. Brais se sentó junto al tipo de la pistola, que mantenía la cabeza gacha y las esposas por delante del rostro, como si quisiera desaparecer.

Durante todo el trayecto no dijo una palabra. Y Brais, que sí sabía leer silencios, intuyó que aquella “broma” tenía más fondo del que parecía. Mucho más del que jamás hubiera pensado.

Capítulo 6 - Nada es una broma

Mientras el coche patrulla atravesaba la Punta de San Felipe en dirección a Nueva Gades, Brais se entretenía dándole vueltas al carnet de identidad del detenido, el cual de vez en cuando echaba una ojeada a su izquierda para mirar de reojo a ese policía de negro "heavy metal" tan alto.

—Arturo Marconi Gonsalves. Bonitos apellidos, aunque no son muy de aquí —le espetó Brais sin mirarlo.

—Mi padre era italiano. Al menos eso decía mi madre —esbozó una mueca que en nada se parecía a una sonrisa.

—¿Portuguesa?

—No, gallega.

—Buena tierra, Galicia.

—No he ido nunca, aunque mi madre dice que le encantaría volver. Dice que tiene morriña de allí.

—Lo entiendo.

Arturo lo miró sin comprender. Justo en ese momento, un traqueteo del coche los puso alerta.

—Un socavón, inspector López —le avisó el agente Recio.

—Ya. Gracias por la aclaración. Mira la carretera, anda.

—Menudo gilipollas —dijo de manera casi imperceptible el agente que conducía.

—¿Perdona? —Brais se echó hacia adelante y agarró con su manaza el asiento del conductor.

—Nada, nada. Me refería a… Ya hemos llegado.

El vehículo se había detenido justo delante de la comisaría de distrito de Nueva Gades. Brais bajó primero. Respiró hondo y le ofreció la mano al detenido. Este se mostró remiso al principio, pero enseguida se animó a salir al leer cierta urgencia y mucha mala leche contenida en el rostro del inspector jefe.

Ambos subieron los escalones que separaban la acera de la entrada del edificio. Brais guiaba a Arturo, que, esposado, se dejaba hacer. Este, algo ausente, miraba la fachada que tenía ante sí como si de un monstruo que lo fuera a engullir se tratase.

Nada más atravesar el umbral, se topó de frente con el agente Federico García, el agente novato al que media comisaría llamaba ya "el poeta" gracias a la ocurrencia de Brais. Federico nunca había escrito poema

alguno, pero la realidad decía que se trataba de un verso libre dentro de la policía.

—Poeta, ¿dónde está Garrido? —preguntó a la par que hacía un gesto para traspasar al detenido a los agentes Recio y Solano.

El segundo se encargó de Arturo Marconi, mientras que Recio anunció que llevaba el arma requisada a la sala de pruebas.

—Buenas tardes, señor inspector jefe —saludó Federico.

—Abrevia, que no tengo todo el día.

—De-de acuerdo. El cabo Garrido ha ido con el subinspector Vélez a la Dirección Provincial de Tráfico. Por lo del muerto de la autovía. Han ido a preguntar por las cámaras que cubren el tramo de la autovía donde apareció el cadáver.

Brais se frotó el mentón, distraído.

—Perfecto. Escucha. A ver si sacamos unos buenos maderos de vosotros. —el poeta lo observaba con atención plena—. Ve a buscar a tu amiga Vanesa y, si está libre, os metéis conmigo a interrogar al tipo del arma.

—¿A ese señor? —preguntó señalando con la barbilla al hombre que se llevaba el agente Solano a realizar los trámites de la detención— ¿Es el de la joyería?

—Sí. Arturo Marconi Gonsalves. A ver si nos cuenta la historia entera o seguimos con el teatrillo.

La sala de interrogatorios, además de asfixiante, estaba en decadencia. Como toda la comisaría. El edificio policial de Nueva Gades apenas había tenido arreglos o reformas serias desde que el alcalde de turno, junto con los representantes del resto de administraciones interesadas, lo estrenaran en un acto con muchas fotos y canapés variados hacía ya demasiados años. En el caso de esa estancia en concreto, esa dejadez podría incluso considerarse apropiada a un objetivo, si lo que se buscaba era someter al interrogado de turno con esa decadencia. ¿Lo malo? Que también afectaba al ánimo de los policías que allí trabajaban.

Cuando Brais entró con el poeta, el detenido ya esperaba allí.

—¿Qué pasa? ¿Viene Vanesa o no viene? —preguntó Brais.

—No la he encontrado. Supongo que estará liada. O en el servicio —contestó Federico con los brazos extendidos y las palmas de las manos apuntando al techo.

—Bueno, da igual. Empezamos. Mientras nuestro querido atracador esté listo… —dijo mirando a Arturo, que le devolvió una mirada mansa a pesar del sarcasmo—. A ver, Arturo. Soy el inspector jefe Brais López y este que está a mi lado es el agente García. No tenemos tiempo para gilipolleces, así que vamos a hablar sin tonterías. Al grano, ¿te parece?

El hombre, escueto de carnes, alrededor de los cuarenta, con barba de varios días y melena de varios años, asintió sin levantar la vista. Parecía un chucho abandonado en medio de una tormenta.

—¿De dónde sacaste la pistola?

—La encontré.

—¿Dónde?

—En la playa. En las dunas. Por Cortadura.

—Cortadura es muy grande. Especifica, hombre.

—No recuerdo bien. —el detenido miró al techo como si eso le pudiera ayudar a hacer memoria—. Creo que antes de El Chato. Entre las dunas. Pero no sabría…

—Vale. Y ahora, ¿cuándo?

—Esta mañana —respondió. Pero esta vez Brais notó que se había pensado la respuesta medio segundo más de la cuenta.

—¿Seguro? No sé si sabes que la policía lo comprueba todo.

Arturo dudó unos instantes, pero se reafirmó.

—Estaba dando una vuelta por la playa y la vi tirada. Vivo cerca, por el barrio de la Laguna, y me gusta andar por la arena. Hasta donde llegue.

—¿Una pistola tirada en la playa? —preguntó con la misma cara que le ponía a su hijo Samuel cuando le contaba una trola.

—Estaba dentro de una mochila —Arturo leyó en el rostro del inspector jefe la incredulidad y se decidió a concretar—. Una mochila negra y pequeña. Estaba abandonada en la arena. No había nadie. Yo no robo, de verdad. Lo juro por mis muertos.

Brais lo observó con atención. No le cuadraba nada. Ni el tono ni el momento.

—Ajá, está bien. Una pistola de las de matar dentro de una mochila tirada en la playa. Lo normal. ¿A que sí, Federico?

—Dentro también había una cartera y un llavero. Y un móvil viejo.

—¡Anda, mira! ¿Y qué hiciste con todo eso?

—Cogí el dinero de la cartera. Solo tenía veinte euros. El móvil estaba bloqueado y viejo, así que lo tiré todo a un contenedor al salir de la playa.

La cartera también. Y las llaves.

—¿Pero la pistola sí que te la quedaste?

—Sí. La cagué. No sé por qué. Fue una gilipollez.

—Eso seguro —le respondió Brais para a continuación posar su mirada inquisitiva en el poeta—. Agente García, ¿qué sabemos de la agente Remigio?

—He dejado dicho que avisen a Vanesa para que entre en cuanto llegue —dijo en voz baja.

—Vale, vale —le contestó a Federico antes de volver a dirigirse a Arturo —. La agente Remigio es especialista en temas informáticos —le soltó al detenido en un tono entre pedagógico y condescendiente—. Arturo, te voy a explicar cómo funcionan estas cosas. Hemos requisado tu teléfono móvil. Vamos a hacer una auditoría de ubicación, llamadas, mensajes, hasta del *Candy Crush* si lo usas. Y vamos a saber dónde estabas y a qué hora.

Arturo tragó saliva. Se le tensó la mandíbula. Brais cruzó los brazos y se retrepó en la silla. Hasta daba la impresión de que estaba cómodo.

—A ver, Arturo. No me caes mal. Pero supongo que eso tiene que ver solo con tu ascendencia gallega. ¿Estás seguro de que es cierto todo lo que me has dicho?

Un silencio tenso. Un parpadeo largo. Y Brais, ansioso por confirmar la intuición que albergaba desde hacía un rato.

—Bueno... a lo mejor fue por la noche —terminó por hablar Arturo, que se removió en su silla.

—¿Por la noche?

—Sí. Salgo a pasear por ahí cuando no hay nadie. Me relaja. Y ahora que lo pienso... sí, creo que fue anoche —confirmó con más aplomo que el que realmente tenía—. No esta mañana, sino ayer por la noche.

Brais sintió el clic que hacía encajar su pequeño puzle mental y sonrió antes de tomar la palabra de nuevo.

—Curioso, ¿sabes? Porque por esa zona anoche fue encontrado un cadáver en circunstancias, digamos, anómalas.

Arturo abrió los ojos de golpe. Se encogió en la silla. Le tembló el labio.

—¿Un cadáver?

—Sí. En la autovía. Muy cerca de Cortadura. Muerto en circunstancias que hay que esclarecer.

—Yo no vi nada. No sabía nada.

—¿Seguro?

—¡Lo juro!

—¿Y por qué te pones así?

—Porque me están acusando de cosas muy graves. ¡Yo no he matado a nadie!

—¿Quién ha dicho que lo hayas matado? Tranquilo, hombre. Que solo queremos aclarar las cosas, ¿verdad, agente García?

El poeta, que asistía al interrogatorio como si de una película se tratase, asintió. Arturo en cambio bajó la cabeza y tomó aire. Se tocó la frente y notó que estaba sudando. Mucho.

Justo en ese momento se abrió la puerta. Con un golpecito seco y mucha suavidad. En el hueco que se había formado se asomó la cabeza de la agente en prácticas Vanesa Remigio, la cual, algo azorada, se disculpó por la tardanza. Brais la hizo pasar con un gesto. Ella llevaba el pelo recogido con un lápiz, una subcarpeta con el logotipo de la policía nacional bajo el brazo y una bolsita de pruebas en la mano. El poeta hizo sitio entre él y el inspector y le ofreció caballerosamente asiento. Vanesa se sentó, se inclinó hacia Brais y le susurró al oído. Este asintió mientras miraba a Arturo.

—Bien. Te cuento —le dijo al detenido mientras leía uno de los documentos que había traído Vanesa—. La agente Remigio ha estado buscando en la base de datos y ha llegado a la conclusión de que la pistola que te hemos requisado está registrada a nombre… —El inspector jefe hizo una pausa teatral— de un tal Jorge Elestondo. ¿Te suena, Arturo? ¿Lo conoces?

El gesto de Brais había cambiado. Arturo se percató. Su expresión se había endurecido como el hierro fundido al enfriarse. Cuando volvió a mirarlo había otra luz en los ojos. Arturo solo sabía negar.

—¿No? Haz memoria, Arturito. Lo mejor es que digas la verdad. Te ahorrarás muchos problemas, créeme.

—¡Que no! —imploró elevando la voz más de lo que había previsto—. Lo juro por mi madre, agente.

—Esa pistola que llevabas —dijo ahora Brais con voz pausada— pertenecía a Jorge Elestondo. El sargento Jorge Elestondo, del Tercio de Armada de San Fernando.

Arturo se removió en la silla.

—¿C-cómo?

—No era una réplica, chaval. No era una broma. Era un arma militar, de verdad. De las que hacen pupa en las guerras.

—Yo no lo sabía... ¡Lo juro! La encontré. Allí no… Estaba en esa mochila. Yo...

—¿Y sabes qué, Arturo? Ese sargento del ejército era, para más señas, el hombre que apareció muerto a solo un par de kilómetros de allí. Un sargento. Militar. De uniforme. ¿Te suena ahora?

Arturo se quedó de piedra. El rostro se le desencajó. Su cuerpo entero se tensó, como si acabaran de meterle una descarga. Bajó la mirada, que se escondió detrás de los pelos de su melena enmarañada. Le temblaban las manos. El sudor le caía por la sien.

—¿Q-quiere decir...?

—Lo que quiero decir —interrumpió Brais, con voz grave— es que tienes mucho que explicarnos. Y que cuanto más tardes en hacerlo, más grave va a ser para ti.

El poeta miró a Vanesa. Vanesa miró a Brais. Brais miró al reloj.

Y Arturo... temblaba.

Capítulo 7 - Comodines y coincidencias

Brais salió el último de la sala de interrogatorios. Se había quedado sentado un buen rato, en la penumbra, pensando un poco en todo. En su padre y en la enfermedad, pero también en la muerte y en las razones para matar, que no siempre tienen que ser quince. A veces con una es suficiente. No quería pararse mucho en el razonamiento concreto en el que había derivado todo. Simplemente quiso dejarlo pasar, como el resto de los que iban cayendo por el desagüe de sus pensamientos; pese a todo se quedó, además de con un pequeño brote de ansiedad, con una conclusión: sospechaba que su hipocondría —y quién sabe si su tartamudeo— tenía que ver un poco con las despedidas y con lo irreversible de la muerte. Despedidas y muerte. Pensó que si no hubiera sido policía, quizás se le habría dado bien el psicoanálisis.

Cuando bajaba las escaleras, vio pasar por el patio central de la comisaría al cabo Garrido, que caminaba veloz hacia la salida. Lo llamó a voz en grito. Este se giró y, como un autómata, encaminó sus pasos hacia el inspector. El hombre venía con la chaqueta medio abierta, un café de máquina en la mano y la expresión del que lleva un turno entero sin parar ni para echar un pitillo. Eso es precisamente lo que más llamó la atención de Brais.

—¿Tienes un cigarro para mí, Garrido? —le pidió al cabo con los ojos fijos en un paquete de Winston blando que asomaba por el bolsillo de su cazadora. Brais miraba el cigarro que sobresalía de la cajetilla como un vampiro ante un apetitoso cuello repleto de sangre.

—Me vas a disculpar, López, pero no puedo. —Su gesto era recio, serio y eficaz, como era Garrido.

—¿Te he hecho algo? —le preguntó extrañado.

—En absoluto. Es que… no puedo —dijo tras un pequeño silencio—. En realidad te iba a buscar para informarte de que el tipo de la pistola ya está en el calabozo.

—Vale, bien. ¿Y lo de Tráfico? El poeta me dijo que habías ido con Perico a la Jefatura para preguntar por las cámaras de la autovía.

—Así es.

—Joder, macho. Estás más parco que yo cuando estoy de malas pulgas.

—Coño, López. Llevo un turno jodido y estoy cansado. Además, que yo no soy Perico. Sabes que a mí las preguntas tienen que ser más concretas.

¿Qué quieres saber?

—Joder. ¿Que si os han puesto pegas? ¿Qué os han dicho? ¿Algún problema? Algo.

—Pues, en general, bien todo. Nos van a facilitar el acceso a sus grabaciones. Pero antes tenemos que hacer una solicitud formal justificando que se trata de una investigación criminal en curso.

—¿No hacía falta orden judicial, no?

—Hasta dónde yo sé, no. Hay un delito grave de por medio. No creo que haya pegas.

—De acuerdo. ¿Y lo habéis hecho?

—Me iba a relajar tres minutos y después me iba a poner a ello con Perico.

—¿Un cigarro? —le espetó de sopetón.

—¡Que noooo! —respondió el cabo, que se marchó a la calle pitillo en ristre y con una sonrisilla perversa, sabedor de la relación del inspector con el tabaco.

—Mamón. Venga, vete, Garrido. Pero a tomar por culo —le dijo en la distancia.

Brais, con un palmo de narices y sus niveles de mala hostia aumentando por momentos, enseguida encontró una nueva víctima. Dos para ser exactos.

—¡Tortolitos! —exclamó en cuanto detectó la presencia de Vanesa y el poeta, que bajaban charlando por las escaleras sin dejar de mirarse como si uno hubiera escrito una novela sobre el otro. La voz del inspector jefe había espantado el embrujo.

—Inspector López, ¿sería usted tan amable de repetirme lo que acaba de decir? —preguntó Vanesa con seriedad y aplomo ante la atenta y embelesada mirada de Federico—. Porque espero que no haya sido una falta de respeto flagrante hacia mi persona o hacia la del agente García, aquí presente.

—Esto-to… No-no-no, Vanesa. No-no se me-me ocurriría.

—De acuerdo —dijo de repente con voz dulce y angelical. Brais no sabía si le había dado más miedo el sermón que le había soltado la agente Remigio o la mutación tan brusca en el tono y en el gesto con los que le hablaba ahora—. ¿Qué necesita, inspector?

—Sí, a ver… —trató de concentrarse después de la chapa recibida—. El cabo Garrido acaba de decirme que el detenido, Arturo Marconi, está en el

calabozo. Yo creo que vamos a dejarlo unas horitas ahí dentro a ver si se cuece a fuego lento y sacamos buen caldo. Me cae bien el colega, pero… en fin… así son las cosas, ¿no? —preguntó más para autoconvencerse.

—Claro —dijeron la pareja de agentes a la vez.

—Hablaré con Perico para coordinarnos e interrogarlo otra vez. Entretanto, quiero dos cosas de vosotros. ¿Tenéis para apuntar?

—Sí, señor inspector jefe —contestó el poeta, que ya había sacado una libreta casi igual que la de Brais.

—Bien. En primer lugar, necesito que habléis con el cuartel de San Fernando para confirmar al cien por cien que el arma que tenía Arturo pertenecía al sargento Elestondo. Cuando lo tengáis, informad a Perico, que ya hablaré yo con él para que me ponga al día.

—Lo entiendo, señor —repuso Vanesa—, pero esa información ya es fidedigna. La saqué de la base de datos al efecto.

—Es verdad, Vanesa. Tienes razón. Pero no quiero problemas con nada relacionado con armas militares. Yo me entiendo —añadió Brais ante la cara de incomprensión de sus compañeros.

—Perfecto, señor inspector jefe —dijo Federico—. ¿Y la segunda cosa?

—Que vayáis pidiendo una orden al juez para geolocalizar el teléfono de Arturo y poder ubicarlo. Por lo que sé, están tardando en concederlas. Así que hacedlo rápido, que la justicia se acuesta temprano.

—¿Cree usted que está vinculado con la muerte del sargento Elestondo? —preguntó Vanesa con su habitual tono técnico y formalísimo.

—Lo primero que habrá que confirmar es que el militar fue asesinado y no un accidente o similar—sentenció Brais—. Después, ya veremos. Lo que está claro es que el detenido tenía una pistola que pertenecía al *milico* en cuestión y ha admitido que pululaba cerca del lugar de los hechos. Y ese tipo de casualidades no lo podemos obviar.

—Entendido —dijo Vanesa—. ¿Podemos ayudarlo en algo más?

—No, no. Ya está. Gracias. En realidad estoy de permiso. Ahora voy a pasarme por casa para recoger algunas cosas y luego tiro para el hospital para estar con mi padre.

—Espero que haya una pronta mejoría, inspector —dijo Vanesa. Brais respondió con una mueca y puso rumbo al exterior.

Dadas las instrucciones, Brais salió de la comisaría con un ligero alivio en su cuerpo y en su alma. Tener cosas que hacer y que pensar le calmaba. No tener que fingir que quería estar en el hospital, también. Quería estar

con su padre, sí, pero no allí, entre paredes blancas, olor a alcohol y rodeado de virus por doquier.

Tal y como había previsto, pasó por su casa. Necesitaba una ducha, ropa limpia y quince minutos sin que nadie le preguntara nada. Mientras se secaba con una toalla desgastada, procedente de un pueblito portugués fronterizo con Pontevedra, cuyo nombre no recordaba, se le vinieron a la mente imágenes sueltas de su infancia. Se vio a sí mismo de niño, feliz y despreocupado, y se preguntó en qué jodido momento de su existencia se había convertido en un cardo borriquero. Eso le llevó a hacer algo que tenía pendiente. Sin pensárselo, marcó un número en el móvil que conocía mejor que su número del DNI.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina—. Ah, eres tú. Perdona, estoy muy liada.

—Hola, Rosa. ¿Cómo está el crío?

—Ahí. Jugando en su cuarto. ¿Qué quieres Brais?

—Quiero recogerlo para que vaya a ver al abuelo al hospital. ¿A las siete?

—Ah, bien. ¿A las siete? ¿Cómo está Toño, por cierto?

—Sí. Sobrevivirá.

—Vale —dijo la exmujer de Brais mientras tecleaba algo en su portátil.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? Ah, sí. Pero tienes que devolverlo a su templo antes de las nueve. Ya sabes que soy muy estricta con los horarios.

—No se me olvida —dijo con intención, pero Rosa estaba demasiado enfrascada en sus quehaceres —. Gracias.

—No lo hago por ti. Es por tu padre. Y por Samuel.

A las siete en punto, como un reloj, Brais recogió a Samuel. El niño, de diez años, le dio un abrazo torpe y rápido, de esos que no buscan calor, sino equilibrio emocional. Fueron al hospital y subieron a la habitación de Toño, que estaba sentado, viendo uno de esos programas en los que la gente habla por hablar.

—¡Hombre! ¡Mi nieto favorito!

—¡Soy el único!

—¡Por eso mismo!

Brais se apartó, les dejó espacio. Durante un rato, Toño y Samuel hablaron de tonterías: del colegio, de un dibujo que había hecho, de un

balón nuevo que le había comprado su madre. El caso no salió. Ni una pregunta. Toño solo le guiñó un ojo a Brais cuando Samuel no miraba. Eso bastaba.

A las 21:15, tras dejar al niño en casa de su madre, regresó al hospital. Como siempre, aparcó el coche en el parking del campo de las balas y puso rumbo a la clínica de San Rafael. De camino, Brais echó de menos un cigarro que echarse a la boca. Últimamente se estaba acentuando demasiado el mono de nicotina. Se imaginaba con deleite dando un par de gustosas caladas y exhalando un humo cargado de alquitrán, formaldehído y muerte. Las sintió tan reales que se asustó. Inmediatamente sacó el móvil y llamó a Perico para exorcizarse.

—¿Qué pasa, Perico? ¿Alguna novedad?

—Sí. Tengo dos noticias. ¿Por cuál empiezo?

—Por la mala.

—Ahí va. El tipo del arma, Arturo, pidió su "comodín de la llamada".

—¿Y qué?

—Pues nada. En menos de una hora se presentó un abogado. De los buenos.

—¿Buenos?

—Buenos y caros. De los que cobran nada más que por escuchar. El tío entró como Pedro por su casa, y en media hora ya estaba amenazando con un *habeas corpus*.

—¿Y el juez? —preguntó Brais, aunque ya sabía la respuesta.

—No te lo vas a creer.

—Lo dejó en libertad.

—Bajo fianza. Tiene antecedentes por menudeo de drogas, nada grave. El abogado alegó que no hay peligro de fuga y que no hay prueba de que tenga nada que ver con el muerto de la autovía. Un atropello, dijo.

—Joder —se quejó Brais.

—Ya. Pero no podemos hacer mucho sin más pruebas.

—¿Quién mandó al abogado?

—No lo sé. Solo sé que Arturo hizo su llamada. Luego, a la hora, se presentó el picapleitos. El tipo ni pestañeó. Dijo que lo representaba, se identificó... y a por todas.

—¿Nombre del abogado?

—Es un nombre memorable. Borja María de los Santos y no sé qué más. ¿Te suena?

Brais negó con la cabeza, pero no pronunció palabra alguna. Solo pensaba que un abogado así no acude al auxilio de un camello de poca monta.

—Eso no cuadra —dijo por fin—. Arturo tiene pinta de no tener ni para tabaco de liar.

—Exacto. Por eso te llamaba. ¿Quién está detrás?

—Buena pregunta. Pero una cosa está clara: Arturo no es tan poca cosa como parece.

—O sabe algo que a alguien le interesa mucho que no cuente.

Silencio.

—Le he dicho a Vanesa y al poeta que pidan una orden judicial para comprobar la ubicación del móvil de Arturo —dijo Brais—. Estate pendiente, anda. Si estuvo en la autovía anoche, lo traemos de nuevo. Y esta vez, sin bromas.

—Hecho —aceptó Perico.

—Y que alguien investigue al picapleitos de lujo. Con quién trabaja, a quién factura, y a quién obedece.

—Ok.

—¿Y ahora me vas a contar la noticia buena?

—¿Quién te ha dicho que haya una noticia buena? Eran una mala y otra peor. —Brais iba a interrumpirle con un improperio, pero Perico se adelantó —. Han venido a buscarme Agustín con nuestro queridísimo Gerardo, el insigne comisario provincial —dijo con ironía—.

—¿Qué coño quería el impresentable ese?

—Saber quién llevaba el caso en primer lugar. Agustín saltó del tirón para decirle que tú no, que estabas de permiso, y que era yo el que estaba al cargo. Que tú solo te habías topado con un tipo que tenía el arma del militar muerto.

—Agustín es un trepa, pero bueno… Si no fuera porque es mi amigo…

—Ya, ya. Pues tu amigo le dijo que no se preocupara por nada, que te tenía controlado.

—Hijo de puta. ¡Me va a controlar los…!

—Ya ves. Pues yo traté de explicarle lo que teníamos hasta el momento, pero el comisario provincial me cortó. No me dejó hablar. Me señaló con su dedazo y me advirtió que cualquier novedad, por mínima que fuera, de

alguno de esos dos casos, que informe inmediatamente a Agustín como comisario de distrito; ah, y que se guarde confidencialidad y sigilo absolutos.

—Lo de siempre —dijo Brais con gesto de hartazgo.

—Obvio. Aún así, cometí el error de preguntarle si todo eso era por lo del robo de armas en el cuartel de San Fernando, y no sabes lo que me dijo. Que precisamente la pregunta que había hecho yo era un ejemplo claro de lo que no debo hacer para mantener el sigilo profesional y la confidencialidad como agente de la ley. ¡Su puta madre! —exclamó—. ¿Qué te parece?

—Gilipollas. —A poco estuvo de atorarse con el insulto—. Me parece que me estoy poniendo cada vez de más mala hostia. Te dejo, Perico. Porque si no, voy a explotar y no quiero amargar a mi padre antes de que se duerma. Seguimos hablando mañana, ¿vale?

Colgó.

El viento de levante soplaba con fuerza otra vez, como si Nueva Gades entera respirara con dificultad. Brais se subió la cremallera de su sempiterna chaqueta negra, pensó de nuevo en fumarse un cigarro y se quedó mirando el cielo. Ni una estrella.

Pero lo que más le molestaba no era la oscuridad. Era saber que había empezado algo que olía a pólvora.

Y aún no sabía quién tenía la mecha.

Capítulo 8 - Domingo con hipocondría

Cuando se despertó, el cuello le crujía como una puerta vieja sin engrasar. Brais estiró los brazos y las piernas para desperezarse. Cansado y aturdido, no tenía la sensación de haber dormido en ningún momento. Multitud de pequeñas pesadillas le habían visitado durante su duermevela continuo. Parecían trailers oníricos de películas de terror, o una especie de *reels* o *shorts* para impacientes, tan de moda en las redes sociales, pero trasladado al mundo de los sueños nocturnos. Con todo, se dio cuenta de que, entre fantasía y fantasía, alguna cabezada sí había dado.

La culpa de su mal dormir no la había tenido el incómodo sillón. Esta vez había sido el insomnio. Y el insomnio había venido con mochila: la operación pendiente de su padre, el interrogatorio de Arturo, la pistola que llevaba encima este, el misterioso abogado VIP, el ministerio de defensa queriendo echar balones fuera… y para colmo, un dolor abdominal persistente que lo había hecho visitar el baño en tres ocasiones durante la noche.

La tercera vez, ya con el amanecer a las puertas, y mientras se lavaba las manos a conciencia, Brais se miró al espejo y se preguntó si se trataría de colón irritable o… algo peor.

Cuando regresó a la habitación para un último intento de descanso, Toño ya tenía un ojo abierto.

—¿Qué es ahora?

—¿Qué dices, papá? ¿Te pasa algo?

—¿Qué enfermedad es la que piensas que tienes? Se te ve en la cara que estás con un ataque de hipocondría. Esa mueca de “me voy a morir de un momento a otro” es tu especialidad, neno.

—¿No-no pu-puedo mear tranquilo o qué?

—Si fuera mear nada más. Con menudo dueto de viento a medias con el señor Roca me has deleitado a mí y a media planta. Concierto en do mayor de trombón y trompetilla. Tómate un aquarius para recuperar líquido, anda. Te vendrá bien. No veas qué nochecita.

—Estoy bien, joder —repuso con enojo contenido.

Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos. Brais se sentó de nuevo en el sillón y cerró los ojos. Toño cambió de lado en la cama. Hasta que una enfermera pizpireta entró por la puerta con una algarabía impropia para una hora tan temprana.

—¡Don Antonio, la temperatura! —avisó a toda la planta empuñando un termómetro digital como si se tratase de un arma.

—Buenos días —le espetó Brais, de brazos cruzados, con un sarcasmo que se notaba a leguas, pero que la sanitaria no pilló.

—Buenos días, inspector. ¿Cómo ha dormido usted hoy? —se interesó por Brais.

—Juani, deja a mi hijo, que muerde. Ha tenido una noche toledana.

—¿Se sabe algo de la operación? —le preguntó Brais a la enfermera.

—Ay, hijo. Ni idea, pero he escuchado a la doctora Gómez decir que los quirófanos están llenos y que no dan abasto. La pobre, con eso de que los que mandan no cubren las bajas, lleva turno doble —se quejó Juani—. Pero no te preocupes, que cuando se quede libre, llaman a tu padre.

—Me cago en la cama del director del hospital y de los putos políticos —bramó Brais—. ¿Y a qué hora será eso? —insistió más seco que una mojama en el desierto.

—Pues ojalá lo supiera, hijo. Puede ser a las nueve o a mediodía. Mientras, don Antonio no debe comer nada —dijo a la vez que asentía.

—Sí, ya. ¿Y qué hora es mediodía? —volvió a preguntar Brais con la vena del cuello saltando a la comba.

—No te apures, Juani —intercedió Toño—. Aquí estaré. No me voy a ir a ningún sitio.

La enfermera miró con una franca sonrisa a los dos. Toño la observaba alegre y Brais seguía enfurruñado. La mujer salió de la habitación canturreando alegre una copla de Juanita Reina dejándolos en una nube de indefinición quirúrgica.

—Joder, ni buena música ponen en este maldito garito —protestó.

—Qué poco paciente eres, neno.

—El paciente aquí eres tú, papá. Yo solo te acompaño. Voy a llamar a Perico, ahora vuelvo.

Brais se levantó de un salto, salió de la habitación al pasillo y marcó el número del subinspector Pedro Vélez. Una vez. Dos. Nada. Ni una señal. Se extrañó.

Marcó el número de la comisaría. Respondió una voz femenina con dicción de manual de protocolo.

—Comisaría de distrito de Nueva Gades, buenos días. Al habla la agente Remigio. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vanesa, ¿dónde está Perico?

—Yo también me alegro de saludarle, inspector López —le contestó la agente con sequedad.

—Pe-perdona. Hola, hola.

—Perico ha salido. Se ha visto obligado a atender una obligación laboral urgente, o eso me ha indicado.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Brais con voz condescendiente.

—Usted está de permiso y...

—Joder, Vanesa, cuando te pones en modo robot no se puede hablar contigo.

—Está bien. —Chasqueó la lengua antes de continuar—. El subinspector Velez ha ido junto con el cabo Garrido en busca de Arturo Marconi Gonsalves, el detenido de ayer. Entiendo que han acudido a su domicilio habitual.

Brais, que se había asomado a la habitación de su padre para comprobar que todo iba bien, frunció el ceño de pronto.

—A ver, a ver. ¿Y eso por qué? ¿Qué me he perdido? ¿Por qué han ido a buscarlo?

—Porque no responde a las llamadas. Si mi memoria no me es desleal, me han comentado que su teléfono móvil se encontraba apagado.

—Vale, pero… No entiendo. A ver, Vanesa, voy a intentar hablar en tu idioma: ¿me puedes explicar el motivo, razón o causa por la que el subinspector Pedro Vélez y el cabo Manuel Garrido han decidido comenzar una búsqueda del ciudadano que ayer fue detenido por ser portador de un arma para la cual no poseía permiso legalizado alguno?

—¿Inspector López?

—Dime.

—¿Se cree usted muy gracioso?

—No-no-no. Jo-joder. Si yo solo quiero…

—Han ido porque esta mañana ha llegado desde Madrid el informe de geolocalización autorizado por el juez.

—¿Y qué? —preguntó Brais aún colorado de vergüenza.

—El móvil de Arturo estaba ubicado en la madrugada del viernes al sábado, en el momento aproximado de la muerte del sargento Jorge, en la zona de Cortadura.

Una punzada en el bajo vientre coincidió con la noticia. Brais no sabía si era por el caso o por el colon.

—Gracias, Vanesa.

—Por cierto, ¿confirmaste con el cuartel, como te pedí, que el arma que llevaba Arturo era del muerto?

—Lo siento. Estoy en ello, pero no ha sido posible de momento.

—¿Por qué? —preguntó Brais con cierta incredulidad.

—Hay ciertos problemas. Presupongo que puede deberse al actual encargado de la sala de pruebas y a su inexperiencia. Aún así, volveré a insistir.

—¿Pero qué pasa? ¿Que no encuentra la pistola o qué?

—Efectivamente. Dice que se ha tenido que traspapelar.

—Se traspapela un papel, no un arma de fuego. Métele candela al notas, anda.

—¿Perdón?

—Nada, total… Cualquier cosa, me dices. Estaré atento en la distancia.

—Por supuesto, inspector López. Un saludo.

Colgó y, palpándose por debajo del ombligo, se quedó pensativo mirando el suelo del pasillo como si fuera a encontrar allí una pista que resolviera la investigación.

Miró el reloj. Eran las doce. “Las doce del mediodía”, pensó Brais a la vez que hacía una mueca extraña con su cara. Había consultado cada minuto en su reloj de pulsera. La ansiedad por la operación lo consumía, por más que no quisiera admitirlo. También el aburrimiento, porque ni siquiera podía discutir con su padre. Toño estaba dando una cabezada. Ya que no podía comer nada, eligió descansar, aunque con un ojo medio abierto, como siempre.

Entonces una música celestial inundó la habitación.“…I´m on a highway to…” sonaba en su móvil. Toño se giró con los ojos entrecerrados. Era el subinspector Pedro Vélez.

—*Ome*, Perico. ¡Dichosos los oídos!

—No seas capullo, Brais, picha. ¿Qué tal Toño?

—Pues nada. Aquí está, haciéndose el dormido mientras espera a que se lo lleven a quirófano.

—Vaya tela. Pobre hombre, lo que tiene que aguantar.

—¿Habéis encontrado ya a Arturito? —dijo Brais obviando el tirito de su colega—. Sé que lo habéis ido a buscar a su casa por lo de la localización de su móvil.

—Qué inspector más aplicado. Pues sí. De allí vengo.

—¿Lo habéis detenido?

—Negativo. No estaba. Pero no ha sido en balde.

—Qué te gusta hacerte el interesante con esa voz de tenor que tienes. Para que después te vean en persona y digan: "parecía un hombretón…".

—Vete al carajo, Brais.

—Cuenta, cojones. Que no estoy de humor.

—Si es que… En fin, resumiendo. Cuando llegó el informe de geolocalización, pedimos al juez una orden de entrada. Y la conseguimos.

—¡Coño! —exclamó Brais, que no se lo creía—. ¿Así? ¿Sin más?

—El juez de guardia es uno de esos suplentes que dicen que sí antes de terminar de leer. Bendito sea. Si nos toca el titular, aún estamos rellenando formularios.

—¿Y dentro qué?

—El piso, muy humilde, con muebles baratos hechos una mierda, aunque bastante limpio y ordenado. Se nota la mano de una mujer.

—¿Sabes que eso es un micromachismo? No eres políticamente correcto. Como te cojan hablando así…

—¿Quién fue a hablar? El campeón de los bordes.

—Venga, sigue, pringao.

—A ver si no me interrumpes más —le dijo Perico, enfadado—. Nos abrió una vecina con llave y nos dijo que la madre de Arturo está fuera.

—Al grano, tío. ¿Qué habéis encontrado?

—Pues en el cajón de la mesilla de noche de Arturo, hemos encontrado el móvil del sargento Jorge. Su cartera también. DNI, tarjetas, dinero. Todo.

—Pero si el sargento llevaba un tarjetero encima.

—Sí. Pero la cartera completa estaba aquí. El tipo nos mintió. Y además, había un blíster con pastillas de las gordas. Antidepresivos muy potentes. Medicación fuerte.

—¿Y Arturo?

—Nada. Desaparecido. El teléfono apagado. Y la vecina dice que no lo ha visto desde ayer por la tarde. Muchos indicios de culpabilidad, ¿no crees?

Brais apretó los dientes.

—¿Y no te parece raro que alguien como Arturo pudiera con un militar en forma? ¿Empujarlo a la carretera? ¿Llevarlo hasta allí?

—Sí. Pero si no fue por la fuerza, pudo ser por engaño —repuso Perico —. Lo que está claro es que tiene relación con el muerto. Y que estaba allí.

Ya sé que no es nada definitivo, pero…

—¿Y si se suicida?

—Es una posibilidad, está claro. Con esa medicación… si ve que se le viene encima el marrón, podría hacerse daño. Por eso vamos a emitir una orden de busca y captura. En cuanto lleguemos a comisaría, la meto en el sistema.

—Hazlo. Y avísame con lo que sea.

—Tranquilo, tú céntrate en lo tuyo.

—¿Lo mío?

—Tu padre.

Brais, que había salido de la habitación y se encontraba nuevamente en el pasillo, suspiró. Se apoyó en una pared descascarillada y algo sucia. Miró hacia el techo.

—Está bien. Tiene mejor talante que yo.

—No lo dudo —Perico acompañó con una risa cálida su comentario—. Ánimo, tío.

—Gracias. Hablamos.

Al fondo, la puerta de la habitación seguía cerrada. Dentro, su padre esperaba. Y con él, algunos de sus miedos más profundos. No obstante, entró de nuevo. Ahí estaba Toño, concentrado en la televisión.

—Brais, tienes que ver esto —dijo de repente Toño, que subió el volumen del televisor.

—¿Qué pasa? —dijo antes de reconocer al tipo gordo y grande que hablaba con voz abisal—. Me cago en su cama. ¿Qué está diciendo el cabrón ese de Gerardo?

—Shhh. Calla, neno —le espetó su padre—, que no oigo.

Brais no necesitó escuchar demasiado. Con el titular escrito que acompañaba a las declaraciones de Gerardo de Lomeña, comisario provincial de la policía nacional en Cádiz, era suficiente: “Una de las armas robadas en las dependencias del ejército en San Fernando, encontrada en manos de un delincuente fugado en Cádiz”.

—El que no corre vuela, aunque esté gordo —dijo Brais apretando la boca—. Esto huele a mierda.

Capítulo 9 - De urgencias y otros demonios

Brais tuvo que hacer una nueva visita de urgencia al pequeño e incómodo cuarto de baño. Lo que salió de allí, se lo dedicó mentalmente al mandamás de la policía nacional en la provincia de Cádiz. Las declaraciones del comisario provincial en televisión habían causado un efecto dispar. Aunque quién más lo sufrió fue Toño.

—Esto huele fatal, papá —le dijo Brais mientras se abrochaba la hebilla de su cinturón tras salir del aseo—. Fatal.

—A mí me lo vas a decir. Qué pestazo, neno. Parece que has hecho un exorcismo a los muchos demonios que tenías dentro —dijo muy serio a pesar de la broma.

—En serio, papá. Estoy hablando de lo que ha soltado respecto a dos investigaciones en curso. Tu excolega, Gerardo de Lomeña, es cada vez más mentiroso.

—La política. Y mío no es nada el hijo de la grandísima… Me callo, que me he prometido a mí mismo ser más comedido y estoico —dijo Toño incorporándose y poniendo rumbo al sillón.

—Su puta madre —bramó iracundo—. Está mezclando los casos. Y lo peor es que esta vez mi intuición me dice que ha sobrepasado sus límites.

—¿A qué te refieres?

—De momento es solo una intuición, pero lo de Arturo y lo del robo de armas… No sé. No les veo relación.

—Pero el muerto de la autovía era sargento en San Fernando, donde el robo de las armas, ¿no?

—Sí, es verdad. Pero no cuadra. No puedo explicarlo.

—Pues ahí está el *quid* de la cuestión. Ese es el camino.

—¿El qué?

—La explicación, coño. Es lo que tienes que encontrar.

—Joder, papá. Pareces un vendehumos de esos que rulan ahora por todas partes. Sueltas vaguedades y te quedas tan pancho.

—Qué lerdo eres a veces, neno.

Un sonido logró que ambos se pusieran de acuerdo en algo. Unos nudillos golpearon la puerta y los dos miraron a la vez hacia la entrada de la habitación. Allí, en el umbral, se recortaba la silueta de un hombre de

pequeña estatura. El médico que se había presentado, de bata demasiado grande y andares de funcionario interino, llevaba un bloc de notas bajo el brazo y calzaba una mirada huidiza, como la de un ratón de biblioteca que se acaba de dar cuenta de que ha entrado en la madriguera de un zorro.

—¿Qué pasa? —le soltó Brais, con una voz ronca que le salió del alma —. ¿Ya? ¿Nos vamos a quirófano? ¿Es ahora? ¿Lo lleváis ya?

Lo negó todo. El médico, mientras movía el cuello de un lado a otro, se limitó a sonreír de forma algo idiota. Por fin, se dirigió directamente a Toño.

—Buenos días, don Antonio. O buenas tardes ya —dijo mirando el reloj —, porque ya son más de las doce del mediodía. —El rictus de Brais al escuchar eso se tensó—. Solo venía a ver cómo se encuentra.

—Bien —contestó Toño, que miró de reojo a su hijo, como esperando la explosión.

Y no tardó en llegar.

—¿Disculpe? —saltó Brais, interceptando la atención del médico, que ya parecía dispuesto a buscar la puerta con la mirada—. ¿Y la operación? ¿Es hoy, verdad? —Brais se encendía a cada palabra—. Porque vamos de retraso en retraso y aquí, mi señor padre, está….

—Déjalo, Brais.

—Esto… Eh… —El médico se removió incómodo, como un pez al que han sacado del agua. Tenía los ojos de Brais clavados en los suyos—. Es que, verá, han entrado dos urgencias muy urgentes…

—Eso es redundante, ¿no cree?

—Sí. Perdón. Es que es domingo. Y los recursos… ya sabe… son limitados.

—¿Limitados? —Brais se mordió la lengua, aunque su diatriba continuó *in crescendo*—. ¿Me está diciendo que no va a ser hoy? ¿Y mañana qué? ¿Y si mañana entran otros dos? ¿Nos quedamos aquí a criar musgo en las paredes?

Toño alzó una ceja. Brais había entrado en combustión.

—Intentaremos organizarlo todo, pero casi seguro que será mañana. Voy a consultarlo —repuso el médico, que poco a poco iba dando pequeños pasos hacia atrás—, pero no le doy esperanzas para hoy. Lo-lo siento…

—¡Pero es que manda carallo, co-co-co-ño! —Brais ya tartamudeaba—. Me cago en la puta cama de todos los consejeros de sanidad, los

viceconsejeros y toda su estirpe administrativa. ¿Es que no hay prioridades? ¿No hay vergüenza?

El médico, cada vez más nervioso, se le quedó mirando como si tuviera delante a un toro negro negrísimo y cabreado.

—Mire… voy a hablarlo. Lo voy a intentar, de verdad, pero no le prometo nada. Ya le digo: lunes, probablemente lunes. Ma-mañana, ¿vale?.

Y salió casi corriendo de la habitación, dejando a Brais resoplando como un dragón al que le hubieran pisado la cola. Toño entrecruzó sus brazos con parsimonia, mientras lo miraba con ese gesto de padre que se ha cansado de decirle a su hijo que se ha pasado un par de pueblos.

—Brais, hijo. ¿No te das cuenta de que no tiene la culpa?

—Ya lo sé, papá. Pero es que es superior a mí. Siento pagarla con el mensajero, pero…

—Es que te pones hecho una furia. Parece siempre que estás a un segundo de pegar una hostia.

—Tú me conoces.

—Yo sí, neno. Pero el resto, la mayoría, no. Y a veces das miedo. Mucho.

—Nunca le he pegado a nadie. ¿Lo sabes, verdad?

—A nadie que no lo merezca. Porque cuando tenías once años le endiñaste bien a ese chaval que estaba tirándole piedras a un gato.

—Sí. —Brais sonrió. Una sonrisa de niño, clara y sincera—. Olafo fue mi primer gato.

—Ese niño, que tenía quince años, seguro que no tiene un recuerdo tan alegre de aquello —dijo Toño—. Por cierto, hablando de felinos, echo de menos a Calígula. Le estarás dando de comer, poniendo agua fresca y cambiándole la tierra.

—Papá, sabes que lo hago siempre. Cada vez que me pasó por casa, estoy un rato con él y…

Toño emitió un quejido. Brais se quedó callado y quieto.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Llamo a alguien?

—No es nada.

—Sí, sí. Ahora voy a… Se van a enterar.

—¡Brais, joder! —gritó Toño—. ¡Que te estés quieto! Que es solo un gas enconado, coño.

—No, voy a cantarles las cuarenta para que te operen de una puta vez.

—¿Brais? —se dirigió Toño con un tono muy suave, en contraste con la cólera previa.

—¿Qué?

—Vete, por favor —le pidió su padre de tal manera que no hubo contestación posible.

Brais lo miró como un perro regañado que no entiende qué ha hecho mal. Pero Toño mantenía la mirada, firme, cansado. El enorme inspector bajó la cabeza, suspiró, recogió su chaqueta del respaldo de la silla y salió de la habitación con las manos metidas en los bolsillos.

La cafetería del hospital estaba casi vacía, salvo por un par de mesas ocupadas por familiares de pacientes que se abrazaban a los cafés como a salvavidas. Brais pidió un cortado y se sentó en una mesa apartada. Agarró un Heraldo de Gades doblado sobre la mesa, lo abrió sin mucho interés… y se le heló la sangre. En portada, el sargento Jorge Elestondo Vega, de uniforme, con nombre, apellidos, graduación y destino en el Tercio de Armada de San Fernando. Titular: "La Policía cree que la muerte del sargento Jorge Elestondo fue un suicidio. Tenía tendencia a la depresión".

Leyó la noticia a toda velocidad presa de la ira. Inexactitudes, medias tintas, y alguna falsedad manifiesta. Lo único correcto eran los datos personales. En eso se habían esmerado. Todo envuelto, eso sí, de ese amarillismo cutre con ínfulas de oficialidad que imperaba en los medios más leídos de la prensa local.

—Hijos de mala madre —farfulló—. ¿Dónde está el límite?

Los verdugos, esos siempre estaban a salvo. Presunción de inocencia, derechos, abogados de postín. Pero los muertos… esos se exponían como carne en el escaparate. Era indecente.

Sacó el móvil y buscó entre las llamadas recientes a su colega y amigo.

—¿Pero qué mierda es esta, Perico? —arrancó, sin más—. ¿Cómo puede salir esto en portada? ¿Con nombre, foto, todo? ¿Y que pongan que es un suicidio? ¡Si nadie ha dicho eso!

Perico, al otro lado, carraspeó con aire de "te lo iba a contar, pero no me has dado tiempo".

—Una mierda, sí —admitió—. Sin querer he escuchado a Agustín hablar con Gerardo. Ha sido el Comisario Provincial el que ha dado la orden de filtrar toda la información a la prensa. Agustín tenía cara de

circunstancias. Se ve que no comulgaba con la idea, pero se las termina comiendo dobladas.

—¡Gerardo es gilipollas! ¡Así, con todas las letras! —gritó Brais, golpeando la mesa—. Otra vez queriendo apuntarse medallitas, como con el caso de la nave. ¡Este tío es un puto peligro! ¿Y por qué esa prisa?

—Cortina de humo, Brais. Para tapar lo del robo de armas en el cuartel.

—¡Claro! ¡Perfecto! Y mientras tanto, el arma que aparece en manos del tío de la joyería es de ese cuartel. Vamos a quedar como el culo cuando se sepa que el arma incautada no fue robada.

—Agustín, en su papel de comisario de distrito, ha dicho que eso no puede trascender. En general, que nada puede divulgarse.

—¡Pues claro que no puede trascender! ¡Pero va a trascender! ¡Porque Cádiz es muy chico y aquí todo se sabe antes de que ocurra! Y si no, ya me encargo yo. ¡Me cago en mi puta cama!

Las miradas volvieron a clavarse en él. Una mujer se levantó y se fue a la barra, cuchicheando con el camarero. Un celador se asomó por la puerta. Brais notó las miradas. Dejó de hablar por un instante y se levantó. Dio unos cuantos pasos y salió de la cafetería.

—Por cierto, ¿habéis encontrado el arma de marras?

—No. Vanesa sigue en ello. Pero de momento, nada.

—Su puta madre.

Brais se iba alejando cada vez más en dirección a la puerta de entrada al hospital. Dejó pasar a un coche y cuando se disponía a cruzar la calle Sacramento rumbo a la calle San Rafael, escuchó a la gente hablando a gritos. Lo típico.

Brais lo ignoró y siguió hablando con el subinspector Vélez, que se había quedado en silencio.

—¿Perico? ¿No tienes nada que decir? —Nada. Sin contestación—. ¡Coño, Perico! ¿Estás ahí? ¡Tus castas! Ahí te quedas —Brais colgó.

Brais, haciendo uso de su derecho al pataleo, comenzó a refunfuñar. Rezongando, cruzó el arco de la calle San Rafael en dirección a la clínica del mismo nombre. Y algo le tocó el hombro. Más bien alguien, porque escuchó algo así como…:

—Señor, se ha ido sin pagar.

Se giró con un gesto brusco. La chaqueta se le abrió. Y allí, a la vista del camarero de la cafetería, la pistola enfundada.

El camarero se quedó pálido. Levantó las manos como en una película mala de acción. Un par de personas gritaron. Un celador que venía de tomarse una cervecita en su descanso, se parapetó, asustado, tras la esquina. Alguien sacó el móvil. Brais levantó las manos, enseñó la placa y soltó, entre dientes:

—Policía. No pasa nada. Tranquilos.

Pero ya era tarde. La gente había entrado en pánico. El camarero se fue corriendo, Brais se palpó la chaqueta, sacó el monedero y ondeó un billete de cinco euros.

—Quédate con el cambio, joder —le dijo en la distancia avergonzado—. Lo que me faltaba. Ahora voy a salir en Instagram.

El móvil volvió a sonar. Perico.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó Brais, aún a medio camino entre la rabia y la vergüenza.

—Que ha venido una mujer a comisaría. Dice que estuvo anoche con el sargento Elestondo en Urgencias. Lo ha visto en el Heraldo y lo ha reconocido. Se quedó con la tarjeta sanitaria del muerto.

Brais se quedó congelado. La voz de Perico, esta vez, sonaba clara. Como una piedra lanzada en un estanque en calma.

—Joder… —murmuró Brais.

Y supo que lo que había empezado como un atropello en la autovía ya era un caso con demasiados cabos sueltos. Y todos se le estaban enredando en el cuello.

Capítulo 10 - Dunas y fantasmas

Un silencio denso. Ninguno de los dos se atrevía a decir nada. Parecía un juego en el que perdía quien hablara antes. Sin embargo, la realidad era que cada uno estaba haciendo sus propios cálculos mentales. Y el resultado siempre daba negativo.

—Entre el arma en manos del tipo ese de la joyería y esto, cada vez parece menos un accidente. ¿A qué hora estuvo esa mujer con el sargento?

—No he hablado apenas aún, pero dice que lo encontró por Cortadura a eso de las dos de la madrugada o un poco más. Luego lo acompañó a urgencias del hospital donde estuvieron hasta más de las cuatro.

—¿Y qué hacía esa mujer por Cortadura a esas horas?

—No me digas que tú también has pensado que…

—Perico, con los micromachismos, joder.

—Estaba corriendo. Cuando tiene jornada de tarde, sale a esa hora.

—Vale, vale. Tú te encargas de tomarle declaración, ¿no?

—Sí, aquí está el tío perenne. Llueva, nieve o haga calor.

—Venga, Perico, no te hagas el mártir, que no te pega. Yo iría, pero mi padre…

—No te preocupes. No me tienes que dar ninguna explicación. Te conozco.

—En serio. Dicen que al final lo más seguro es que tampoco lo operen hoy, con sus castas. Pero no me quiero ir lejos por si acaso cambian de opinión los matasanos estos.

—Que te he dicho que no pasa nada. Es mi trabajo y tú eres mi amigo. Ahora bien, la próxima te toca a ti. Me debes una.

—Que sí, cojones, que sí. Por cierto, no te olvides de preguntarle a esa mujer… ¿cómo se llama?

—Rocío, dice que se llama Rocío.

—Ok, pues Rocío. Pues que te diga con quién trató el sargento Elestondo en Urgencias esa madrugada. Ya sabes, médicos, enfermeros, administrativos, etcétera, etcétera. ¿De acuerdo? A ver si sacamos algo en claro.

Perico no respondió inmediatamente. Dudó unos segundos, pero al final lo soltó:

—¿Quieres que te ponga en manos libres? Está en la sala de espera. La llamo y hablamos todos.

Brais se lo pensó. Miró hacia la puerta de la habitación de su padre, dio un par de pasos, echó una ojeada y asintió para sí mismo.

—Venga, dale.

Se escuchó un movimiento, un clic y el roce del teléfono contra la mesa. Menos de un minuto después, una voz femenina, algo nerviosa y con acento andaluz comenzó a relatar su historia al otro lado de la línea.

—Hola —dijo temerosa, como si la fueran a reñir.

—Hola, Rocío. Soy el inspector jefe Brais López. Gracias por colaborar. Mire, necesito que me cuente exactamente cómo fue lo que pasó con el sargento Jorge. Paso a paso, sin saltarse ningún detalle. Cualquier cosa puede ayudarnos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Y ahí comenzó su relato.

Rocío, como cada semana con turno de tarde, solía salir a correr por la noche. Bastante tarde. Entre la una y las dos. Prefería eso al insomnio. Como también prefería el comienzo de la madrugada, con la ciudad casi vacía y el frescor nocturno, a las mañanas caldeadas por el sol y la gente.

En sus entrenamientos, casi siempre bordeaba las dunas de Cortadura, aunque a veces se metía en la playa. Salía de su casa, por la plaza Asdrúbal, y llegaba hasta el Ventorrillo el Chato, salvo que una pájara le obligase a acortar su ruta. Siempre iba, como esa noche, con los cascos puestos, aunque a un volumen moderado. Por seguridad.

Cuando encontró al sargento Elestondo, venía trotando por la playa. Había luna llena y, además, ese día se veía con fuerzas; así que eligió forzar la máquina y enfrentarse a la arena seca.

Fue en una pequeña zona de dunas donde lo vio. Un bulto, una sombra. En definitiva, algo que desentonaba. Se acercó y lo distinguió. Se trataba de un hombre tirado sobre la arena; iba vestido con ropa de “runner”, lo que hizo que Rocío empatizara pronto. Lo primero que pensó fue que estaba muerto. Pero enseguida lo descartó. El hombre se movía, aunque lo hacía muy muy despacio, como el que está a punto de despertarse y aún está a medio camino entre el sueño y la realidad.

Rocío se asustó. Rápidamente sacó su teléfono móvil y encendió la linterna para alumbrarlo. Lo hizo con cautela, a cierta distancia. Pronto se dio cuenta de que el hombre, que seguía removiéndose de manera casi imperceptible, tenía una herida en la cabeza. Había sangre apelmazada y una de sus manos, con lentitud, acudía a palpar el lugar del golpe.

Rocío, algo remisa aún, le preguntó si estaba bien, pero el hombre no era capaz de responder. Ella venció el miedo inicial y se acercó para ofrecerle su ayuda. Le preguntó dos o tres veces más cómo estaba y qué le había pasado. Tras unos instantes tensos, por fin hubo respuesta. Aunque muy parca y poco creíble: "estoy, estoy bien". El tipo estaba como mareado. O ido. O desorientado. O todo a la vez.

Cuando Rocío, después de que el hombre se incorporara a medias, le sugirió llamar una ambulancia, este se negó. Repetía una y otra vez que se encontraba bien, pero no dejaba de mirar a un lado y a otro. Ella insistió, pero el hombre comenzó a andar —o más bien, a tambalearse— en dirección Cádiz. Intuyó que no quería estar allí. Era como si quisiera desaparecer cuanto antes.

Entonces la mujer, en un arranque de decisión, lo agarró y entre ambos consiguieron parar a un coche que venía en sentido contrario. El conductor había terminado su turno en el chiringuito de Cortadura y no puso objeción alguna a llevarlos a Urgencias del hospital Puerta del Mar.

Durante el trayecto, el herido se presentó. Pero poco más. Dijo que se llamaba Jorge y que estaba corriendo cuando… Ahí cortó su relato.

Esa noche Urgencias era una feria. O al menos lo parecía, porque había un trasiego contínuo de entradas y salidas, acompañado también de charlas a voz en grito, quejidos lastimeros y vídeos de *youtube* a toda leche. Los enfermeros y los vigilantes de seguridad tuvieron que pedir silencio en varias ocasiones.

Cuando estaban entrando por la puerta del hospital, Rocío le preguntó si llevaba encima su documentación. Jorge, sin decir ni pío, echó mano a un bolsillo en sus mallas y sacó un pequeño tarjetero. Le llamó la atención la dificultad con la que el hombre sacó la tarjeta. Buscó sus ojos, pero solo encontró una mirada huidiza que iba de un lado a otro, como tratando de encontrar algo. O a alguien. Finalmente le entregó la tarjeta sanitaria a Rocío y ésta fue al área de admisión para tramitar su entrada como paciente de urgencias.

Uno sentado al lado de otro, en silencio, aguardaban su turno. Él, sin perder de vista la entrada —o la salida, según se mire— y con síntomas de aturdimiento; y ella, mirando el reloj a cada poco. El tiempo pasaba lento y denso entre ambulancias que llegaban y chavales estrenando comas etílicos. Rocío se terminó de impacientar. Dejó a Jorge sentado en una silla libre frente a la puerta de Urgencias. Había pasado más de una hora y el número

que le habían asignado seguía sin aparecer en la pantalla. Ni siquiera les habían llamado para pasar por la sala de triaje. Harta de esperar, fue a buscar a algún sanitario con el que hablar y exponerle la situación. Le dijo a Jorge que esperase allí y él le soltó de sopetón que había un hombre persiguiéndolo. O que lo había perseguido. Seguía musitando palabras que ininteligibles: que si el cuello, un atropello… Rocío las interpretó como las incoherencias de alguien en estado de shock. Simplemente lo observó incrédula mientras él, otra vez más, miraba nervioso a todos lados. Ella buscó en todas las direcciones, pero no divisó al supuesto perseguidor de negro, con gorra y gafas de sol. Incluso se asomó a la entrada. Su conclusión fue que se trataba de uno más de sus delirios, ya que, si hubiera habido por allí una persona con esas características, sobre todo por lo de las gafas de sol en plena noche, se habría dado cuenta.

Así que Rocío, pese a todo, comenzó a alejarse a buscar a un celador o a un enfermero. Antes de moverse, le pidió que estuviese tranquilo, que iba a intentar acelerar que lo viese un médico. Suponía que lo que tenía Jorge no era más que algún tipo de problema psicológico por culpa del golpe en la cabeza.

Pero solo consiguió promesas vanas. Lo cierto era que todo el personal, en aquellos momentos, estaba desbordado. Habían llegado cuatro personas con heridas de arma blanca, algunas con bastante mal pronóstico. Una bronca entre vecinos en el barrio de los Mártires con navajas, cuchillos y katanas había tenido la culpa. De manera que cuando regresó con las manos vacías y cansada no se vio con fuerzas ni argumentos para negarse. Porque lo que quería Jorge era marcharse de allí. Insistía en lo del hombre de negro y gorra. Rocío trató de convencerle de que lo mejor era esperar un poco más para que lo viera un médico, que probablemente tenía un traumatismo. Aunque lo cierto es que ella admitió que se le pasó por la cabeza que lo que tenía Jorge Elestondo era un empacho de algún tipo de drogas.

Esa teoría recibió confirmación cuando Jorge, además de insistir con cara de loco en el hombre de negro, empezó a hablar de la grabación de una cámara; después, por si fuera poco, balbuceó no sé qué de una pistola. Rocío le preguntó si se refería a la cámara de seguridad del hospital, que apuntaba hacia la calle. Jorge, aún sin prestarle mucha atención, asintió diciendo “que sí, que sí, la cámara”.

Brais le preguntó a Rocío acerca de la pistola. La mujer, incluso por teléfono, detectó, por la voz del inspector, que estaba ante un tema

espinoso. Respondió que le preguntó al hombre por el arma y que no hablaba con claridad. Creyó que este le había contestado algo así como que tenía que encontrarla. Rocío cuenta que en ese momento, vio que sus pupilas se dilataban. Ella se asustó. En esas, saltó su número en la pantalla. Le ofreció a Jorge su ayuda para levantarse. Se dejó auxiliar, pero tal y como se puso de pie, se puso más nervioso aún. Señaló a la calle con el ceño fruncido. Mientras, una enfermera salió de la sala de triaje y empezó a reclamar el nombre de Jorge Elestondo. Rocío lo dejó por un momento y se acercó para explicarle la situación a la sanitaria. Y cuando regresó, ya no estaba. Se miró la mano y vio que ni siquiera había podido devolverle su tarjeta sanitaria. La misma cuyo nombre comparó con el que apareció en la noticia del Heraldo de Gades.

La mujer salió a la calle por si todavía pudiera convencer a Elestondo de que volviera. Vislumbró en la distancia fue a Jorge, con un andar algo precario, doblando la esquina del hospital en dirección calle Brasil. Pero lo único que pudo hacer fue lamentarse por no haberlo seguido más.

—No se preocupe, señora —le dijo Perico—. Hizo más de lo que cualquiera en su lugar hubiera hecho. Muchas gracias.

—Sí, muchas gracias —repitió Brais al otro lado del teléfono mientras trataba de asimilar toda la información—. Por cierto, ¿tiene usted alguna intuición sobre a dónde pudo dirigirse?

—Pues, ahora que lo dice, la verdad es que sí. Yo creo que iba de regreso a donde lo encontré. Se me olvidó comentar que cuando se refirió a la pistola, creo que mencionó algo sobre la playa. Y entendí lógico que se marchara en esa dirección…

—Claro —dijo el inspector jefe.

—Brais... —le habló Perico—. ¿Te parece que, si a Rocío le viene bien, vayamos al lugar en el que encontró al sargento Elestondo? —preguntó mirando a la mujer, que asentía.

—Te lo iba a decir.

—Sin problema —aceptó Rocío—. Si quieren, ahora mismo. Es domingo y no tengo nada que hacer a mediodía, salvo comer.

—¿Qué hora es?

—La una y media.

—Vale —transigió Perico—. Nos acercamos ahora mismo entonces.

—Una pregunta más —interrumpió Brais justo cuando parecía que iban a colgar—. Rocío, ¿usted diría que el señor Elestondo, Jorge, tenía pinta de

suicida?

—No —respondió con rotundidad—. Estaba mareado, ido, trastornado… Lo que quiera. Pero tenía miedo. Yo creo que miedo de morir.

—Perfecto. Ha sido usted de mucha ayuda.

La comunicación se cortó, pero Brais no abandonó el teléfono. Abrió Whatsapp y le escribió a Pedro para darle las gracias por el esfuerzo que estaba haciendo; también para disculparse y para advertirle de que había que encontrar como fuese el arma que se le aprehendió a Arturo en la joyería. "Es vital. Más ahora, si cabe", le dijo literalmente a su compañero. "Y dile a Vanesa que hable con el agente Recio. Acabo de recordar que fue él el que la llevó a la sala de pruebas. No sé si me cae bien ese niñato".

Todavía se quedó un rato más mirando el móvil, como si pudiera obtener de él las respuestas que no tenía. Luego se pasó la mano por la cara, suspiró hondo y se quedó apoyado en la pared, mirando hacia la puerta de la habitación de Toño. El hospital seguía oliendo a lejía y a miedo. Y Brais sintió que quizás el vértigo que sentía en la base del estómago no tenía que ver tanto con su aversión a las enfermedades como a lo que se le venía encima.

Capítulo 11 - Cuidado, que la vida no avisa

La tarde-noche del domingo transcurrió como la lectura del Ulises de Joyce: lenta, con ansiedad creciente y pegando cabezadas a cada poco. Entre sueñecito y sueñecito, Brais y Toño tuvieron también tiempo para charlar, lo que inevitablemente derivó en discusiones absurdas por motivos de igual calaña.

Y como suele ocurrir cuando se visita a Morfeo a destiempo y se duerme durante el día, la noche fue un tormento. Brais no consiguió pegar ojo, o mejor dicho, durmió a ratos, como un murciélago borracho: cabeceando, dándole vueltas al caso del militar atropellado, despertándose con sobresaltos… Se sentía atrapado en una mezcla extraña de cansancio y angustia. El dichoso sillón, con ese respaldo que parecía diseñado por un sádico, no ayudaba; ni tampoco la música que escuchaba con un discman que había rescatado del trastero. La suerte había querido que el único cd disponible fuera el que albergaba el dispositivo retro-vintage en su interior: un disco de Bon Jovi que hizo que se preguntara en qué momento había comprado algo así.

Por todo eso no fue extraño que, en una de las últimas cabezadas, a eso de las seis de la mañana, Brais entrara en un duermevela lleno de desasosiego. Eso derivó en un nuevo sueño surrealista al más puro estilo Montalbano, como le gustaba pensar cuando se ponía irónico consigo mismo: se encontraba en la playa de Cortadura. La arena mojada humedecía sus pies descalzos y una brisa salina le abofeteaba la cara. Allí delante apareció, envuelto en la bruma, el sargento Jorge Elestondo, el muerto de la autovía, vestido con su uniforme de gala, pero con unas mallas de trotar manchadas de sangre; su rostro quedaba velado por la densa niebla y solo se podía distinguir la silueta, coronada por una especie de diadema. Pero lo que más le llamó la atención a Brais fue el arma que portaba en la mano derecha. Con ella apuntaba hacia él. Brais colocó las manos delante en un vano esfuerzo por frenar la bala que anticipaba. Escuchó una detonación y cerró los ojos en un acto reflejo. No sintió nada.

Cuando los volvió a abrir lo único que vio fue una luz intensa que venía de atrás. Se giró y un coche que, para variar, también estaba envuelto en niebla, se abalanzaba sobre él. Gritó, trató de hacerse un ovillo para

protegerse y tensó su mandíbula para recibir el golpe… Pero el vehículo lo traspasó y prosiguió su marcha hacia el sargento. Este, antes de ser embestido, miró fijamente a Brais y abrió la boca; en vez de palabras, de su garganta comenzaron a salir olas. Olas que lo arrastraban, que lo envolvían, que lo sumergían. Como las de la canción de Bon Jovi —*waves*— que sonaba a través de sus cascos. Brais intentaba gritar, pero la voz no le salía.

Despertó de golpe, sudando, justo cuando Juani, la enfermera pizpireta y risueña se marchaba tras dejarle a Toño una manzanilla sobre la mesita auxiliar. La puerta de la habitación se cerró suavemente y Brais aprovechó para parpadear. El corazón aún retumbaba en su pecho. Se frotó con fuerza los ojos, como si así pudiese borrar la imagen del sargento Elestondo de su cerebro. Y cuando volvió a enfocar dio un bote en el asiento. Delante tenía a una mujer menuda y de piel tostada. Llevaba el pelo negro azabache recogido en un moño casi del tamaño de su cabeza y le miraba fijamente a través de unos ojos vivos. Estaba allí plantada, en silencio, como si hubiese salido de la nada, dedicándole una sonrisilla amplia.

Brais se incorporó de golpe. Todavía tenía el pulso acelerado.

—Señora, creo que se ha equivocado de habitación —dijo con voz ronca. Tosió para aclararse la garganta. Ella se limitó a negar con la cabeza.

—Tranquilo, Brais. La he contratado yo —intervino Toño, tan fresco pese a ser primerísima hora de un lunes, que parecía haber dormido en el Ritz en lugar de en la clínica de San Rafael.

—¿Cómo que la has contratado? ¿Para qué?

—Para que esté conmigo por las noches, después de la operación.

Brais, en cuyo cerebro aún quedaban reminiscencias de la pesadilla que había tenido, parpadeaba incrédulo.

—Pero, papá. Si ya estoy yo.

Toño levantó una ceja y puso cara de “no me toques los huevos, neno, que yo sé lo que me hago”.

—Tú no puedes quedarte aquí todas las noches, hijo. No paras quieto, no duermes, no haces más que refunfuñar... Esto no te va a hacer bien ni a ti ni a tu miedo a las enfermedades. Tu carácter ya está bastante agrio.

—¿Agrio? —Brais bufó—. Venga ya, hombre…

Pero Toño lo cortó levantando la mano, autoritario.

—No quiero ponerme en plan “aquí mando eu” —dijo en gallego—, Brais. Y tampoco quiero discutir. Zuleidy —indicó señalando a la mujer—

vendrá todos los días a las nueve o diez de la noche para quedarse conmigo. Está decidido.

Brais abrió la boca, dispuesto a protestar, pero en ese momento entró un celador con la cara de quien lleva diez años haciendo lo mismo y no se sorprende ya de nada.

—Señor Toño, venga, que nos vamos *pal* quirófano —dijo a la par que manipulaba los mecanismos de la cama.

El tiempo pareció detenerse. Brais se quedó clavado en el sitio, hipnotizado. Miró a Toño, que le sonrió con serenidad, como si se fuera a pasear y no a que le abrieran el abdomen.

—Zuleidy, acuérdate: esta noche, sobre las nueve, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, don Toño. Sin problemas.

Luego, mirando a su hijo, le soltó:

—Neno, después te veo, ¿vale? No te agobies.

Brais sintió que se le cerraba la garganta cuando vio que el celador se llevaba a su padre. Zuleidy le seguía de cerca, con pasos cortos, pero firmes.

El inspector de policía rudo y borde, plantado en su uno noventa de estatura, no reaccionaba. Mientras, Toño se alejaba por el pasillo. Hasta que, como un rayo, salió corriendo, alcanzó a su padre y, sin decir nada, se inclinó para plantarle un beso en la frente. Convertido en un niño, le agarró la mano con fuerza mientras las lágrimas pugnaban por salir.

—Papá…

—Tranquilo, neno. Luego hablamos. Todo va a salir bien.

La cama desapareció tras las puertas batientes y Brais se quedó allí, con los puños cerrados.

Una médico embozada en una máscara quirúrgica salió de la zona restringida a sanitarios. Brais respiró hondo. Contó una, dos, tres veces, y la asaltó. Le preguntó, presa de la ansiedad, cuánto iba a tardar la operación. Tuvo suerte, porque precisamente se trataba de la doctora Gómez, que trató de tranquilizarlo. Le explicó que, aunque toda cirugía implica un riesgo, la de su padre era una intervención relativamente común y no demasiado compleja. También aprovechó para informarle de que, si todo transcurría de manera normal —ahí, Brais se tensó—, tardaría alrededor de una hora, pero que después tendría que estar en la sala del “despertar” unas horas. Brais intentó preguntarle si todo iba a salir bien, pero las palabras no le salieron. La doctora se apiadó de Brais. Era obvio que los hombres altos con pinta de

malos también lo pasaban mal, así que le recomendó con cierta dulzura que se marchara y se aireara, porque con cualquier cosa le iba a llegar un mensaje al móvil. La doctora tenía prisa y terminó de hablarle mientras se alejaba. Brais suspiró otra vez y cuando se giró, se topó con Zuleidy, que lo miraba con una sonrisa serena, como si supiese algo que él no. Brais le devolvió la mirada sin saber qué decir, agachó la cabeza y se marchó.

Anduvo por los pasillos como un zombi, arrastrando los pies, esquivando a médicos, enfermeras y familiares como si fueran sombras. No quiso coger el ascensor. Prefirió bajar por las escaleras, aunque cada escalón le recordaba lo cansado que estaba.

Iba tan enfrascado en su mundo que no vio venir al tipo que subía con cara de pocos amigos. Se chocaron de frente.

—¿Mira por dónde vas, cojones? —le espetó el tipo en tono retador.

Brais levantó la vista, le clavó la mirada y, de repente, el otro se quedó blanco como una sábana, dio un paso atrás y murmuró algo ininteligible antes de desaparecer escaleras arriba.

Brais siguió bajando. Cuando salió a la calle, el aire fresco de un otoño a punto de clausurarse le ayudó a despabilarse. Se frotó los ojos y entonces sonó el móvil.

—¿Dime? —respondió, con voz áspera.

Era Perico.

—¿Cómo estás, Brais?

—Sin problema. Cuéntame.

—He ido con la mujer con la que hablamos ayer, Rocío, al sitio donde encontró al sargento. Está un poco antes del Ventorrillo El Chato.

Brais se quedó pensativo.

—Por ahí es por donde se ubicaba a Arturo, el que llevaba la pistola.

—Efectivamente. A un par de kilómetros de la curva de Torregorda, donde se produjo la muerte del militar.

—¿Y qué? ¿Algo más?

—Poco más. Lo único, que podemos comparar las ubicaciones: el lugar donde probablemente dejó el arma y el resto de pertenencias el sargento, y la geolocalización del teléfono de Arturo. Coinciden, creo yo. Al menos, con toda la exactitud que permite la triangulación de las antenas cercanas.

—Vale. Por cierto, ¿cómo va la búsqueda del colega?

—Sin novedad —contestó Perico—. ¿Y tu padre qué tal? ¿Cuándo lo operaban al final?

—Lo acaban de meter en quirófano —respondió casi atragantándose.

Perico se quedó en blanco un momento, hasta que dijo con su voz más suave:

—Voy para allá.

—No, no…

Ya no había nadie al teléfono.

Perico llegó al hospital en tiempo récord. No tardó en dar con Brais, que con los codos sobre las rodillas, la cabeza gacha y unos auriculares en las orejas, escuchaba en modo *repeat* la música de Bon Jovi en la sala de espera de la planta baja.

—Venga, Brais, vamos a la cafetería a tomarnos algo. Una tila, un café… lo que sea. Este sitio deprime un poco.

—No quiero nada, Perico.

—Vamos, hombre.

Brais levantó la cabeza, miró a la gente que salía a fumar. Las ganas de un pitillo le asaltaron.

—Fúmate uno, anda —le animó Perico, que se dio cuenta de cómo miraba su colega los cigarros ajenos—. Sin que sirva de precedente, te puede venir bien.

Brais negó con la cabeza, tajante, sorprendiendo a Perico.

—No. Le prometí a mi padre que no volvería a fumar.

Perico se quedó mirándolo, entre sorprendido y admirado.

—Coño… no sabía eso.

—No es nada —dijo Brais encogiéndose de hombros.

Pero en sus ojos había algo que decía que sí era algo. Y mucho.

—Bueno… ¿de manera que no encontramos a Arturo, no? —preguntó Brais, intentando cambiar de tema.

Justo entonces sonó el teléfono de Perico. Contestó rápido. Brais lo miró, esperando. Vio cómo el rostro de Perico cambiaba, cómo la mandíbula se tensaba, cómo los ojos se entornaban.

Cuando colgó, Brais no pudo más.

—¿Qué pasa?

Perico tragó saliva.

—Otro cadáver. Están cogiendo carrerilla.

—¿Dónde?

—En los bloques de la Punta de San Felipe.

—¿Se sabe quién es? ¿En qué circunstancias?

Perico negó con la cabeza.

—Solo me han dicho que parece suicidio.

Brais se removió en la silla, inquieto.

—Joder. Últimamente, entre atropellos y suicidios… Puedo ir contigo… —propuso mirándole a los ojos, como si de alguna manera suplicase por marcharse.

—No, Brais. Quédate aquí con tu padre. Yo te cuento lo que salga. Y tú —le avisó señalándole con el dedo—, cuando tengas novedades, me avisas.

Brais asintió, mordiéndose el labio.

Perico se marchó, y Brais se quedó solo, en esa sala de espera fría, con las manos cruzadas y la cabeza llena de fantasmas y música de los noventa.

Capítulo 12 - La vida, los fiambres y un café frío

No había almorzado, tampoco tenía hambre, pero estaba hasta las narices de la sala de espera del hospital. Aunque él lo habría expresado con palabras más contundentes… Entre medias, una idea había empezado a tomar forma en la cabeza del inspector más borde de Nueva Gades, y necesitaba airearla para quitarle la piel, lo accesorio, y comprobar si era buena o una simple majadería.

Así que decidió ir a dar un paseo. Pero uno pequeño. Tampoco quería alejarse de la clínica por si le llamaban tras la operación de su padre. Como alternativa, empezó a andar por andar alrededor del Gran Teatro Falla. Dio dos vueltas. A la tercera se dejó caer en una silla de la primera cafetería con la que se topó y pidió un cortado.

Le vino bien, tanto el café como estirar las piernas y caminar un poco. Había logrado relajarse y, sobre todo, encauzar y hacer germinar esa idea que había nacido en su mente hacía media hora. Espoleado por un impulso, sacó el teléfono y empezó a buscar en su lista de contactos hasta que dio con un… ¿amigo? En el fondo sí. Aunque Brais sabía que la gente como Luis no usaría ese término.

—¿Luis? —murmuró, con el teléfono al oído mientras admiraba la fachada del Teatro Falla—. Soy yo, tu policía nacional preferido.

—Vaya, Braisito, ¿cuánto hace que no me das una alegría?

—Y no será hoy cuando te la dé, Luisito —le contestó Brais usando el mismo retintín antes de retomar su modulación habitual—. Necesito verte.

Luis, redactor en *La Gaceta de Gades*, un periódico gratuito famoso por tocarle los huevos a la clase política local, sabía reconocer ese tono. Había aprendido a identificar cuándo su amigo, el poli largo, como lo llamaba él, le iba a ofrecer un caramelo. Lo que no sabía a ciencia cierta era el veneno que llevaba dentro.

—Cuánto honor. Supongo que debo sentirme honrado por ser el elegido, ¿no?

—Por supuesto. Pero es delicado.

—Si no lo fuera, no me llamarías. Ilústrame, haz el favor, largo.

—Hay… —Brais carraspeó para darse tiempo— cosas. Del Ministerio de Defensa. Y del cuartel de San Fernando.

—Interesante. ¿Hundirá mi reputación lo que publique?

—Mejor nos vemos. ¿Esta tarde a las ocho te viene bien en la clínica de San Rafael?

—¿Tú en un hospital? ¿Y encima en un hospital concertado? ¿Estás bien?

—Sí. Nos vemos a las ocho. En la puerta.

—Brais…

Pero el inspector ya había colgado. Había separado la pantalla de su oído y miraba el móvil, donde tenía otra llamada en espera haciéndolo vibrar: un número largo, de esos que solo usan los hospitales.

—¿Sí? —preguntó ansioso.

—¿Don Brais López?

—Diga.

—Simplemente informarle de que su padre ha salido de la operación. —Un pequeño silencio y Brais sintió un vértigo que le hizo tambalear—. Puede subir a verlo, pero sólo unos minutos.

Brais tragó saliva. Se quedó mirando la pantalla apagada del móvil como si fuera a continuar una conversación que ya había terminado. La incertidumbre y el miedo, de nuevo. Se levantó, con la chupa medio arrugada, dejó un billete de cinco euros bajo el servilletero y se marchó sin esperar el cambio.

Luis apareció puntual, con el rostro entre expectante y agotado. Llevaba un cuaderno de anillas en una mano y el móvil en la otra. Vestía unos vaqueros rotos y con manchas de lejía, una camisa de cuadros demasiado ajustado para su circunferencia abdominal y una mochila colgando de un solo hombro.

—¿Qué tal tu padre? —preguntó, sin mediar saludo.

Brais lo miró de reojo.

—¿Cómo sabes que es mi padre?

—No hace falta ser policía para deducir cosas. Hemos quedado en un hospital. Me colgaste como si te hubieran llamado de urgencia. Estás divorciado. Si fuera tu hijo, conociéndote, ni me habrías llamado. Solo queda tu padre.

—Habrías sido buen policía.

—Y tú mal actor. Venga, antes de darme la sorpresa, dime cómo sigue Toño.

—Hace menos de una hora que lo bajaron de quirófano. Parece que todo va bien. Ahora está en la sala del despertar. Me han dejado pasar un rato, pero está dormido aún.

—Dale un abrazo a tu viejo. Es de los que daban buen nombre a la policía.

—Gracias —dijo Brais con orgullo.

—No como otros, que solo llaman cuando buscan algo —le espetó con su habitual y llamativa sonrisa de cocodrilo, abriendo de par en par la boca y dejando a la vista toda su dentadura—. En fin. ¿Me vas a decir qué sabes del robo de armas militares en San Fernando?

—Mejor vamos a la habitación de mi padre. Ya sabes, me gusta la intimidad.

—¿Es una proposición? —Volvió a reír con más dientes que un congreso de tiburones.

Entraron por la puerta principal, y al llegar al pasillo de ascensores que subían al ala donde se encontraban las habitaciones, un celador les cortó el paso.

—¿Señor? ¿Tiene pase de acompañante?

—No, lo que tengo es el justificante —dijo Brais sin pensar en la improcedencia de la rima que se le había venido a la mente.

—¿Perdón?

—No, no tengo el pase aquí. Lo tengo arriba. Aunque en todos los días que llevo viniendo a este hospital con mi padre no me lo habían pedido nunca.

—Han habido quejas. Demasiada gente en las habitaciones liándola. ¿A dónde iba?

—A la habitación de mi padre. Ya se lo he dicho. Le acaban de operar y está en el despertar, pero en breve lo van a pasar a planta.

—Lo siento. Sin pase, no puede entrar más que un acompañante por paciente.

—Soy policía.

El celador lo miró de arriba abajo, con una ceja levantada. Su cazadora negra y heavy, sus pantalones pitillos, sus botas… Después hizo lo mismo con su amigo periodista.

—Ummm… Mire, yo no sé lo que son ustedes si no me lo demuestran, pero las normas son las normas. Y son para todos igual. No sé si me

explico.

El celador se calló. Miraba con atención los movimientos que había empezado a hacer Brais. Este inició una búsqueda compulsiva por su ropa. Toqueteaba una y otra vez todos los bolsillos que tenía disponibles, pero nada. Ni cartera, ni placa. Tan solo unas cuantas monedas sueltas.

—Me cago en mi cama —renegó—. Me he dejado la cartera en la habitación.

—Menudo policía —murmuró el periodista con su típica sonrisa entre dientes.

—A ver —dijo el celador en tono conciliador—, puedo dejarle entrar a usted. Pero no a los dos.

—Luis, espérame un momento, voy a buscar la cartera, si me deja este buen hombre —dijo Brais mirando al hombre que hacía las veces de vigilante.

—Brais, tranquilo. No pasa nada. Hablamos abajo.

—No, no...

—Te estás poniendo nervioso. Mira, yo me voy y ya hablamos en un rato.

Luis retrocedió, pero desde detrás del celador le hizo a Brais un gesto con la cabeza y desapareció por otra puerta. Brais comprendió. Hizo como si nada y se acercó al mostrador.

—Al final subo yo solo. ¿Vale?

—Como quiera —le dijo el celador, con gesto de no creerse nada.

Toño todavía no estaba en la habitación, pero Brais cerró la puerta. Luis emergió del baño contiguo, donde se había colado como quien se cuela en el metro sin billete.

—Hay que ver. Un poli incumpliendo las normas. Muy, muy mal —le dijo el periodista a la vez que le daba un golpe en el hombro.

—Soy un hijo preocupado. Y además, tú has hecho lo mismo.

—Ya, pero mi trabajo es así, de encontrar puertas alternativas cueste lo que cueste. Si no, no como —le soltó Luis mientras abría su cuaderno y agarraba un bolígrafo con el logotipo de su periódico—. Venga, a ver en qué lío quieres que meta esta vez la cabeza.

Brais se sentó en una silla pegada a la ventana. La luz del atardecer se colaba con un tono dorado enfermizo.

—No sé si sabes que hemos detenido a un tío sin licencia de armas con una pistola de matar.

—Primera noticia. ¿La ha usado? ¿Es peligroso? ¿Es famoso? ¿Enemigo tuyo?

—No, no. Nada de eso. Es un pobre pringao.

—Joder, macho. ¿Y para eso me llamas?

—La pistola que llevaba... —dijo con misterio calculado.

—Quieto ahí —exclamó el periodista, como si hubiera descubierto la ley de la gravedad— ¿Ese es el fugado que dijo el comisario provincial que tenía un arma de las robadas en San Fernando? —Luis se quedó pensativo —. ¿Qué más?

—Esta arma no fue robada.

—¿Cómo?

—Es decir. No fue robada de la manera que declaró Gerardo, el comisario provincial, para su interés, que no sé cuál es, por cierto.

—Explícate, largo. ¿Qué datos faltan en la ecuación?

—El arma que se le incautó al tipo ese pertenecía al militar que murió en la autovía. Asegura que la encontró en la arena, pero…

—Vaya… Lo del sargento ese que acabó destrozado. Ahora empiezo a entender. ¿Puede ser que la robara él?

—Lo hemos comprobado. Era el arma que pertenecía al propio sargento. Estaba totalmente identificada. No fue un robo en absoluto.

Luis chasqueó la lengua.

—A ver si lo comprendo bien. Corrígeme si me equivoco. El comisario provincial parece que quiere aprovecharse del tipo que llevaba el arma del militar para resolver lo del robo en los cuarteles de San Fernando.

—O para desviar la atención y acallar a la opinión pública por algún motivo. No veas la presión que está metiendo para que no trascienda nada relacionado con el cuartel. Pero sí, también para ponerse su medallita correspondiente.

—¿Y el que tenía la pistola dónde está? Se podría contrastar con él, digo yo.

—Vino un abogado de postín que no le pegaba nada a sus ingresos y lo dejó en libertad. Estamos buscándolo ahora.

—Ok. Creo que ya me puedo hacer una composición de lugar. Pero ahora viene lo realmente importante para mí. ¿Cuál es tu interés en que salte la noticia? ¿Venganza personal contra Gerardo? Sé que se la jugó a tu padre en su día, cuando dejó de ser comisario por su culpa.

—No. Bueno —reculó Brais con media sonrisa de hiena—, si es un daño colateral inevitable tampoco me voy a enfadar. Pero no es eso. Es que está jodiendo la investigación y cargándole el muerto a otro. Como suele hacer, por otra parte.

—Tú y tu sentido de la justicia poética.

—Poética tu puta madre. No me jodas, Luis. Porque hay más.

—¿Qué más?

—El arma incautada ha desaparecido misteriosamente —recalcó la última palabra.

—¿Desaparecido? ¿Cómo que desaparecido?

—Como si nunca hubiera existido.

—Un arma no desaparece así como así y menos en una comisaría. Hay protocolos. No sé si me explico.

—Ya.

Luis chasqueó la lengua de nuevo. Esta vez se quedó un buen rato pensativo, con la mano tapando su amplia dentadura.

—Esto apesta, Brais —dijo por fin.

—Y no es lo peor. Si logran vincular esa pistola al robo de armas, hacen diana doble: encajan el asesinato del militar como una simple consecuencia colateral y además muestran avances en un tema sensible para el Ministerio.

Luis empezó a apuntarlo todo, aunque con trazos rápidos.

—Gerardo es un cabrón, pero ¿prevaricar de esa manera?

—No tiene escrúpulos. Y está muy bien relacionado. Gente importante que después le sigue el juego. Ya lo deberías saber.

—Lo que debería saber es que es peligroso meterse con él. Total. ¿Y el tal Arturo? Háblame de él. ¿Qué opinas?

—No es un ladrón de arsenal militar. Es un camello de barrio. Un tipo que vende pastillas u otras mierdas y que tiene pinta de dormir en casas de okupas. No es el perfil.

—Pero tenía el arma.

—Sí, eso es innegable. Y estaba por la zona donde murió el sargento en la autovía. Se ha comprobado.

—¿Piensas que fue él?

—No sé. Para mí, no da el perfil tampoco para eso. Pero estaba allí. Quizás...

—Ahora viene la pregunta fundamental. ¿Por qué me lo cuentas? ¿Qué quieres que haga exactamente?

—Tienes una columna en un diario que nadie importante lee... y eso te hace menos peligroso.

—Gracias —dijo Luis con una mueca irónica.

Brais se acercó al lavabo y se echó agua en la cara.

—Y porque necesito que empieces a mover el tema. Que lo pongas en circulación. Solo una insinuación, una pregunta incómoda. Tú controlas de esas cosas. Eres bueno con las palabras. A mí se me atragantan, ya me conoces.

Luis sonrió. Una sonrisa poco enfática.

—¿Quieres que me quemen el teléfono del periódico, que me gane el odio de gente poderosa y las reprimendas de mis jefes del consejo editorial?

—¿Entonces? ¿Esas consecuencias harán que no lo publiques? —preguntó Brais.

Luis cerró el cuaderno y guardó su bolígrafo con parsimonia.

—Parece que no me conoces, largo. Vamos abajo por un café de la máquina y me cuentas los detalles.

—Hecho.

Cuando salieron de la habitación, el padre de Brais aún no había llegado. El celador de antes los miraba con sospecha, pero no dijo nada. Luis se detuvo antes de tomar el ascensor.

—Entonces —preguntó con afán de recapitular—, ¿tú crees que lo del atropello del militar y el robo de armas no tienen nada que ver?

—Hay que investigar más. Pero, ¿cómo es que desaparece un arma tan convenientemente? Aquí hay algo más. Y como desde dentro no hay manera de que se muevan los hilos…

—... A ver si con la ayuda de tu amigo periodista y gilipollas sacas algo, ¿no?

—Es una buena forma de resumirlo. Sí.

—¿Y tú qué piensas hacer? Aparte de ponerme al día con cualquier cosa. —Le guiñó un ojo.

—Seguir tirando del hilo y resolver la muerte del sargento. La verdad ante todo, el imperativo categórico de Kant, ya sabes. Aunque me lleve al cuello de mi propio jefe.

—Esa es la parte que más me gusta de ti, la de filósofo de andar por casa.

Brais sonrió por primera vez en todo el día. Aunque fue una sonrisa cansada. Le dolía la cabeza, le dolía el pecho. Pero al menos ya había lanzado una piedra al estanque. Y pronto, alguien tendría que responder a las ondas.

Capítulo 13 - Entre sombras y muertos

El olor a antiséptico de hospital, el sonido obstinado del monitor cardíaco y la escueta sudamericana que estaba sentada, ojo avizor, al lado de Toño parecían conspirar contra Brais. Al menos eso creía él. Para vencer esa creencia, tal y como indicaba el libro de autoayuda que había rescatado de la librería de casa de su padre y que se había llevado para los ratos muertos, intentaba cerrar los ojos y meditar; abstraerse de todo aquello que tuviera que ver con médicos y enfermedades, y cuidadoras de ancianas y carreteras con cadáveres. Pero por más que lo intentaba, él mismo constataba que era misión imposible. Se le acumulaban las creencias por derribar.

Por eso probó con la respiración. Había visto practicar un truco a una especie de mentalista de a veinte duros en la tele y no perdía nada por intentarlo. Se trataba de inhalar durante cuatro segundos, guardar el aire otros cuatro y expulsarlo al final durante el mismo intervalo. En la última tanda, cuando casi estaba hiperventilando, la voz de Toño lo sacó de su ineficaz meditación:

—Me han dicho que ha salido bien —musitó con voz rasposa y aún bajo los efectos de fuertes analgésicos—. Ahora vete, neno. Déjame descansar y descansa tú también.

—Me quedo.

Brais estaba de pie junto a la cama, tieso como una estatua, con los brazos cruzados al igual que Zuleidy, que lo observaba con el gesto serio de quien se sabe en superioridad moral. La luz tenue de la habitación recortaba la silueta de la mujer y eso, junto con su profunda mirada, le daba un aspecto insondable, como de hechicera azteca.

—Dile a la señora que se vaya —añadió Brais, sin apartar la vista de su padre—. Que le diremos a la agencia que se quedó toda la noche. Nadie se va a enterar.

Zuleidy bufó, sin dignarse responder. Toño chasqueó la lengua.

—¡Deja de dar el coñazo, Brais! Esta mujer se queda. Lo tengo hablado. Tiene más paciencia que tú, y no ronca.

—Yo no ronco —protestó Brais.

—Claro que no. Tú solo respiras como si todo el aire te perteneciera. Venga, neno, que esto me duele —dijo señalando con la barbilla el lugar donde el cirujano había cortado— y quiero dormir.

El diálogo estaba por convertirse en debate cuando entró el enfermero de turno, un chaval con barba de tres días y cara de estar pensando en el bocadillo de jamón que le esperaba en la sala de personal.

—Señores, tienen que descansar. Solo puede quedarse una persona. Lo siento.

—Perfecto —dijo Toño, cerrando los ojos con una sonrisa.

Brais apretó la mandíbula. Se acercó a su padre, le dio un beso torpe en la frente y masculló un "me voy" que sonó más a berrinche infantil que a despedida adulta. Luego sacó una tarjeta arrugada del bolsillo y se la extendió a Zuleidy.

—Mi número. Si pasa algo, me llamas. O me presento aquí a las tres de la mañana con la chupa empapada.

Ella asintió, sin rastro de burla. Pero al salir por la puerta, Brais juraría que le pareció verla sonreír con ternura.

Nada más poner el pie en la acera, el inspector jefe encendió el móvil. Lo había apagado para evitar que lo molestaran con el caso. Una docena de notificaciones entre mensajes, recordatorios absurdos y llamadas de atención.

—Con lo sencillo, robusto y educado que era mi viejo Nokia. Ese no molestaba nunca, pero siempre estaba ahí para lo que necesitase, como un buen amigo —dijo mirando con cierto desprecio su móvil de última generación.

Mientras andaba hacia el parque genovés, donde había logrado aparcar esta vez el coche, miró la hora en el teléfono. Eran casi las once de la noche. Se lo pensó dos veces antes de pulsar el contacto, pero finalmente obvió la mala conciencia y el remordimiento por llamar a esas horas a su colega y amigo.

—¿Dónde está la pistola?

—¿Qué pistola? —respondió Perico, lacónico.

—La de Arturo. La que le incauté, cojones. ¿Te he pillado durmiendo?

—Ojalá fuera eso. Estoy liado, Brais. Te llamo luego.

—¿Pero y el cadáver por el que te fuiste?

—Te estuve llamando, pero tenías el móvil apagado. Hablamos en un rato.

Y colgó.

—¡Me cago en mi puta cama! —soltó Brais, apretando los dientes. Volvió a llamar, esta vez a la comisaría.

—Comisaría de Distrito de Nueva Gades, agente Vanesa Remigio al aparato.

—¡Vanesa! Dime qué ha pasado. ¿Con qué está Perico?

—Inspector jefe, disculpe. Le devuelvo la llamada en cuanto finalice con unas gestiones ineludibles.

—¡Pero, Vanesa…!

Comunicando. También le había colgado en sus narices. Brais pensó que por mucho que estuviese de permiso, no tenían derecho de tratar así al inspector de más rango de la comisaría. Torció el gesto en cuanto ese pensamiento cruzó por su cabeza. De pronto, sintió repugnancia. Recordó otro de los libros que últimamente había leído, en diagonal, sobre el ego y dejar ir, y se dio cuenta de que estaba haciendo todo lo contrario de lo que propugnaba. Pero lo que le cabreó de verdad fue pensar que se podía parecer a sus superiores, siempre tan predispuestos a las adulaciones y otras alabanzas propias de pelotas y demás cobistas.

—¡Joder! —bramó Brais, caminando a zancadas por la acera. Buscó a toda velocidad entre sus contactos y pulsó sobre el de Federico, alias el poeta.

—¿Sí? —respondió el joven agente con voz somnolienta.

—Soy Brais. Dime qué coño ha pasado. Y no se te ocurra…

—Inspector, le llamo enseguida. Me pilló justo…

—¡Co-como me cu-cuelgues, te…!

Pero ya había colgado.

Y Brais, ya desatado, farfullaba improperios en voz alta, como un actor en un monólogo del club de la comedia, solo que más soeces y con menos gracia. Estaba por lanzar el móvil contra una farola cuando este vibró.

—¿Qué? —contestó, sin mirar siquiera la pantalla.

—¿Y tu padre? —dijo la voz del subinspector Vélez, al otro lado, tranquila.

—El tuyo —respondió Brais—. Me cago en tu cama, Perico. Me habéis colgado todos, joder.

Un silencio. Un suspiro.

—Venga, Brais. Antes de nada, ¿cómo va Toño? —dijo Perico con el tono resignado de un buen amigo al que acaban de mandar al carajo.

—Él dice que está bien. —Un silencio. Luego se explayó más de lo habitual—. Le han extirpado el tumor, pero tienen que analizarlo. Hasta que no vengan los resultados… no me fío.

—Siempre pensando lo peor —resopló Perico—. Que todo lo ves con el color de tu ropa.

—No me jodas, que no estoy para chistes. Te llamaba para que me contaras novedades de Arturo y del cadáver.

—Lo hemos encontrado.

—Perfecto. No me cuadraba que Arturo se hubiese querido escapar. ¿Y el cadáver por el que te llamaron?

—No me has entendido. Lo hemos encontrado, pero se nos ha ido.

—De verdad, Pedro, cuando te pones misterioso. ¿Quién se ha ido y a quién habéis encontrado? No tengo el chichi pa farolillos, te aviso.

—El mismo.

—¿El mismo quién? ¿Arturo? ¿Lo habéis encontrado o se ha escapado?

—¿Cómo se va a escapar un cadáver, Brais? ¿Estás hostiado o qué?

—¡Pero si tú me has dicho…! A ver, déjame que respire durante unos segundos… —Un sonido de una respiración entrecortada por diversos insultos—. Es igual… ¿Y Arturo dónde cojones está? ¿Lo tenéis?

—Está muerto.

—¿El cadáver?

—¡No, hombre! Arturo. El cadáver es Arturo. Lo han encontrado muerto en los bloques de la Punta de San Felipe.

Silencio.

—Ah… —dijo Brais al fin, frotándose la frente—. Vale. Ahora sí. Joder —musitó.

Otro silencio más largo aún.

—¿Y se sabe cómo murió? —acertó a preguntar.

—Parece suicidio —contestó Perico—. De hecho, por esa misma zona ya lo intentó un tipo hace unos meses. Salió en el Heraldo de Gades. Ahora cobran sentido las pastillas que encontramos en su casa. Supuestamente Arturo no aguantó que lo pilláramos con lo del sargento. No digo nada, pero…

Brais tampoco dijo nada. Solo pensó que ahora, casualmente, el arma que le incautaron no iba a ser tan importante. Gerardo estaría encantado con la resolución “espontánea” del problema.

—Se lo han llevado para la autopsia —añadió Perico—. Lorena está de guardia. Seguramente, con un poco de suerte, lo hará esta misma noche.

—Vale. Me informas mañana de cualquier cosa. Yo me voy a dar una vuelta para despejarme, que acabo de salir del hospital.

—Aprovecha para dormir algo, anda.

—Claro, claro. Estoy tieso.

Pero Brais tenía otros planes.

Aceleró el paso con la chupa cerrada hasta el cuello. Siempre había tenido claro que no le gustaba andar por andar, pero en los últimos días había caminado demasiado. Y siempre sin un objetivo claro, y sin que nada ni nadie le forzara a ello. Es verdad, detestaba eso de "dejarse llevar por el camino", como decían los escritores pijos. Pero se estaba planteando algo si cabe peor: le estaba cogiendo cierto gusto —que no admitiría nunca— a deambular. Le venía bien para calmar sus cabreos… y el miedo. ¿Qué dirían de eso los autores de la literatura de autoayuda a la que se había aficionado en los últimos tiempos? Esos libros también los denostaba hasta no hacía demasiado… Se preocupó… Aunque en esta ocasión sí que tenía una meta fijada en su GPS interior.

Se introdujo en su Dacia Logan, que sorprendentemente aguantaba la humedad gaditana y la mala leche del inspector casi sin quejas. El coche tosió cuatro veces, como un viejo fumador al despertar, y arrancó.

Cuando llegó a la altura del desvío hacia Nueva Gades, a través de la Punta de San Felipe, pensó en acercarse al lugar donde fue encontrado el cadáver de Arturo y echar un vistazo. Allí, parado en un semáforo, miró hacia la izquierda, pero cuando se puso en verde, siguió hacia adelante. Tenía otro objetivo y, además, Arturo ya no estaba allí.

Aceleró aprovechando que el tráfico era escaso y en diez minutos estaba llegando a donde quería llegar de verdad. En la zona del parque de Poniente, a esas horas, no había ningún alma, salvo la que estaba buscando Brais. Gracias a ello, aparcó casi en la puerta: un hito para un gaditano. Se congratulaba de su suerte, pero nada más poner un pie en el suelo, una tromba de agua enfrió su felicidad.

—Joder, parece que me estaba esperando.

Corrió con su cazadora en la cabeza y se pegó a la fachada. Pensó que parapetarse ahí le iba a salvar de una buena carga de agua, pero la esquina funcionaba como un embudo, de tal manera que el viento dirigía contra él

todo su furia húmeda. Con los ojos medio cerrados, vislumbró el timbre y llamó varias veces seguidas presa de la ansiedad. Sin respuesta. Se estaba convirtiendo en costumbre que no contestaran a sus llamadas. Cogió su teléfono y marcó el número de Lorena.

—¿Inspector López? —preguntó esta al otro lado, entre sorprendida y divertida.

—¿Me-me po-podrías abrir?

—¿Dónde?

—Estoy fuera, en el anatómico-forense. ¿Estás trabajando, verdad?

—Sí, sí. Te abro…

La forense aún tardó un minuto en aparecer y franquearle la entrada. Vestía una bata blanca a juego con un gorro quirúrgico. Se quitó los guantes y le mostró a Brais una sonrisa jovial.

—¿Ha venido a "autopsiarse" usted mismo o a declararse en plan romántico como en una de esas novelas amorosas? —preguntó con sorna.

—No po-podía dormir —dijo él, lacónico y sonrojado—. Y quería adelantar trabajo.

Ella le mostró el camino. Al verlo mejor, soltó una carcajada.

—Dios mío, pareces un gato mojado. Un gato mojado con chupa de motero y cara de funeral.

—Gracias. Me esfuerzo.

—¿No me digas que venías a invitarme a una copa?

Brais tartamudeó.

—Y-yo… no… venía… quería…

—Es broma, inspector. Pero algún día podríamos hacerlo. Tomar algo, digo. Siempre me ha intrigado usted. Es un espécimen curioso.

A Brais le ardieron las orejas. Pero entonces Lorena cambió el tono.

—¿Qué vienes a ver? ¿Por qué y por quién?

—Po-por dos fi-fiambres —dijo, recomponiéndose como pudo.

Ella asintió, ya en modo profesional.

—A falta de un par de cosas de forenses, acabo de terminar la autopsia de Arturo Marconi. Tengo que redactar el informe. La del militar la finiquité antes. Aquí nadie molesta y se puede trabajar bien —bromeó—. Tengo el informe listo, pero no lo he enviado aún.

—¿Por qué?

—Porque quiero mandarlos juntos.

Brais la miró con desconfianza.

—¿Y eso?

—Porque, si me preguntas, diría que los dos han muerto… de la misma mano.

Silencio.

—¿Qué cojones significa eso?

—Ven. Te lo enseño. ¿Te apetece un café americano?

Capitulo 14 - Aire en las venas

Con tres palabras Brais le resumió a Perico lo que le había explicado Lorena durante diez intensos minutos.

—Le metieron aire.

Soltó esa frase como quien escupe un hueso sin mirar a dónde cae. Perico, mientras daba vueltas a su café, observaba a su compañero con un aire de escepticismo del que el inspector ni se había percatado. A las ocho de la mañana, con solo tres horas de sueño real acumulado esa noche, la capacidad de síntesis de Brais era una cuestión de supervivencia más que de aptitud.

—Joaqui, ponme un café triple, haz el favor —le pidió al camarero y dueño de la tasca a la que siempre acudían antes, durante y después de trabajar.

—Marchando —correspondió Joaqui con su característica voz aguardentosa.

—¿Aire? Me lo vas a tener que explicar mejor, pisha. Pero, espera. ¿Estamos hablando del militar?

—Sí. De momento, el sargento Elestondo.

—¿Cómo que de momento?

—Aún no había terminado con la autopsia de Arturo cuando me fui del anatómico-forense, pero Lorena me dijo que, a falta de un par de comprobaciones técnicas con nombres raros, lo suyo parecía también embolia gaseosa.

—¿Y eso significa…? ¿No es lo que pasa cuando buceas malamente?

Brais trató de ser fiel, dentro de sus posibilidades, a las palabras de Lorena cuando empezó a explicarle a Perico la situación. A lo que no hizo mención cuando pensó en ella fue a la confianza que se gastó con él y a su conversación posterior. Si no fuera porque entre lo de su padre, estar pendiente de su niño y su reciente divorcio, su detector de sutilezas románticas no estaba demasiado engrasado, habría pensado que… Rápidamente desechó ese pensamiento y comenzó el relato.

Lorena había comenzado hablándole de un pinchazo en el cuello. Lo empezó a buscar en el cuerpo del sargento tras un hallazgo llamativo en los pulmones y, después, en el corazón. O en lo que quedaba de ellos. Los pulmones estaban edematosos, lo cual pudiera ser compatible de alguna manera con el atropello y un fuerte traumatismo torácico; pero cuando,

aparte, descubrió espuma en ellos... El atropello había dejado en muy mal estado el cuerpo, por lo que no fue fácil. Lorena lo definió literalmente como una escabechina de cojones. Debido a eso albergaba ciertas dudas. Pero con paciencia logró identificar no uno, sino dos pinchazos, en el cuello del sargento Elestondo.

Por eso, cuando comenzó con la autopsia de Arturo y vio varias similitudes, se sorprendió tanto. Si no era normal encontrarse con un caso como ese, toparse con dos… La cuestión es que se dio cuenta de que lo que hallaba en su cadáver encajaba también con la famosa embolia gaseosa. Y en este caso, sin atropello brutal de por medio, los hallazgos y su correspondencia con dicha causa eran de manual: burbujas de aire dentro de capilares y vasos pequeños en cerebro, corazón y pulmones, necrosis en órganos afectados por la obstrucción, daño en el endotelio vascular… Aún así, se decidió a realizar una punción cardíaca sumergida en agua; para ello abrió el corazón bajo líquido para observar si salían burbujas de aire, así como una ecografía postmortem que le permitieran ver también esas burbujitas en los vasos sanguíneos. Todo ello lo confirmaba. Es decir, en román paladino, le inyectaron aire en grandes cantidades directamente a la corriente sanguínea. Tras eso, Lorena, siempre implacable, rebuscó por cada centímetro cuadrado del cuerpo de Arturo. Hasta que lo encontró. En total, tres pequeños agujeros compatibles con una aguja en el cuello, cerca de la aorta: uno, en el caso de Arturo y sorprendentemente dos en el caso del sargento Jorge Elestondo.

Perico había permanecido callado, con la atención centrada en el relato de Brais, que, no obstante, matizó:

—De todos modos, Lorena me dijo que había pedido unos análisis más exhaustivos para descartar otro tipo de sustancia que pudiera explicar de otra forma todo eso de la embolia gaseosa, sobre todo en el caso de Arturo. Y que, por otra parte, la muerte del sargento coincide exactamente con el momento del atropello; y que, precisamente por cómo quedó hecho trizas el cuerpo, alberga alguna mínima duda.

—Joder. Yo hubiera apostado porque Arturo se quitó la vida al ver que lo iban a pillar por el asesinato del militar. De hecho, ya daba por hecho que los jefes jefazos iban a estar felices con esta teoría para dar ambos casos por resueltos y apuntarse un triple. Pero esto huele a asesinato.

—Apesta. Pero a asesinatos. En plural —lo corrigió Brais.

—El mismo método en los dos casos, ¿no? —dijo Perico asintiendo.

—Eso es. No es ciencia pura, pero si la forma de morir es la misma, lo más probable es que haya una única mano ejecutora en ambas muertes. Además —añadió mientras trataba de aplacar un bostezo—, la teoría de que se quitó de en medio por remordimientos se va al carajo. Y ya no digo en el caso del militar. Nadie se suicida inyectándose aire después de salir a correr. Eso no lo haces ni con un manual delante.

—Como dirías tú: "me cago en mi cama" —Perico se pasó la mano por la cara—. Entonces… Arturo no mató al sargento.

—A la vista de las autopsias, yo diría que no. —Brais hizo una mueca torciendo el gesto—. Pero antes incluso de saber esto, Arturo no encajaba en el papel de asesino, pese a todo lo que apuntaba hacia él. Ya sabes, la pistola.

—Cosas más raras hemos visto, Brais.

—Es cierto, pero si Arturo también ha sido asesinado, todo cambia. ¿No crees? Y no podemos olvidar lo del comodín de la llamada.

—¿El qué? —preguntó Perico confundido.

—La llamada al abogado. ¿No te resulta raro que apareciese un picapleitos de los caros para defender a Arturo, un tipo que no tiene pinta de saber ni leer una factura?

—Ya…

—Arturo llamó desde comisaría a ese abogado —dijo más para sí, tratando de descomponer la información—. ¿Quién se sabe de memoria el número de un letrado de bufete caro? ¿Quién lo tiene en la punta de la lengua si no ha hablado nunca con él?

—¿Y si tenía el número apuntado?

—¿Y si no? Quiero que revises esa llamada. Que veas si ese número está relacionado con algo. Si ha recibido llamadas antes. Si hay un patrón. Porque esto no me gusta nada, Perico.

El silencio se impuso durante unos segundos, solo interrumpido por el ronroneo lejano de la máquina de café y la tos cavernosa de Juaqui mientras fumaba en la puerta.

—¿Y tu padre? —preguntó Perico, cambiando de tema con prudencia.

—Bien. Tocapelotas como siempre. He ido antes de las ocho para ver qué tal iba la cosa y me ha echado del hospital porque dice que le estreso. "Eres como una puta mosca cojonera, *fillo*", le faltó decir.

—Sacas lo peor de las personas. Con lo agradable que es Toño.

—A mí me da que quería dárselas de autosuficiente delante del Tato, su amigo de toda la vida que ya estaba allí charlando con él. Un extraordinario policía y, como se suele decir, mejor persona.

Brais puso en antecedentes a Perico sobre el amigo de su padre. Tato, también policía nacional jubilado, había coincidido con Toño cuando ambos, en los difíciles ochenta, estuvieron destinados en el País Vasco. La dureza de lo que vivieron allí había forjado una amistad imperecedera. El Tato mantenía los horarios de cuando trabajaba; muestra de ello era el hecho de que había ido a visitar al padre de Brais a esas horas. Su apostura y su seguridad le habían facilitado la entrada sin que ningún enfermero osara discutirla.

—¿Sabes de qué estaban hablando el Tato y mi padre? —Preguntó Brais. Perico negó con la mirada—. Del tema de las armas robadas en San Fernando. Tato coincidió en el País Vasco con el actual ministro de defensa cuando mi padre ya se había venido para Cádiz.

—¿Cuándo fue eso?

—A principios de los noventa, antes de que el ministro se metiera en política con, y cito palabras textuales, "el partido ese de derechas"; el Tato no lo puede ni nombrar. Total, lo que me dijo es que el ministro es muy amigo de nuestro amado —añadió con ironía— comisario provincial, don Gerardo.

—Por eso Gerardo no querrá que salte nada que pueda afectar a su amigo el ministro, porque se lo habrá pedido. ¿Eso es lo que insinúas?

—Nada de insinuar. A esa conclusión es a la que llegamos sin lugar a dudas. Si no, a cuenta de qué ese interés tan fuerte porque no salte nada de lo de las armas robadas. Y, sobre todo, lo de las declaraciones a la prensa de Gerardo diciendo que ya está solucionado el misterio con el arma que se le pilló a Arturo. El Tato dice que el ministro, si sigue siendo como era en su día, es un prenda que solo quiere poder… y dinero.

—Pues ya verás como no pasa nada. Con esta gente poderosa…

—Bueno, bueno —dijo Brais pensativo y con una mirada huidiza—. A lo mejor, con un poco de suerte, a cierta prensa local le llega determinada información. No sé, de que se ha perdido un arma que no es lo que parece…

—Creo que no quiero entender a qué te refieres, Brais. Espero que no sea algo con tu amigo Luis, el periodista.

—Qué mal pensado eres, Pedro.

—Lo que tú digas. ¿Y la cuidadora? —preguntó Perico para cambiar de tema más que para otra cosa.

—Menudo giro brusco me has hecho. Se llama Zuleidy la bruja azteca esa. No he tenido más remedio que hablar con ella. Me ha puesto al día de todo. Me da coraje, pero se ve que es buena trabajando. Y no se queja por nada. Estaba más fresca que una lechuga después de pasar la noche en el potro de tortura que es el sillón de la habitación. La tía tiene aguante.

—A lo mejor es que eres demasiado exquisito. Y quejica —añadió Perico mostrándole los dientes en una sonrisa sarcástica.

—Vete a la mierda, Pedro. Allí te querría ver yo noche tras noche. ¿Pero sabes qué es lo peor?

—A ver, dime.

—Creo que mi padre le ha cogido cariño, aunque no lo confiese —dijo con mirada suspicaz.

—A todos nos gusta que nos traten bien, cojones. En fin. ¿Vas para comisaría? —le preguntó Perico tras dar un último trago a su café.

—No sé, Pedro. No sé qué hacer. Se supone que estoy de permiso.

—Vete para el hospital con tu padre, cojones.

—Ufff.

—Bueno, yo sí que voy para comisaría. Hay muchas cosas que hacer.

—Venga. Hablamos. Te llamo con lo que sea.

Brais se planteó ir al hospital. A pesar de sus últimas discusiones, no quería dejar solo a Toño. Con todo, antes de salir del bar del Juaqui, lo llamó por teléfono. Por si acaso. Sin embargo, cuando lo hizo no encontró lo que buscaba. En vez de su padre fue Zuleidy, con su melosa voz, la que contestó. Y, bueno… Brais simplemente colgó. Justo antes, eso sí, de lanzar su consabida sarta de improperios.

Sin embargo, de repente una sonrisa diabólica se dibujó en su cara. Se acordó de Luis, su amigo periodista, e inmediatamente marcó su número. Tenía novedades para él…

Capítulo 15 - Un ratito a pie y otro caminando

Brais venía dándole vueltas a la sustanciosa conversación telefónica que había tenido con Luis Aguirre, el periodista estrella de la Gaceta de Gades. No es que le diera igual, pero estaba dispuesto a asumir los riesgos de lo que había planeado. A su juicio, la investigación, a falta de apoyo de los superiores, lo requería. Su cabeza iba calculando escenarios posibles, de mejor a peor, por lo que entró en la comisaría de distrito de Nueva Gades distraído, moviéndose por inercia en dirección a su despacho mínimo.

La agente en prácticas Vanesa Remigio levantó la cabeza de su teclado cuando Brais pasó por su lado. Aunque sin abandonar esa rectitud suya en todos los aspectos de la vida, incluida la corrección postural, la agente se dirigió a él.

—Inspector jefe López —dijo, sin levantar del todo las cejas—, ¿cómo continúa su progenitor?

—¿Mi qué? —Brais abrió los ojos, empezó a negar con el cuello y se mordió el labio. No se creía que alguien pudiese usar esa palabra en el contexto en el que estaban.

—Su padre.

—Ya, ya —contestó con segundas—. Bien. Vivo. ¿Novedades?

—Me alegro. He estado revisando las cámaras que hay en la autovía, antes de la curva de Torregorda. Solo pasaron dos coches en la franja horaria del atropello. Uno es el del tipo que lo arrolló. El otro… se desvió hacia Torregorda. Un Peugeot 206 blanco, si no me equivoco. A esa hora es raro.

—¿Amantes? ¿Un polvo clandestino en las dunas?

—Podría ser.

Vanesa se sonrojó un poco.

—¿Se ve al sargento? ¿De dónde venía?

—No. Desde esa perspectiva no se ve nada. Pero a pocos metros, después de esa curva hay otra cámara. Estoy en proceso de confirmar si se encontraba operativa. Si la suerte acompaña y se vislumbra algo más, le informo cumplidamente.

—Hazme un favor, aparte de no comerte la RAE cuando hablas —dijo Brais mientras se alejaba. La cara de Vanesa adoptó un rictus de desdén—.

Mira de quién es ese otro coche, el Peugeot blanco. Por si acaso.

—Lo haré, amable inspector jefe López.

—Y… ¿Pe-perico?

—Pregúntele al agente Federico García. Él debe saber dónde se encuentra —le contestó la agente, con el mentón elevado, dejándole con la palabra en la boca.

Enfadado y haciendo varias tandas de respiraciones profundas, dirigió sus pasos hacia la primera planta. Tras subir las escaleras, llegó a la oficina y nada más entrar localizó al poeta, que sorbía un batido de proteínas como si fuera hidromiel concentrada.

—¿Dónde está Perico?

—Acaba de irse a la Brigada de Infantería de Marina en San Fernando. Uséase, el Tercio de Armada. Donde trabajaba el sargento —respondió casi atragantándose.

—Vale, vale. Ponte la chaqueta que nos vamos.

Estaban a punto de salir cuando la voz del comisario de distrito retumbó en el pasillo:

—¡Inspector jefe López!

Brais se hizo el sueco. Federico, inocente, giró la cabeza.

—Dice el comisario que vayas, señor inspector jefe.

—Gracias, poeta —murmuró Brais entre dientes, dedicándole una mueca.

El tono no auguraba nada bueno. Predicción de borrasca, altas presiones y, de paso, una bronca por cualquier historia relacionada con la investigación. O quizás algo peor. ¿Se habría enterado de la filtración a la prensa del tema de las armas militares?

—Me he enterado… —empezó a decir el comisario antes de hacer una pausa. Brais tartamudeaba en sus pensamientos antes incluso de hablar— …por el subinspector Vélez de lo de tu padre. Ya me podías haber avisado. Somos amigos, ¿no?.

—Sí, bueno, ha sido operado. Todo correcto. Todo bien —le soltó con una sonrisa forzada.

Brais respiró aliviado al ver que Agustín no había sacado a colación las dos muertes. Aunque había cantado victoria antes de tiempo…

—¿Y el caso?

—Sigo de permiso, Agustín. Pero —se adelantó a la objeción que le iba a poner el comisario de distrito— voy a la sede del Tercio de Armada de

San Fernando. A ver si sacamos algo.

—Ten cuidado con todo lo que tenga que ver con Defensa. El tema armas es muy delicado. Ya lo sabes, ¿no? No quiero bajo ningún concepto que esto se filtre. ¿Entendido?

—Claro, claro. Ya he visto en la tele la línea que ha marcado el comisario provincial con sus declaraciones —A medida que hablaba, Brais se daba cuenta de que estaba yéndose de la lengua, pero no podía parar. Estaba en modo combate—. Ya sabes, lo de que el arma que se le incautó a Arturo es de las que fueron robadas en dependencias militares de La Isla. La misma arma que se ha perdido misteriosamente y que, misteriosamente también, solucionaría el robo. O al menos, lo acallaría.

—Ten cuidadito, Brais. No te salgas del tiesto, que te conozco. El comisario provincial está atento.

—Al acecho, querrás decir.

—Lo que sea. Pero bueno, dime cómo va la cosa, joder. Que parece que el jefe eres tú, coño —protestó de mal humor Agustín.

—La pistola en cuestión sabemos que era del sargento, no un arma robada, le pese a quién le pese. Que, por cierto, digo yo que habrá que ver dónde está, porque un arma de fuego que se pierda en una comisaría…

—Ya, ya. Continúa —le dijo haciendo un gesto con la mano para que abreviara.

—Manda carallo.

—¿Perdona?

—Que es Perico el que está más puesto en la investigación; pero la realidad es que no tenemos claro que haya sido un atropello fortuito. No según…

—Podría estar corriendo —se le adelantó de nuevo sin dejarle hablar—, cruzar la autovía para ir a Bahía Sur y…

—¿Tú te crees eso, Agustín?

—Hay que cubrir todas las opciones.

—Te pareces cada vez más a tu jefe gordo ese. La forense ha dicho que las dos muertes tienen similitudes.

—Está buena la forense, ¿eh? Lorena se llama, ¿verdad?

Brais no pudo contener una mirada de rabia al oír el comentario de Agustín, que lo miraba como si esperara algún tipo de reacción del inspector jefe.

—¿Sabes lo que es la embolia gaseosa? —le soltó Brais inhalando y exhalando aire a cada poco.

El comisario esta vez se quedó callado, como si estuviese rumiando lo que acababa de escuchar tras la explicación que le había dado Brais. Se estaba convirtiendo en un experto en materia forense de tanto repetir las enseñanzas de Lorena.

Tras eso, después de ilustrarle sobre lo que era una embolia gaseosa y lo que supone para el cuerpo humano, iba a continuar con lo de los pinchazos hallados en sendos cadáveres. Pero no tuvo oportunidad…

—Infórmame de cualquier avance —Le interrumpió el comisario de distrito, que miraba el reloj con intensidad. Se marchó sin despedirse, pero con una advertencia—. Y ten cuidado. Cualquier cosa, me llamas —gritó a lo lejos.

Brais resopló y salió con el poeta en dirección al coche.

El trayecto hasta San Fernando fue tranquilo. Federico intentó poner música, pero Brais lo detuvo en seco.

—Nada de reguetón o te bajo en marcha. Deja esa canción —le espetó muy serio.

Habían empezado a sonar los acordes de una canción muy apropiada para el pequeño viaje que estaban haciendo a La Isla. Por la autovía, cuando dejaban atrás el desvío de Torregorda, Brais, desde el asiento del copiloto, miró hacia el lugar donde tres días antes había fallecido atropellado el sargento Elestondo. Justo en ese momento, Manolo García cantaba. "*Llévame esta noche a San Fernando. Iremos un ratito a pie y otro caminando…"*. Más le hubiera valido ir en coche, pensó.

Llegaron a la sede de la Brigada de Infantería de Marina y, mientras Federico iba a aparcar, Brais avanzó a pie. Justo al llegar a la entrada, vio a Perico. Salía con el ceño fruncido y el paso rápido.

—¿Qué pasa? —le preguntó en cuanto se acercó.

—Aquí no hay nada que rascar —se quejó Perico en voz alta, mirando atrás—. Estos *milicos* son más corporativistas que los políticos.

Brais arqueó una ceja. No era habitual que su colega, casi siempre empático, mostrase un cabreo así. Detrás venía un militar, no muy lejos.

—No sueltan prenda. Son un puto bloque. Menudo corporativismo de los cojones. Y para colmo, mandan a vigilarte. Míralo —añadió en voz alta,

señalando al militar que fingía mirar el móvil—. Ni que los policías fueran ellos.

—¿Nos están espiando? —preguntó Brais.

—Tiene toda la pinta. En cualquier caso, sea lo que sea, me está tocando los huevos un poco. Venga, vámonos. —Perico agarró a su colega, que empezaba a mirar mal a aquel tipo.

Caminaron hacia el aparcamiento del hospital San Carlos. Federico los esperaba dentro del coche. Antes de subir, Brais miró hacia atrás nuevamente. El militar seguía allí. No había duda ya de que los estaba siguiendo. El inspector jefe, como con un resorte, dio media vuelta y se le plantó delante exponiendo toda su altura y henchido como un gorila de espalda plateada a punto de morder, a menos de un palmo.

—¿Tú qué coño quieres?

El militar se puso pálido, pero no reculó. Se recuperó rápido del susto.

—¿Sois policías, no?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Estáis con la investigación del muerto de la autovía?

—Mira, chavalote, aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—Solo quiero dar una información que puede ser importante —dijo con voz tensa—. Es sobre mi amigo, el sargento Jorge Elestondo Vega. El que murió el otro día.

Inspector y subinspector se miraron y después se centraron en el militar.

—Habla —le espetó Brais, más cortante que un vidrio roto—. Y dinos tu nombre para empezar, anda.

Perico se colocó al lado de su compañero de manera preventiva. Aunque de inicio el militar se había arredrado un poco, se estaba viniendo arriba ante la arrogancia de Brais. Lo miraba con fijeza, en silencio, como si estuviese dudando entre contestar con palabras o con hechos. Y no era precisamente un tipo enclenque, sino todo lo contrario.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Es igual.

—No, hombre —intercedió Perico acercándose al hombre a la vez que miraba a Brais con cara de circunstancias, como queriendo reprenderlo por su actitud—. Perdona a mi compañero. Ha tenido un mal día… Bueno, una mala vida más bien. Cuéntanos, por favor. ¿Qué querías decirnos?

Con una sola mirada, Brais le dedicó a su amigo, el subinspector Vélez, todo su repertorio de insultos. Pero no dijo nada.

—No aquí —contestó el militar con gravedad.

Capítulo 16 - Secretos militares y otros dramas

Eran las once y media de la mañana. Brais y Perico iban por el segundo café cada uno. Llevaban casi media hora esperando en la cafetería de la estación de tren de San Fernando, en una mesa al fondo estratégicamente situada: cerca de una ventana que daba a la calle, pero sin estar directamente visibles desde fuera. La discreción era algo que a veces se fingía y otras, como ahora, se improvisaba con instinto policial.

Cada cual, en silencio, hacía sus propias cábalas sobre lo sucedido. Francisco Cornejo, que así se llamaba el militar que los había seguido, había sido muy claro: «en el interior de la cafetería, no en la terraza». Lo había dicho mirando hacia todos lados, como si estuviese hablando de un golpe de estado y no de una simple conversación. Ninguno de los dos lo verbalizó, pero ambos tenían dudas sobre si finalmente se presentaría a la improvisada cita.

—Este tío, por más fuerte que esté, tiene más nervios que un bistec de a euro—murmuró Brais con la vista al frente.

—O algo que ocultar —añadió Perico, metiendo las manos en los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas—. Por cierto, picha mía, quieres dejar de coger la cucharilla del café como se coge un cigarro. Me estás poniendo nervioso.

—Déja-jame en pa-paz.

Tras otros diez minutos de cortesía adicionales, Perico le pidió la cuenta a la camarera, una veinteañera con coleta despeinada y piercing en la nariz, que se limitó a asentir con la cabeza y se alejó sin más preguntas.

—Este tío no va a venir.

—Al carajo mi confianza ciega en los militares.

La suerte quiso que la camarera tuviera que discutir con otro cliente por una tostada quemada rescatada del averno. Eso permitió que trece minutos después —porque sí, Brais los contó—, siguieran allí cuando entró Francisco Cornejo, ya de paisano.

Vestía vaqueros ajustados y una camiseta gris que dejaba ver unos bíceps que ya se intuían bajo el uniforme militar. Tenía el rostro tenso, los ojos saltando de rostro en rostro, como si esperara que alguno se levantara a detenerlo.

—Buenas —dijo, casi en un susurro al llegar a la mesa de los policías. Ni un gesto cordial, ni una sonrisa.

Se sentó con una rigidez que delataba incomodidad más que disciplina castrense. Cruzó los brazos sobre el pecho, clavó los ojos en la mesa y dijo:

—No tengo mucho tiempo. Ni tampoco quiero líos. Pero creo que esto tengo que contarlo.

Brais ni se molestó en contestar al principio. Le dio un trago al vaso de agua que acompañaba al café, lo devolvió a la mesa con estrépito y dijo con voz grave:

—Pues ya que estás aquí, suéltalo. Porque si has venido a hacernos perder el tiempo, te equivocas de sitio y de gente. ¿Me explico?

Cornejo le sostuvo la mirada un par de segundos, los músculos tensos en el cuello como si contuviera las ganas de levantarse. Pero finalmente se dejó caer un poco en la silla, como si asumiera que no tenía escapatoria en ese contexto.

—Es sobre Jorge. El sargento Elestondo. Es decir, el hombre que murió en la autovía.

—Sabemos quién es. Sigue.

—Yo... —vaciló—. Yo era su amigo. O al menos, su compañero más cercano. Era un hombre solitario. La cosa es que… desde hace semanas estaba distinto. Más irascible. Con ojeras. Desconfiado.

—A lo mejor es que tenía insomnio.

—Puede ser. Pero decía que alguien quería putearle.

—¿Quién quería putearle? —preguntó Perico, que hasta entonces no había hablado.

Cornejo hizo una pausa larga, tan larga que Brais estuvo a punto de repetir la pregunta con tono más contundente. Pero finalmente respondió:

—Un cabo con mucha mala leche y nada de respeto por la jerarquía. Lo ridiculizaba delante de los demás, lo dejaba en evidencia cuando podía. El típico que va de gracioso, pero que es más malaje que una caricia con estropajo.

—Francisco te llamabas, ¿verdad?

—Sí —respondió inquieto ante lo que inevitablemente iba a venir a continuación.

—¿A que tú no tienes edad para ser mi hijo?

—No. ¿Qué pasa? ¿A qué viene…?

—Porque mi niño, cuando me cuenta alguna trastada que ha hecho uno de sus amiguitos, de primeras no me suelta el nombre del culpable. Ya sabes, nadie quiere ser un chivato, aunque todos quieren hacerse los protagonistas.

—¿Y? —preguntó en tono chulesco el militar.

—Pues cuando se pone así, en ese plan, tengo que ser yo el que, después, va tratando de arrancárselo. A mi niño lo quiero y tengo mucha delicadeza con él. De hecho, es con el único con el que soy amable. —La amenaza estaba en el ambiente—. ¿Vas a decirnos el nombre? —le espetó libreta en mano.

—Se llama Fernando Revilla. Así se llama el cabo —dijo más rápido de lo que hubiera querido.

—¿Y eso, lo que has contado, lo hace sospechoso de asesinato? —saltó Perico—. Es una acusación muy grave

—No sé… Pero el sargento Elestondo me insinuó que…

—¿Seguimos igual, Francisco? —intervino Brais.

—Joder, que parece que soy yo el culpable —se quejó—. Elestondo me vino a decir que pensaba que el cabo Revilla era capaz de cualquier cosa.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada. Pensé que era paranoia. O estrés. El sargento Elestondo era huérfano; además, no tenía nadie aquí. Ni pareja conocida tampoco. No sé —dejó en el aire algo que no quiso verbalizar—. Lo que les dije antes, una persona solitaria, un poco raro. Y tenía pinta de sufrir de depresiones o pamplinas por el estilo. Pero ahora, con lo que ha pasado...

—Para empezar, las depresiones no son pamplinas. ¿Estamos? —dijo Perico muy serio, con un tono entre didáctico y de reproche—. Y después, no entiendo muy bien sus intenciones. ¿Se siente usted culpable? —añadió Perico.

Cornejo tragó saliva. Bajó la vista.

—Puede ser. Quizás si le hubiera hecho más caso… Yo qué sé.

—¿Crees que fue él? ¿Revilla? —continuó Perico, que le había tomado la vez a su colega el inspector jefe—. Porque hasta el momento, en principio, lo que tenemos es un simple atropello.

El militar dudó. Luego levantó la vista y, por primera vez, pareció sincero en su inseguridad.

—No lo sé… —dudó—. Pero bueno. Si es solo eso, un atropello, ¿qué hacen preguntando en instalaciones militares?

Brais no dijo nada. Seguía con los ojos fijos en él.

—¿Alguna prueba? —le preguntó obviando sus palabras—. ¿Algo más que chismes de vieja, Francisco?

Cornejo titubeó durante unos segundos. Hacía gestos raros con la boca. Como si quisiera escupir lo que fuera que tenía dentro, hasta que lo hizo.

—Elestondo escribió al móvil del cabo Revilla —dijo levantando la mirada—. Quería buscarle las cosquillas con algo. No sé qué. Me dijo que lo iba a pillar.

—¡Especifica, coño! —soltó Brais con la paciencia a cero—. Que esto no es una novela de Raymond Chandler con tanta elipsis y puntos suspensivos.

Perico miró a Brais con los ojos como platos ante la demostración de sapiencia de su superior. Aunque en realidad él lo etiquetó en su mente como una vacilada del veinte.

—¿Ray… qué? —preguntó el militar con una expresión de sorpresa.

—Jo-joder. Philip Marlowe. ¿No? El sueño eterno. ¿Tampoco? —iba probando Brais ante el desconocimiento de Cornejo y la risa apenas sofocada de Perico, que intentaba aguantar el tipo.

—¡Qué atrevida es la-la igno-norancia, co-coño! —dijo Brais con un cabreo creciente—. ¡Que concretes y digas todo lo que sabes, me cago en mi cama!

—Ah, vale. Pero no sé más. Yo tampoco le insistí al sargento. Estaba obsesionado con devolverle al cabo Revilla todas las putadillas, así que no le di mucha importancia en su momento. —Un silencio—. Pero ahora…

La cara de Brais se iba contrayendo a marchas forzadas. Estaba a punto de estallar y hacer honor a su título oficioso de inspector más borde de Nueva Gades. Sin embargo, Perico, que conocía de sobra los defectos y alguna virtud de su compañero, se adelantó para evitar males mayores.

—Nos vale —dijo el subinspector Vélez ofreciéndole un bolígrafo y señalando el servilletero con el mentón—. Necesitamos que nos apunte el nombre completo e identificación del cabo Revilla. También el suyo completo. Y, por supuesto, su teléfono. ¿De acuerdo?

Cornejo dudó un momento. Escribió en una servilleta: nombre del cabo, su propio nombre y su número de móvil. Lo dejó bajo su taza con cierta chulería que no pasó desapercibida.

—Esto no ha pasado, ¿vale? Es un atropello, ¿no? Y al fin y al cabo siempre hay discordias entre nosotros los militares. Vosotros los civiles no

lo entendéis.

—Claro. Lo que tú digas —mintió Brais con una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Cornejo se levantó. Apretó la mandíbula e hizo una mueca con la parte derecha del rostro. A continuación se refregó la nariz. Parecía que iba a soltar algo, una palabra, un golpe de "aquí estoy yo". No obstante, Brais no reaccionó en absoluto. Tan solo le devolvió la mirada de asco que le había dedicado el militar, que optó por salir del bar sin más. A mitad de camino se volvió. Los miró como si esperara que se rieran de él o lo siguieran. Pero no hicieron ni una cosa ni la otra.

—¿Qué opinas? —preguntó Perico al fin.

—Aún a riesgo de repetirme, lo mismo que he dicho varias veces. Entre militares, armas robadas, un camello de poca monta, abogados caros… apesta. Pero a ver quién es el guapo que encuentra el lugar exacto de dónde viene el olor. Y para colmo, no sé muy bien cómo valorar la declaración de nuestro amigo el militar sigiloso.

—Sinceramente, creo que hemos estado bastante antipáticos con él. Ya sé que vas a decir que con este tipo de perfiles hay que ser ariscos, pero…

—Pero nada, Pedro. Es lo que tocaba.

—Mierda —exclamó Perico dándose un golpe en la frente.

—¿Qué pasa?

—Teníamos que haberle preguntado por Arturo. Sabía que se nos olvidaba algo.

—Bah. No creo que lo conociera. Ya iremos viendo. No te apures.

—Sea como sea, todo esto es raro —señaló Perico.

—Bastante —asintió el inspector jefe López.

— o —

Cuando llegaron a la comisaría, lo primero que vieron fue a una mujer que parecía sacada de otro siglo: corpulenta, vestida entera de negro, pelo recogido en moño tirante y un semblante que mezclaba furia, pena y desconfianza a partes iguales. Agitaba un papel como si fuera un arma, gritándole al primer agente que encontró:

—¡¿Dónde está mi hijo?! ¡¿Dónde lo tenéis, por dios?!

—Apuesto lo que sea a que es la madre de Arturo. —dijo Perico.

—Mal momento —añadió Brais con el ceño fruncido.

El joven agente al que le gritaba estaba paralizado.

—¿Qué es ese papel? —preguntó Brais al llegar.

—Yo... no sé, inspector. Lo traía ya. Dice que lo ha encontrado en casa. No sé si es de él o...

—Ya —continuó entre dientes el inspector, con el volumen al mínimo mientras se acercaba al policía—. ¿No la habéis llamado para informarle de la muerte?

—No daba señal su teléfono, señor —susurró.

—Es igual. Puedes irte. Ya atendemos nosotros a la señora.

Brais se acercó a la mujer.

—Soy el inspector jefe López. ¿Su nombre es…?

—Antonia Gonsalves —le respondió la mujer con un gesto de desconfianza.

—Si me acompaña, por favor…

Brais le mostró el camino. Ella, no obstante, le miró de arriba abajo, con los ojos empañados y un dolor feroz en las pupilas.

—¿Dónde tienen a mi Arturo? Soy su madre, ¿sabe?

—Acompáñenos, señora —insistió ahora Perico.

Entraron al minidespacho del inspector jefe. Perico cerró la puerta tras ellos, pero la mujer prefirió mantenerse en pie. A continuación, puso el papel sobre la pequeña mesa con ala y colocó su mano encima con un golpe.

—Mi hijo no es un asesino. Ni un ladrón. Ni un delincuente. Se habrá metido en líos, como todo el mundo. Un problemilla con las drogas, que son mu malas. Pero él no es malo. Esto... —señaló el papel— esto no es suyo. No sé a qué viene, pero seguro que no es de Arturo.

Brais lo miró de reojo, pero no hizo ademán de ir a por él. Solo un gesto a Perico para que lo recogiera con un bolígrafo. Perico lo miró por encima, sin comentar. Luego lo dejó a un lado.

—¿Dónde está? Quiero verlo. Está detenido, ¿no? ¿Es por eso que no me lo dejan ver? Acabo de llegar de Algeciras de estar cuidando varios días a una hermana en el hospital y me encuentro con este percal —protestó elevando el volumen.

—Se-señora. Yo-yo la entiendo —empezó Brais, tartamudeando apenas —. Su-su hijo...

Se detuvo. Trató de buscar las palabras.

—...ha sido encontrado esta mañana. En la Punta...

La mujer abrió los ojos, se llevó una mano a la boca. No gritó. No lloró. Solo dejó caer los hombros y se sentó lentamente.

—No... no... —dijo casi en un susurro—. Dígame que no…

Perico se acercó con un vaso de agua. Brais se quedó de pie.

—Lo sentimos mucho —se compadeció Perico—. De verdad. Vamos a hacer todo lo posible por saber qué ha pasado.

La mujer asintió en silencio. No miró a ninguno.

—Ese papel... —dijo al fin, casi atragantándose con la bola de miedo e incredulidad que se le estaba formando en la garganta—. Lo encontré encima de su cama. No sé lo que es. Pero no es de mi hijo. La firma es suya, pero él no escribía así.

Brais y Perico se miraron.

—Lo mandaremos a analizar —dijo Perico, suave.

—Lo comprobaremos. Se lo aseguro.

Ella asintió entre lágrimas.

Brais miró el papel como si fuera una bomba a punto de estallar. No dijo nada más. Solo lo señaló con la barbilla:

—Guárdalo. Que lo mire Científica por si hay huellas.

El silencio se instaló en la sala como un huésped incómodo. La mujer, encogida en la silla. Brais, con los labios apretados. Perico, con el papel envuelto en una bolsa.

La verdad, aún lejana, parecía acechar desde algún rincón.

Capítulo 17 - Pruebas improbables

El sol dirigía sus últimos rayos del día a los cristales de su nimio despacho cuando Brais, café en mano y cara de cansado, empujó la puerta con el hombro. Dentro, como si se tratase del camarote de los hermanos Marx, ya estaban Perico, Vanesa y el cabo Garrido, cada uno apoyado en una silla como si llevaran horas esperando. Y no iban mal encaminados: lo que acababan de vivir con la madre de Arturo no se olvidaba ni pronto ni con facilidad.

—Ha sido una auténtica mierda —murmuró Brais, dejándose caer en su desastrada silla de oficina.

—No me lo recuerdes —dijo Perico, mirando a la pared como si allí hubiera colgado un altar improvisado—. Esa mujer ya no levanta cabeza. Dice que estuvo fuera de Cádiz varios días porque su hermana ha recaído de un cáncer, y que no se enteró de nada hasta que volvió esta mañana. Y ahora, lo de su hijo. Le ha pillado todo a traición.

—¿Y el papel que llevaba? —preguntó Garrido en voz baja—. ¿Qué era?

—Se trataba de un folio tamaño DIN A4, escrito en tipografía de ordenador… —concretó Vanesa ante el estupor de Brais, que se mordió el labio y negó con la cabeza. Vanesa se dio cuenta, aunque continuó con su perorata técnica tras una pequeña pausa—, pero con rúbrica manual. La señora sostiene que lo halló en el dormitorio de su hijo, sobre la cama. Que lo leyó y, de alguna manera, anticipó una situación funesta.

Brais, pese a todo, le hizo un gesto con la mano para que siguiera.

—Básicamente, en dicho escrito Arturo confiesa que estaba tratando de robar en la mochila del finado, el sargento Elestondo. Que el sargento le descubrió, lo enfrentó corriendo por Cortadura, y que en el forcejeo cayó a la carretera… y fue atropellado. Asegura que fue un accidente, que no pretendió hacerle daño alguno.

Brais chasqueó la lengua, meneando la cabeza.

—No me cuadra.

—A mí tampoco —saltó Perico, que llevaba un rato inquieto, girando su bolígrafo entre los dedos—. Ya lo dijimos: Arturo no parecía ni fuerte ni ágil. Vamos, que no lo veo enfrentándose a un sargento en forma que corre todos los días doce kilómetros. Y menos derribándolo. Si estaba *encanijao* el chaval…

En ese momento se abrió la puerta con un chirrido. Agustín, el comisario de distrito, entró como el que no quiere la cosa, pero con los brazos cruzados y la mirada fija en el grupo. Nadie dijo nada. Solo Vanesa levantó un poco la ceja. Brais lo miró con fastidio.

—¿Puedes esperar un minuto, Agustín? —preguntó, seco.

El comisario no contestó. Se apoyó en la pared y siguió escuchando.

—Decía —retomó Brais, ya en tono más alto, sin perder de vista al intruso— que la confesión no encaja. Primero, porque según Arturo encontró el arma y demás cosas del sargento en un sitio que está a bastante distancia de la zona donde la mujer… ¿cómo se llamaba? —fue a coger su libreta, pero Perico se le adelantó.

—Rocío. Se llama Rocío.

—Eso. Lo que decía, que donde Arturo aseguraba que encontró las cosas del muerto estaba lejos de donde Rocío lo encontró herido.

—Segundo —añadió Perico—, que la propia Rocío declaró que el sargento le contó que le habían intentado atropellar unas horas antes de su muerte, cuando iba corriendo por allí precisamente, por el Ventorrillo el Chato. Y Arturo —dijo mirando entre sus notas y la ficha policial del interfecto— no tenía carnet. ¿Cómo va a atropellar a nadie sin carnet y sin coche?

—Y tercero —continuó Brais—, que el conductor que le pasó por encima dijo que ya estaba tirado en la carretera. Que no parecía atropellado antes. Solo ese coche lo arrolló. Vamos, que igual murió por eso… pero lo de antes está cogido con alfileres.

—También es raro lo del papel —dijo Vanesa—. ¿Quién imprime una confesión y luego la firma a mano? Y si pensaba suicidarse, ¿por qué no la llevaba encima? ¿Esperaba que su madre la hallara?

—Y, por último y más importante si cabe, tanto el cuerpo del sargento Elestondo como en el de Arturo tenían pequeños agujeros. A ambos le habían inyectado algo. Casi con toda probabilidad aire, según los informes forenses. Es complicado de asegurar, pero todo indica que no fueron suicidios.

—No te olvides de lo del abogado —le recordó Perico.

—Eso, sí —asintió Brais—. A mi forma de verlo, habría que mirar qué hizo Arturo después de salir de la comisaría. Ese abogado carísimo que le sacó por las buenas… alguien lo pagó. Y su libertad fue muy rápida. Huele mal.

Vanesa aprovechó el silencio para sacar su artillería.

—A colación de lo indicado por el inspector jefe López, y a petición del subinspector Perico —empezó, con su verborrea de boletín oficial—, he comprobado los datos del número telefónico al que llamó el finado Arturo Marconi Gonsalves desde el calabozo. La línea pertenece a un tal Juan Lucena Rete, conocido por antecedentes por tenencia de estupefacientes. Fue absuelto en su día, pero el abogado que lo representó es el mismo que sacó a Arturo antes de ayer.

—¡Bingo! —exclamó Brais—. ¿Lo ves? —añadió mirando con una sonrisa de victoria al comisario.

Agustín, hasta entonces inmóvil, resopló.

—Vamos a dejarnos de tonterías —dijo, con esa voz de "ya se ha acabado la conversación" que tanto conocía Brais—. Tenemos una confesión firmada, joder. Tenemos el suicidio confeso de un delincuente común que se ha cargado a una persona a la que quería robar. ¡Qué manera de embrollar historias! La realidad es mucho más simple.

—No me jodas, Agustín.

—Inspector jefe López… —le reprendió el comisario de distrito ante su desacato—. Y las pertenencias del sargento estaban en casa del tal Arturo. Blanco y en botella.

—¿Comisario Santonja, ha escuchado algo de lo que acabamos de decir? —replicó Brais, tensando la mandíbula—. Ya no digo nada de las sospechosas filtraciones a la prensa de los datos del sargento y de lo del arma que se incautó a Arturo. Es que esto está lleno de incoherencias. La confesión es endeble, la relación con el abogado es más que sospechosa, y no hay pruebas firmes del suicidio, sino todo lo contrario. Además, podríamos investigar en el Tercio de Armada de San Fernando, de donde era el sargento…

—Precisamente eso es lo que no podemos hacer —lo interrumpió el comisario—. Hay una orden desde arriba para que no se remueva nada allí. Por lo del robo de armas, el cual está siendo investigado ya. Ya sabes cómo es esto: prensa, ejército, opinión pública… Somos funcionarios públicos y debemos acatar las órdenes. ¿Queda claro?

—Claro, por supuesto. Le veo con mala cara, comisario —ironizó Brais —. Supongo que es por las presiones que te llegan desde arriba. Las amistades de Gerardo, ¿no?

Agustín lo fulminó con la mirada.

—Nada de lo que habéis dicho es irrefutable. Arturo dejó una confesión. Y punto. Nos están pidiendo cerrar esto cuanto antes, y no podemos abrir más frentes. Ni una palabra sobre el arma que apareció.

—No apareció —dijo Brais, levantando las cejas.

Agustín se tensó.

—¿Cómo que no?

—No tenemos la pistola. Nadie sabe dónde está. Así que no montes el número, porque a este paso, Gerardo va a hacer que te quedes sin despacho. O sin pistola. Y no me refiero a la reglamentaria.

El comisario lo miró muy serio. Después, sin decir palabra, se giró y salió del despacho.

—Joder… —murmuró Perico.

—Vanesa, ven conmigo —ordenó Brais, levantándose—. Gracias por lo de la llamada. Buen trabajo.

—Gracias, inspector.

—Y cita a ese tal Juan Lucena. Quiero saber qué relación tenía con Arturo.

—Perico ya me lo había pedido esta mañana —dijo ella con una sonrisa torcida.

—Buen poli —musitó Brais, para sí, mientras se rascaba la barba.

— o —

Perico y el cabo Garrido ya se habían marchado del despacho de Brais. Este, aprovechando un momento de respiro, se recostó en su silla mientras Vanesa repasaba una carpeta con papeles desordenados.

—¿Terminaste lo de las cámaras de la autovía?

—Sí. Lo del Peugeot 206 blanco que iba delante del coche que atropelló al sargento es raro. Se desvió por Torregorda y no volvió a aparecer.

—Me acuerdo, sí.

—Pero lo curioso es lo otro.

—¿Qué otro?

—Entre que se produjo el accidente y que se acordonó el carril derecho… pasaron unos quince minutos. En ese intervalo, ningún coche pasó por la primera cámara, la de antes de la curva. Pero uno sí pasó delante de la cámara de control de velocidad que está después de la curva: un Audi negro, grande.

—¿Modelo?

—Un Q7. Pasó por la cámara de después de la curva de Torregorda. Podría ser personal del centro de ensayos balísticos que hay por allí. Me consta que tienen turnos raros, no obstante.

—Aun así, hay que comprobarlo. Dame las matrículas, se lo diré a Perico.

—No hace falta —dijo Vanesa, rebuscando entre papeles. Finalmente sacó una hoja doblada, arrugada de tanto manosearla—. Aquí están. Ya tengo los nombres. Y un pequeño expediente de cada uno —añadió con el dedo índice sobre un par de finas subcarpetas.

Brais cogió toda la documentación. Leyó primero la hoja doblada: José María Berenguer Remiro, de 52 años. Propietario del Peugeot 206 blanco.

El segundo nombre, el titular del Audi negro, lo dejó en blanco unos segundos.

—¿Está bien? —preguntó Vanesa, al verlo absorto.

—Este nombre me suena…

Alzó la vista, entrecerró los ojos como quien intenta enfocar un recuerdo borroso, hasta que de golpe le vino la escena del bar de la estación.

—Fernando Revilla Estellar —musitó mientras sacaba su pequeño cuaderno de notas y pasaba a toda velocidad las hojas—. Aquí está. Justo el mismo al que acusó Francisco Cornejo, el militar que nos siguió cuando fuimos al TEAR de San Fernando.

Vanesa lo miró, intrigada, sin comprender..

En ese momento, sonó su móvil. Brais contestó con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo la voz de Zuleidy, suave, pero nerviosa—. Solo quería avisarle, señor Brais.

—¿To-todo bien? ¿Qué-qué pa-pasa? —preguntó Brais casi asfixiado de la ansiedad. La hipocondría se extendía también a su padre.

—Señor Brais, yo no quería decirle, pero el señor Toño…

—¡Me cago en mi puñetera cama! —dijo antes de colgar y justo después de empezar una atropellada carrera contra el reloj y contra todo ser viviente que osara cruzarse en su camino.

Capítulo 18 - Coincidencias con incidencias

El corazón le latía aún como un tam-tam desbocado. Boqueaba como una sardina en la arena. Y estaba sudando tanto que a pesar del viento de poniente fuerza siete que le golpeaba, se desprendió de su adorada chupa de cuero. Pero con todo y con eso fue capaz de vociferar.

—¡Despídela! ¡Despídela ya! Te ha matado a ti y a punto ha estado de hacerlo conmigo —se quejó con ira Brais mientras se introducía en su descascarillado Dacia. De la rabia casi se le cae el teléfono.

—¿Estás *tolo* o qué, rapaz? —trató de contrarrestar Toño en su lengua materna—. Yo estaba presente en la conversación. De hecho fui yo quien le dijo que te llamara. Y tú le has colgado sin dejarle hablar a la pobre Zuleidy. Si la pudieras ver ahora. Está a punto de llorar. Dice que dimite.

—¿En se-serio, papá? Si me-me di-dijo que tú… Es decir, que-que no me que-quería contar o algo así. Y que tú…

—¿Que yo qué, zoquete? Que no puedes parar de ponerte en lo peor siempre.

El silencio se hizo grande durante unos cuantos segundos.

—¿Estás ahí, neno?

—Sí. Presente.

—Le pedí a Zuleidy que te llamara solo para que supieras que se iba a ausentar un rato. Ella no quería, pero tiene a su madre enferma allí en Bolivia y le escribieron para hacer una videollamada junto con su chiquillo. Le dije que se fuera y que volviera luego, que yo me las apaño bien, pero que te llamara antes para explicarte. Por si te pasabas por aquí conmigo durmiendo y se la liaras. Que te conozco.

—Vale —musitó Brais.

—¿Vale qué? ¿Qué es lo que vale?

—Que va-vale, jo-joder. Que se me ha ido la ca-cabeza.

—Bueno, pues ya está. Ahora vete a casa y descansa, que seguro que has estado currando.

—Sí. Pero me doy una ducha rápida y me paso a verte hasta que regrese… ella.

—Brais…

Colgó y se quedó un momento en silencio. Ya estaba más tranquilo a pesar de todo. Toño estaba bien. Todo estaba bien. En esas, sacó del bolsillo la hoja que le había pasado Vanesa. Ahí constaban los dos coches que habían transitado por la curva de Torregorda a la hora del atropello del sargento Elestondo, junto con los nombres de sus respectivos propietarios. Desplegó el folio y leyó en voz alta el segundo:

—Fernando Revilla Estellar. Treinta y siete tacos —se dijo para sí tras calcular el año de su nacimiento—. Otro militar.

En su cabeza se quedó flotando ese nombre, como una sombra inquietante y amenazadora. Tocaba indagar y escarbar en los alrededores de la zona militar. Aunque Agustín se pusiera de culo. Aunque Gerardo tuviera amigos en el infierno.

Porque nada le encajaba en ese rompecabezas. Y a Brais, cuando las piezas no le encajan, le entra por dentro una comezón que solo se quita o con un cigarro o con respuestas. Y se había prometido no fumar. Así que…

Tuvo suerte. Había logrado aparcar justo enfrente de su casa. Un hito en una ciudad con un aparcamiento disponible por cada cien habitantes con coche. Se bajó del Dacia y miró con deleite su obra. Con una sensación de plenitud extraordinaria, su voz interior, esa que todos tenemos y que, o bien nos anima si la tenemos bien entrenada, o bien nos hunde en la más *porca* miseria, le susurró a Brais en el oído:

—Menudo gilipollas estás hecho. Te vienes arriba por dejar tu coche de mierda bien aparcado por una vez en tu vida.

—Vete a tomar por culo —se respondió.

Su felicidad pasajera pasó y su rostro dichoso se contrajo transformándose en una mueca de asco. Con esa cara entró en casa de su padre, su casa, que le pareció vacía sin él. Tiró todo por el suelo y, eso sí, saludó con ternura a Calígula, que siempre lo recibía con felinos agasajos cuando entraba por la puerta.

—Todo el mundo debería ser como tú, Cali —le dijo con cariño al gato, mientras este se rozaba con sus piernas una y otra vez.

En esas sonó su móvil y el gato negro negrísimo salió disparado. Perico. La voz del subinspector chisporroteó al otro lado del teléfono como una sartén friendo:

—¿Qué pasa, Pedro? —dijo con menos efusividad que un notario recitando un chiste.

—¿Cómo va tu padre?

—Bien, bien. Sin novedades.

—¿Estás en el hospital?

—No —dijo Brais—. En casa estoy. He venido para una ducha rápida y salgo para allá. Por cierto, quería comentar la jugada contigo, así que aprovecho. ¿Te suena Fernando Revilla?

Hubo un segundo de silencio al otro lado y varios segundos más de hojas revoloteando.

—Revilla… revilla… Espera… —repuso Perico mientras buscaba en su libreta—. Sí, claro. Al que acusó Francisco Cornejo porque le hacía la vida imposible al muerto de la autovía. ¿Qué pasa con él?

—A ver qué te parece esto. Su coche estaba por Torregorda la noche que mataron al sargento —dijo Brais mientras desataba una de sus botas sentado en su cama.

—Hostia… —musitó Perico—. El colega ese cada vez tiene más números para la rifa de unas vacaciones con todos los gastos pagados en "Puerto 2". Demasiadas coincidencias.

—Una más para el bote.

—Habrá que charlar con él. ¿Dónde vas a estar tú?

—En el hospital. Pero de todas maneras ya es tarde. Mañana lo buscamos. Quiero estar presente.

—Hecho. Por cierto, he revisado el expediente de Arturo y la declaración de la madre. Ella decía que llevaba una vida sana, pero… tururú. Tiene antecedentes por drogas. Pequeñas cantidades. Detenido dos veces. En ambos casos alegó consumo propio. Y adivina quién era su abogado.

—El mismo que le sacó con su *habeas corpus interruptus* de los cojones.

—Y el mismo que sacó al presunto camello al que llamó por teléfono Arturo cuando estaba detenido en comisaría por lo de la pistola. Misma estrategia. Una y otra vez. Ese abogado debería dar clases de yoga, la elasticidad legal que maneja no es normal.

—Vamos a tener que trabajarnos esas coincidencias, Perico. Hay que hablar también con el abogado. Y con el otro camello.

—Ya me estoy moviendo. También voy a contactar con mi colega de Estupefacientes por si le suenan. ¿Te acuerdas de Joan Remiro? El que nos echó un cable en el caso del muerto de la nave abandonada.

—Sí, me acuerdo —contestó distraído—. Es que estoy viendo que se nos acumulan las tareas. A lo mejor nos las deberíamos repartir.

—Tú dirás.

—Déjame a mí lo de Fernando Revilla, ¿vale? Quiero pasarme por el cuartel y últimamente me van las horas intempestivas. Si cuadra que pillo a Fernando Revilla allí, me encargo yo. Si no, ya vamos viendo.

—No entiendo muy bien, pero tú mismo.

—Perfecto. Mantenme al tanto de cualquier cosa —colgó sin despedirse.

Brais se quitó la ropa como si se deshiciera de una armadura. Se metió en la ducha, dejó que el agua caliente le despegara la tensión de los hombros y, al salir, fue directo al armario. Cogió el mismo pantalón que llevaba el día que fue a Torregorda. Lo sacudió y notó algo duro en el bolsillo derecho. Lo sacó con curiosidad y colocó ese pequeño aparato a la altura de sus ojos. Una *GoPro* rota: el regalo perfecto para un padre que adora reparar y recomponer artefactos desahuciados.

La observó un segundo más, incrédulo. Le vino a la cabeza la imagen borrosa de haberla visto brillar medio enterrada entre la arena y la acera de la carreterita que bordea la playa. La había cogido sin pensarlo, con el piloto automático, mientras su cabeza estaba en otra parte. La miró ahora como si hubiera encontrado un diamante nunca visto en una caja de herramientas.

Le dio una vuelta y detectó una ranura mínima. Empujó con el dedo y una tarjeta *microSD* se presentó ante Brais. Aún como dios lo trajo al mundo, se fue directo a su portátil y lo encendió. La curiosidad le llamaba a gritos y quizás, aunque no lo admitiera, cierto voyerismo morboso. Introdujo la tarjeta con ansiedad, miró de pasada el reloj del salón y… lo guardó todo en su mochila. No tenía tiempo de ponerse a ver vídeos. El hospital lo esperaba. Y su padre también.

— o —

Toño estaba en la cama, medio incorporado con la ayuda del cabecero motorizado, los brazos sobre la sábana y la cara más seria de lo habitual. Aun así, cuando Brais entró, levantó una ceja y sonrió.

—¿Vienes de un funeral o del psiquiátrico? —dijo con voz ronca.

—De casa —contestó Brais, dejándose caer en el potro de torturas con forma de sillón situado junto a la cama. A su lado, en el suelo, colocó con cuidado la mochila con su portátil—. Pero como están las cosas, podría ser cualquiera de las dos.

—¿Qué pasa ahora?

—Que mi amigo Agustín, en su calidad de comisario empoderado, está empezando a ser un problema. Quiere cerrar casos a la primera, sin investigar, como si esto fuera un taller de coches. "Reparación exprés de homicidios", debería poner en la puerta de la comisaría.

Toño suspiró.

—No sabe manejar la presión. Ya lo hemos hablado. Se piensa que si no obedece a los de arriba, lo van a jubilar a la fuerza. Y lo peor es que a lo mejor no se equivoca.

—Pero antes no era así. Me refiero a él, a Agus. Ha cambiado.

—Claro que ha cambiado. Desde que tiene algo, tiene miedo de perderlo. Uno se vuelve conservador cuando tiene algo que conservar. Lo difícil es darse cuenta de que eso no te puede dominar. Joder —se quejó de pronto—. Me estoy volviendo un viejo con las charlas estas de filosofía barata.

—Está bien, papá. Si tienes razón.

—Bueno. ¿Qué tal el caso?

—Cada vez más enrevesado y cada vez más atados de pies y manos. Y la pistola que le encontramos a Arturo sigue sin aparecer —resumió Brais —. Sé positivamente que la llevaron a la sala de pruebas. Pero ahora nadie sabe nada. Y en mi cabeza solo resuena un nombre cuando pienso en quién puede estar detrás.

—¿Quién?

—Gerardo, joder. ¿Quién va a ser? Ya lo hablamos, ¿no? Se desvía la atención, se filtran determinadas informaciones, se repiten varias veces y la mentira se transforma en verdad por arte de birlibirloque.

—No te digo que no tengas razón —murmuró Toño—, pero te tienes que cuidar mucho de lo que haces y cómo lo haces. Es una acusación muy seria.

—Y la realidad lo es más. Gerardo tiene manga ancha porque es amigo del ministro de Defensa. Y el ministro, como ya me dijo Tato, es colega del comisario provincial.

—Y ahí tienes el puzle completo. El comisario provincial presiona a Agustín para que no levante más polvareda con el cuartel de San Fernando.

—Y nosotros con la escoba rota y sin recogedor.

Toño rió por lo bajo, pero pronto se quedó callado.

Brais, como quien no quiere la cosa, aprovechó para contarle lo de las cámaras de la autovía y los dos coches que aparecían en las grabaciones, lo del cabo Revilla, y cómo todo iba cerrando el círculo con demasiada facilidad.

—Ya sabes lo que pienso de las casualidades —murmuró Toño.

—Ya. Por eso te lo cuento. También está el tema del abogado ese que saca a todos los camellos por la puerta de atrás. Las mismas excusas, los mismos métodos. Es una maquinaria bien engrasada. Y siempre, al final, el maldito cuartel militar de San Fernando aparece de por medio. Qué tirria le estoy cogiendo a los militares. Y, por si fuera poco, me huele a que alguien está sacando tajada por debajo de la mesa. Esto ya no es cuestión de pruebas o indicios o mierdas. Esto es de mi propia cosecha. Una simple intuición.

Brais terminó su monserga mirando el techo y casi sin saliva. Esperaba una respuesta de su padre, unas palabras sabias que, como era habitual, le indicaran el camino, o al menos orientaran sus siguientes pasos.

Toño no contestó. Estaba roncando.

Brais se quedó mirándolo. No subía el pecho. No se movía.

—¿Toño? ¿Papá? —susurró, acercándose con el corazón empezando a acelerar y un calor que le subió hasta la cara. Le puso la mano delante de la nariz. Nada—. ¿Papá?

Entonces, de repente, Toño pegó un grito:

—¡¡¡¿Qué coño haces, rapaz?!!!

Brais dio un bote.

—¡La madre que te parió! ¿Estás bien?

—¡Más que tú, que me tapas la cara como si fuera a dormir el sueño eterno! —refunfuñó Toño, dándose la vuelta.

Una enfermera entró al oír los gritos.

—¿Todo bien aquí?

—Sí, sí —dijo Toño, señalando a su hijo—. Solo que este desgraciado me quiere enterrar en vida.

— o —

Zuleidy apareció cerca de las once de la noche con una bolsa de ropa limpia y un táper de caldo. Saludó a Brais y este solo devolvió un gesto con la cabeza, tras lo que se levantó y salió del hospital como quien escapa de una encerrona. Ya fuera, aspiró fuerte y la noche le olió a sardinas asadas con piriñaca y a plantas recién regadas. Eso era el barrio de la viña para él. Una sonrisa fugaz se le escapó.

Salió a la desembocadura de la calle San Rafael por la plaza del Falla. Pese a la hora, le apetecía un café. En realidad estaba loco por un cigarro, pero se obligó a sustituirlo, por lo que la cafeína había tomado la vez. No había querido quedarse en la cafetería del hospital, donde fue un par de días atrás, ya que recordó su incidente con el camarero, de manera que giró ciento ochenta grados y dirigió sus pasos hacia la calle Sacramento. Un pequeño bar aún mantenía encendidas las luces.

Pidió un café solo al dueño, el cual, pese a la hora, no se extrañó en absoluto de la comanda. Lo tomó amargo, con la esperanza de que lo despertara más que el susto anterior. Al mirar alrededor, vio la máquina de tabaco en la esquina. Dudó. Se levantó. Dio un paso. Se frenó.

Sacó el móvil y llamó a Perico. Comunicaba.

Bufó y rebuscó en su libreta mientras volvía a mirar de reojo a la máquina de tabaco. El número del militar que les había dado el soplo… ahí estaba.

Marcó.

—¿Sí? —dijo la voz al otro lado.

—Soy el inspector jefe Brais López, de la policía nacional. Hablamos hace un par de días, sobre Fernando Revilla.

—¿Hola?

—Un momento —murmuró el militar.

Se oyó ruido de fondo, voces, pasos. Luego volvió:

—¿Qué quiere? —preguntó con brusquedad.

—Solo una cosa. Que me diga qué iba a contarme sobre Revilla.

—El sargento Elestondo… sospechaba de él. Decía que estaba metido en cosas turbias. Le hacía la vida imposible. Quería pillarlo. No me dijo el qué exactamente. Pero… parecía drogas. Lo que se oye en el cuartel. Nada más.

—¿Fernando trafica con estupefacientes?

Un silencio prolongado antecedió a la respuesta.

—Yo no lo sé. Solo cuento lo que he oído. El sargento me contó que iba a escribirle para tenderle una trampa. Algo que lo delatara.

—¿Y eso lo sabe más gente?

—No. El sargento era muy suyo. No tenía amigos íntimos. Pero con Fernando había inquina. Eso se notaba.

—¿Está ahora ahí, Revilla?

Un nuevo silencio largo. Luego, una contestación escueta:

—Sí.

—Voy para allá.

– 0 –

A las 23:24, Brais estaba en la garita del cuartel. El soldado de guardia tenía más cara de becario que de militar curtido.

—No puede pasar. Esto es jurisdicción militar.

—No vengo a jugar al *paintball*. Quiero hablar con un militar. —Le enseñó su placa—. Es por una investigación abierta.

—Le repito…

—Fernando Revilla —le espetó Brais con malas pulgas—. ¿Está o no está?

En ese momento, un grupo de militares salía del cuartel. Algunos en chándal, otros en vaqueros y bien maqueados, todos con mochilas de expedicionarios. Uno de ellos, más ancho que alto, se volvió al oír el nombre.

—¿Quién pregunta por mí? —dijo con voz arrogante.

Brais sacó la placa sin inmutarse.

—Yo mismo. —Brais dirigió la placa hacia el militar.

Fernando lo miró de arriba abajo sin achantarse una pizca.

—¿Qué quiere? —preguntó acercándose a Brais.

—Hablar. De manera informal.

Fernando miró a sus compañeros.

—Id al bar, pedidme una cerveza. Voy enseguida —les dijo con una sonrisa confiada.

Se giró hacia la plaza sin decir más.

Brais se quedó quieto, sorprendido por el gesto.

—¿No decías que querías hablar? —soltó Fernando, sin mirarlo—. Pues venga, sígueme.

Y Brais lo siguió, mientras la noche empezaba a oler a pólvora sin disparar.

Capítulo 19 - Un militar de noche ahí en lo oscuro

Brais seguía a Fernando Revilla a paso cansino. Enfrascado en sus pensamientos, ni siquiera se había preocupado por mirar si venía algún coche cuando cruzó el paso de peatones que separaba la entrada del edificio del TEAR, la Brigada de Infantería de Marina, con el Parque Capitán Conforto. A esa hora de la noche, los jardines dormían malamente: farolas tenues, bancos vacíos y un par de papeles revoloteando como borrachos desorientados.

Aprovechaba la lentitud de su andar para repasar mentalmente los dos casos que tenía entre manos. Era importante ver los detalles, valorarlos, analizarlos. Porque el demonio se esconde ahí, entre las pequeñeces que pasan desapercibidas a un ojo poco entrenado. Todo eso lo sabía y lo tenía en cuenta. Pero Brais sabía más. Sabía que no bastaba con eso. Sin una visión de conjunto, los pormenores de cualquier investigación se desparramaban y se perdían como si fuesen agua de lluvia cayendo por el sumidero. Había que usar una suerte de vista de águila, mirar con perspectiva desde las alturas, otear a ojo de halcón. Y, bueno, él tenía cierta ventaja en eso gracias al uno noventa de estatura que la caprichosa genética le había dado.

Una brisa con cierto regusto a algas y a salitre barría la plaza, justo frente al edificio del Tercio de Armada. Allí, en ese parque, y pese a que era casi medianoche, no se reunían chavales a beber y charlar, ni había vagabundos ociosos con sus humildes pertrechos, ni se detectaban escarceos de ningún tipo, ni buenos ni malos. Demasiado cerca de una autoridad tan etérea como real, nadie se atrevía a desafiarla. Tan solo se escuchaba el eco de botas pesadas, la de los compañeros del cabo Revilla, que se dirigían a su bar de cabecera a por su ración de cervezas.

Fernando Revilla se apoyó en una farola con los brazos cruzados, mirando a Brais con gesto agrio, como si lo acabaran de sacar de una película de acción de serie B.

—¿Todo esto es por lo de las armas robadas? —dijo por fin, bajando la voz a un volumen apenas perceptible—. Porque si es así, se podría haber ahorrado el paseo. Los nuestros ya nos han hecho preguntas. Además, no tengo nada que ver con eso. Y, entre nosotros —le confesó disminuyendo

aún más el volumen—, ese robo no se sostiene. Es un puto invento. A mí me da que alguien quiere justificar su incompetencia.

Brais negó con la cabeza, primero con un gesto lento, casi decepcionado, y luego con palabras.

—No. No es por eso. Al menos, no solo. —Brais estaba pensando en su as en la manga: el coche de Fernando por Torregorda a la hora de la muerte del sargento. Pero prefería guardar esa carta para cuando tuviese una mano incontestable.

—Pues entonces, ¿qué quiere? —replicó Fernando, arrugando la nariz con desdén—. Me están esperando.

—Antes de entrar en materia. ¿Ya está arreglado lo de la denuncia por amenazas?

Fernando arrugó más aún el ceño.

—¿A qué se refiere, agente?

—Inspector jefe, si no le importa. Usted deberá saber mejor que nadie que las jerarquías hay que respetarlas —indicó con gesto inexpresivo.

—¿Me lo explica o no… inspector jefe?

—He estado leyendo un pequeño expediente suyo. Y lo primero que he visto han sido unas amenazas curiosas.

—¿También ha estado investigando eso? —preguntó, más con fastidio que con miedo.

—Es mi trabajo. Ya sabe, revisar los antecedentes, poner nombres en contexto. Esas cosas de policías.

—Era un vecino gilipollas. No me gusta justificarme, pero la realidad es que me acosaba. Me tenía hasta los huevos. Yo me limité a ponerle los puntos sobre las íes.

—Los puntos sobre las íes —repitió Brais asintiendo lentamente.

—Si insinúa que hubo violencia, se equivoca inspector jefe. Simplemente me puse en mi sitio. Luego, como se ve que se quedó tocado de huevos, se inventó una historia de amenazas. Pero no fue a ratificar nada. Se le pasó el calentón.

Brais lo observaba con la expresión pétrea del que está esperando que alguien se traicione solo.

—Ajá —murmuró sin dejar de mirarle a los ojos, para continuar con un silencio medido—: ¿Conocía al sargento Jorge Elestondo?

Fernando se quedó quieto, como si le hubieran hecho una pregunta trampa en una oposición. Luego entrecerró los ojos.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Solo que me ha descolocado. Estaba seguro de que me iba a preguntar por lo del robo de armas, como han hecho con otros compañeros. ¿No íbamos por ahí?

—Eso va aparte —zanjó Brais—. ¿Conocía al sargento?

—Sí. Lo conocía. Me he enterado de lo que le ha pasado. Una putada. ¿Qué pasa con él?

—¿Tenían trato fuera del cuartel? ¿Qué tipo de relación mantenían? —preguntó.

Brais centró todos sus sentidos en comprobar el lenguaje corporal de Fernando. Este se limitó a negar rápidamente con la cabeza.

—No. Nuestra relación era estrictamente profesional. Las órdenes, lo de siempre. Él era mi superior y punto. Nada personal.

—¿Y sabe si alguien tenía motivos para querer verlo muerto?

—Ni idea. No era amigo mío, si es lo que está insinuando. No entiendo por qué me pregunta a mí. ¿Qué razón hay para eso?

—Tenemos que hablar con todos los que lo conocieran —contestó Brais, lacónico; de nuevo apareció por su cabeza la imagen del coche de alta gama de su interlocutor. Aún no era el momento—. De hecho, ya hemos hablado con alguno. —Esta vez aderezó sus palabras con una mirada profunda y aguda.

—En ese caso, pregunte a toda la compañía —respondió con indiferencia el militar—. Todos lo conocían, aunque creo que no tenía demasiada relación con nadie. Era un tipo bastante raro —dijo en un tono que pretendía decir algo, pero sin decirlo—. ¿Va a ir uno por uno?

Brais observó el matiz. No era una defensa, era un desplante.

—Quizá —dijo, manteniéndole la mirada.

Fernando apretó los labios, pero luego aflojó y dio un paso adelante.

—Mire —dijo con una repentina mansedumbre—. Le voy a ser sincero. Quien le haya dicho que hable conmigo no va desencaminado. No nos llevábamos bien. El sargento me puteaba con las guardias, los horarios, las maniobras. Yo no me achantaba. No soy así. Supongo que eso le jodía. Había tensión. Pero vamos, como en media tropa. El ejército no es un campamento de verano.

—¿Seguro que no había otras razones? —inquirió Brais, con tono neutro—. ¿Que no quisiera achacarle algo?

Fernando miró al suelo y luego a Brais, con los ojos entrecerrados.

—No me extrañaría. A saber. No sería la primera vez que alguien me intenta cargar algo. Pero si quiere un culpable de algo, va a tener que buscar en otro sitio. Yo no tengo nada.

—¿Y no cree que eso podría ser motivo para querer quitárselo de en medio?

Fernando bufó, como si estuviera cansado de tener que repetir las mismas frases a un novato.

—Por lo que he leído y me han contado, lo atropellaron. Un accidente, ¿no? Eso dicen.

De madrugada, fin de semana, carretera… un clásico. Lo que no sé es que estaría haciendo el sargento por allí a esas horas.

Brais asintió, sin decir nada, con una media sonrisa que no era ni de cortesía ni de complicidad. Solo enigmática.

Fernando se le quedó mirando, con los brazos cruzados.

—Bueno. Si no le importa, me voy. Me están esperando —dijo, dando medio giro.

—¿Dónde estaba usted la madrugada del sábado? —preguntó Brais, sin levantar la voz.

Fernando se detuvo. Giró la cabeza. Una sonrisa leve le curvó la comisura del labio.

—En Londres. Con mi novia. Desde el jueves por la madrugada hasta el lunes por la noche. Ya sabe… vuelos baratos, escapada romántica, esas cosas.

Brais se quedó mirando al cabo Revilla. Teniendo en cuenta lo de su coche, no esperaba esa respuesta. Es más, pensó que si hablaba iba a empezar a tartamudear. Un leve temblor recorrió su mandíbula. Abrió la boca como para añadir algo, una de las preguntas o precisiones que se agolpaban en su boca… Pero finalmente se contuvo. Lo que sí hizo fue tomarse unos segundos para frenar su ímpetu y tranquilizarse. Solo cuatro palabras pronunciadas con frialdad:

—Gracias por su tiempo.

Fernando asintió y emitió una sonrisa amplia. Después se dio la vuelta como si estuviese formando y empezó a andar con paso seguro, casi teatral. Parecía un actor de reparto que acababa de quedarse con toda la escena.

—¡Espere un momento! —dijo Brais, elevando la voz. En ese momento sintió que, si vistiera una gabardina beige en lugar de su chaqueta de cuero

negra, podría estar actuando como si fuera el inspector Colombo en uno de los episodios de la serie.

Fernando se paró en seco, pero no se giró inmediatamente. Luego, con lentitud, se volvió hacia él, sin decir palabra.

—¿Conocía a Arturo Marconi?

El rostro de Fernando no cambió ni una pizca.

—No —dijo, rotundo.

Brais no se movió. Tampoco parpadeó. El silencio se instaló entre los dos, que se miraban como si se tratase de un duelo en OK Corral.

—No me suena ningún Arturo —añadió Fernando, tras unos segundos —. ¿Quién es?

—Era —puntualizó Brais—. Está muerto. ¿Eso no lo ha leído ni le han contado?

Fernando alzó una ceja y endureció su semblante.

—¿Y ahora me va a preguntar por todos los muertos que van apareciendo? —espetó con dureza.

Brais sonrió con una mueca torcida y se dio la vuelta.

—Solo era por curiosidad —dijo, mientras se alejaba, dejándolo allí, bajo una farola que parecía más tenue que antes.

Fernando no dijo nada. Solo se quedó quieto, mirando como se marchaba con una sonrisa ambigua. No le gustó la expresión del policía. No sabía que esa expresión divertida se debía más, en ese momento, al parecido que Brais se había encontrado con Colombo, un ídolo de juventud, que a una supuesta sospecha contra él.

Capítulo 20 - Grados de separación

Brais se había metido en la cama pasada la medianoche arrastrando un cansancio invencible. El sueño se le escurría entre los dedos como el humo del primer cigarro del día. Suerte para él y su ansiedad por fumar que no reparó en ese símil tabacalero.

Cerraba los ojos y aparecían imágenes sueltas: la mirada de Fernando Revilla, el miedo de Arturo cuando lo interrogaron en comisaría, los ojos negros de Zuleidy cuando se cruzaban con los suyos. Y, por encima de todo, la cara de su padre cuando el dolor llegaba y trataba por todos los medios de ocultarlo. Pese a todas esas dificultades, era tanta la fatiga que acarreaba, que logró quedarse dormido… Aunque por poco tiempo.

La hipocondría le estaba afectando al sueño. Aunque, como si fuera la famosa pescadilla que se muerde la cola o si estuviese inmerso en un círculo vicioso sin salida, Brais lo pensaba, pero en sentido contrario. ¿Y si las dificultades para dormir traían causa en alguna enfermedad latente que se le hubiera pasado por alto? Él las tenía más o menos controladas. Al menos, las habituales. Volvían por rachas, se repetían por épocas, y tenía que bregar con ellas para evitar que dominaran su existencia.

Pero los problemas con el sueño eran algo nuevo. Siempre había dormido razonablemente bien, tanto en cuanto a calidad como a cantidad. Por eso se preocupaba ahora. Y si tenía una insuficiencia cardíaca no diagnosticada que ahora daba la cara. Si fuera un malhechor, se la partiría. La cara, claro. Pero… y si sufría de EPOC. Podría quedarse pajarito por la noche. Sin remisión.

Los latidos aumentaron su ritmo, lo cual cuadraba con la primera de las teorías. El resultado, no obstante, era claro: se iba a levantar de la cama ya. Era eso o luchar en la oscuridad contra fantasmas con nombres de enfermedades que había ido aprendiendo a lo largo de su vida de hipocondríaco de manual.

Cuando el reloj del salón dio las seis, Brais ya estaba vestido.

Tomó el café de pie, sin azúcar, y con el amargor aún pegado al paladar, salió de casa con la chupa de viejo rockero abierta. En la calle todavía quedaban restos de humedad. Nueva Gades, y Cádiz en general, eran así. El cielo estaba pintado con un gris inmaduro, como si el día no se atreviera del todo a romper. Caminó sin pensar hacia donde había aparcado el coche y

luego condujo también por defecto; como si sus pies y sus manos conocieran el camino al hospital mejor que su cabeza.

El pasillo que conducía a la planta de su padre estaba en penumbra, con una luz mortecina que parecía no querer despertar a nadie, por más que solo faltaran diez minutos para el toque de diana. Una enfermera, en el control, revolvía en un cajón buscando algún medicamento. Brais la saludó con la cabeza antes de enfilar la habitación de Toño, que tenía la puerta entreabierta. Se asomó en silencio.

Dentro, Zuleidy estaba inclinada sobre la cama, ayudando a su padre a incorporarse. Él tenía el rostro, por una vez, relajado. Sonreía. Y no a cualquiera: la sonrisa iba directa a ella.

Brais se quedó quieto, con la espalda apoyada contra el marco. Su padre, al percatarse de su presencia, dio un respingo leve y el rostro se le transformó al instante: la sonrisa desapareció y fue sustituida por una mueca de aparente seriedad. Brais entendió lo que había que entender y simplemente rompió el hielo.

—Perdonadme —murmuró Brais, sin mirarles demasiado—. Tengo que hacer una llamada fuera. Enseguida vuelvo.

Salió al pasillo con un chasquido de lengua y el teléfono ya en la mano. Marcó, como casi siempre, el número de Perico. Tardó en responder.

—Mmh… ¿Brais? —preguntó con voz pastosa—. ¿Qué hora es?

—Hora de que espabiles. Tenemos que hablar.

—Joder. Hoy entro a mediodía. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Estaba inquieto y aburrido, así que me pasé anoche por el TEAR de San Fernando y estuve hablando con el cabo Fernando Revilla.

—Creía que ibas a ir hoy. En fin. ¿Qué tal fue? ¿Cómo es?

—Un espécimen particular, por decirlo de alguna manera. Para empezar, no me cae bien. Va de sobrado.

—Lo de que te caiga mal alguien no es noticia. Te pasa con el noventa y nueve por ciento de la población —bostezó Perico—. Y lo de ir de sobrado… Cree el ladrón…

—¿Siempre que te despiertas estás así?

—¿Así cómo?

—Gilipollas —respondió Brais justo cuando un médico con varios centímetros de ojeras pasaba a su lado—. Que no es a usted, en serio —trató de justificarse ante el internista.

—A ver, picha mía —le pidió Perico—. ¿Me vas a decir si cuadra con lo que nos dijo Francisco Cornejo, el amigo del sargento? ¿Has sacado algo en claro?

—Ole. Ya te has espabilado —dijo con sorna Brais—. Pues lo que he sacado en claro es que su coartada, si es verdadera, se sostiene mejor que los pilares del puente de la Constitución. Me contó que se fue de viajecito romántico con su chati a Londres. Desde el jueves hasta el lunes noche.

—Así que… —dejó Perico en el aire.

—Así que tenemos que confirmar lo de su vuelo a la capital de la Pérfida Albión. Si es verdad que estuvo fuera, nos toca descartarlo y seguir buscando.

—¿Y lo de su coche en Torregorda la madrugada en la que murió el sargento Elestondo? ¿Cómo te lo ha explicado? ¿Se lo prestó a alguien o qué?

—No creo que sea de esos que prestan su buga. Y no le he dicho nada de que sabemos que su coche estaba por allí. Prefiero esperar —añadió Brais poniendo una voz pretendidamente enigmática.

—Muy bien, muy bien. —El tono de Perico había cambiado y Brais lo sabía. Una pulla se acercaba…—. Poco se habla de la gente que llama buga a los coches. —La carcajada al otro lado de la línea hizo que el inspector jefe despegara el teléfono de la oreja—. No sé si usas ese tipo de palabras para parecer guay, porque eres más viejo que el hilo negro o porque siempre buscas sinónimos para no repetir vocablos como si fueses un escritor.

—Po-por mí, pu-puedes irte a la ca-cama otra vez. O al carajo mejor.

—No te enfades, tío sieso —le soltó Perico tras la risotada y antes de cambiar de tercio—. ¿Vas a pasarte por la comisaría de distrito o qué?

—En un rato. Antes quiero hablar con el médico de mi padre. A ver si hay alguna buena noticia hoy.

—Ya verás que sí. Brais. Confía, picha, confía.

Brais colgó y volvió a asomarse a la habitación. Toño estaba ya sentado en el sillón, con una almohada tras la espalda y el rostro algo cansado. Zuleidy le ofrecía una taza con algo caliente.

—Voy a buscar al médico —dijo Brais sin entrar del todo—. Antes de irme.

—Eh —le avisó Toño, justo cuando él se daba la vuelta—. Llévate el portátil. Te lo dejaste olvidado ayer.

—¿El portátil…? —contestó Brais descolocado—. Es verdad. ¿Dónde está?

—En la mochila. Zuleidy la guardó en el armarito. Es la mar de ordenada.

Brais asintió. La cogió y le lanzó una última mirada a su padre.

Al salir del hospital frunció el ceño. Las ganas de tabaco iban subiendo y cada vez le caían peor los sanitarios… Los sanitarios que bajaban en el descanso y fumaban con deleite sus respectivos cigarros.

— o —

Cuando llegó a la comisaría, el agente Federico García —el poeta para su superior— le salió al paso como una aparición matutina.

—Señor inspector jefe —le soltó a bocajarro. Era un asalto en toda regla —. Vane… Es decir, la agente Remigio me ha dicho que lo que pidió Perico ha dado positivo.

—¿Qué? —preguntó apretando la nariz—. ¿Eso qué es? ¿Un acertijo?

—No, no. Que el sospechoso ha volado —respondió el poeta con una sonrisa enigmática.

—¿Qué sospechoso? ¿Qué coño dices? Poeta —le advirtió mientras se asomaba a su cara un rictus de "te la estás jugando a una carta"—, no me toques los huevos.

—Revilla. El vuelo. ¿No...? —acertó a decir el agente Federico García. Su sonrisa se había borrado del todo.

Pero Brais ya lo había dejado con la palabra colgando de los labios y avanzaba a zancadas por el pasillo. Encontró a Vanesa junto a la máquina de agua que habían colocado recientemente.

—¿Qué coño tiene que decirme tu churri, Remigio? —le espetó.

Vanesa se dio la vuelta. Tenía un vaso de agua y Brais consideró como una posibilidad que se lo tirara a la cara.

—Inspector López, me parece una falta de consideración y respeto para con mi persona lo que está usted refiriéndome.

—Para el carro, Vanesa. Ya estoy harto de que me llames la atención y me dejes como si fuera...

—Pues yo estoy hastiada de sus formas —Le interrumpió la agente en prácticas. Se había plantado delante de Brais con los brazos cruzados y mirada de loba—. Percibo que usted es buena persona. En el fondo. Pero

sus maneras dejan mucho que desear. No sé si me explico con suficiente claridad.

—Cla-claro. Por supu-puesto. —Brais estaba reculado sin darse cuenta —. ¿Me puedes decir ahora qué te ha comentado el subinspector Vélez? —le pidió con sumo cuidado.

—Sin problema alguno —respondió Vanesa sonriente; un repentino cambio que asustó aún más a Brais—. Hemos confirmado la coartada de Revilla.

—Por favor, dame los detalles.

—Claro —dijo ella con una sonrisa jovial antes ponerse en modo superordenador—. Me lo pidió Perico. Cruzamos datos. Fernando Revilla Estellar y su pareja, Yénifer Roma Sosa, viajaron el jueves, 30 de marzo, a Londres. Lo hicieron en el vuelo de las 22:38, desde el aeropuerto de Jerez al de Gatwick; el vuelo de vuelta fue este lunes, día 3 de abril, por la noche. En concreto, regresaron en el vuelo que despegó de Londres-Heathrow a las 19:20 horas. Está todo en el registro de entradas y salidas del aeropuerto.

—¿Todo eso te lo sabes de memoria, Vanesa? —preguntó Brais con cara de no creérselo.

—Se me queda —replicó ella azorada.

—Tú sí que vales, chica. No como otros —quiso felicitarla.

—A ver, inspector López. No me gusta que desvalorice a sus compañeros de trabajo. Especialmente si lo que dice es por Fede, es decir, el agente Federico García.

—Que no, de verdad…

Brais chasqueó la lengua y se marchó. Era obvio que no tenía nada que ganar cuando discutía con la agente en prácticas. De modo que una retirada a tiempo…

Ofuscado, se dirigió a su despacho minimalista sin saludar a nadie. Dejó la chupa colgada de mala manera sobre el tirador del armario, se desembarazó de la mochila y sacó el portátil. Lo colocó sobre la mesa. A continuación, antes de encenderlo, agachó la cabeza y giró el cuello. Confirmó que la tarjeta que había sacado de la cámara *GoPro* rota seguía ahí, insertada, y pulsó el botón “on”. En la pantalla del fondo de escritorio, una imagen que no recordaba haber puesto: la playa de La Caleta, vacía. Eso le hizo recordar: como Cortadura la noche que murió el sargento Elestondo.

Se quedó mirando un momento la imagen, luego frunció el ceño y en la distancia le hizo un gesto a Vanesa. Ella lo vio y se acercó con su habitual diligencia.

—Una cosa más —le dijo Brais cuando llegó.

—Diga usted, inspector López.

—No te me enfades, Vanesa. Oye… ¿confirmado al cien por cien que el coche que salió de la curva de Torregorda un rato después del atropello es el que está a nombre de Fernando Revilla?

—Sí. Matrícula, modelo y hora. Todo coincide. Ya se lo dije.

—Gracias —dijo sin más.

Brais dejó volar su mirada al horizonte de pared descascarillada que tenía frente a su mesa. En esas estaba cuando Perico apareció, al poco, con cara de haber dormido en una zanja.

—Qué buena cara traes.

—Café malo, sueño raro y un policía capullo que me despierta antes de las siete de la mañana.

—Eran las siete y un minuto, desgraciado —puntualizó Brais—. Anda, cuéntame.

—Ya que estaba despierto y mi mujer trabajaba hoy de mañana, he aprovechado para hacerle una visita a Juan Lucena Rete, el camello ese al que llamó Arturo. Dice que lo conocía del barrio, pero poco más. Que una vez le pasó el contacto de un abogado que le ayudó con un tema —dijo haciendo el gesto de las comillas con los dedos—, y que por eso lo llamó.

—Hombre, claro. Entre camellos se ayudan. Corporativismo de estupefacientes. ¿Y te lo crees?

—Psss… Podría ser creíble si el abogado fuera uno del montón.

—Sí. Y lo siguiente que no encaja es que Arturo se acordara de su teléfono. Algo oculta. Tienen que tener otro tipo de relación. Si yo no me acuerdo ni del número de móvil de mi padre.

—Tú tienes memoria selectiva, picha. Seguro que el teléfono de la forense sí que lo tienes bien guardado en tu cabecita.

—Lo-lo que tú di-digas —refunfuñó—. Pero únele lo de recordar un número a una situación de estrés; por ejemplo, que te detenga la policía con un arma robada a un militar muerto en circunstancias extrañas. No me lo creo. Ni de coña. Aquí hay algo más.

—Totalmente de acuerdo. Por eso le pregunté si tenía coartada tanto para la madrugada del viernes al sábado, como para cuando murió Arturo,

el lunes.

—¿Y?

—Dice que trabaja en el *pub* de su tío, que está en la zona de ocio de Nueva Gades.

—Al lado de la vieja Punta de San Felipe, ¿no? La zona de canis, angangos y demás fauna nocturna.

—Esos es. Y dice que esos días y en los horarios por los que le pregunté estaba currando. Que tanto el tío como los colegas con los que suele estar lo confirmarán. Incluso me ha enseñado los cuadrantes del *pub*. Aún así, lo voy a comprobar.

—Todos dirán que sí. De todas maneras, no creo que ese Juan Lucena sea nuestro hombre. Si ha inmiscuido en su coartada a tanta peña, no va a ser él.

—No, no, claro. Pero es que aparte, el colega tiene una cojera importante y no tiene carnet de conducir. Muy improbable.

—De todas maneras, confírmalo, ¿vale?

—Ome, por favor… La duda ofende.

—Y volviendo al abogado de gente VIP, ¿pudiste hablar con él?

—Ayer llamé y hablé con su secretaria. Lo único que conseguí es que me prometiera que le iba a dar el recado sin falta.

—Hay que ir a verlo. Este picapleitos tiene experiencia. Seguro que no se achanta porque lo llame un madero bajito y regordete con pinta de *hobbit*.

—Tus muertos a caballo.

—Los tuyos. ¿Y el vecino que denunció a Fernando Revilla? El que salía en la ficha del colega.

—También fui a hablar con él.

—Qué aplicado, el nene. Así me gusta, Periquito.

—¿Seguimos o qué, payaso?

—Dale.

—Pues lo que te iba a decir. El vecino no estaba muy hablador. Solo dijo que fue un malentendido y que estaba todo arreglado. Le insistí, pero me cortó. Por ahí no vamos a sacar mucho. Yo creo que estaba un poco asustado.

—Normal. Ese tipo, el Revilla, impone. Es una mala bestia. Con esas pintas, esa cara de vinagre y esos modales…

—¿No te estarás describiendo a ti mismo?

Brais le lanzó una mirada fulminante. Luego suspiró. Pensó en lo que le había dicho Vanesa. A lo mejor se lo merecía. Perico lo sacó de su ensimismamiento transitorio.

—Brais, despierta, cojones —le dijo mientras chasqueaba los dedos cerca de su cara para llamar su atención—. Tenemos que aclarar con ese tal Fernando Revilla lo de su coche por Torregorda. A ver si sacamos algo importante, porque es raro de cojones.

—Sí, sí. Cuando tú digas.

—Pero sin pasarnos, que el comisario está que trina con lo del cuartel.

— o —

Fernando Revilla respondió al tercer tono.

—¿Quién es? —respondió el militar.

—Policía. Soy el inspector jefe Brais López. Estuvimos anoche hablando en…

—¿Qué pasa ahora? —le cortó—. Ya quedó claro todo, ¿no?

—Más o menos. Hemos confirmado que estuvo de viaje entre el jueves de la semana pasada y anteayer lunes.

—Ya lo dije. Si querías asegurarte, me podías haber pedido los billetes. Mi novia también hizo fotos. ¿Algo más?

—No es eso —intervino Perico de pronto con el manos libres del teléfono—. Es solo que… ¿Su coche es un Audi Q7 negro, matrícula 2910 OMD?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Se lo prestó usted a alguien durante su viaje?

—No. ¿Qué pasa con mi coche? —preguntó con urgencia en la voz.

—Estaba en la zona de Torregorda la noche de la muerte del sargento Elestondo...

Brais le lanzó una mirada de incredulidad al subinspector Vélez. Perico levantó las palmas de ambas manos. En el otro lado de la línea, silencio. Largo.

—¿Qué? No puede ser. ¿Me lo han robado? Yo no lo he tocado todos estos días.

—¿Podría pasarse por comisaría para hacer unas comprobaciones rutinarias? ¿En un par de horas le viene bien?

—Vale, vale —contestó acelerado—. Ahora mismo voy a buscar mi buga.

La llamada se cortó.

Brais y Perico se miraron.

—Eso ha sido raro —murmuró Perico.

—No deberías haberlo dicho —le reprendió Brais—. Quería verle la cara.

—Ya. Me he dejado llevar y no lo he pensado. Pero sea como sea, debe haber una explicación.

—Que sí, que sí. Pero por teléfono no se huele el miedo.

—Ya. Por cierto… —continuó Perico—. ¿Y no te parece raro lo de que tu compadre el "milico" diga también buga?

En ese momento, antes de que una risotada se formara en la cara de Perico, apareció el poeta. Venía con un papel en la mano y los ojos muy abiertos.

—Ha aparecido un testigo —dijo—. Un pescador que se quedó dormido en el coche mientras tenía las cañas echadas.

—¿Dónde?

—En la Punta de San Felipe. Dice que vio salir a un tipo vestido de negro, con gorra y gafas de sol, justo a la hora aproximada de la muerte de Arturo. Salía del hueco entre los bloques.

—¿Y luego?

—Se metió en un coche negro. Lo describió como, y cito literalmente —dijo con una sonrisa cómplice dirigida hacia inspector y subinspector mientras mostraba una pequeña libreta nueva—, "una especie de todoterreno grande de esos que están ahora de moda".

Brais sintió una punzada en la espalda. Se apoyó en la mesa, miró a Perico y solo dijo:

—Qué casualidad…

Perico asintió, muy despacio. Y el triángulo seguía estrechándose. Isósceles, escaleno…

Capítulo 21 – Tú a Londres, yo a Nueva Gades

El reloj marcaba las once y veinticinco cuando el armario empotrado de Fernando Revilla cruzó el umbral de la comisaría de distrito de Nueva Gades. Entró como si las dependencias policiales fuesen su gimnasio y estuviese buscando una máquina libre para ejercitar los pectorales.

Con las gafas de sol en la frente y las manos en los bolsillos, parecía un anuncio andante de Nike. Su famoso logo refulgía en toda su ajustada vestimenta —arreglada, pero informal— excepto por unas zapatillas deportivas que destacaban con un *brilli brilli* que rozaba lo obsceno. Allí plantado, mascando un chicle que acentuaba su prominente mandíbula, se notaba a la legua que se jactaba no solo de su ropa, sino también de su musculatura.

Brais, que había ido a por su tercer café de la mañana a la máquina del patio, lo avistó enseguida. Sin duda se trataba de una nota discordante en ese escenario, pero la realidad era que, salvo para el inspector jefe, pasaba desapercibido para el resto. Pero Brais aún esperó un buen rato para salir a su encuentro. Y cuando lo hizo, tiró de sarcasmo.

—Encantado de haberse conocido —le espetó a bocajarro ofreciéndole su mano extendida a una altura superior a la del brazo de aquél.

—¿Qué? —preguntó el militar, con cara de "quién se ha peído" y arrugando su nariz roma mientras le devolvía el saludo por defecto.

—¿Me acompaña, Fernando? —le dijo Brais guiándolo hacia las escaleras.

No fueron a la sala de interrogatorios. Entre Perico y Brais habían decidido que era menos invasiva y más cordial una pequeña entrevista de trámite en el minidespacho de este último. El subinspector Vélez, que rondaba por allí, se había unido a la reunión.

—A ver, ¿se puede saber a qué viene todo esto? —disparó Fernando Revilla, de pie y sin preámbulos, mientras se sacaba las gafas con lentitud de anuncio de colonia.

Fernando se había enrocado con los brazos cruzados, mientras Brais y su compañero hojeaban a dúo un expediente como si fuera una revista del corazón. Ninguno de los dos contestó a la pregunta. Ni la más mínima reacción.

—Siéntese —ordenó el inspector de repente, sin levantar la vista del cuaderno de notas.

Fernando se dejó caer en la silla con un golpe seco. Su mirada reptaba de uno a otro como una amenaza sin destinatario claro. La sala, con su fluorescente parpadeante, olía a algún sucedáneo de café recalentado.

—Usted estuvo en Londres de jueves a lunes, ¿correcto?

Fernando asintió con un gesto orgulloso, casi satisfecho.

—Eso ya te lo dije —dijo dirigiéndose a Brais—. Y veo que lo han confirmado. Me alegra ver que hacen su trabajo. Lo que no sé es por qué estoy aquí. En el cuartel se piensan que estoy metido en lo del robo de armas o algo parecido. Soy la comidilla —se quejó.

Brais no picó.

—Ya se lo dijimos hace un rato cuando hablamos por teléfono —se interpuso Perico—. ¿Qué pasa con su coche? Tenemos constancia de que su Audi Q7 estuvo en Torregorda la madrugada del uno de abril. ¿Lo ha encontrado ya? ¿Se lo han robado?

—¿Han mirado bien? —fue su única respuesta. Seguía con los brazos cruzados.

Perico soltó un resoplido. Brais ni se inmutó. Solo apuntó algo breve en su libreta.

—¿Esa es su respuesta? —preguntó Brais sin levantar la vista de lo que estaba escribiendo.

—Joder. Lo digo porque mi coche está donde siempre, donde lo dejé. En un garaje cerrado que tengo alquilado a dos calles de mi casa, en San Fernando. No ha salido de ahí, al menos que yo sepa.

—Es una curiosidad nada más, eh —advirtió Brais—, pero si se fueron… ¿desde qué aeropuerto salieron?

—El de Jerez —contestó veloz el militar.

—Ok. Pues si salieron desde Jerez, ¿no se llevaron su coche para ir hasta allí? Me consta que las conexiones no son muy buenas.

—El vuelo salió tarde, así que cogimos el coche de Yeni, de mi novia. ¿Contento? —le dijo en un tono bravucón del que, si se arrepintió ante la cara que puso Brais, no se notó.

Perico volvió a tomar las riendas de la conversación para sofocar un poco el mal rollo creciente.

—¿Ha comprobado si alguien lo ha cogido? No sé, algo fuera de sitio, el cuentakilómetros, alguna abolladura…

—Quita, quita. Está perfecto. Lo cuido como si no hubiera un mañana. No soy rico y mi manera de cambiar a bugas de alta gama es vender para comprar. Y tienen que estar en las mejores condiciones.

A Perico casi se le escapó una risotada cuando escuchó el sinónimo de vehículo que había usado el militar. Brais se dio cuenta y apretó la boca, pero enseguida retomó el hilo del interrogatorio.

—Señor Revilla —dijo muy serio. El mal humor estaba dando avisos—, su… vehículo estaba, como le hemos dicho, en la zona de Torregorda a la hora en que murió el sargento Elestondo, al cual conocía. Ya sé que no eran precisamente amigos.

Había soltado esa última frase para provocar e intuyó que podría estar funcionando. Fernando vaciló un segundo. Por primera vez, pareció dudar. Movió la mandíbula, como si se peleara consigo mismo…

—Ahora que lo dices, una vez... —empezó a decir, pero reculó.

—Continúe —le pidió Brais con frialdad, clavando los ojos en él.

—Una vez… estuve convencido de que alguien había entrado en mi coche —empezó a relatar con cierto misterio—. Lo tenía aparcado en el cuartel, en el TEAR, como siempre. Yo lo dejo todo ordenado; no me gustan los descuidos. La cosa es que me cosqué de que mis chicles, los que tengo en el hueco para las bebidas, no estaban como yo los dejé. Además, uno de los "quitasoles"… ¿Se llaman así? Lo que bajas cuando te da el sol de frente —Brais asintió impaciente—. Pues el del lado del conductor estaba bajado. Me dio muy mala espina.

—¿Cree que pudieron usarlo para ir a algún sitio?

—No lo sé —Fernando negó con duda—. Sé que miré en el cuentakilómetros, aunque no recordaba los que llevaba hasta ese momento. Pero ya le digo, algo raro había. Alguien entró, eso seguro. Hay suelto mucho albano-kosovar con inhibidores de frecuencia y mierdas electrónicas de esas. Por internet cualquiera puede comprarlas.

Brais se inclinó hacia él. Levantó la mirada y la centró en el cabo. Este no se inmutó.

—A ver… Su coche estaba en Torregorda esa madrugada. Y usted estaba en Londres. Nos está contando que, hace tiempo, alguien pudo entrar mientras lo tenía aparcado en el cuartel. Y eso es raro, no lo niego. Pero una cosa es que entren en su vehículo cuando lo tiene en la calle o en un sitio público y otra cosa es que entren en su garaje, lo conduzcan y lo lleven varios kilómetros de distancia para después volverlo a dejar en el parking.

—Brais dejó crecer un pequeño silencio antes de proseguir—. Así que, si no fue usted, ¿quién fue?

Fernando aguantó el silencio unos segundos, pero el peso lo aplastó pronto. Bajó la mirada, resopló por la nariz.

—Lo único que se me ocurre... es que lo haya cogido mi hermano. Nada, nada —negó con insistencia moviendo la mano—, no me hagan caso.

Brais arqueó una ceja. Perico también alzó la vista.

—¿Su hermano?

—Sí. Gonzalo. Trabaja y vive en Madrid. Pero, yo qué sé… Se me ocurría que a lo mejor ha ido a mi casa y se ha pillado mi carro por la cara sin decirme nada. Como sabía que yo me iba a Londres… Pero seguro que no es así.

—¿Tiene llaves de su casa?

—Sí. De las veces que viene a Cádiz de vacaciones. Él me avisa cuando va a venir… —De pronto calló. Luego añadió, en tono víctima—. Digo lo de la opción de mi hermano porque no quiero pensar que alguien me esté haciendo la cama. Sé que no soy el más simpático y que en el cuartel hay gente a la que le caigo, ya sabéis, algo gordo. No sería raro que intentaran implicarme en cualquier historia. Como he dicho, no sería la primera vez.

—Nombre completo de su hermano —dijo Perico, ya con el bolígrafo en ristre.

—Gonzalo Revilla Estellar.

—¿Y tiene idea de qué podía hacer su hermano en Torregorda a esas horas?

Fernando se removió incómodo. Parecía que se debatía entre la lealtad y la conveniencia.

—Mi hermano es... gay. —Lo dijo como quien confiesa un crimen.

—Dele la enhorabuena de mi parte —soltó Brais con una nueva dosis de sarcasmo—. ¿Y?

—Joder. Ya sabéis. Los mari… Los gays —rectificó al vuelo— van por esa zona, ¿no? Por Cortadura. A buscar... marcha. Alguna vez me lo ha admitido. A mí me da vergüenza, pero es mi hermano. —Se encogió de hombros, como si eso lo disculpara.

—¿Quiere decir que podría haber estado buscando sexo en Torregorda esa noche?

Fernando asintió con gesto contrito.

—Es una posibilidad. Pero fijo que él no se ha cargado a nadie, si es lo que estáis pensando. Eso es seguro cien por cien. Gonzalo no es capaz.

—De acuerdo, Fernando. Necesitamos su teléfono —dijo Brais.

—¿El mío?

—El de su hermano.

Fernando dudó, sacó el móvil con movimientos ralentizados, buscó en su agenda y lo recitó. Luego levantó la vista.

—Pero *esperarse* —dijo haciendo un gesto con ambas manos para pedir paciencia—. Todo eso lo he dicho sin pensar. Mi hermano habría avisado, hombre. Y ya he dicho antes que seguramente alguien me la habrá querido jugar cogiendo mi coche. ¿Es realmente necesario? Esto no lleva a ninguna parte.

—Eso lo decidimos nosotros, ¿no cree? —dijo Brais.

—¿Sabe si está en Madrid ahora? —preguntó Perico, que sabía que su compañero estaba hasta alguna parte de su anatomía por culpa del tono chulesco del militar.

—Supongo que sí. O quizá estuvo aquí y se fue antes de que yo llegara. Yo llegué el lunes a las diez de la noche y no estaba.

—¿Conocía su hermano al sargento Jorge Elestondo?

El militar iba pasando de uno a otro policía según le iban preguntando.

—No. Seguro que no. Pero vamos a ver. En las noticias decían que fue un accidente, ¿no?

—¿Conocía a Arturo Marconi Gonsalves?

Fernando chasqueó la lengua y a continuación echó aire por la boca.

—Eso ya me lo preguntaste ayer, colega —le dijo a Brais, que lo miró con fuego en los ojos—. Joder. Que no conozco a ningún Arturo, coño. Y mi hermano vive en Madrid, por dios. ¿Por qué siempre me interrogan por los dos muertos? ¿Acaso están relacionados?

Brais se tomó su tiempo antes de responder.

—Creemos que podrían estarlo. Y quizás podría haber una conexión con el robo de armas en el cuartel. ¿Sabe usted algo de eso?

Fernando abrió mucho los ojos.

—¿Lo de las armas? Os repetís más que el ajo. En el TEAR ya nos han interrogado a todos con eso. Ya me gustaría saber qué mierda quieren esconder. Nos tienen a todos en tensión para nada, ¿me entiendes?

—¿Está su novia también en Nueva Gades?

Fernando se tensó.

—Sí. ¿Qué queréis de ella?

—Necesitamos su teléfono también. No se enoje, pero tenemos que comprobar todo —dijo Perico usando su tono más conciliador—. Ya sabe, lo del coche...

Fernando sacó un bolígrafo, cogió el primer papel que vio en la mesa de Brais e hizo nueve garabatos con forma de números. Por lo demás, no respondió. Se levantó sin despedirse y salió como había entrado, atropellando al poeta, que esperaba ante la puerta, y que por poco termina en el suelo.

—Un impresentable —murmuró Perico.

—Pero un impresentable con coartada —dijo Brais, pensativo.

—Y con unas zapatillas que cuestan lo que mi sueldo de un mes —añadió el poeta.

—¿De qué hablas, Federico? —preguntó el subinspector Vélez.

—Zapatillas de colección. Me encantan, aunque no me las puedo permitir. De las que llevaba el hombre que ha salido como un toro solo se han puesto tres mil pares en el mundo. Una puta locura, ¿a qué sí? —preguntó emocionado el agente Federico García—. Se sortearon el viernes. A mí no me tocó.

—Poeta, te contradices más que un asesino en sus declaraciones. A ver, ¿no decías que no te las podías permitir?

—¡Ja! —exclamó el agente novato; luego puso su cara más resabiada—. Son ediciones súper limitadas. Y se venden, la mayoría, por sorteo. ¿Me explico ya? Si un día tengo la suerte de que me toquen, las compro y después las revendo. Saco una pasta.

—Estoy viendo oportunidades —dijo Perico—. ¿Cuánto cuestan esas aberraciones? Tengo que cambiar el cuarto de baño.

—Estas, las que llevaba el que se iba con tan mala leche, unos ochocientos pavetes... si tienes suerte. Pero es que son tan guapas…

Brais no hizo comentarios sobre la moda. Pero una idea le rondaba ya la cabeza. De nuevo su famoso pitido de alerta. Algo que, como siempre, aún no sabía poner en palabras, pero que empezaba a empujarle desde dentro, como una corriente submarina.

—Dejaos de pamplinas de tenis a precio de oro. Lo que tenemos que hacer es hablar con Gonzalo —dijo dirigiéndose a Perico mientras se tocaba la barbilla—. El hermano del militar gilipollas este de repente se va a convertir en sospechoso de un doble homicidio.

—Y con la novia también tenemos que charlar —añadió aquél.

—Y ya para bingo, con Francisco Cornejo. Ese tipo nos ha puesto sobre la pista de un nota con una coartada insuperable. Quiero concretar algún punto que me ha dejado un poco rayado —dijo Brais, críptico—. Sabía cosas. Hay que volver a verlo.

Perico asintió.

—Si quieres, yo me encargo de contactar con el hermano del militar musculitos. Gonzalo se llamaba —dijo para sí mismo repasando su libreta —. Y también de pasarme de una vez por todas por el bufete de ese abogado que ayudó a Arturo. Me están dando demasiadas largas, así que me colaré allí en persona.

Brais se levantó, agarró su cazadora negra y se la puso a la remanguillé. Se detuvo un instante, mirando hacia nada en particular. Como si hubiera visto algo en las profundidades de su alma.

—Perfecto, Perico. Vamos sin prisa, pero sin pausa. Yo me voy a pasar por el hospital a ver a mi padre. Vamos hablando.

Perico se quedó un instante mudo. Su cara mostraba esa expresión entre confundida y resignada que solo él sabía poner cuando las cosas no le cuadraban del todo.

—Brais.

—¿Qué?

—Aunque estés currando y echándonos un cable, la realidad es que estás de permiso.

—¿Y?

—Que eso, lo de delegar, no es muy de tu estilo. Dejar que otros hagan el trabajo sucio, con lo que te gusta a ti ponerte perdido.

Brais se detuvo en la puerta. Sonrió sin ganas.

—Confío en ti, Perico.

Y se fue, dejando tras de sí el eco de unas botas que parecían pesar el doble. Porque lo que llevaban dentro eran más dudas que certezas. Y una sospecha que aún no tenía forma, pero que, quizás, ya empezara a tener un nombre.

Capítulo 22 - Grabaciones nocturnas

En realidad, Brais era como el brócoli o la coliflor. Incluso como una patata. Muy duro e incomible de primeras, pero cocinado y condimentado con buena mano, incluso agradable al paladar. Aunque para eso, al menos debía cocerse; y ablandarse. Algo así es lo que conllevó para él la tarde y la noche del miércoles, que pasó, casi enteras, en el hospital. Se puso tierno.

La culpa de ello la tuvo, como casi siempre, su hijo Samuel. Con él presente, Brais era otro. No solo porque limitaba el uso de improperios, insultos y otras lindezas, sino porque, además, se relajaba y se convertía en un ser afable y hasta, por momentos, cariñoso. Seguramente por ese, Toño a veces le preguntaba, en esos instantes de rara conjunción astral, dónde había metido al hijoputa de Mr. Hyde.

Jugaron a las cartas, al dominó y al parchís. Charlaron de todo un poco, especialmente de las aventuras de Samuel en el cole, y de sus amigos. En esa conversación, Brais frunció un poco el ceño. Había un niño de la pandilla de su hijo, Nacho "el macho", que no le caía especialmente bien porque era algo bruto y bastante malhablado. Una mala influencia según él. Un reflejo suyo, según Toño.

Pero lo más sorprendente de esa tarde-noche fue que no estuvieron solos los tres. Cuando llegó, Zuleidy se unió a las actividades como una más. Participó de los juegos e incluso de las charlas. Brais se sorprendió. Sabía que estaba mal, pero lo cierto es que tenía una imagen predeterminada de las señoras de cierta edad que cuidan a ancianos. Sin embargo, Zuleidy derribó todos esos prejuicios en un tiempo récord. Aparte de ser prudente, amable y muy competente en su trabajo, tenía buena mano con los niños y, por si fuera poco, se trataba de una mujer cultivada. No pasaron por alto para Brais sus comentarios agudos sobre, por ejemplo, "Los Miserables" y sobre los primeros discos de los Rolling Stones. En pocas palabras, se lo ganó.

No obstante, Brais, cual cenicienta, una vez que llegó a casa pasadas las doce de la noche, la realidad regresó. No hizo falta que perdiera una de sus botas militares. Con haber devuelto a Samuel a su ex con un poco de retraso ya era más que suficiente. Brais volvía poco a poco a su versión hosca y cruda de casi siempre. Tampoco se dulcificó mientras dormía, y mucho menos cuando, a las siete y media de la mañana, salió a toda prisa rumbo a la comisaría de distrito mientras un violento viento de levante se encargaba

de endurecer de nuevo, como al pan, al inspector más borde de Nueva Gades.

Cuando entró en la comisaría, iba contando los desplantes que la jornada, tan temprano, ya le había hecho. Rosa, su exmujer, le había escrito para culparle del dolor de garganta de Samuel; el Dacia había empezado a temblar como si no pudiese soportar el frío y la humedad de primera hora de la mañana, lo que significaba una visita al taller y dinero a pagar; y, para colmo, Agustín le había escrito un mensaje de Whatsapp que no anticipaba nada bueno y que Brais no había querido ni abrir.

—¿Y tu padre? —preguntó Perico nada más verlo aparecer.

—Bien —dijo Brais, sin levantar la vista del portátil, con ese tono monocorde que usaba para marcar territorio emocional.

Perico se detuvo un segundo, colgó su cazadora con más parsimonia de la habitual y se acercó al escritorio del inspector jefe.

—¿"Bien" de "ha pasado buena noche" o de "cállate y déjame en paz, pedazo de cabrito"?

Brais suspiró, cerró los ojos unos segundos y se apoyó en el respaldo.

—En verdad, un poco de cada, Pedro. Pero te voy a ser sincero, sin que sirva de precedente. A veces pienso que estaría mejor sin pasarme por el hospital. O yendo lo mínimo posible, para cumplir y poco más. Al fin y al cabo, la mujer que está cuidando a mi padre sabe lo que se hace. Pero después me doy cuenta de que si hago eso, si me escaqueo solo porque estoy cagado… A tomar por culo. Que pasé toda la puñetera tarde allí sentado en una silla de mierda, con mi padre, Samuel y la señora Zuleidy. Un infierno; no sé si me explico.

Hubo un silencio que pesaba más de lo que cualquiera habría admitido en voz alta.

—Joder, Brais… —dijo Perico con la cara congestionada y lo que parecía un nudo en la garganta.

Perico dio un paso adelante y extendió los brazos para abrazarlo. Antes de llegar a Brais, que esperaba un desenlace incómodo con los ojos medio cerrados, como el que aguarda un balonazo en toda la cara, el subinspector continuó hablando.

—Necesitas un psicólogo como el comer, picha mía.

—Vete-te a la mi-mierda —gruñó Brais, apartándolo con un manotazo seco, como si espantara a una paloma en el barandal.

—Ya está. Ya se fue el Brais incongruente y contradictorio, pero sentimental y humano, y volvió el tocapelotas e hijo de puta de siempre. Me habías asustado por un momento —bromeó Perico, fingiendo dignidad herida.

—Hablando de tocapelotas, ¿has hablado con el hermano de Fernando?

—Sí. Gonzalo Revilla. Creo que no es lo más conveniente, pero lo llamé por teléfono. Está en Madrid. Dice que no ha estado en Cádiz ni por asomo. Le tuve que explicar la razón de nuestra sospecha, es decir, lo que nos contó Fernando, y me soltó con sarcasmo que cualquiera se mete en casa de su hermano sin pedirle permiso. Que sus cosas son intocables. No quise darle más explicaciones. Pero, por si las moscas, pedimos ya la autorización al juez para rastrear la localización de su móvil los días en que murieron tanto el sargento Elestondo como Arturo. Hoy debería llegarnos.

—¿Y si Fernando le ha avisado?

—Yo juraría que sí. No lo sé, eh. Pero me huele a eso. Otra cosa es que efectivamente haya estado por aquí. De todas maneras, he llamado a los compañeros de la Nacional en Madrid para que le den el susto. A ver si se pone nervioso y suelta algo. Lo van a citar hoy mismo para que declare formalmente.

—¿Y el abogado caro? ¿Pudiste hablar?

—Tengo cita con él a las nueve y media. —Perico miró su reloj—. En un rato tiro para su despacho.

—Tanto rajar y al final te va a atender.

—Sí, hombre. Le tuve que pedir a Garrido que llamara desde su móvil haciéndose pasar por un tío con pasta y metido en lío de blanqueos para que me diera cita. Sabía que los jueves no suele haber juicios penales, así que pensé que hoy no iba a poner muchas pegas. Menos si había pasta de por medio. Seguro que está hoy en su despacho tan tranquilo asignando facturas a sus clientes por su tiempo mientras se rasca el mondongo. Cuando me vea allí plantado lo va a flipar.

—Después dices de mí. Te va a mandar lejos. Lo sabes, ¿no?

—Sinceramente, me la suda mucho.

—Bien. ¿Cuando termines, me recoges y vamos a ver a Cornejo? A ver si fue él quien puso en marcha la cadena de sospechas. Y estate al loro de lo que digan de Madrid.

—Marchando. ¿Y tú qué vas a hacer mientras?

—Abrir el correo electrónico. Ponerme al día en un par de cosas. Lo que viene siendo lo más emocionante del día. Si es que en realidad no debería estar aquí en comisaría.

Brais se internó en su cueva, o sea, su despacho. Obvió el ordenador de sobremesa del pleistoceno que iban a cambiarle desde hacía un par de años, y que tardaba media eternidad en arrancar, y encendió el portátil que le habían asignado temporalmente con desgana.

—¿Quién ha apagado esto? —preguntó a voz en grito mientras machacaba con su dedo índice el botón de encendido.

—Javier, el técnico informático que tenemos asignado —dijo Vanesa, que lo había escuchado desde su sitio, sin despegar la vista del teclado—. Por lo que pude vislumbrar, efectuó un reinicio forzado ayer. Incidió en que necesitaba limpiar la caché del sistema. Ya conoce al gremio informático: suponen que así se anticipan a determinados problemas —dijo con una sonrisa friki.

—Pues me cago en su cama —maldijo el inspector—. Si no fuera porque tiene buen gusto para el heavy metal, lo mandaba al carajo.

La pantalla se encendió, lenta como un domingo. El sistema operativo abrió el reproductor de vídeo automáticamente.

—¿Esto qué coño es? ¿Me está preguntando si quiero reproducir un archivo? —murmuró, más para sí que para nadie—. Le voy a dar a reproducir.

La imagen era negra, con algún destello irregular. El sonido era mínimo, casi inexistente.

—Sube el volumen, Vanesa —pidió Brais, que no acertaba con el control del sonido.

Vanesa, que ya estaba al lado de Brais, se apoderó del ratón y aumentó el sonido. Se oyó una respiración agitada, entrecortada. A veces parecía un leve jadeo. A veces, una respiración contenida. Parecía que alguien corría.

—Eso es el mar. Y eso… son dunas. ¿Cortadura quizás? —aventuró Vanesa.

—Es de noche, pero lo parece. Además fue por allí donde encontré el cacharro —dijo Brais—. Alguien está corriendo.

Dieron avance rápido. La imagen se bamboleaba, giraba a ratos hacia atrás. Hubo un instante en el que se veía, delante y a la izquierda, algo que

podría ser un coche y que empezaba a moverse lentamente. Podría estar arrancando, aunque las luces no estaban encendidas.

Rebobinaron.

—¿Eso es un coche?

—Sí. Blanco. Lleva las luces apagadas, y aunque se atisba fugazmente, se ve —confirmó Vanesa.

El ritmo de respiración en el audio se aceleraba.

La cámara adelantó al coche y, al poco, giró. Se vio el mismo coche cerca del corredor. Seguía moviéndose despacio, pero en un momento dado, un ruido sordo, metálico, irrumpió en la escena. Se escucharon lo que parecían unas palabras, quizás el *runner* maldiciendo mientras aceleraba el ritmo, y la imagen voló hacia la derecha. Luego, todo negro.

Unos segundos después, apenas se escuchaba un sonido, como si alguien se acercara… o respirara muy de cerca de la cámara.

—Hostia —dijo Brais, con la boca entreabierta—. Este tío… Lo estaban siguiendo. Alguien iba a por el *runner*. Me cago en mi cama. ¿Se puede rebobinar para intentar ver la matrícula?

—Lo intento —respondió Vanesa, que estaba concentrada al máximo en controlar las imprecisas imágenes de vídeo—. Se mueve mucho. Pero hay un momento justo antes de… ¡Ahí está! —exclamó—. Voy a congelar ahí y ver si puedo aumentar.

Brais se levantó. Estaba muy inquieto. Su cabeza hacía un rato que había empezado a carburar y a hacer conexiones. Iba más rápido que su consciencia, pero incluso así, él ya intuía lo que estaba viendo.

—Un momento, Vanesa. Voy a buscar… ¿Dónde coño dejé los informes que me diste? —se preguntó en voz alta. Vanesa apenas escuchaba, enfrascada al cien por cien en su cometido—. ¡Hostia! En el coche. Me los he dejado en el coche —gritó Brais.

Salió del despacho a toda velocidad en busca de lo que confirmaría su presentimiento. Y lo hizo justo a tiempo para cruzarse —o casi chocarse— con Agustín, el comisario de distrito, que venía con esa sonrisilla sardónica que anunciaba bronca.

—¿Has visto la noticia? —preguntó, con el mismo tono meloso que le puso el lobo a Caperucita.

—¿Qué noticia? —respondió. Sin quererlo se puso en guardia.

—Vamos, Brais. No me hagas perder el tiempo —subió el tono varios decibelios—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Esa mierda de artículo

en la Gaceta de Nueva Gades sobre el robo de armas en San Fernando. Que si se ha perdido un arma en mi comisaría. Que si pudiera estar vinculada con los asesinatos. Que si todo es una cortina de humo. ¡Joder!

—Yo me dedico a investigar —replicó Brais, ya erizado—. Como lo que estaba haciendo ahora pese a que tengo a mi padre en el hospital recién operado.

—No juegues conmigo, inspector jefe López. Soy tu superior y, además, esto me afecta.

—Agustín, si quieres, ve a chivarte de lo que te dé la gana a Gerardo.

—El comisario provincial ha venido a preguntarme hecho una furia, ¿sabes?. Me ha dicho que el ministro del Interior y el de Defensa están echando espuma por la boca. Y después de eso, me ha preguntado por ti. Yo le he dicho que ni tú llegas a esos niveles de cabrón, pero la realidad es que yo sé que eres capaz.

—Mira, Agustín, que se la trague. Si alguien ha roto la cadena de custodia de pruebas, es ahí donde deben mirar. ¿O acaso no ves raro que se pierda un arma un par de horas después de que se incaute? Yo sigo intentando que no se nos escapen los asesinos de verdad y no voy a perder el tiempo con fuegos de artificio políticos. ¿Me puedo ir?

—Te recuerdo que estás bajo mi mando. Y que las instrucciones eran claras: ni una palabra sobre el cuartel ni sobre el robo —siseó Agustín, acercándose.

El gesto no le gustó nada a Brais, que miró muy serio el dedo con el que le apuntaba su superior.

—Y yo te recuerdo que estamos hablando de un asesino suelto. En cualquier caso, si lo consideras, me abres un expediente y punto. —Brais miraba fijamente a los ojos de Agustín.

Garrido apareció en ese momento, como si lo hubiese invocado el destino. Llevaba unos papeles en la mano.

—Buenos días, comisario. Buenos días, inspector —saludó a ambos, pero el destinatario de sus palabras era Brais—. Traigo los informes forenses definitivos del sargento Jorge Elestondo y de Arturo Marconi.

Agustín los miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué dicen?

—Embolia gaseosa, como ya se había adelantado. Inyección de aire. —Garrido se encogió de hombros—. En Arturo Marconi es más evidente, pero en el sargento también hay indicios. Es menos claro por cómo quedó el

cuerpo, pero se nota el patrón. Ah —añadió—, también dice el informe que Arturo no falleció en los bloques en los que apareció. Había muerto antes. Eso es lo que he podido deducir —terminó diciendo con su tono serio y apagado de casi siempre.

—¿El mismo *modus operandi*?

—Todo apunta a que sí. Creo que ya te lo dije en una conversación días atrás —dijo Brais—. Así que, si no es mucha molestia, ¿puedo seguir investigando?

Agustín apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Las pruebas eran las pruebas, y esta era inapelable. Solo miró a Brais como si quisiera lanzarle una taza de café a la cara.

En ese momento, Vanesa apareció desde el pasillo, agitando un folio como si tuviera en la mano el Santo Grial.

—¡Lo tengo! La matrícula del coche que se ve justo antes de la curva: corresponde a un ingeniero del Centro de Ensayos de Torregorda. Trabaja para una empresa privada que colabora con Defensa. Armas experimentales, balística avanzada y demás cuestiones. Armas en general —resumió.

—Buen trabajo, Vanesa.

—Pero hay algo más, inspector López —dijo la agente presa de una gran excitación. Todos los presentes esperaban que continuara con lo que, sin duda, estaba deseando decir—. El dueño del coche blanco es el dueño de un Peugeot 206.

Ni el comisario Agustín Santonja ni Garrido entendieron. Pero Brais comprendió a la primera. Se trataba de su intuición.

—José María Berenguer Remiro —pronunció con cara de satisfacción —. El dueño del primer coche que se metió para Torregorda en el momento del atropello del sargento Elestondo.

Capítulo 23 - Balas, balines y torpedos

El comisario de distrito tenía una dilatada experiencia en aparentar, fingir y disimular. Esconder opiniones y sentimientos son una asignatura troncal para todo aquel que quiere llegar a donde él quería llegar: alto, muy alto. La opinión pública, la prensa, los políticos… Y eso sin contar con *youtubers*, *instagramers*, *tiktokers* y *monguers* varios que pululan en la actualidad por las redes antisociales y que, demasiadas veces, envenenan mientras enarbolan una bandera de la verdad de *aliexpress*.

Pero ante las pruebas que se habían presentado, el comisario no pudo evitar que en su rostro anidase, al menos fugazmente, algo parecido al pánico. Sobre todo cuando oyó hablar en una misma frase de armas, militares y asesinatos.

—¿Armas? —repitió el comisario, tragando saliva.

—Innovadoras. Y munición avanzada —añadió Vanesa.

—¿Y el coche que salía en el vídeo era el mismo que se metió en Torregorda antes de la muerte del sargento? —preguntó Agustín Santonja cada vez más azorado.

—Sí —asintió Brais—. Aunque cada vez la cosa se lía más.

—¿Y seguro que el que llevaba la cámara *GoPro* era el sargento Elestondo?

—No se le ve, pero por la hora que aparecía en la grabación y por dónde encontré la cámara, yo lo doy por hecho.

—¿Puedo intervenir, comisario de distrito Santonja e inspector jefe López? —pidió Vanesa con su habitual verborrea y formalidad.

El comisario miró a la agente como si fuese un bicho raro a punto de atacar. Brais simplemente suspiró antes de darle paso.

—Dale, Remigio.

—Muchas gracias. Solo quería dejar constancia de que, aún a falta de ulteriores visualizaciones de la grabación, creo que se puede inferir, en base a la vestimenta, que el sujeto que llevaba la cámara era el sargento Jorge Elestondo. En cualquier caso, procedo ahora mismo a un análisis minucioso que determine con la mayor seguridad posible dicha coincidencia. Si no les importa, me pongo con ello.

—Vale. Proceda, proceda… —dijo el comisario.

Cuando se quedaron solos Brais ya sabía que no iba a ser agradable.

—Te lo vuelvo a repetir, López…

—¿Ahora me llamas por el apellido? Creía que, a pesar de todo, éramos… No sé… Un sucedáneo de amigos.

—En la comisaría no.

—Está bien. Comprendo. Disculpe la interrupción.

—De lo que quería advertirte es que no quiero filtraciones. ¿Queda claro? Como me entere de que has sido tú…

—Continúe, por favor.

—Brais, no me jodas. Y menos ahora.

—¿Ahora por qué?

—Porque tenemos un sospechoso, el del coche blanco, que trabaja para el Ministerio de Defensa. Y no quiero más líos ni con ellos, ni con Interior ni con el comisario provincial.

—El hijoputa de Gerardo siempre dando…

—¡Brais! —gritó Agustín. Todos los policías que estaban en la sala miraron de reojo.

—Pues, señor comisario de distrito, creo que lo que procede ahora mismo es ir a tener una conversación con el del coche blanco que trabaja en la fábrica de armamento de Torregorda. ¿Da usted su permiso o prefiere que busquemos otro posible culpable que no tenga que ver con el mundo militar?

—Vete para allí ahora mismo. A tomar por culo —concretó Agustín fuera de sus casillas.

La bruma matinal se había levantado casi del todo. No obstante, aún quedaban zonas en las que persistía con terquedad haciendo que la autovía pareciese un espejismo, como si no quisiera delatar aún los secretos de la noche.

Justo después del desvío hacia Torregorda, donde la mar y el asfalto se cruzan sin mirarse, Brais frenó de golpe.

—Ahí está —dijo, señalando con el mentón—. Tiene que ser ese.

Un coche blanco, un Peugeot antiguo, mal aparcado en la rotonda que da acceso al centro de ensayos. Nadie dentro. Nadie alrededor. Pero, incluso a cierta distancia, una abolladura en el lateral derecho delantero captó la atención de los tres hombres que descendieron con paso lento. Brais, Perico y Garrido. No llevaban uniforme, pero la tensión en sus rostros los delataba más que cualquier placa.

Perico se agachó el primero.

—Mira esto. —Tocó con el nudillo el bajo abollado—. ¿Crees que es reciente?

Brais, encogido dentro de su cazadora de cuero negra, no contestó enseguida. Las ojeras bajo sus ojos hablaban del hospital, del insomnio y del mono de tabaco. Carraspeó.

—Co-coincide con el ruido metálico del vídeo. Pero no hay sangre. —Se agachó a mirar también—. Y no creo que la haya. En realidad no es el coche que lo atropelló. O al menos el que pasó por encima. Es el que lo persiguió e hizo que cayera. El primero. El del intento de asesinato, no el que lo remató.

—Joder… —murmuró Perico.

El tercer agente en discordia, Garrido, permanecía a cierta distancia, de pie. Inspeccionaba con la mirada los alrededores por si aparecía alguien. Brais se giró hacia él.

—Garrido, haz el favor, que nadie se acerque a este coche —ordenó señalando al Peugeot—.Si viene alguien, me lo paras. Mientras, haz fotos de todo. Desde todos los ángulos. Y llama a Científica en cuanto termines.

—Ok, Brais.

—Y nada de tocar. Ni el coche ni la escena. Lo mínimo.

—Que no soy el poeta, joder —rezongó—. Y tengo más trienios en la policía que tú.

Brais y Perico comenzaron a alejarse en dirección al centro de ensayos balísticos, pero no llegaron muy lejos. A sus espaldas, una voz cortó el aire con filo:

—¿Qué están haciendo?

Los dos se giraron al unísono. Un hombre atlético, calvo, de rostro anguloso, vestido con pantalones beige y un jersey anudado sobre un polo azul oscuro, avanzaba con paso rápido. Sin esperarlo, ambos agentes sacaron su placa como si fuese un duelo en una película del oeste.

—Policía. ¿Este coche es suyo?

El hombre frenó en seco. Los ojos se abrieron de par en par y sus pupilas se dilataron más que las de un gato cazando a plena noche.

—Sí, claro. ¿Lo movieron ustedes?

Perico entrecerró los ojos.

—Nosotros no hemos movido nada —dijo Perico.

—A ver —continuó Brais—. ¿Y dónde lo ha dejado, entonces?

—Más adelante. Al lado de una farola. Lo dejé… esto… hace unos días, cuando entré en mi turno del jueves. En casa tenemos dos coches y yo uso más el Toyota. Me di cuenta de que el Peugeot no estaba donde lo aparqué.

—Vaya, qué oportuno —dijo Brais, cruzado de brazos—. ¿Y la llave? ¿Tiene la llave?

—Sí, claro. Aquí. —La sacó del bolsillo del pantalón con dedos temblorosos—. Pero no entiendo...

—Pues se lo explicamos nosotros —dijo Perico mientras le daba la vuelta, lo esposaba sin ceremonia y empezaba a leerle sus derechos—. Queda detenido por el asesinato del sargento Jorge Elestondo Vega. Tiene derecho a no declarar si no quiere, aunque nos vendría muy bien que lo hiciera.

El hombre, que se había quedado pálido, había recobrado las fuerzas a pesar de todo. Su mirada ya no era la de inocente. Pero tampoco la de un asesino. Más bien, quizás, pensó Brais, la de alguien muy inteligente. O inteligente o listo. Por lo demás, no se resistió. Simplemente emitió un suspiro que sonó más a rendición que a miedo.

Una hora y media después de llegar de Torregorda, el ingeniero —porque sí, tal y como anticipó la agente en prácticas Vanesa Remigio, resultó ser un ingeniero, uno de esos con título, másteres y más experiencia que San Pedro abriendo puertas— esperaba en la sala de interrogatorios número dos con la espalda muy recta. Se llamaba José María Berenguer Remiro, pero todos le decían Berenguer. Según su currículum, más de diez años trabajando en balística militar, dos menciones honoríficas y varios viajes al extranjero de esos que no se comentan en las cenas de Navidad. Toda una eminencia en lo suyo.

Perico y Brais estaban a punto de entrar cuando el comisario de distrito apareció en el pasillo. Se le notaba nervioso, con el nudo de la corbata desplazado y el móvil vibrando sin parar en el bolsillo interior de la americana arrugada.

—No podéis interrogarlo aún.

—¿Qué-qué-qué? —Brais se giró con cara de no creérselo—. No es militar, ni trabaja ni en el TEAR ni en el cuartel de San Fernando. Es un civil con un coche implicado en un asesinato.

—Me han llamado de arriba. Que hay que esperar. Órdenes de Jefatura.

—¡Venga ya, hombre! Eso ha sido Gerardo a instancias de su colega de juventud, el ministro de Defensa —espetó Brais con un tono que hizo que hasta la máquina de café dejara de burbujear—. ¿Ahora qué pasa? ¿También este tipo está implicado en el robo de armas de San Fernando? Ah, bueno —levantó el dedo— ¿Y cómo se han enterado tan pronto?

El comisario los llevó aparte, bajando la voz como si las paredes tuvieran oídos.

—Nos han echado una bronca de campeonato —dijo

—¿Una bronca quién? ¿Gerardo?

—Qué pesado estás con el comisario, cojones. Que no, que esto es diferente. Resulta que este ingeniero está siendo investigado por un operativo especial de Madrid. De los gordos. Jefatura Central y CNI.

—¿El CNI? —repitió Perico—. ¿Qué cojones…?

—Por robo de secretos industriales y militares. Tecnología balística. Al parecer el coche ya está requisado por esa unidad y no podemos ni olerlo hasta que ellos terminen.

—Pero si es sospechoso de haber matado a un hombre —insistió Perico mientras Brais negaba sin parar con la cabeza—. No podemos soltarlo así como así.

—Nadie ha dicho que lo soltemos. Pero no podemos interrogarlo sin su autorización de momento. Y parece que se nos ha colado una cagada del comisario provincial.

Brais resopló.

—Ah, Gerardo. Siempre tan útil como un cenicero en una moto. ¿Qué ha hecho esta vez?

—No sé si debería…

—No te hagas el refinado, coño, Agustín —le soltó Brais. El comisario de distrito le devolvió una mirada furiosa—. Perdón, comisario —se disculpó.

—A ver —continuó Agustín—. Parece ser que Gerardo tenía la información desde hace semanas, remitida desde el Ministerio del Interior a través de la Subdelegación. Pero o no se la ha leído, o se le ha olvidado. Y ahora esto.

—Demasiadas cagadas —murmuró Brais, mascando cada sílaba como si tuviera arena en la boca—. A este paso lo degradan y lo mandan a archivar multas de traficantes en La Línea.

El silencio que siguió fue denso. Perico se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Brais no respondió de inmediato. Miraba hacia el techo, aunque no parecía verlo. El zumbido del fluorescente daba vueltas en su cabeza como un moscardón.

—Hay que afinar más —dijo al fin—. Que haya una conexión entre secretos militares y la muerte del sargento puedo entenderlo. Y que este ingeniero esté en el ajo, también. Pero Arturo… Arturo no encaja.

—¿Y si sabía algo que no debía?

—¿Y qué sabía? ¿Y cómo? ¿Y por qué murió igual que el sargento, con una embolia gaseosa provocada? ¿Qué cojones tiene que ver el robo de armas con todo esto?

Más y más preguntas se iban acumulando. Sin embargo, las respuestas aún estaban escondidas. Entretanto, fue Perico el que aportó una visión práctica al asunto.

Pero hasta que no tengamos acceso al coche y no podamos interrogarlo, estamos jodidos.

—¿Y si se llevan al ingeniero? Necesitamos hablar con él. Aclarar cosas. Sin él… Joder —se trastabilló con sus palabras—. ¿Y si lo dejan ir y se escapa?

—No puede —replicó Agustín—. Está en nuestras dependencias. Y sea como sea, de alguna manera tenemos que tener una declaración suya. Le interroguemos nosotros o los del CNI. De eso me encargo yo —terminó diciendo enfadado.

—¿Y el coche? —preguntó Brais con una mueca de asco—. Tenemos que examinarlo.

—Lo mismo. Dejadme que me encargue, joder. De hecho —añadió el comisario Santonja—, ahora mismo voy para la subdelegación del gobierno a aclararlo todo.

Se hizo otro silencio mientras Agustín se marchaba. Brais, apoyado contra la pared, se sacó un chicle de nicotina del bolsillo. Lo metió en la boca con rabia.

—¿Sabes qué, Perico?

—Dime.

—Estoy harto de jugar con las reglas de otros. El próximo que me venga con un "no podemos interrogarlo"...

—¿Y qué hacemos mientras?

—Pensar. Atar cabos. Ver cómo encajan las piezas. Porque este puzle tiene forma de complot. En plural mejor dicho. Complots

—Y tú odias los complots —bromeó Perico.

—Y las marionetas. Y las órdenes sin sentido. Y los muertos que no se pueden defender.

—Y el tabaco.

—No me jo-jodas, Perico.

Capítulo 24 - Coartadas gratis

Estaba frustrado. Mucho. Y cuando Brais estaba así, lo primero que se paseaba por su cabeza, aparte de maldiciones y blasfemias, era un cigarro. Esbelto, bien liado, con su cantidad justa de tabaco de Virginia prensado, pero no apretado, una boquilla fina ceñida, y un papel de cáñamo, delgado, aunque consistente. Venía a ser —o al menos eso le gustaba pensar— la adaptación del famoso *Dry Martini* de James Bond —mezclado, no agitado — al mundo del tabaco y el humo.

El inspector se relamía nada más de pensarse expulsando de su boca aros perfectos, con la espalda apoyada en la pared del Cambalache y repitiendo con sus manos y sus pies el ritmo de la música en directo que provenía del interior del pub. Pero cuando aterrizaba en la dura y cruel realidad de un mundo sin pitillos, sin Cambalache y en el pasillo de un hospital lleno de enfermos, volvían a su cabeza, entre otros, los problemas de una investigación criminal con dos muertes a la que le crecían obstáculos a cada momento.

Y encima, ese olor. Una mezcla entre alcohol, lejía barata y ambientador caducado, que a Brais le traía por la calle de la amargura, la cual, por cierto, se ubicaba cerca de casa de su padre, en Nueva Gades.

Brais empujó la puerta de la habitación con el hombro mientras hacía pinza con los dedos en su nariz. Encontró a su padre medio incorporado en la cama, hojeando, ayudado de sus gafas de cerca victorianas, un periódico doblado por la mitad. Zuleidy, sentada junto a la ventana, se hallaba enfrascada en la lectura de una novela de Petros Markaris. Menuda pareja, estaba pensando cuando los dos levantaron la mirada para verlo entrar.

—Ya era hora, *carallo* —gruñó Toño, dejando el periódico a un lado—. Pensé que te habías perdido por los pasillos o que te habías puesto a echarle la murga al primero que pillaras. Te dije que Zuleidy se tenía que ir a hacer unos trámites a la Oficina de Extranjería.

Brais, intentando que no se notara su cabreo por la reprimenda, dejó su chupa en la silla, se encogió de hombros y se acercó a la cama.

—No está el horno para bollos, papá.

—¿Y cuándo lo está, neno? —replicó Toño, con ese tono gallego que le salía más marcado cuando se proponía tocarle la moral a su hijo—. Siéntate, anda. Y deja salir un poco la mala leche, que te la vas a comer tú solo y después nos envenenas a todos.

Zuleidy apenas se levantó de la silla, le dedicó una media sonrisa. Brais, cual niño enfadado con el mundo, iba a obviar su presencia, pero en cuanto vio el título del libro y su autor, no pudo evitar hacer un comentario.

—¿Es el último de la serie de Kostas Jaritos? —preguntó con el rostro iluminado por un repentino entusiasmo—. ¿Qué tal está?

—No más acabo de empezar, pero me está gustando como siempre Markaris. No obstante, tengo la sensación de que en las últimas entregas flojean un poco el ambiente y las situaciones. Con todo, lo estoy leyendo con mucho gusto. ¿Usted también es seguidor de las novelas policíacas? —le preguntó a Brais con entusiasmo.

Brais se sentó a los pies de la cama, apoyando los codos en las rodillas, dispuesto a hablar. No esperaba esa respuesta. En absoluto. Pero lo cierto era que le había sorprendido para bien. En esas, miró de reojo a su padre, que sonreía mirando a hijo y cuidadora. Iba a decir algo, pero notó cierto embeleso en Toño cuando posaba sus ojos en Zuleidy. De pronto, el semblante de Brais mutó. Como respuesta a la mujer, se limitó a asentir y a pronunciar un escuetísimo "sí". A continuación, ya enfurruñado, miró a su padre.

—Ya te has agriado, neno —le afeó—. A ver, ¿qué hay de nuevo en la investigación?

—Na-nada —tartamudeó sin preámbulos—. Un callejón sin salida y más palos en las ruedas.

Toño arqueó una ceja.

Brais se frotó la cara con las manos, como si quisiera borrarse las últimas horas, y le hizo un resumen de lo que había ocurrido con el Peugeot 206 blanco que entró en Torregorda, la cámara *GoPro* que grabó a dicho vehículo persiguiendo al sargento, y el ingeniero del centro de ensayos balísticos de Torregorda, dueño a su vez del coche de marras. Zuleidy, que se iba a marchar, se quedó de pie, en el umbral de la puerta, escuchando el relato, fascinada.

—¿Estás bien, Zuleidy? —le preguntó Toño al verla ahí plantada.

—Sí, sí, señor Toño —dijo algo azorada—. Es que me he quedado entretenida por la historia policial del señor Brais. Disculpe mi atrevimiento. No quería parecer entremetida.

—No pasa nada, ¿a que sí, neno?

Brais negó con el cuello y continuó hablando.

—El ingeniero… Joder... Si es que parece que regalen coartadas —se lamentó—. Mira, por mucho que su coche salga en la *GoPro*, las cámaras del centro de balística lo tienen allí a la hora de la muerte de Arturo. Y para la noche en la que atropellaron al militar, una coartada de oro: fiesta del consulado argentino en Cádiz, cámaras, fotos, y hasta sale en el puto Heraldo de Gades sonriendo como si se hubiera tragado un piano con todas sus teclas en fila.

—Entonces, nada —intervino Zuleidy sin querer. Cuando se dio cuenta de lo inapropiado de su intervención, se tapó la cara mientras un rubor le subía hasta la frente—. Perdón, perdón. Me voy.

—Efectivamente nada —continuó Brais—. Y lo peor es que el coche blanco, el que grabó la *GoPro*, estaba en Cortadura cuando el sargento se cayó en las dunas, supuestamente persiguiéndolo. Luego, según la cámara que está antes de la curva de Torregorda, a la hora de la muerte estaba entrando en Torregorda. Pero no fue ese coche el que lo atropelló. Así que no podemos culpar al ingeniero. Ni siquiera interrogarlo porque tiene alguna historia gorda con el CNI. Y encima, todo indica que tenía razón en lo que declaró: que le movieron el coche, pese a sus incongruencias.

—Y, ¿quién coge un coche que no es suyo y lo vuelve a dejar en el mismo sitio? —preguntó Toño.

—Eso mismo me pregunto yo. Fernando Revilla, el dueño de un coche que salió de Torregorda un rato después del atropello, también dijo que sospechaba que alguien le había cogido el suyo mientras estaba en Londres con su novia. Que alguien le quiere mal y le está puteando. No sabe quién.

Un silencio.

—Esto se está mezclando todo —prosiguió Brais—. Entre el robo de armas, las muertes raras inyección de aire, los coches entrando y saliendo de Torregorda…

—¿Y cómo estáis haciendo?

—Vanesa, por ejemplo, está revisando otra vez las grabaciones como una posesa. Es muy cabezona. Si hay algo, seguro que lo descubre.

—¿Y el CNI? —preguntó Toño, afilando la mirada.

—Ahí está la cosa. Se han tomado muy en serio lo de descartar al ingeniero, independientemente de sus coartadas. Demasiado en serio. Aunque —incidió con un asentimiento inconsciente—, no creo que fuera él. Y, sea como sea, de lo que encontraron en el coche blanco del accidente… no creo que nos dejen seguir tirando por ahí. El coche que atropelló al

sargento fue otro —aclaró—, el del tipo que le dio el ataque de nervios. Pero, ¿por qué se usó el Peugeot para seguir al sargento por Cortadura? Eso no encaja.

Toño apartó el periódico a un lado, interesado.

—¿La científica ha mirado si el sargento estuvo dentro de ese coche?

—Agustín, que ha hablado a nivel de jefes, dice que con el CNI de por medio, lo suyo tiene prioridad. Así que tenemos problemas. Si depende de eso, el crimen puede quedarse sin resolver. A saber qué papel juega el coche en lo que sea que tenga entre manos el CNI. —Brais hizo una pausa. Miró hacia el techo—. Y todo eso sin hablar de lo del robo de armas. El ministro de Defensa debe estar hasta los huevos.

—Ya… ¿Y lo de Arturo? —preguntó Toño, directo.

—Eso mismo le dije yo. Según la autopsia y lo de la embolia gaseosa, están relacionadas las dos muertes.

—¿Otro sospechoso?

Brais asintió.

—El hermano de Fernando Revilla, Gonzalo. Acusado, inconscientemente al parecer —dijo Brais con una mueca—, por el propio Fernando. Porque lo que está claro es que el Fernando este tiene coartada: estaba en Londres el fin de semana, de jueves a lunes.

—Ese Fernando es el del Audi negro, ¿no?

—Sí. Lo que te dije antes. Su coche fue visto por cámaras poco después de la muerte del sargento saliendo de Torregorda en dirección San Fernando, pero eso no prueba nada por sí solo, aunque es raro de cojones que Fernando tuviera una enemistad manifiesta con el sargento atropellado. ¿Quién lo usó si no fue él? Es muy extraño. Después de insinuar que alguien pudo entrar y conducirlo, vino a decir que su hermano pudo venir de Madrid, cogerlo y devolverlo sin avisar. Perico llamó al hermano y él jura y perjura que no estuvo en Cádiz. Una casualidad demasiado grande.

—Casualidad —repitió Toño, con tono irónico—. No me gustan las casualidades; ya te lo he dicho mil veces. Y menos cuando hay muertos de por medio.

—Te repites más que el ajo, papá. Pero sí, a mí tampoco me gustan. Y lo peor: si no fue él ni el hermano, ¿quién querría coger ese coche y llevarlo allí?

Toño lo miró fijo. Brais apretó los labios y asintió de manera casi imperceptible.

—Esa cara es de que tienes alguna sospecha.

Brais se recostó en la silla.

—Puede. Lo de la enemistad manifiesta me hace pensar en quién nos lo chivó… —admitió torciendo el gesto.

—Pues vete a investigarlo. Aquí no haces nada. Zuleidy llegará en una hora o así. Es muy lista, ¿sabes? Se las apaña bien.

—Ya, ya —dijo apretando la nariz—. Eso haremos. Entretanto, hemos pedido la triangulación del teléfono de Gonzalo, el hermano de Fernando Revilla, para confirmar si estaba por Cádiz. Queremos ubicarlo el día de la muerte del sargento y de Arturo. Hemos mandado la solicitud a Madrid. A ver cuánto tarda ahora que se ha mezclado el CNI en la ecuación. Hubo un silencio.

Brais miró al techo.

—Si ambos murieron por culpa de lo mismo, el pinchazo de aire, tiene que ser alguien que estuviera aquí los dos días.

—Podrían ser dos personas —apuntó Toño—, pero es raro. Ese tipo de firma suele ser de una única persona.

—También lo pensé. Pero el comisario de distrito, con lo de las armas del cuartel de San Fernando, no va a querer que movamos nada si no hay algo clarísimo. Y como la realidad es que Arturo dejó una nota firmada admitiendo la culpa…

Toño se inclinó hacia delante y lo enfocó fijamente.

—Por cierto, neno. He leído la Gaceta de Nueva Gades. Deja fatal a los mandos de la policía por las insinuaciones que hace sobre la desaparición de un arma.

—No lo he visto, papá —dijo escuetamente.

—El redactor de esa noticia, ¿no es tu amigo? —preguntó entornando los ojos.

Brais dudó.

—No… no lo sé. Ah, sí. Luis.

Se quedó pensativo. Toño lo miró fijamente. A los ojos. Como el que espera una declaración importante aún sabiendo a ciencia cierta que no se va a producir.

—Si el hermano de Fernando no estuvo aquí —retomó Brais sin mirar a su padre—, nos quedamos sin sospechosos.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Toño.

—Entonces —resumió Brais—, vamos a volver a hablar con el militar que nos llevó hasta Fernando. No sé si tiene que ver con todo esto, pero no me da buenas sensaciones.

Brais se sentó en el sillón. Como siempre, lo encontró incómodo, como las fauces de un dragón, pero intentó relajarse a pesar de todo. Cerró los ojos y dejó ir por su cuenta a su imaginación. Por un instante sus reflexiones volaron hacia las antípodas de la investigación que tenía entre manos. Fue al ver la mochila de Zuleidy. Ese fue el disparadero de su nuevo pensamiento. Envuelta en la bruma de su memoria se dibujaba una silueta familiar, nunca mejor dicho. Dejó que se acercara, poco a poco, a paso lento. La mirada que le dedicó ese rostro templó su genio. Ya apenas soñaba con ella. Eso le entristeció.

—Papa, ¿tú te acuerdas de mamá? —preguntó mirando a Toño con severidad.

En ese momento, el móvil de Brais vibró. Número conocido.

—Dime, Perico.

—Brais… —la voz de Perico sonaba cansada—. No sé por dónde tirar. El comisario dice que lo dejemos, que el CNI no da su brazo a torcer. Es algo muy valioso para ellos, sin más detalles. ¿Qué hacemos?

—Seguimos —replicó Brais sin dudar—. Por donde nos dejen. A mí se me ha antojado hablar otra vez con Francisco Cornejo. Fue el que nos puso en la pista de Fernando Revilla, aunque este no pudiera ser por estar en Londres. Y Fernando insistió en que alguien pudo coger su coche.

—Lo cual, por otra parte, coincide con lo que dijo el ingeniero respecto a su Peugeot cuando lo pillamos —apuntó Perico.

—Sí, es verdad. Pero… ¿para qué querría hacer alguien eso? ¿Con qué motivación?

—¿Venganza?

—Es una posibilidad. Con este tipo, Francisco, tengo sensaciones encontradas. Me parece sospechoso en sus formas, pero mi intuición…—Brais se quedó callado unos segundos—. No sé…

—Está demasiado interesado en que sigamos a Fernando.

Hubo otra pausa. O eso, o un ángel pasó entre los dos compañeros de fatigas policiales. Brais fue el que rompió el silencio.

—La que te está hablando es Vanesa —preguntó cuando escuchó un murmullo de origen conocido en la línea. En realidad, su cerebro había

detectado ese soniquete martilleante que usaba la agente en prácticas cuando replicaba la información que había memorizado.

—Sí —contestó Perico—. Espera, espera, espera… —repitió con un tono y una velocidad diferentes—. Creo que ha encontrado algo de este Cornejo.

Una nueva pausa, un nuevo silencio.

—¿Pedro? —le inquirió Brais.

—No tiene antecedentes —señaló lentamente mientras leía—. Francisco Cornejo a priori está limpio, pero hay un informe en el que se le relaciona con el caso de "el general", el traficante que pillaron los de estupefacientes a la vez que resolvíamos el caso de la nave industrial abandonada. ¿Te acuerdas?

—Cómo olvidarlo —Brais sonrió, sin alegría—. Nos vemos en una hora en la comisaría. Llévame todo lo que tengas. Vamos a prepararnos para hablar con él.

Colgó y se levantó.

—Me voy, papá. Esto empieza a cocinarse. A fuego lento, pero va.

—Lo que daría por un buen caldo gallego —bromeó Toño.

Brais sonrió de lado y salió al pasillo, encendiendo un cigarro imaginario en la cabeza. No estaba permitido fumar en hospitales… pero ganas no le faltaban.

Capítulo 25 - Camposoto

Le llamaron por teléfono. Querían que pasara por una simple comprobación de rutina. Confirmar una información, corroborar unos datos… Nada que pudiera alertar de sus sospechas y levantar sus defensas antes de tiempo.

Francisco Cornejo se lo tragó. Parecía relajado o al menos eso transmitía su voz. De hecho, le dijo a Perico —el subinspector Vélez para los recelosos y suspicaces presuntos culpables de cualquier delito y/o falta— que estaba listo para salir a correr en ese preciso momento. Perico, con su empatía siempre a flor de piel y esas buenas maneras propias del tipo de persona que era, derribaba los obstáculos casi sin proponérselo. Con las defensas bajas, el militar le ofreció un punto de encuentro para su charla rutinaria: solía parar por una zona concreta de la playa para darse un baño antes de regresar trotando a casa. Y así hicieron.

El sol de mediodía caía sobre la playa de Camposoto, aliviando el frío húmedo de diciembre y aplastando las sombras contra el asfalto de la carretera del mismo nombre. Brais y Perico avanzaban despacio, buscando el lugar exacto que les había indicado el propio interesado: Francisco Cornejo Valiente, cabo del Ejército, musculoso y apretado, y de sonrisa dura.

—¿Ahí? —preguntó Perico, señalando con la barbilla hacia una especie de caseta recién pintada donde los de mantenimiento municipal guardaban sus aperos y herramientas, prestas a ser usadas para arreglar el mobiliario de las diferentes entradas a la playa.

—Supongo. Fuiste tú el que hablaste con el colega.

—Mira. Tiene que ser ese —dijo el subinspector mirando a un tipo que salía del mar como si fuese en dirección a un ring imaginario en el que pelear.

Recto, con los hombros hacia detrás, el pecho de palomo a punto de cortejar a una hembra y los brazos como mazas. Agarró una mochila que se colgó al hombro y una toalla que empezó a arrastrar por la arena. Se acercaba despacio mientras se secaba, con parsimonia. Tanta que Brais comenzó a impacientarse.

Cuando llegó a donde estaban los dos policías, se puso una camiseta y amarró la toalla sobre su cintura.

—Voy para casa. Normalmente hago el camino de vuelta también corriendo, pero si quieren, vamos andando y de paso me preguntan eso que querían confirmar. Como les venga mejor.

—Le llevamos en coche. Usted nos guía hasta la calle Cetina —le soltó Brais, imperativo.

Francisco no dijo nada, pero por su gesto era obvio que no había pasado desapercibido para él que los policías sabían dónde vivía. El viaje hacia su domicilio fue rápido y silencioso. La distancia era poca y las palabras parecían haberse gastado.

Salieron todos del Dacia de Brais. El barrio, con sus calles anchas y su aire de urbanización bien planificada, parecía un decorado preparado para que cualquier chalet pareciera más grande y más caro de lo que en realidad era. El cabo Cornejo abrió la comitiva y los llevó hacia una puerta de garaje. Sacó una llave magnética de su mochila y pulsó un botón. Inspector y subinspector examinaron lo que vieron a continuación: una construcción de dos plantas, fachada blanca y rejas negras en las ventanas. Jardín delantero con césped tan perfecto que parecía recién pintado. Gran piscina al fondo, barbacoa de obra impoluta, merendero techado, garaje cerrado… Y todo ello aderezado con muebles de exterior de diseño.

—Si no les importa, voy dentro a cambiarme. Tardo un minuto —dijo Francisco.

Cuando se adentró en el chalet, Brais silbó, corto.

—Cuadra con lo que has encontrado de Cornejo.

—Confirmado con mi colega de estupefacientes —asintió Perico, sin apartar la vista del chalet—. No tiene antecedentes y no se le acusó finalmente de nada, pero su nombre apareció en varios informes antiguos relacionados con tráfico de drogas, siempre en el borde de las páginas.

—Como el polvo, que nunca se barre del todo.

—Bonita metáfora. Estás hecho un poeta, picha mía —le felicitó Perico con cierta sorna.

—Venga, tira. Vamos a ver si el polvo de hoy es más pegajoso —murmuró Brais.

—Lo dicho, un poeta puro.

Se acercaron hasta el porche mientras seguían observando el resto de la propiedad. El viento había saltado con fuerza y allí, entre dos sillones amplios llenos de cojines y una mesa metálica, se resguardaron. La puerta

de la imponente casa estaba abierta, pero prefirieron esperar fuera, de pie. La impaciencia volvió a hacer mella en Brais, que tras cinco minutos que le exasperaron, estuvo a punto de pulsar el timbre. Perico lo detuvo en el último momento.

—Espera, cojones. Si empezamos con prisas y ansiedades… —le reprochó—. Tú fuiste el que dijiste que para pillarlo en un renuncio, hay que cogerlo relajado.

Brais no añadió nada más allá de un enfurruñamiento. Se limitó, eso sí, a cruzarse de brazos mientras Perico negaba con la cabeza mientras resoplaba.

La puerta se abrió casi de inmediato, como si el militar hubiera estado esperando detrás. Francisco Cornejo apareció vestido con un polo azul oscuro y unos chinos perfectamente planchados a juego. Tenía ese tipo de sonrisa de compromiso que no es capaz de involucrar a los ojos.

—Pasen ustedes. Están en su casa —dijo apartándose para dejarles libre el acceso a la vivienda.

El interior del chalet era un catálogo de revista de decoración: suelos de mármol, muebles de madera maciza, luces estratégicas, cuadros que olían a dinero viejo. Desde la entrada se adivinaba un jacuzzi en la parte trasera, rodeado de una terraza amplia y un seto recortado con precisión milimétrica.

Brais iba detrás de Perico, observando cada detalle como si estuviera en la escena de un crimen.

—No parece la casa de un militar —comentó, sin disimulo.

Cornejo se giró, confundido.

—¿Y cómo debería ser la casa de un militar?

—Menos lujosa —respondió Brais de seguido, encogiéndose de hombros—. No sabía que el sueldo diera para esto.

El militar frunció el ceño.

—Es de herencia. De mi mujer.

—Perdón —dijo Brais, con una mueca y un tono que no eran precisamente de disculpa—. En general, está bastante bien. Por cierto —añadió levantando el dedo y pegándolo a la boca—, hablando de general. ¿Lo conoce usted, señor Cornejo?

La frase cayó como una piedra en un estanque, pese a que Perico seguía negando ante lo forzado del juego de palabras que había usado Brais.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? —Cornejo intentó sonreír, pero se le tensó la mandíbula.

—Al "general", hombre —le soltó con condescendencia, como si estuviese hablando con un niño, a la vez que pasaba al tuteo, tal y como solía hacer para desconcertar—. El traficante que está en chirona. ¿Sabes lo que es chirona? En la cárcel —aclaró Brais.

El cambio de expresión fue instantáneo. Cornejo se quedó quieto, meditando su siguiente frase.

—¿A qué viene eso? No me han acusado ni me han condenado por ningún delito.

—Exacto. No lo han pillado. Pero lo han investigado y relacionado con él. El traficante que estuvo en el ejército —remató Brais.

—Creía que estaban aquí para aclarar algo sobre mi amigo el sargento Elestondo. Pero si han venido para hablar de "eso" —recalcó mucho la palabra—, llamo a mi abogado.

Perico intervino, conciliador.

—No es por eso. Es por Fernando Revilla.

Cornejo aflojó la tensión un instante, pero solo un instante.

—Ya les conté todo lo que sabía. Lo dije por si les servía, porque me pareció raro que el sargento muriera así. Pensé que podía ayudar diciendo que alguien le tenía ganas.

—¿Por qué a Fernando? —preguntó Brais—. ¿Te cae mal, Francisco?

—A poca gente le cae bien ese elemento. No es buena gente. Ya se lo dije

—¿Por? —insistió Brais.

—No sé si ya han hablado con él, pero no es precisamente agradable ni bondadoso.

—No lo es —admitió Brais—. Pero de ahí a involucrarlo en un asesinato… ¿Y por amistad con el sargento Elestondo? ¿Era muy amigo suyo? Porque no lo has llamado en ningún momento por su nombre de pila.

Cornejo se encogió de hombros.

—Me caía bien. Y yo le caía bien a él. Era el único con el que charlaba más allá de temas de militares.

—¿Ves lo que te digo? —Brais miró a Perico—. No eran grandes amigos, ni siquiera muy cercanos. Nos resulta muy llamativo —pasó a dirigirse a Cornejo— que vengas por tu cuenta a ponernos en la pista de alguien, así por las buenas.

—Ya les dije —repitió Cornejo—: el sargento me pidió el teléfono de Fernando para ponerle una trampa.

—Facilíteme ese número —pidió Perico—. Quiero confirmarlo.

—Supongo que no será el mismo.

—¿No es este? —Perico le enseñó la pantalla.

—Me da a mí que no —respondió con una sonrisa que decía muy a las claras algo así como "no tenéis ni puta idea, maderos".

Cornejo negó y les dictó otro número tras sacar su propio móvil.

—Ya no será el mismo. Lo cambia cada cierto tiempo —añadió, con una mirada cargada de insinuaciones.

Brais frunció el ceño.

—Si tienes algo más que decir, hazlo, Francisco. Porque al final vas a catar tú.

—¿De qué están hablando?

—Mira, tío. Deja que te ponga al día. El BMW de Fernando estaba en la zona donde murió el sargento, a la hora de la muerte. Creemos que no fue un simple atropello. De hecho, estamos bastante seguros de que no lo fue.

Francisco Cornejo miraba con los ojos muy abiertos a Brais. Perico también lo observaba, pero sin saber a dónde quería llegar.

—Fernando dice que si su BMW estuvo allí es porque alguien quiso tenderle una trampa, y que ya lo habían hecho antes. Ya sabes, cogerle el coche para uso privado. Incluso lo denunció. ¿Para qué querría alguien coger el coche de otro y devolverlo como si nada?

Se rascó la coronilla.

—Ese no es su coche —el militar interrumpió su razonamiento—. Es decir, salvo que haya cambiado hace poco. Fernando tiene un Audi Q… un Audi Q5 o Q6, yo qué sé. Creo que se han equivocado.

—Mire, señor —dijo Brais retomando el trato formal—, la policía no se equivoca. ¿Me va a responder?

—¿A qué?

—A lo que le he preguntado, señor Cornejo. ¿Para qué querría alguien coger el coche de otro y devolverlo como si nada?

—Yo qué sé. Yo… Voy a llamar a mi abogado —dijo mientras se ponía a buscar en su móvil. La mano le temblaba un poco.

—Ya le digo yo —continuó Brais como si nada. Perico, por su parte, alucinaba— Para dejarle algo dentro algún regalito envenenado, por

ejemplo. Droga… —susurró teatralmente con el dedo índice en sus labios —. ¿A que sí, subinspector Vélez?

—Claro. La vez anterior podría ser para cargarlo con algo que lo hundiera en el cuartel o en la policía. Ahora, para acusarlo de un asesinato.

El militar se revolvió en el asiento.

—Yo no hago eso.

—Entonces, ¿por qué nos puso en la pista de Fernando? —preguntó Brais, brusco—. No me cuente milongas de justicia y amistad. El otro día dijo que creía que Fernando traficaba. Usted no lo cree, usted lo sabe. Porque se dedica a lo mismo.

Cornejo tragó saliva.

—No vamos a ir por ahí —continuó Brais—. Nosotros no llevamos ningún tema de estupefacientes ni nos interesa. Pero… —hizo una pausa prolongada— igual el que se llevaba mal con el sargento era usted.

El silencio se hizo denso.

—Está bien —dijo al fin Cornejo—. Les cuento.

Y contó… De repente, se aceleró el relato. El cabo Cornejo quería terminar rápido, sacar la pus de la herida antes de que se infectase más. Había esquivado a la policía anteriormente, pero esta vez podía anticipar que se trataba de algo incluso más serio a la vista de la tozudez de los policías que tenía delante, especialmente el que parecía un *heavy* dispuesto a embestir.

Así que sí, empezó a contar: que Fernando era traficante, que le caía mal y que incluso lo amenazó de muerte cuando él, el propio Francisco, estaba "ayudando" al "general" —una "ayuda" a la que, según él, se vio obligado por las circunstancias y por el propio "general", al que era peligroso decirle que no—; que el sargento Elestondo también estaba al tanto de las actividades de Fernando Revilla y quería atraparlo con pruebas. Ante eso, aunque por diferentes razones, ambos, Francisco y Elestondo, habían forjado una especie de vínculo. El sargento vio cómo Fernando amenazaba a Cornejo y, bueno, "esas cosas unen", —dijo—. Siguió contando que, aparte, el sargento se había abierto con él y le había confesado que un muy buen amigo suyo murió años atrás por sobredosis de droga adulterada. Por eso estaba tan sensibilizado con el tema y tan enfrentado a Fernando, además de por su malas formas y su chulería.

—La trampa —continuó explicando Francisco— era hacerle un pedido a Fernando al teléfono prepago que usaba, y que cambiaba cada dos meses.

Lo sé porque un colega del cuartel le compra coca para fiestas. Y me pasó el nuevo número, que supongo que sigue vigente.

—Y ahora, una pregunta vital —planteó Brais acercándose a Cornejo y mirándole a los ojos con intensidad— ¿Le metió usted droga en el coche a Revilla?

—Yo no maté al sargento —trató de fintarle.

—No he preguntado eso.

—Sí —dijo con aplomo tras un pequeño silencio—. Le metí droga en su coche hace tiempo. Pero Fernando se dio cuenta. Es un cabrón listo. El "general" me obligó. Quería que lo pillaran y lo quitaran del negocio. El "general" actuaba así con sus contrincantes. Pero, por favor, no incluyan que he hablado de él en sus informes —dijo con terror sincero en sus pupilas.

Cuando salieron del chalet, el sol seguía pegando fuerte. Brais y Perico caminaron hacia el coche al auspicio de su calidez.

—El caso empieza a coger forma —dijo Brais—. Pero hay que comprobar el número de teléfono de Fernando Revilla que nos ha dado el colega —se refirió al cabo Cornejo.

—Lo hago ahora mismo —respondió Perico. Sacó el móvil y marcó. Se llevó un dedo a la boca para pedir silencio… y negó—. Ya no está operativo. El teléfono no existe.

Brais lo miró con un tic en la ceja.

—¿Y si hubieran contestado?

—Tendríamos un hilo más gordo del que tirar —sonrió mostrando mucho los dientes.

—Pues pide orden para ver llamadas y mensajes, anda. Yo voy a ver a mi padre —dijo Brais avivando el paso, pero en dirección contraria a donde habían dejado su Dacia aparcado. Se dio la vuelta y le tiró las llaves del coche—. Nos vemos por la tarde.

—¿Cómo vas? —preguntó sorprendido Perico.

—Bien, ¿y tú?

—Que no, gilipollas. ¿En qué medio de locomoción?

—Andando hasta Bahía Sur. Allí pillaré el cercanías hasta Cádiz. Así me da tiempo de pensar.

—¡Qué raro estás, picha! Además, a ti no te gusta andar.

—No, pero me estoy dando cuenta de que me obliga a pensar —replicó Brais.

Ya casi llegando a la esquina, Perico lanzó la última pregunta en la distancia:

—¿Te crees a Cornejo, sabiendo que quiso tenderle una trampa a Fernando?

—A lo mejor. No sé —respondió Brais sin pensar.

—¿Y eso?

—No puedo estar seguro al cien por cien. Pero cuando le dije que el coche de Fernando Revilla era un BMW, Francisco me corrigió del tirón. Dijo que era un Audi.

—Ya veo. Qué largo eres para todo, cabrón. Si hubiera sido él, te habría dejado en el error.

—Sí. O eso, o es muy listo y me rectificó precisamente para que pensara esto —terminó de decirle a Perico con un guiño mientras se alejaba caminando y dejando tras de él solo la huella de su sombra.

Capítulo 26 - Elemental, querido Perico

Tras unas cuantas horas con Toño y compañía, Brais entró en la comisaría de distrito de Nueva Gades. Pero no al completo. Al principio era su cuerpo nada más. Su cabeza y sus cavilaciones aún estaban en el hospital. Con su padre, pero también con Zuleidy, una auténtica caja de sorpresas. Había llegado a la clínica de San Rafael con el insano objetivo de no dirigirle la palabra. De alguna manera, como si se hubiese convertido en un chiquillo, odiaba lo que ella representaba. O más concretamente, lo que estaba empezando a representar para su padre. Aunque esa mujer no tuviese la culpa de ninguna manera, su niño interior y su ego no podían pasar por alto la afrenta.

Pero un detalle lo cambió todo. Uno literario. Ella seguía con la última entrega del comisario Kostas Jaritos. Leía y, de vez en cuando, levantaba la mirada del libro. Y una cosa llevó a la otra.

Fue inevitable. Entre los tres hicieron un completo y animado repaso de la novela policíaca y de misterio. Pasaron por Vázquez Montalbán, Camilleri, el propio Petros Márkaris, Alexis Ravelo, Domingo Villar, Arnaldur Indridason… Y tanto pasearon sus palabras que llegaron a los orígenes del género con Edgar Allan Poe y "Los crímenes de la calle Morgue" para, desde ahí, alcanzar a su principal personaje y ejemplo paradigmático: Sherlock Holmes.

La conversación había avivado a Brais, tanto a su persona como a su genio, de manera que, sin quererlo, estaba viendo reflejada su investigación actual en las historias que tanto había leído y seguía leyendo. Así, como si de un espejo de empatía se tratase, se había colocado en el lugar ficticio de sus protagonistas, de los detectives pero también de los asesinos y delincuentes. En su cerebro se habían activado una serie de resortes y su cabeza, que se había cegado con los bloqueos del propio caso que tenía entre manos, comenzó a distenderse y a relajarse.

La puerta de la comisaría se abrió con su quejido de siempre y el aire de tarde entró pegajoso, con olor a salitre y hojas caídas de los árboles cercanos. Brais cruzó el vestíbulo con el cuello de la cazadora subido y el gesto de quien ya viene hablando consigo mismo desde la calle. A los tres pasos se topó con Perico, que iba de camino al ascensor con un vaso de plástico humeante en la mano y la carpeta apretada contra el costado.

—¡Buena vuelta! —soltó Perico, como si lo hubiera dejado diez minutos antes.

—Varias cosas —dijo Brais sin prólogo ni saludo, clavándole la mirada al subinspector—. ¿Tenemos ya la triangulación del teléfono de Gonzalo Revilla, el hermano de Fernando? ¿Y la orden para comprobar el número que nos dio Francisco Cornejo y que, según él, usa el susodicho Fernando para los pedidos de sustancias chungas e ilegales?

Perico, algo abrumado, se aclaró la garganta, ese carraspeo que antecede a la burocracia.

—No y sí. Y más aún si cabe —contestó crípticamente tras unos segundos.

—Explícate, que tengo muchas cosas en la cabeza y se me escapan las ideas.

—Pues con el cabezolón que gastas…

—Joder, Perico. Dale, cojones.

—A ver. La triangulación del móvil del hermanísimo, no. Viene de Madrid y ya sabes… operadores porculeros, oficios enrevesados, el juez de guardia, el puente de datos… —enumeró con los dedos—. No obstante, Vanesa está pendiente a falta de rematarlo.

—Eso es el "no". Ahora el "sí".

—Ok. Lo de la orden para el número de teléfono prepago que supuestamente pertenece a Fernando Revilla según lo que nos dijo Cornejo, está pedida. Va por el mismo carril: autorización judicial, requerimiento a la compañía y paciencia.

Brais chasqueó la lengua, sin sorpresa.

—¿Y el "más aún"? Porque también quiero una orden para ubicar el teléfono de Francisco Cornejo cuando murieron tanto el sargento como Arturo y ver si es posible descartarlo.

—También hecho —contestó Perico con una mueca de satisfacción—. Le pedí a Vanesa que la solicitara y que estuviera al tanto. Suponía que la querrías después de lo que hablamos con Cornejo. Más si cabe cuando nos dijo que había estado en su casa el día del atropello, y pese a que insistió en que no conocía a Arturo cuando le preguntaste al respecto, en plan Colombo, antes de irnos de su casa.

—Bien. A ver si algún día centralizan la paciencia y nos la mandan también por oficio. —Se apartó a medio paso de Perico con un gesto ligero —. ¿Dónde está Vanesa? ¿Y el poeta?

Perico señaló con la barbilla hacia el fondo, donde el murmullo de teclas no cesaba.

—¿Vanesa? Ahí, pegada al ordenador como si le pagaran por cada vez que teclea. Al poeta no lo he visto, pero si huele a lío acabará apareciendo, ya sabes.

Brais enfocó en la distancia a la agente en prácticas y puso rumbo hacia su posición. Tras esquivar a los limpiadores y a sus pertrechos y después de quejarse con una serie de chasquidos de repetición, ubicó su uno noventa ante Vanesa Remigio. Parecía más pequeña tras los dos monitores de veintisiete pulgadas sobre los que posaba alternativamente su mirada. Ella, con la coleta alta, la mirada concentrada y el ceño de quien va tres pasos por delante de su expediente, no se percató de la negra presencia que la observaba. Simplemente tecleaba como si la vida fuera eso: un formulario que siempre pide un campo más.

—Te necesito, Vanesa —dijo él, plantándose frente a su mesa.

Ella, sobresaltada, dio un brinco en su asiento, pero en un visto y no visto se recompuso sin una sola maldición; se quitó un auricular y sonrió con la comisura, casi militar.

—A sus órdenes, inspector jefe López —dijo muy seria.

—Vale, vale. Lo primero: haz venir al poeta. Tengo una corazonada y sé que entre sus conocimientos y tu eficiencia podré corroborarla —Brais dejó que su cumplido flotara medio segundo, sabiendo que a Vanesa le gustaban en el fondo esos parabienes.

—Ha terminado su turno hace un rato —contestó apretando la nariz—. No le ha dado tiempo de ir lejos. P llamarlo a su móvil personal y anticipo que estará encantado de venir.

Brais dejó escapar una sonrisa mínima, la mueca de quien sabe más de lo que confiesa.

—Llámalo —dijo—. Que venga rápido. Y mientras… necesito que mires si puedes conseguir grabaciones de las cámaras de Urgencias del Puerta del Mar. Del sábado pasado. El día que murió el sargento.

—¿Del hospital? —Vanesa preguntaba, pero ya estaba en marcha—. Eso es la seguridad del Servicio Andaluz de Salud. Privatizado. Lo lleva una empresa —explicó como una ametralladora de información—. El responsable territorial en Cádiz es mi ex. Informático. Si no está de malas, me las pasa.

—La privatización de la vida —murmuró Brais—: al final todo depende de un ex con acceso. Maravillas del progreso.

Vanesa le aguantó la broma con un gesto y se giró un poco en la silla para hablar con el teléfono medio tapado. El tono le cambió a uno un poco más dulce, pero igual de forma y de profesional que siempre. Brais, que la conocía lo suficiente, aprovechó el hueco para respirar hondo. Mientras tanto, con la ansiedad, le subía por la garganta el fantasma de un cigarrillo que no tenía, de esos que prometen aire cuando solo dan humo. Lo espantó con una tos seca.

—¿Qué te pasa, Brais? —le dijo Perico por detrás, bajito, como si la pregunta fuera de contrabando.

Brais inclinó un poco la cabeza, como si se la fuera a colocar en su sitio. Luego, se separó un par de metros de la silla de Vanesa y arrastró con la mirada a Perico para que se ubicara cerca de él.

—Nada. Bueno, casi nada. —Se le ablandó la voz—. ¿Sabes de qué me he acordado hablando con Zuleidy? Me soltó un rollo precioso sobre detectives y me vino Holmes: reunir todas las teorías, eliminar las imposibles, y lo que aguante, aunque parezca una pamplina, tiene que ser la solución por cojones.

Perico lo miró como si le hubiera dicho que iba a hacerse *influencer*.

—No empieces con tus iluminaciones, picha —dijo este justo antes de que la voz de Vanesa recitara una frase como si estuviera en el mismísimo Teatro Falla, pero sin dejar de teclear en su ordenador.

—"Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad". En realidad, ese es el enunciado correcto de Sir Arthur Conan Doyle.

—¡Me cago en mi cama! Que el inspector jefe soy yo. No sé si os habéis dado cuenta, resabiados; que sois unos resabiados de *aliexpress* —Brais apretó las palabras para que no se le desparramaran—. Joder, ya se me ha ido lo que iba a decir. Ah, sí. Le he estado dando vueltas y me estaba haciendo precisamente la picha un lío con varias teorías entremezcladas. Uno: Fernando no puede ser porque estaba fuera, pero su coche estaba cerca de donde murió el sargento.

—Aunque tenía relación, y no precisamente buena, con él.

—Exacto —dijo Brais levantando el dedo para que Perico le dejase continuar—. El otro, el hermano de Fernando, puede que estuviera aquí, pero no tiene nada que ver con ninguno de los muertos; y para terminar, el

otro militar, Francisco Cornejo, pudo coger el coche, pero esa posibilidad está cogida con pinzas.

—Porque fue él el que vino a hablar con nosotros, señalándose, cuando pudo quedarse tranquilamente en el anonimato.

—Muy bien, Pedro. Pero estoy hablando yo, cojones.

—Pues sigue, picha, sigue.

—A donde quiero llegar —continuó Brais, mirando de reojo a Perico— es que, después de todas estas contradicciones, me ha venido una intuición muy improbable, pero no imposible. —Ahora la mirada se la lanzó a Vanesa, por si esta le volvía a rectificar—. Y mientras no sea imposible, no la voy a desechar.

Perico suspiró y cambió el peso al otro pie.

—Intuición que tiene que ver con… —alargó Perico.

Brais contestó con un silencio y zanjando con un movimiento de la mano.

—A lo que vamos: en cuanto tengamos las triangulaciones de los móviles que te dije, hay que citar aquí a Gonzalo. Y a la novia de Fernando —añadió.

—¿La novia también? —Perico abrió las manos en abanico—. Si tú dijiste que Fernando no podía ser: que estaba en Londres, a más de dos mil kilómetros, con fotos, vuelos, todo muy Instagram.

—Ya, ya —Brais agitó la mano, quitándose migas imaginarias—. Pero las circunstancias mandan dónde ponemos el foco, y en esta investigación hay varios, pero difusos, así que... Hay que comprobarlo todo, ¿no?.

—*Ome*, por favor —contestó con socarronería y un ejemplo de habla gadita. Después miró a Brais y ladeó la cabeza, con una media sonrisa de perro viejo—. Tienes algo y no lo cuentas, cabrón.

—No tengo nada —devolvió Brais con sincera firmeza—. Solo esa cosa molesta que te empuja en una dirección, aunque no sepa a dónde me va a llevar. Y no pienso ignorarla. —Se frotó las manos, impaciente—. Repite conmigo: cuando tengamos la triangulación, hablamos con Gonzalo.

—Va para largo. Ya te lo he dicho —Perico negó con el cuello—. Lo de la triangulación no es como pedir una pizza. No lo tienen "en treinta minutos y con un muñeco de regalo para el niño".

—¿Solo vas a poner pegas? —cortó Brais, ya con ese punto mordaz que Perico conocía bien—. Entonces, por lo menos, a Gonzalo hay que citarlo ya. A la novia la vemos después, si hace falta. Quiero comprobar algo.

—Será complicado que el hermano venga de Madrid porque sí —advirtió Perico—. Sin orden de detención, nada. A menos que le metamos miedo acusándole de algo… —se detuvo y se quedó mirando la cara de circunstancias de su amigo. Hubo un segundo de aire en suspenso—. Vale —cedió—. Se le detiene. A lo mejor… un interrogatorio por videoconferencia.

—Así me gusta, subinspector Vélez —asintió Brais—. A unas malas, eso es lo que quiero: soluciones, no pegas.

—¿Pero ya o cuándo?

—Joder, Perico. Ya, cojones, ya. Cuanto antes. ¿Me explico o te tengo que hacer un croquis?

—Que sí, que sí, cojones. Voy a ello.

Vanesa colgó y asomó la cara por encima del monitor, con una chispa en los ojos.

—Tengo acceso a las grabaciones de las cámaras exteriores de Urgencias —anunció con la vista puesta en la pantalla—. Mi expareja tiene un buen día y me las ha pasado a través de un enlace seguro.

—Milagros de "San Privatizador" y del amor—ironizó Brais—. Hablando de amor, ¿y el poeta? ¿Dónde anda?

—Aquí estoy, señor inspector jefe—contestó una voz cantarina a su espalda.

Federico García estaba de pie a dos pasos, como el alumno aplicado que no hace ruido al entrar. Americana deportiva impoluta, zapatillas deportivas inmaculadas, ojos atentos. Había escuchado bastante, quizá todo. Y, sin embargo, no miraba a Vanesa. Se había enfurruñado con elegancia.

—¿Qué necesita de mí? —preguntó con una seriedad de día de difuntos

Vanesa le lanzó una pregunta con la mirada: *¿qué te pasa?* Él la esquivó sin dejar de mirar a Brais. Este, por su parte, atento a la riña que subyacía, se hizo el distraído medio segundo y cambió de carril.

—Nos vamos al minidespacho —dijo, conciliador—. Los tres. Vamos a ver esas grabaciones.

El minidespacho de Brais parecía más pequeño a última hora, seguramente por la ausencia de una luz natural que ya no se paseaba por allí. Había una silla que crujía como si fuese a confesar algo, una mesa auxiliar con una pata coja y un monitor grande encima al que la comisaría llamaba "tele" con cariño *vintage*.

Vanesa conectó su portátil y, con dos atajos que parecían trucos de magia, llenó la pantalla con la imagen de la cámara exterior de la entrada de Urgencias: marquesina de ambulancias, puerta automática, gente entrando y saliendo con esa prisa rutinaria que huele a suero y a temor. Abajo a la derecha, la marca de agua con fecha y hora.

—La mujer que lo ayudó —recordó Brais— nos dijo que estuvieron en Urgencias… —buscó el apunte con el pulgar en su sempiterna libreta— entre las tres o tres y media y las cinco de la madrugada más o menos. Que llamaron para pasar por triaje, que él se puso nervioso y que, finalmente, se fue del hospital sin que lo atendieran. Tiene que cuadrar.

—Vamos a situarnos en esa franja horaria —dijo Vanesa, dejando la línea de tiempo justo en el tramo señalado—. Aquí.

El vídeo corrió unos segundos. Se vio a una mujer con sudadera grande que hablaba con un enfermero en el umbral y señalaba hacia dentro. Un vigilante cruzó con gesto de "yo no he visto nada". Un taxi asomó y se marchó. Al otro lado de la marquesina, dos camilleros se encendían un cigarro que no estaba permitido.

—Pásalo un poco más adelante —pidió Brais, sin despegar la vista.

La imagen dio saltitos suaves hasta que apareció, por el borde izquierdo, una sombra. Entró a plano de medio cuerpo, se detuvo la fracción justa y se apartó, como si se arrepintiera de mostrarse. Cazadora oscura, gorra negra bien calada, gafas de sol, cuello tapado. Parecía ancho. No era un familiar despistado ni un paciente que buscara el aire. Era alguien que medía distancias con el cuerpo.

—Ahí —susurró Federico.

Vanesa pausó. El ruido digital dejó una textura de nieve sobre la figura. Aun así, el volumen imponía. El plano apenas ofrecía hombro y parte del brazo, medio perfil de la gorra, el inicio del torso. No se veía la cara. No se veía el conjunto.

—No se ve entero —dijo Perico, que había entrado apoyando un hombro en el marco—. Es como identificar a alguien en el barrio de La Viña el primer sábado de carnaval.

Brais acercó la cara a la pantalla como si el monitor pudiera introducirlo en la imagen.

—Dale un par de segundos atrás y después a cámara lenta —pidió—. Quiero ver cómo se mueve al acercarse.

Vanesa obedeció. La sombra entró otra vez, esta vez más despacio. Se pegó a la pared, avanzó dos pasos cortos y se quedó fuera de la vertical de la cámara, como quien sabe dónde están los ojos del edificio. Luego dio la impresión de que bajaba una mano a la altura de la cintura, por donde debiera estar el bolsillo del pantalón, para después esfumarse fuera de plano.

—Eso no es casualidad —dijo Brais, con una calma áspera—. "Estar sin estar" requiere oficio. O culpabilidad…

—Si se puede saber, ¿qué está buscando concretamente, señor inspector jefe? —preguntó Federico, casi en voz baja y concentrado en la pantalla.

—De momento, tamaño y maneras —respondió el inspector jefe—. Hizo un gesto—. Dale, Vanesa. Quiero ver alrededor: taxi, ambulancia, si alguien mira…

La marca de tiempo marcaba las cuatro y cuarto de la madrugada, dentro de la franja que la testigo había declarado. El tráfico de entrada y salida se repetía en su coreografía de urgencias. Identificaron a la mujer que ayudó al sargento Elestondo salir un instante, escrutar hacia dentro y volver a entrar. La sombra no reapareció. O sí, pero pegada a lo que la cámara no veía.

—Cuadra con lo que dijo la mujer —confirmó Brais—. Ahora, dejémosla correr unos minutos más… ahí.

Vanesa soltó el *play*. La puerta automática se abrió y se cerró diez veces, un vigilante cambió de postura, un anciano con pijama dejó un cigarro a medias al ver que alguien lo miraba. Pasaron cuatro minutos de nada. Y entonces, fugaz, la sombra volvió. Esta vez por la derecha. Duró apenas dos cuadros, pero suficiente para sentir el mismo volumen y la misma prudencia. Y un movimiento con el brazo y con la mano antes de desaparecer como si tuviera imán para los ángulos muertos.

—Parece como si… —empezó a decir Federico.

—... Como si hubiese estado hablando por teléfono y hubiese colgado —completó la frase Perico.

En la oficina, el rumor de teclados bajó un punto y el zumbido de la luz del techo pareció más fuerte. Brais notó el corazón dándole golpes en el esternón, no por miedo, sino por la certeza de que la cosa empezaba a subir de revoluciones.

—Congela ahí —pidió, cuando la sombra se inclinó—. Acerca un poco la zona de los pantalones.

Vanesa hizo un zoom. El bolsillo del pantalón se volvió una trama de píxeles. Pero entre la indefinición, se recortaba una forma bien delimitada dentro de la cual se distinguía un punto de luz.

—¿Así es correcto? —preguntó Vanesa, sin quitar la vista de los controles.

—Sí, sí… —contestó por defecto con la cara casi pegada al monitor—. Parece, efectivamente… un móvil. Estaba hablando por el móvil. Apuntad la hora para cotejar con llamadas de los números de teléfono que tenemos que comprobar. Cuatro y veintiuno.

—¿Esa era tu intuición? —preguntó Perico.

—No. Creo que no. Pero esta serendipia también nos puede servir —contestó a su colega para, a continuación, dirigirse a Vanesa—. Quiero descargar la secuencia completa de esa cámara y de la rampa de ambulancias, la parte de antes y la de después. —Miró a Perico de nuevo—. Y quiero movimiento con Gonzalo Revilla, el hermano. Ya.

Perico alzó el móvil, como jurando bandera.

—Estoy en ello. Los compañeros de Madrid están alertados para localización y detención. Los llamé antes. Videoconferencia en cuanto lo tengan sentado —informó—. No les ha hecho gracia, pero menos me hizo a mí su risita cuando escucharon mi acento del sur. Voy a mi mesa para terminar de concretar.

Brais asintió mientras el subinspector Vélez se alejaba.

—Poeta.

—Dígame, señor inspector jefe.

—Que no me hables así —se quejó—. A ver, mientras yo sigo viendo las grabaciones, ayuda a Pedro y agiliza lo de las triangulaciones y lo del número de teléfono.

—¿Qué número de teléfono? —preguntó temeroso.

—Uno de prepago que nos facilitó un militar, Francisco Cornejo, y que según él pertenecería a Fernando Revilla. Quiero comprobar llamadas, mensajes, ubicación… Todo.

—A sus órdenes, señor inspector jefe —dijo con solemnidad mientras se alejaba.

—Vanesa —se dirigió Brais a la agente en prácticas—, cuando terminemos con los vídeos, coordínalo todo para que no se quede nada en el tintero, ¿vale? Confío en ti.

Vanesa asentía ya sin parar de darle al ordenador:

—De acuerdo —aceptó a la par que martilleaba con sus veloces dedos sobre su portátil—. Entretanto, pido formalmente al SAS preservación íntegra de grabaciones de esa madrugada, sellado y copia. Le pongo número de registro y sello de tiempo. Y aviso a la seguridad del hospital para que nadie toque nada —prosiguió Vanesa como si fuese un robot—. Mi ex ya me ha pasado el enlace de descarga. En diez minutos, aquí.

—Y trata de arreglar las cosas con el poeta… digo, con Federico. Parece mosqueadillo desde que salió en la conversación lo de tu ex el informático.

—¿Haría usted el favor de meterse en sus asuntos personales y no en los de los demás?

—Lo-lo si-siento. No-no que-quería… —resopló Brais.

Vanesa, enfadada, se disponía a levantarse. Mientras, el vídeo seguía corriendo. La puerta automática de Urgencias se deslizó y de nuevo apareció esa sombra negra de hombre grande. Por tercera vez amagó en el borde del plano, sabedor de la ubicación de las cámaras. Sin embargo, esta vez había cometido un error. Pequeño. Quizás de tan solo una pulgada o medio número.

—¡Para, Vanesa! —gritó Brais—. Creo que lo tenemos —murmuró Brais con los ojos fijos en la parte inferior del fotograma congelado.

Capítulo 27 – Edición limitada

Si su padre estuviese presente, le habría dicho —en gallego, como casi siempre que se metía con él— que parecía tonto y que las moscas le iban a atragantar. La cuestión es que Brais se había quedado con la boca abierta mirando la pantalla del ordenador. El silencio en la sala apenas lo rompía el zumbido del ventilador del ordenador, que trabajaba a pleno rendimiento. En él se mostraban las grabaciones de Urgencias el día en que murió el sargento Elestondo.

Vanesa, a instancias del inspector jefe, rebobinó el vídeo con un movimiento rápido del ratón, y en la pantalla, el hombre de la gorra negra y gafas de sol volvió a girar sobre sí mismo. Primero un perfil borroso, después medio torso… y, de pronto, se giró del todo.

—Ahí, ahí, ¡pa-para! —gritó Brais, con un tartamudeo que le salió a borbotones de puro nervio— ¡Po-poeta, ven pa-para aquí! ¡Rápido!

El agente Federico García, como una exhalación, dejó lo que estaba haciendo y se ubicó junto a Brais, cerca pero sin invadir su espacio vital. Este, tras la llamada urgente de auxilio al poeta, había vuelto al mutismo. Sentado con los codos pegados a la mesa y la frente arrugada como un acordeón, clavaba de nuevo los ojos en la pantalla.

—Los pies… —musitó Brais, señalando con un dedo huesudo—. Los putos pies.

Vanesa congeló la imagen. La luz del vídeo no era perfecta, pero sí lo bastante clara para distinguir las extremidades inferiores del hombre de negro. Unas zapatillas deportivas, negras con detalles plateados en zigzag, suela gruesa, de esas que parecen botas de astronauta más que calzado deportivo.

El poeta abrió mucho los ojos.

—No me jodas… —dijo casi sin aire—. ¡Son las *StormRunner Night Shadows*!

—¿Las qué? —preguntó Vanesa.

—Zapatillas de colección. Edición limitada. Salieron el viernes antes de… —tragó saliva—, antes de que mataran al sargento. ¡Mecagoendiez! ¡Son las mismas que llevaba el militar que vino a declarar! —dijo el poeta en cuanto se percató de las implicaciones de sus palabras.

Brais, sin dejar de observar la pantalla, se irguió en la silla como si le hubiera dado un calambrazo.

—Eso es lo que quería escuchar, poeta. Es decir… No lo de "mecagoendiez" —sonrió de pasada abriendo la boca de lado—, sino lo de que son las mismas que llevaba Fernando Revilla el día que se pasó por comisaría. Gracias, agente.

—De-de na-nada —respondió Federico, algo colorado y removiéndose nervioso—. Es un placer ser de utilidad en…

La mirada de Brais se iluminó, aunque el gesto seguía torcido. Su cabeza estaba maquinando a toda velocidad.

—Sí, sí. Vale. Vale, perfecto —cortó al agente moviendo la mano—. ¿Y en qué página se compran esas mierdas de moda? ¿Tú lo sabes, poeta?

—Claro, claro. En la web oficial de la marca —respondió Federico, tragando saliva otra vez—. Espere un momento… —Se inclinó hacia Vanesa, que lo miró con cierto embeleso que pasó por alto para el agente novato—. Pon aquí www.stormrunner… sí, esa.

Vanesa tecleó rápido y en segundos tenían la página web delante. Brais no perdió tiempo en navegar por las fotos de zapatillas que parecían sacadas de una película futurista. Todas las imágenes iban acompañadas de un precio indecente e inmoral y de un cartel en colores fluorescentes que decía "sold out".

—Busca en política de envíos, anda —ordenó.

Ella obedeció. Un par de clics después apareció el texto que explicaba con quién trabajaban los de *StormRunner*.

—Mire, aquí —se dirigió a Brais—: "En España, nuestros pedidos se gestionan en exclusiva con Logisur Express".

Brais dio una palmada seca sobre la mesa.

—Perfecto. ¡Pe-pedroooo!

Perico asomó la cabeza por encima del monitor de su ordenador con cara de no entender nada.

—¿Qué pasa ahora? Estoy con lo que me mandaste, coño —protestó.

—Que hemos dado con un detalle interesante. Mira. —Brais le señaló la pantalla, donde la imagen congelada mostraba las zapatillas del hombre misterioso.

Perico entrecerró los ojos.

—Parecen los zapatos de Frankenstein, pero con brilli brilli. Ahora falta saber quién coño lleva algo así, porque merece una detención —dijo riéndose de su propio chiste.

—A ver. ¿No te enteras o qué? —Brais lo fulminó con la mirada—. El poeta dice que son de colección, y yo sé que hace unos días, cuando vino Fernando a la comisaría, traía esas mismas zapatillas.

El subinspector arqueó las cejas.

—¿Estáis seguros?

—El experto —dijo señalando al agente García— lo ha corroborado.

El poeta, rojo como un tomate, intervino.

—Señor inspector jefe, lo recuerdo perfectamente. El cabo Fernando Revilla llevaba esas zapatillas. Son inconfundibles. De hecho, yo intenté comprarlas, pero no me tocaron.

—Pues ahí lo tienes —remató Brais.

Perico, sin embargo, no parecía convencido.

—Vale, pero piensa, Brais. Eso no demuestra que fuera él el que perseguía al sargento. Primero, el hecho de que aparezca en la grabación de Urgencias no supone que sea un asesino, pese a su mal gusto. Y después, Fernando Revilla no iba a cogerse un vuelo desde Londres solo para…

—Ya lo sé, coño. —Brais le cortó de mala manera—. Ya pensé en eso. Pero recuerda lo que dijo el propio Fernando: que su hermano Gonzalo tenía llaves de su casa. Si las zapatillas llegaron a su domicilio, ¿quién te dice que Gonzalo no las recogió y se las puso? Entonces, sí que sería posible que estuviese rondando por el mismo hospital donde se encontraba la víctima, ¿no crees?

El silencio se estiró. Perico asintió despacio, pero la duda seguía pintada en su cara.

—¿Por qué iba Gonzalo a cargarse al sargento? —preguntó el subinspector Pedro Vélez.

Brais soltó una risa áspera.

—¿Motivación? Quizás nos falta saber qué relación pudiera tener Gonzalo Revilla con el sargento. Y si… —Brais miró al techo—. A lo mejor tenían una relación.

—Gonzalo, según su hermano, es gay —dijo Perico.

—Y el sargento Jorge Elestondo era un tipo solitario al que no se le conocía pareja que iba a correr por zonas alejadas de noche. Así que o eso, o quizás se lo pidió su hermano Fernando. Todas las teorías están abiertas.

—Eso solo pasa en las películas de Antena 3 de las cuatro de la tarde —replicó Perico negando con la cabeza—. Aunque vete tú a saber… Pero bueno, entonces, ¿qué hacemos?

—Tú no sé. Yo acabo de acordarme que tengo un paquete que recoger.

Brais se limitó a coger su chupa de cuero y a meterse el móvil en el bolsillo.

—¿Dónde vas, entonces? —preguntó Perico, con cara de olerse algo.

—Ya te lo he dicho, cojones. ¿Estás gilipollas o qué?

Perico se tensó. Miró fijamente a Brais, apretando la mandíbula y los puños. Estaba acostumbrado a sus malos modos, pero en ese momento la afrenta le había cogido con las defensas bajas. Por suerte, el agente Federico García intervino.

—Creo que el señor inspector jefe va a ir a la sede de Logisur Express. Está en Nueva Gades. No muy lejos de su domicilio, creo.

El silencio volvió a instalarse en la sala. Perico se relajó un poco; Vanesa apartó la vista del ordenador y el poeta tragó saliva. Brais ya estaba en la puerta.

Se giró un segundo, con esa media sonrisa torcida suya.

—Os aviso: cuando vuelva, más vale que tengáis café. Del bueno.

Y se marchó, dejando tras de sí el eco de sus pasos y varios rostros que enfocaban a Brais y a su legendaria mala leche.

— o —

La persiana de aluminio tenía medio metro levantado. A pesar de eso, se distinguía casi al completo uno de esos grafitis tan famosos a lo largo de toda Nueva Gades y buena parte de Cádiz. Se trataba de unos dibujos que combinaban el realismo de los paisajes urbanos de la ciudad con caricaturas descarnadas e hirientes de políticos locales. Quizás por eso, y porque las ilustraciones callejeras sacaban lo peor de cada rostro —y de cada ideología —, se había llevado una campaña municipal desde el ayuntamiento para identificar al artista, aunque no fuera precisamente para otorgarle un premio a su creatividad.

Por su parte, en el cartel que coronaba la puerta se podía intuir el nombre de la empresa, aunque le faltaran varias letras. Pero sí, Brais lo confirmó: se hallaba ante la sede de Logisur Exprés. Por debajo de esa baraja medio abierta quedaba el espacio suficiente para que el viento húmedo de poniente se colara e hiciera corriente por debajo; y también para que Brais, apoyando las manos sobre las rodillas, se agachara a curiosear el interior del local como el que busca fantasmas debajo de su cama. Vio cajas apiladas en precario equilibrio, estanterías atestadas de paquetes y sobres, y

un mostrador de metacrilato rallado; y, tras él, una sombra que se movía con la parsimonia de un perezoso.

Después de enderezarse con cierta dificultad, tocó el timbre una vez. Dos. Tres.

—¡Está cerrao! —gritó una voz cavernosa desde dentro.

—Policía. Abra, por favor. —Brais se presentó a un volumen moderado, mirando a un lado y a otro de la calle, sin querer llamar la atención.

—Los cojones. Como salga, me vas a comer los…

—¿Los qué? —reaccionó pendenciero y subiendo el tono.

—¿Manolo?

—¡Error! Inspector jefe Brais López —espetó dejando caer todo el peso de su cargo sobre la conciencia del hombre que había dentro del local—. De la policía nacional.

La sombra de aquél creció y se definió una vez alzada la baraja. Se trataba de un hombre amplio, sudoroso, con los pantalones medio sueltos y la camisa por fuera, vencida por la panza. Tragó saliva cuando vio a Brais, que le miraba serio desde sus alturas y mostrándole su placa.

La metamorfosis fue instantánea. El hombre parpadeó, se subió de un tirón los pantalones y adoptó una sonrisa forzada que no le cabía en la cara.

—Perdone. Es que creía que… —soltó avergonzado mientras se metía la camisa por dentro del pantalón—. Creí que era una broma de un amigo y como todavía no es la hora de… Ya sabe…

Se echó a un lado dejando un reguero de "pase, pase" y de "perdone las disculpas" que a Brais le resbalaron.

Ya en el interior, se pasó de una oscura penumbra a una luz blanca hospital que hacía daño a los ojos. La oficina estaba presidida por un póster descolorido que prometía "Envíos en 24 horas" y por una planta de plástico con polvo acumulado de varios años.

—¿En qué… en qué puedo ayudarle, señor…?

—Brais López. Inspector jefe Brais López. Menuda memoria de grillo. ¿Lo tengo que repetir más? —Le dio medio segundo para memorizarlo mientras seguía examinando el local y al hombre que tenía delante.

—Claro, claro. Es decir, claro que no.

—Hablando de memoria —le dijo entrecerrando los ojos y mirándolo de arriba a abajo—. Yo te conozco.

—No sé. No creo que...

—Claro que sí. Yo te he detenido. Pero, ¿por qué…?

—No, no, no —negó el dependiente con rotundidad y por triplicado—. Yo no…

—Date la vuelta, anda —le pidió Brais. El hombre se quedó quieto como una zarigüeya cuando se siente en peligro—. Venga, cojones, que no tengo todo el día. Y ve diciéndome cómo te llamas mientras.

El tipo acató la orden casi por defecto y comenzó a girarse muy despacio mientras pronunciaba con lentitud extrema su nombre.

—Juan-Andrés-Recio-Marzo. Soy el encargado…

—¡Ya está! —exclamó señalando el fin de la espalda de Juan Andrés, por el que se podría deslizar una moneda de dos euros a través de la amplia línea que dividía el inicio de unas nalgas presuntamente peludas—. ¡Inconfundible! Tú me hiciste un calvo en un partido del Cádiz hace varios años cuando yo estaba controlando a la afición visitante del Sevilla.

Llovía sobre mojado en la frente y en las mejillas de Juan Andrés, que sudaba a mares.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. Me arrepiento un montón de aquello. Por favor, no me lo tenga en cuenta —suplicó como si le hubieran dado cuerda—. Llevaba varias horas bebiendo antes de entrar al partido. De verdad. No fue nada personal. Lo juro por mi *mare*…

—Tranqui. No pasa nada, hombre. Si me reí un montón. Y en verdad me hiciste un favor. Fue la excusa perfecta para quitarme del medio. A mí no me gusta el fútbol ni las multitudes. Por cierto —dijo con una sonrisa sardónica—, espero que no te pusieran una multa muy gorda por aquello.

El tipo volvió a quedarse quieto como un conejo ante una luz. Con todo, una mueca delataba cierto resquemor reprimido que Brais ni notó ni quiso notar.

—A ver, Juan Andrés, vamos a lo serio. Necesito que me ayudes con un envío.

—Por supuesto. Por ser usted, le puedo hacer un buen descuento —dijo aún con miedo en el cuerpo—. ¿A dónde quiere mandarlo?

—No, no. No es para mí. Quiero confirmar si desde esta agencia se ha entregado un paquete.

—¿Tiene el número de albarán o el de pedido?

—No me entiendes. Son unas zapatillas.

—No me entiende usted… Es decir —rectificó rápido cuando vio el rictus que había adoptado el rostro del inspector jefe—, no me he explicado. Nosotros no sabemos qué lleva cada caja y cada paquete.

—A ver si esto te sirve: marca *StormRunner*.

—¡Hostia! ¿Se refiere a las "*Night Shadows"* que llegaron la semana pasada? ¡Qué guapas son! Y sí, las tenemos que haber entregado nosotros. Esta es la empresa oficial de mensajería de las *StormRunner*.

El hombre, ya más repuesto, ladeó la cabeza. El sudor seguía en su frente, pero su mirada era más viva y alegre.

—Necesito un listado de las que entregasteis —repuso muy serio mientras clavaba su mirada en los ojos de Juan Andrés.

—Mire, inspector… —contestó de pronto con una firmeza que Brais no se esperaba—. Nosotros no podemos dar información de los clientes. Ley de protección de datos y tal. Eso me lo sé yo muy bien.

Brais se echó hacia atrás, apoyó un codo en el metacrilato y colocó la boca en una mueca que, en su repertorio, significaba "cara de capullo". Sonrió sin aspereza. Asintió, despacio, como quien está a punto de quitar la anilla de una granada.

—Hombre, claro. La ley. La gran ley. —Se rascó la barbilla con teatralidad antes de una pausa que al hombre se le hizo eterna—. Qué importante es que nadie se entere de que ustedes entregan paquetes. Dios nos libre de semejante escándalo. En Cádiz, además. Ya sabe cómo somos aquí, la murmuración, el qué dirán… —Hizo una pausa antes de empezar a tratarlo de usted—. Pero verá, no le pido ningún dato íntimo ni una confesión de sangre. Solo confirmar si una entrega de esa marca, *StormRunner*, la hicieron ustedes el viernes pasado. "Sí" o "no". Y, si fuera "sí", a qué dirección de entrega, que ya la tengo, por cierto. Y le juro por mi padre —que está en el hospital y que como le pase algo me llevo por delante a medio mundo— que no le voy a complicar la vida. Es más: se la puedo simplificar yo a usted ahora mismo.

El gordote tragó saliva. Se lo notó en el cuello. Miró a los lados buscando refuerzos que no existían: solo había cajas, un microondas con restos de tomate en la puerta, y una grapadora oxidada.

—Esto… —bajó la voz—. Si es solo confirmar… —Se inclinó hacia el ordenador con una reverencia que su cintura no agradeció.

—Ajá… —Tecleó con dos dedos—. A ver… Sí… Viernes… Ajá… —Volvió la cabeza y, ya casi en un susurro—: Sí, entregamos un paquete de esas el viernes pasado, día 31. Aquí pone la dirección… Calle Cantera del Rey, número cuatro, en San Fernando. El destinatario es Fernando Revilla Estellar…

Brais hizo un gesto con la boca, apretando los labios, a la par que negaba con la cabeza. Iba a preguntarle al dependiente, pero este se le adelantó.

—...Y a ver el nombre de quién lo recibió… —Se acercó a la pantalla mientras se colocaba unas gafas de cerca— Gonzalo Revilla Estellar.

Brais, aunque esperaba encontrarse con ese nombre, sintió que algo se tensaba por dentro, como un cable de acero. No hizo aspavientos. Se llevó la mano a la barbilla y apretó los dedos antes de pronunciar un par de palabras.

—El hermanísimo…

Capítulo 28 - Como elefante en mensajería

Varias ideas se agolparon en el cerebro de Brais. Le habría gustado ir valorándolas una por una, despacio, con rigor y tranquilidad. Como debía ser en un caso de asesinato. Como debía ser cuando un policía investiga. Sin embargo, no era capaz de concentrarse… El motivo: la actitud de Juan Andrés, el dependiente de la empresa de mensajería.

—¿Puede dejar de rascarse el culo? —le pidió Brais con toda la calma de la que fue capaz él y la vena que le estaba creciendo en la sien.

El dependiente, que se había levantado para buscar algo, había aprovechado para aliviar algún tipo de picor insistente en sus nalgas.

—Lo siento. Perdón. Es que…

—A ver —retomó Brais cortante—. ¿Hay algún otro envío de esas zapatillas tan… caras que hayan hecho desde aquí?

—¿Las *Night Shadows*? Solo esas, las que recibió… —dijo tras volver al ordenador y revisar de nuevo el nombre del receptor— Gonzalo Revilla Estellar. Es muy raro que repartamos alguna. Son muy pocas las que se venden cada vez que sacan un modelo nuevo. Como van por sorteo mundial…

—Vale. ¿Y esa marca, *StormRunner*, solo trabaja con ustedes?

El encargado, "acongojado, pero digno", fue incapaz de disimular una pizca de orgullo profesional.

—Sí. Solo con nosotros. *"Spain exclusive"*, que dice la central. —Se corrigió—. España, perdón. Tenemos acuerdo de exclusividad. Son muy suyos, muy exigentes. Las entregas de *StormRunner* tienen un protocolo específico para que los clientes se den cuenta que todo lo que rodea a la marca, incluida la mensajería, es especial. Es que somos muy buenos en lo de repartir paquetes —añadió con una sonrisilla de satisfacción que se borró justo cuando un paquete apilado cayó con estrépito de cristales rotos.

—Sí, sí. Muy bien. ¿Pero qué significa ese protocolo especial?

—La central nos pide "hacer todo lo posible" para entregar. Son envíos ultrapreferentes. Tenemos que darlos en mano exclusivamente a la persona que consta como destinatario del envío, o, en su defecto, a alguna de las personas designadas por el receptor —recitó de memorieta, como en un examen oral de colegio—. Si no está el destinatario o los suplentes —

continuó tras hacer el gesto de comillas con los dedos—, se va una segunda vez el mismo día a diferente horario. Y una tercera, si hace falta. Y se llama. Y se vuelve a llamar. Y se intenta por la tarde. Incluso tenemos una aplicación de móvil donde se deja aviso al cliente. No quieren devoluciones. Ah, se me olvidaba —dijo de repente cuando parecía que ya había terminado su perorata—. Y el paquete con las zapatillas lleva un localizador GPS.

A Brais se le habían acumulado varias preguntas sobre lo que le estaba contando el dependiente, pero en cuanto escuchó lo del GPS, se le encendió la mirada.

—¡Quieto parao! —exclamó ante la sorpresa de Juan Andrés, que esperaba una nueva reprimenda—. ¿Y se puede ver dónde está ese localizador ahora?

—No, no —respondió negando con la mano—. El localizador va en el paquete que contiene la caja con las zapatillas. Una vez que se entrega, el localizador se devuelve a la empresa. Eso también viene en el protocolo de la marca.

—Mierda. —Brais se quedó de pie un segundo más, evaluando el aire, los ruidos pequeños, el olor a plástico—. ¿Y fue usted quien entregó el paquete de zapatillas?

—¿Yo? No, qué va. —El hombre se rió en seco, como si le hubieran contado un chiste que no quería entender—. Yo estoy en oficina. A ver… Salgo solo cuando hay bajas. Esta entrega la hizo Manolito. Es decir, Manuel Hidalgo. —Se inclinó para mirar una libreta de tapas azules—. Eso es. Manuel Hidalgo. —Repitió con un carraspeó—. Si quiere, le doy su teléfono. ¿Se puede, no? —Se contestó a sí mismo, con una sonrisilla nerviosa—. Se puede. Es colaboración con la justicia.

—Deme el número —dijo Brais secamente, y se lo apuntó en su libreta con letra de médico cirujano en huelga—. ¿Está de servicio ahora ese tal Manolito?

—Hoy ha terminado pronto. Está cerrando ruta. Tiene que estar de camino para aquí. Siempre entra a dejar el terminal y a soltar los paquetes que no ha podido entregar.

—Perfecto.

El gordote le pasó, con una tímida alegría de alumno aplicado, una botellita de agua a medio enfriar. Brais la rechazó con una sonrisa cortés; el mono le pedía cigarro y la cabeza una pastilla de ibuprofeno. Volvió a mirar

el nombre en su libreta, “Gonzalo Revilla”, y notó el guiño amargo de la casualidad: la pieza que apuntaba al hermano encajaba, pero… ¿eso era bueno?

Marcó el número allí mismo. El tono sonó tres veces.

—¿Sí?

—¿Manuel Hidalgo?

—¡Ji! ¿Quién es? Que ya no reparto más hoy —advirtió con menos simpatía que el escolta de un futbolista famoso ante una multitud.

—Inspector jefe López, Policía Nacional.

—¿Juanan? Te vas a cachondear de tu puta madre —respondió con una sonora carcajada.

—Si se refiere a Juan Andrés, aquí estoy con él, en la oficina del polígono. ¿Puede pasarse un momento, si es tan amable? O si no, le puedo citar para que venga a la comisaría de distrito de Nueva Gades. A gusto del consumidor —le espetó.

Un silencio. El repartidor dudó un par de segundos al otro lado de la línea.

—Estoy a cinco minutos, jefe. Llego ya.

—Aquí le espero.

Colgó y pasó otra vez los ojos por la oficina, por el desorden de cajas, por un calendario de Samantha Fox que en algún momento de la historia tuvo color, por un radiocasete con antena torcida que escupía una emisora de música en español en la que sonaba Bertín Osborne. Eso, de alguna manera, hizo que se acordara de Toño en la clínica de San Rafael; miró el reloj: las cinco y media pasadas. Si no había habido complicaciones, su padre estaría de vuelta en planta tras una resonancia magnética “de control”, según los médicos. Mentalmente se prometió pasar luego, en cuanto saliera de allí con algo más que un “sí” y un “no”.

El encargado se limpió las manos en el pantalón, nervioso, como si una entrevista con un repartidor delante de un inspector le hubiera cambiado la liturgia de la tarde. Abrió la puerta para que corriera el aire; entró un soplo salado de viento que saneó el ambiente un poco.

—¿Quiere café, inspector?

Brais buscó la cafetera con la vista. La detectó igual de rápido que su respuesta negativa. No iba a arriesgarse a una enfermedad gastrointestinal solo por amenizar una espera con cafeína.

—No, gracias.

El hombre sonrió sin atreverse a hacer nada.

La furgoneta apareció con un traqueteo y un silbido de frenos cansados. Era blanca, con el logo de "Logisur Exprés", en el que apenas se intuían varias de sus letras, a un lado. Ese vehículo, con más kilómetros que diez vueltas al mundo, había visto más amaneceres que un pescador. De él bajó un tipo de cuarenta y pocos, flaco, fibroso, chaquetilla acolchada, gorra de visera con el logotipo de la empresa y manos de albañil.

—Buenas tardes —saludó con respeto, pero sin el más mínimo asomo de vergüenza; miraba a Brais a los ojos. Luego miró al encargado como esperando algún tipo de confirmación.

—Manolo, este es el inspector López. —El gordote se apartó.

Brais tendió la mano y Manuel se la estrechó con firmeza. Le cayó bien de inmediato.

—No le quito tiempo, Manuel. Tengo un par de preguntas y me vuelvo al agujero del que he salido —dijo el inspector—. El viernes pasado entregó usted un paquete de unas zapatillas de colección en San Fernando, ¿verdad?

Manuel alzó las cejas, recordando.

—¿Las horteras esas de pijos con menos gusto que el que puso el mamotreto ese en la rotonda del muelle de Cádiz?

Brais confirmó su simpatía por el repartidor.

—Exacto.

—Pues sí. Me acuerdo, vaya. Esa marca… —puso cara de cansancio vital— me tiene frito con sus pamplinas. Desde la central son un coñazo con esas entregas. Que si no tiene que haber incidencias, lo del GPS, lo de ir veinte veces si hace falta, lo de la entrega solo a los que estén en la lista de receptores. Me sé el protocolo de memoria: una mierda mojón es lo que es.

—Hablando de la lista de destinatarios de la que habla. —Brais sacó la libreta—. ¿Recuerda a la persona que recibió el paquete?

El repartidor arrugó la boca, resoplando.

—A ver… —Se echó la gorra un poco hacia atrás—. Otra cosa no, pero buena memoria visual sí que tengo. Y aparte, el carajote no se me olvida —dijo con cara de asco—. Eran sobre las doce y pico o la una. Me pilló saliendo del hospital de San Carlos, porque tenía dos entregas allí. Fui para la calle que pone en el albarán —señaló con el mentón hacia el monitor del encargado—. Unifamiliar, puerta estrecha, reja negra. Llamé al timbre, pero

como no abría nadie, llamé otra vez. Y al final, apareció un tipo. Grande. Muy grande. Con una gorra. Me miró como si yo le debiera dinero.

—¿Diría que estaba fuerte? —insistió Brais con calma.

—Fuerte no sé. Con mucho musculito, seguro. Pero de gimnasio. No sé si me explico. De estos que parece que están inflaos. —Manuel llenó de aire sus mofletes—. Le pedí el número de DNI para la entrega con identificación. Empezó a soltarlo y paró de pronto. Me quedé mirándolo con el boli en la mano y él me soltó si no me fiaba de él. Me quedé flipado. Iba a decirle que si no se acordaba de su propio DNI, pero me corté un pelo por la cara de sieso que puso. Así que solo le conté la chapa de que teníamos un protocolo obligatorio. Y ahí… ahí se me puso más borde el notas.

—¿Borde cómo?

—Malaje. —Manuel buscó la palabra exacta con la lengua—. De esos que parece que se han comido un limón. Agrio —concretó—. Hizo una gracia, como que "vaya si voy a saber yo mi número si es mío", y luego… cuando fue a decirlo… se quedó un segundo… —chasqueó los dedos— como dudando. Como si no lo tuviera en la punta de la lengua. Y me soltó otra vez lo del "no te basta con el nombre".

—¿Y entonces?

—Como no quería líos con ese bicho, le señalé el papel donde tenía que firmar. —Manuel hizo el gesto con los pulgares—. "Aquí hay que escribirlo, jefe", le dije. Me respondió de mala gana, y firmó con el boli que le presté. Hasta tachones hizo en el papel de la mala leche que gastaba. Me devolvió la hoja de mala manera y se metió *padentro*. Yo puse "entregado" y a rodar.

Brais clavó la mirada en Manuel.

—¿Podría identificarlo si lo viera? Ahora mismo no tengo aquí una fotografía que mostrarle, pero podríamos necesitar que confirmase si es una persona concreta.

El repartidor tragó saliva. No por miedo a Brais, sino por la trascendencia invisible de la pregunta.

—Pues… —Se rascó el cuello—. No sé. A lo mejor. Aunque apenas se le veía el careto con la gorra que llevaba. Aparte de que veo a mucha gente al cabo del día… —Se apretó la gorra propia—. ¿Pasa algo? ¿Qué tipo de lío es este?

—Tranquilo —replicó Brais, casi cordial—. No es usted el que está en líos. Es un asunto de verificación. Tenemos que confirmar que esas zapatillas llegaron a la persona correcta y quién fue en concreto. ¿Fernando o Gonzalo Revilla?

—O Yénifer Roma Sosa —interrumpió desde el ordenador Juan Andrés, el dependiente—. Son los tres que constan como posibles destinatarios de las zapatillas deportivas.

—Joder… —Manuel miró a Juan Andrés—. El nombre que rellené en la PDA es el que me dio el colega al que le entregué el paquete. Pero no sabría decir…

—Gonzalo Revilla Estellar —indicó de nuevo el encargado para echarle un capote a su compañero.

—Será —dijo Manuel—. No me acuerdo exactamente, pero lo que es seguro, porque lo comprobé, es que estaba en la lista de destinatarios de la marca. como firmó, tiré *palante*.

—¿Notó algo raro aparte de las malas formas? —Brais buscaba con cuidado—. ¿Algún detalle que se le quedara? Voz, acento, olor, gesto, algo con las manos…

Manuel hizo de nuevo el recorrido por su memoria, como quien rebobina una cinta de casete antigua.

—Lo que he dicho. Cortante. De pocas palabras. —Se llevó el dedo índice a la sien—. Mirada de "estás molestando". Olía a colonia fuerte, de estas dulzonas. Y llevaba la gorra muy calada. Ya he dicho que no le vi bien la cara, la verdad. Era mediodía, pegaba el sol de canto y la visera hacía sombra.

—¿Ropa?

—Camiseta negra, creo, o sudadera fina. Yo qué sé —Manuel frunció el ceño—. No me fijé más. Y claro, brazos potentes. Eso sí que lo recuerdo.

Brais tomó aire despacio. Dentro, su cabeza empezaba a recapitular. La vestimenta de Gonzalo Revilla que había referido Manuel, el repartidor, cuando aquél recogió el paquete de las zapatillas, coincidía con la del tipo que pululaba por Urgencias mientras el sargento Elestondo esperaba allí; y también con la del hombre que un pescador detectó cerca de donde fue encontrado el cuerpo de Arturo. Estatura similar, molde parecido… Por otro lado, el paquete con las deportivas de colección eran para Fernando Revilla; pero el militar estaba a esas horas y en esos días, en Londres con su

parienta. Sin embargo, lo que más le escamaba al inspector jefe era que el hombre del vídeo de Urgencias llevaba ya esas mismas zapatillas.

Suspiró. Haciendo un análisis rápido, la conclusión era clara. Había que ir a saco a por Gonzalo, el hermano de Fernando Revilla. Ahora solo quedaba completar la investigación ubicando al propio Gonzalo en Cádiz el día en que murió el sargento Elestondo. Y, sobre todo, buscando el motivo para el que quisiera matarlo. A él y a Arturo, se advirtió Brais a sí mismo. En ese momento, la palabra "prioridad" resonó por el interior de su cráneo y se asentó en la mesa como un peso añadido.

—Manuel, una cosa más. —Se guardó la libreta—. O Juan Andrés, da igual —dijo mirando al dependiente—. ¿Queda registro de hora exacta de la entrega, no?

El gordote asintió con entusiasmo de converso.

—Claro. —Tecleó—. Doce y cuarenta y dos del mediodía.

—Perfecto. —Brais hizo un cálculo mental con el resto del puzle—. Necesitaré que me den el documento de entrega que firmó Gonzalo, el receptor del paquete. Y también, que me den el resto de datos: número de seguimiento, hora y nombre del destinatario. ¿De acuerdo? —preguntó muy serio.

—Tengo que buscarlo —dijo con miedo el encargado de huesos anchos mirando a una montaña de papeles que yacían en total desorden en un cajón abierto—. Si se espera un rato…

Brais lo miró con la peor de sus muecas de hastío. Notó el amago de un tartamudeo y lo controló a base de apretar los dientes.

—En cuanto lo encuentre, me lo lleva a la comisaría de distrito de Nueva Gades. —le espetó—. Al fin y al cabo se dedican a repartir cosas, ¿no?

—Claro, sin problemas —asintió el tipo.

—Y si es usted el que se encarga, Manuel —se dirigió al repartidor mientras se ubicaba de lado en la puerta—, de paso le enseño la foto que quiero que vea y así mata dos pájaros de un tiro.

—Sin problema. —Manuel se recolocó la gorra, ya menos tenso, y le ofreció un trozo de papel con unos dígitos anotados—. Ya le he dicho que no le vi bien la cara, pero tome mi número de teléfono si quiere.

Brais lo cogió y, a cambio, le pasó su tarjeta.

Se guardó el teléfono de Manuel en el bolsillo de dentro, donde la chupa hacía de caja fuerte de circunstancias. Antes de salir, volvió a echar una

ojeada al monitor de la oficina: el brillo plano del LCD enseñaba números de seguimiento, direcciones y puntos verdes que decían “entregado”. El mundo moderno y su ansia de confirmaciones inmediatas.

La calle lo recibió con un golpe de aire frío y el ruido de una moto y su piloto, que hacía dos animales a la vez: el ganso y un caballito. En el cielo, un gris triste y probablemente acuoso. De nuevo, en la lengua, el sabor fantasma de un cigarro que no se había fumado. Pensó en Perico, en Vanesa, en el poeta señalando la pantalla con los ojos como platos. Pensó —y no quiso pensarlo— en el comisario de distrito y en el provincial, y en la bronca segura si sabían que seguía investigando a gente relacionada con el cuartel. Pensó en Toño, sobre todo. Marcó su número. Comunicando. Suspira. Mensaje: “¿Todo bien? Voy en un rato”.

Se quedó un momento inmóvil, con las manos en los bolsillos. El caso había ganado una pieza nueva: viernes, entrega prioritaria, destinatario “Gonzalo” en pantalla, dirección del unifamiliar de Fernando, receptor grande, fuerte, malaje, gorra calada, borde hasta para decir su propio DNI. Tenía cosas, pero, en realidad, no tenía nada.

Puso rumbo al Dacia, caminando entre naves, gatos perplejos y basuras acumuladas. De camino, le llegó un mensaje de Perico: “Killo, dnd andas?”. Respondió: “Te llamo luego. PD: ¡y escribe bien, cojones!”. Metió el móvil en el bolsillo y, mientras abría el coche, repitió, para sí, ese mantra idiota que a veces le servía: “el tabaco mata, el tabaco mata, el tabaco mata”.

Giró la llave. El motor tosió y se rindió. Lo intentó de nuevo. Arrancó. Puso la radio por compañía y una agradable sorpresa, aunque desafinada por la estática, llenó el habitáculo. Patience, de Guns N´ Roses, le hizo sonreír sin ganas. Paciencia es lo que necesitaba. Y dormir más de dos horas seguidas.

Miró el retrovisor. Se quitó la chupa con esfuerzo. Y, con la certeza de que ese día ya no iba a traerle más respuestas, echó a rodar hacia el hospital con una idea que empezó a martillearle: ¿Qué coño tenía que ver Gonzalo con los dos muertos?

Capítulo 29 - No me chilles que no te veo

La sala de videoconferencias de la comisaría de distrito de Nueva Gades parecía sacada de una película de ciencia ficción. Pero no precisamente por los adelantos tecnológicos que albergaba, sino por todo lo contrario. Entrar en aquella estancia estrecha y sin ventanas, con las paredes pintadas de un blanco que tiraba a amarillo y un fluorescente que zumbaba como una avispa tarada, se podía considerar como un viaje en el tiempo; a finales de los años 90 más concretamente, cuando todo el material videográfico que aquel lugar contenía era el *summum* de las novedades. Un ordenador de torre que no funcionaba, un reproductor de vídeo VHS con capacidad para varias cintas a la vez, un proyector con más dioptrías que Rompetechos tras pasar por la Seguridad Social y, como estrella de ese museo retro y *vintage*, una televisión culona marca Sony de 32 pulgadas, toda una rareza que, misterios de la obsolescencia programada, aún funcionaba.

Todo aquello convivía con otro ordenador más reciente, un proyector más pequeño y con más definición y un plasma plano... Sin embargo, lo más curioso era que el famoso televisor de tubo seguía funcionando y se negaba a ser sustituido y jubilarse, aunque fuese con honores.

—¿Cuándo van a cambiar ese armatoste? —preguntó Perico señalando con la barbilla al televisor justo al entrar—. Desde que me destinaron aquí, hace ya… yo qué sé… ya estaba.

—Mientras que nuestros informáticos lo aguanten. Parecen cubanos en eso.

—¿Ein?

—¡Coño, los cubanos! —protestó Brais como si fuera lo más obvio del mundo—. Que estiran la vida de los coches desde los años 60 y aún funcionan. ¿Me explico?

—Joder, macho. Cuando te pones en plan cultureta y rojales no hay quien te aguante. Lo que digo es que parece que estamos a punto de ver un capítulo de "Verano azul" en esa tele gorda, Brais. —Sonrió mientras acomodaba el cuerpo en una incómoda silla de plástico azul.

Brais, que se había sentado de mala gana, no le devolvió la broma. Tenía la mirada perdida, clavada en un cenicero que tenía pinta de llevar allí el mismo tiempo que la tele.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Perico después de un silencio breve pero incómodo.

—Mejor. —Brais respondió con un tono casi mecánico, como si lo obligaran a leer un papel—. Está mejor.

Perico lo observó de reojo. Conocía de sobra ese modo ausente: cuando Brais no quería hablar, no había manera humana de sacarle nada.

—Ya… —dijo el subinspector, intentando no sonar demasiado suspicaz —. Pues me alegro. De corazón.

El inspector jefe asintió sin entusiasmo y con una sonrisa forzada. Seguía con la cabeza en otro sitio. Perico carraspeó y decidió cambiar de tema.

—Lo de las zapatillas de Urgencias… todo apunta a Gonzalo. Tenía llaves de la casa de Fernando, así que pudo entrar cuando quisiera.

—Sí —respondió Brais, igual de parco.

—Y en la empresa de mensajería tienen registrado que fue Gonzalo el que firmó la recepción del paquete con las zapatillas, ¿no?

—Sí.

Perico suspiró con exasperación.

—Joder, Brais.

—¿Qué?

—Nada, nada. Que la cosa pinta muy mal para Gonzalín. Y que estás parco. Y malaje.

—Y tanto.

El silencio volvió a llenarlo todo, interrumpido solo por el zumbido del fluorescente.

—Aun así, falta algo… la motivación. —Perico se inclinó hacia adelante—. Yo sigo sin ver por qué razón Gonzalo iba a tener nada contra el sargento Jorge Elestondo. Ni siquiera sabemos si lo conocía, o si conocía a Arturo.

—No lo sé. —La respuesta de Brais fue seca, como una piedra lanzada al agua.

—Coño, al menos haz el esfuerzo de pensar en voz alta. Si lo has mandado detener y lo vas a interrogar es porque tienes alguna teoría. —Perico lo miró fijamente, buscando una grieta en su inexpresividad.

Brais no contestó. Solo se frotó la barbilla, abstraído.

Entonces a Perico se le encendió una bombilla.

—Espera… ¿tú crees que Fernando le encargó a Gonzalo que se lo cargara? ¿O que lo asustara y se le fue la mano?

Brais lo meditó unos segundos antes de contestar.

—Puede ser. Pero no me encaja. Hay algo que no cuadra y me da coraje.

Perico chasqueó la lengua.

—No nos olvidemos de Francisco Cornejo. Ese tipo no me gusta ni una mijita. Nos ha utilizado.

Brais asintió. Sin más que otro monosílabo.

—Y también está —prosiguió el subinspector Vélez— lo del coche blanco del ingeniero de Torregorda, el que juraba que se lo movieron. En la *GoPro* del sargento aparecía circulando, pero no era él quien lo conducía. Entre eso y lo que decía Fernando de que le habían cogido el coche en su día. Y lo de que Cornejo admitió que había sido él.

—Ya.

El "ya" de Brais sonó más como un gruñido que como una palabra.

Antes de que Perico pudiera replicar y quejarse del laconismo de su compañero, en el televisor apareció una imagen congelada. Un policía de otra sala, en primer plano y con gesto de saludar, se había quedado petrificado en la pantalla como si fuera parte de una obra de arte contemporáneo.

—Me cago en la leche… —murmuró Perico—. El puñetero televisor de los 80 va a fallar justo ahora.

El sonido funcionaba, eso sí. Desde el altavoz del televisor llegó la voz de alguien que pedía disculpas y aseguraba que intentarían arreglar la conexión a la mayor brevedad. Sin embargo, tras varios intentos fallidos, acordaron seguir adelante como si fuera una llamada de solo audio.

—En fin, como en los tiempos del Marconi inventor. —ironizó Brais, aunque sin rastro de humor.

La voz que se escuchó a continuación fue la de un agente de Madrid.

—Inspector López, Subinspector Vélez, tenemos con nosotros al detenido, Gonzalo Revilla Estellar. Está con nosotros en la sala de interrogatorios de la comisaría de Madrid-Centro. Vamos a comenzar con la grabación, a pesar de los problemas técnicos.

Un murmullo de fondo, una tos seca, y después una voz inesperadamente suave:

—No entiendo por qué me han detenido. Yo no he matado a nadie. Lo dije por teléfono cuando me llamaron. No he estado en Cádiz desde hace más de un año.

Brais frunció el ceño. No era el tono bronco y desafiante que había imaginado. Esperaba a un tipo rudo, quizá tan chulo como su hermano. En

lugar de eso, le hablaba un hombre con voz melodiosa, casi quebrada, como si estuviera a punto de llorar.

—Pues claro, Gonzalo —replicó con ironía—. Cómo vamos a pensar otra cosa.

Gonzalo captó la ironía.

—Se lo repito: yo no fui. No pude ser. Yo no he ido a Cádiz, lo juro.

—Dando por hecho que ya conoce el motivo de su declaración de hoy, le quería preguntar… ¿Se lleva usted bien con Fernando? —intervino Perico, desviando la conversación e intentando sonar más cordial.

—No tenemos una relación muy estrecha por la distancia, pero sí, nos llevamos bien. Es mi hermano, joder.

—Su hermano dice que alguien pudo coger su coche. Incluso sugirió que fue usted, ya que tiene llave de su casa y a veces pasa temporadas en Cádiz.

Gonzalo se quedó en silencio unos segundos.

—Es cierto que tengo llave. Pero yo no fui. Mi hermano habrá dicho eso por elucubrar, supongo.

Brais miraba a la imagen congelada de la pantalla como si pudiera atravesarla.

—¿Qué hizo usted la madrugada del viernes al sábado pasado, señor Revilla?

—Estuve enfermo. Ya se lo he dicho a estos agentes. Mal del estómago, vomitando, en casa. No salí. Estuve fatal todo ese fin de semana. Un virus de esos que hay ahora.

—¿Alguien puede corroborarlo? ¿Su novio? —preguntó Perico.

La pausa fue tan larga que ambos policías entendieron la incomodidad.

—No… rompimos hace un mes. Creo que me puse malo precisamente por eso, por el tema psicológico de la ruptura.

—Normal —intervino Brais con fingida compasión—. Pobrecito.

Gonzalo bajó la voz, como si quisiera disimular su malestar.

Entonces Brais decidió jugársela.

—Hemos comprobado la ubicación de su móvil por triangulación.

Gonzalo se quedó mudo, paralizado. Pasaron unos segundos eternos hasta que contestó:

—Estuve en Madrid.

Lo dijo sin convicción. Brais lo notó.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Y entonces dejó su móvil en Madrid cuando se fue? —insistió el inspector jefe.

Otro silencio incómodo.

—No estuve en Cádiz —contestó al fin—, ya lo he dicho.

Brais asintió, enigmático.

—Ya me lo imaginaba. Prueba superada.

Perico lo miró sorprendido, sin entender a qué jugaba su jefe.

—¿Ha hablado con su hermano estos días? —continuó Brais.

—No.

—Curioso. Si se llevan bien, ¿cómo es que no se han llamado? Si revisamos sus llamadas, ¿no encontraremos ninguna a su hermano?

—No. De estos últimos días, no.

—¿Ni a sus otros teléfonos? —apretó Brais, pensando en lo que Cornejo les había dicho sobre las líneas de prepago de Fernando.

—No sé de qué me habla. Yo solo tengo un número de Fer.

La cara de Gonzalo no se veía, pero Brais notó algo en la voz del interrogado.

Brais cambió de tercio.

—Dígame, Gonzalo. ¿Le gustan los tenis?

—¿Cómo?

—Las zapatillas deportivas. ¿Le gustan?

—Bueno… sí.

—¿Y las exclusivas, como las de su hermano?

—No tanto —contestó con naturalidad, como si se sintiese cómodo en ese tema—. A mí me va más otro calzado, más casual. A mí me gusta la moda, y la ropa que usa mi hermano es demasiado hortera.

—¡Ajá! De acuerdo. —Brais hizo una pausa—. Pues tenemos constancia de que usted recogió el viernes pasado unas zapatillas que pidió su hermano. Y que se estrenaron el sábado, poco antes de la muerte del sargento Jorge Elestondo.

El golpe fue seco. Gonzalo guardó silencio, atrapado.

Brais no le dio tiempo a reaccionar.

—Procedan a detener a Gonzalo Revilla por el asesinato del sargento Jorge y de Arturo. En breve procederemos a un interrogatorio más a fondo.

Al otro lado de la línea se escuchó un murmullo y un forcejeo. Gonzalo empezó a balbucear.

—¡No! ¡Por favor! Yo no he sido. Llevo mucho tiempo sin ir por Cádiz. Tienen que creerme. Y yo no conozco a ese tío que murió. ¡Por favor!

—Lo mejor que puede hacer es pedir un abogado —añadió Perico—. Su hermano conoce a uno muy bueno.

El silencio pesó durante unos segundos.

—Por cierto, ¿ha llegado ya la novia de Fernando? —preguntó Brais en voz alta, mirando a Perico, que no entendía.

—Todavía no —respondió el subinspector, que estiró los brazos con las palmas de las manos hacia arriba en señal de incomprensión.

Brais sonrió con un filo cruel.

—Pues hablaremos con su cuñada, Gonzalo. ¿Quiere dejarle algún recado?

—¿Qué? ¿Yeni? No… —las palabras del sospechoso temblaban—. No-no.

Brais se percató de esa inflexión de la voz, pero no pudo hacer valoración ninguna, ya que se centró en lo que ocurría en el televisor.

La pantalla, hasta entonces congelada, empezó a dar saltos de color y pixelaciones. Finalmente, tras unos segundos, la imagen volvió, mostrando la sala de interrogatorios de la comisaría de Madrid. En primer plano apareció la napia de un agente que tocaba el monitor, intentando ajustar el dispositivo.

Y entonces se apartó.

Brais y Perico se quedaron con los ojos como platos.

—No puede ser —susurró Perico.

—Me cago en mi puta cama —dijo Brais, con el gesto endurecido—. Es igual.

Hizo una pausa. Se llevó la mano a la barbilla, mordiéndose la uña del pulgar.

—Y ahora, como dice la canción, creo que empiezo a entender...

Capítulo 30 - Rumiando indicios

Era sábado por la tarde en Nueva Gades: la gente normal se iba de cervecitas por el muelle deportivo o se acercaba al centro de Cádiz para dar un paseíto gaditano; ellos dos, Brais y Perico, por contra, custodiaban una reliquia de oficina que amenazaba con comerse el expediente que tenían entre manos. Y es que la fotocopiadora de la comisaría llevaba todo el día de uñas. Cada vez que alguien le pedía algo con prisas o malas maneras, tosía para a continuación vomitar gurruños de papel, aderezado todo ello con con un pitido que a Brais y a su hipocondría le sonaban a enfisema pulmonar.

—Prueba otra vez, joé. Pero pon bien el papel —protestó—, me cago en tu cama, Perico.

—Son gemelos —es lo único que supo decir Perico, mientras le daba una palmadita a la carcasa de la fotocopiadora para que no se volviera a atascar.

Solo había pasado una hora desde la videoconferencia con Gonzalo, el hermano casi idéntico de Fernando Revilla, pero aún seguía impactado por el descubrimiento.

—Imagínatelo —continuó el subinspector—: Gonzalo, casi clavado a Fernando, se planta delante del sargento Elestondo. El otro baja la guardia un segundo, piensa que es el mismo animal, y zas.

Brais no compró la teoría, en general, ni el zas en particular. Ladeó la cabeza, con ese gesto suyo de escepticismo tan típico y, por qué no decirlo, tan desagradable.

—No lo tengo tan claro. —Se rascó la barba de tres días, con desgana —. Precisamente porque Fernando no era santo de su devoción. Si el sargento Elestondo ve a alguien igual que el tío que le amargaba la vida en el cuartel, se le enciende la alarma. Es más, no creo siquiera que lo hubiese identificado. Ni cuando lo enfiló con el coche blanco, ni cuando se dio cuenta en Urgencias de que había un tipo que le seguía. Si no, la mujer que le ayudó lo habría escuchado, digo yo.

—Bueno… visto así —concedió Perico—. Aunque, por lo que decía Rocío, la mujer que ayudó al sargento, estaba un poco ido. Quizás por lo del aire que le inyectaron.

—Quizás. —Brais se quedó con la mirada perdida unos segundos hasta que continuó hablando—. Fernando es más listo de lo que parece —soltó

como quien escupe una espina clavada.

Perico abrió los ojos, de una manera teatral, seguramente queriendo sobreactuar para dar énfasis a lo que iba a decir.

—¿Tú diciendo eso? ¿Tú llamando listo a alguien y, en concreto, a un *colgao* de gimnasio?

—Listo y escurridizo —remató Brais—. Y si es así, será complicado probarlo. Habría aleccionado bien a su hermano. Y el abogado que tienen también hará lo imposible para que Gonzalo no muerda a Fernando ni con hambre.

La fotocopiadora tosió de nuevo. Se tragó dos folios de golpe. Perico solo pudo liberar uno mientras continuaba hablando.

—De todas maneras —continuó Brais— hay que encontrar la relación entre los gemelos y Arturo. Y probarla. Lo que nos dijo Cornejo apunta a drogas, sí, pero tiene que haber algo más. ¿Qué carajo hacía Arturo en la playa a esas horas, de madrugada, cuando murió el sargento? ¿Por qué cojones estaba ahí? Ahí está una de las claves. Quizás la más importante.

—Para eso estamos nosotros —Perico encogió los hombros—. Para encontrar la relación entre todos. Puede que Arturo ayudara a Gonzalo, que lo llamara él, o que fuera el propio Fernando el que le dijera "échale un cable a mi hermano". Quién sabe… Si Fernando es el autor intelectual, reparte papeles como en una obra de teatro y él se queda entre bambalinas.

—Es probable —admitió Brais—. También encaja con lo de la trampa que, según Cornejo, le quiso tender el sargento. Encargo de droga para sacarlo a la luz. Si Fernando olió la trampa, cambió el tablero. Y ahí entra su gemelo.

—¿Y por eso te sacaste de la manga el as de la cuñada?

—Quería ver cómo reaccionaba. Bueno, más oírlo que verlo. En cualquier caso, puede ser un elemento importante. Ya veremos. Por lo pronto la vamos a ir citando ya.

—Ya está hecho, Brais —le dijo su compañero—. Yo también lo he visto claro y he pensado que querrías que la citara. Viene en un rato. No ha puesto pegas. De hecho, me dio la impresión de que esperaba la llamada… y la citación.

Perico dejó el folio encima de la mesa. Lo alisó con la palma, por hacer algo con las manos.

—Te digo otra: hablé con mi colega de Estupefacientes. Fernando no les salía por ningún lado. Absolutamente nada. Pero Arturo sí. Y el otro chaval

al que llamó Arturo cuando lo soltaron con el abogado caro también. Juan Lucena Rete —dijo tras consultar su libreta un segundo—. Mi colega dice que el que está detrás es muy listo y muy escurridizo si lleva tanto tiempo vendiendo sin dejar rastro. Cuadra con lo que has dicho antes.

—¿Qué he dicho yo antes? —preguntó Brais, seco.

—Con que Fernando es muy listo.

Brais no respondió. Apretó la mandíbula. Hubo un segundo de silencio, y de repente descargó la mano abierta contra la mesa metálica. El golpe sonó hueco y todo el pasillo miró hacia ellos.

—¡Pero no puede volver a pasar eso!

—¿El qué? —Perico dio un respingo, entre sorprendido y asustado.

—Lo-lo de no mirar bien las fi-fichas de los acusados —rezongó Brais —. Si lo hubiera revisado como dios manda, no se me habría pasado lo de los gemelos. Solo con fijarme en la fecha de nacimiento. ¡Coño, que nacieron el mismo día!

—Lo siento, picha. —Perico levantó las manos—. No te pongas así. Tienes razón.

—Que no, que no. —Brais negó, más consigo mismo que con su amigo —. Lo tenía que haber visto yo. Y punto.

—La culpa es más mía —insistió Perico—. Tú estabas con lo de tu padre.

Nombrar a Toño siempre le torcía algo por dentro. Brais tragó saliva. Sintió en el paladar un rastro fantasma de nicotina.

—No te fustigues. Somos equipo —dijo por fin—. Lo importante es tirar para adelante.

Perico asintió. Luego, tras tomar aire y suspirar, cambió de tercio.

—¿Sabes quién es bueno con los detalles? Garrido. A ese no se le escapa una de los expedientes. Es como una cámara de fotos con patas.

—Lo tendré en cuenta —aceptó Brais sin ganas. Y, tras otro segundo, Perico acertó a leerle el pensamiento.

—Estás pensando en tu padre.

—No… —Brais apretó la boca—. Bueno, sí. Pero no. Estoy pensando en la declaración firmada de Gonzalo. La quiero ya. Que nos la manden por fax.

—¿Por fax? —Perico puso cara de incomprensión—. Pero si eso ya no lo usa ni el Corte Inglés.

—Lo que sea. Quiero repasar algo en la declaración.

—¿El qué?

—Una corazonada. —Le salió una media sonrisa torcida—. O intuición, o como quieras llamarlo.

—Otra corazonada de las tuyas… —Perico meneó la cabeza—. Vale. Te sigo.

—Y otra cosa: estate pendiente de la triangulación del móvil de Gonzalo. Aunque si tengo que apostar, saldrá que estaba apagado. Eso o que se quedó en Madrid.

—Vale. Pero te digo algo que no me cuadra —Perico se inclinó contra la encimera—: por muy hermano que sea, meterse en un marrón de dos asesinatos no es normal. ¿Y si no es él? ¿Y si también tenía algo personal con el sargento?

—¿Qué, por ejemplo?

—A Jorge no se le conocía pareja —respondió Perico, escarbando en su memoria—. Y Gonzalo, según su hermano, es gay y estaba libre. No me mires así, picha. Solo digo que pudo haber un contacto humano, ya sabes.

Brais lo miró con cansancio y una chispa de respeto.

—Perico, cojones, deja de ver las películas de Antena 3 a las cuatro de la tarde. Está claro que podría ser —trató de explicarse—, pero no lo veo. ¿A un hermano lo odia y el otro le atrae…? Y, encima, teniendo los dos la misma cara. Complicado, extraño, inverosímil… Elige la palabra que quieras —apostilló Brais tras su demostración de verborrea—. Lo que tengo claro es que Gonzalo tiene mucho que ver. Y hay que averiguar en qué sentido, cómo y, sobre todo, por qué.

—Tuvo oportunidad si estaba en Cádiz. —Perico tamborileó con los dedos—. Pero todavía hay que demostrar que estaba aquí. ¿Qué piensas?

—Que estamos dando vueltas y vueltas sin llegar a ningún lado; aún así ya se ve algo de luz al fondo del túnel —dijo Brais, casi para sí. Perico puso cara de "mi, no entender"—. Lo que toca ahora es cotejar y cruzar a ver si así conseguimos poner en pie el caso con algo más que indicios, por muy interesantes y aclaradores que sean. —Brais enumeró con los dedos—. Uno: ver cómo reacciona Gonzalo después de la charla. ¿Les dijiste a los compañeros de Madrid que nos avisen si quiere llamar a alguien?

—Sí. Lo hice tal y como terminó el interrogatorio *online*. Con la sorpresa de la cara duplicada del hermano, por poco se me olvida, pero lo hice.

—Bien. Dos: que Garrido revise de nuevo las fichas, la de Fernando, la de Gonzalo, la del sargento y la de Arturo. Fechas, domicilios, sanciones, cualquier mierda, cualquier relación. Que le pase el colador fino. Tres: que manden de Madrid la declaración original, es decir, copia, pero en papel.

Perico iba escribiendo en su pequeño cuaderno a la vez que asentía.

—Cuatro: Vanesa y el móvil de "trabajo" de Fernando. El número de prepago que nos dio Cornejo. Quiero confirmar que ese teléfono era suyo y saber con quién habló Fernando sobre todo los días y momentos previos a la muerte del sargento Elestondo.

—De eso me contó Vanesa no sé qué de una *app* de mensajería rusa. Me sonó a chino, pero parecía interesante. Aunque mejor que te lo cuente ella, que entre tantos idiomas me pierdo.

—Muy bien, muy bien —continuó Brais, con la mirada fija en el horizonte de una playa costarricense incluida en el mes de noviembre del calendario de una agencia de viajes—. Todo eso sin contar con que el repartidor de Logisur Exprés quedó en traerme la hoja de recepción del pedido que firmó Gonzalo cuando recogió las zapatillas deportivas famosas.

Perico, con la mirada aún sobre su libreta y el bolígrafo en ristre, terminó de asentir para incluir una adenda a las órdenes de Brais.

—Falta el cinco —añadió Perico mirando al inspector jefe.

—¡Suéltalo, cojones! —le preguntó Brais con impaciencia ante el silencio de Perico.

—Tu padre, picha mía. ¿Cómo está? ¿No deberías estar en el hospital con él?

Brais lo miró de soslayo antes de contestar.

—Qué cumplido eres, Perico. Mi padre está mejor. —Lo dijo rápido, como quien se quita una tirita.

—Me alegro. —soltó una voz conocida. Muy conocida. Pero el cuerpo del que provenía no estaba… Hasta que salió del pasillo que llevaba a los cuartos de baño.

—Agustín —dijo Brais—, ¿sabes que aunque seas comisario de distrito, espiar a la gente está muy feo?

—Yo no espío nada. Simplemente pongo oídos a lo que encuentro. Y, bueno, ya de paso, puedo añadir un punto "seis" a las tareas que os habéis puesto: lo del Peugeot blanco del ingeniero de Torregorda, ¿no? El que aparecía en una cámara que llevaba el sargento Elestondo.

Perico y Brais se quedaron pensativos y en silencio. Estaban convencidos de que esa pregunta tenía trampa y, después, castigo. Les habían dejado claro que no siguieran la investigación con nada que pudiese llevar a cualquier tema militar.

El silencio se mantenía, tenso. El comisario de distrito miraba a inspector y subinspector con semblante relajado e incluso divertido. Entretanto, un par de agentes pasaron por delante gesticulando con latas de refresco, riéndose, hasta que vieron a Agustín, con su chaqueta al hombro.

—A ver, comisario Santonja. ¿Dónde está la trampa? —preguntó Brais por fin—. ¿Nos vas a abrir un expediente por hacer nuestro trabajo y seguir investigando?

—Muy gracioso, inspector jefe López —resopló Agustín—. Lo cierto es que han vuelto a llamar de Defensa… para preguntarnos si hay avances.

—Me cago en la puta, Agustín —protestó Brais como antesala a la perorata que comenzaba a formarse en su cabeza—. Si los de Defensa y los del CNI, y ya de paso, tú y el capullo del comisario provincial, nos dejarais tranquilos, quizás avanzaríamos más rápido. Por ejemplo, podríamos examinar el Peugeot 206 blanco del ingeniero y tratar de averiguar quién lo conducía, porque el propio José María Berenguer no tiene el don de la ubicuidad. Y lo que es evidente es que alguien lo movió de donde lo dejó aparcado. Si pudiésemos examinarlo, podríamos aclarar algo más. Aún así, hemos hecho avances que…

—Han encontrado restos de ADN del sargento Elestondo en el Peugeot —dijo con una mueca condescendiente el comisario Santonja.

Perico, que había tensado sus músculos a la espera de una bronca, no sabía si relajarse o apretar aún más la mandíbula. Y Brais, que se había preparado para la guerra dialéctica, ahora tenía la boca y los ojos tan abiertos como un salmón fuera del agua.

—Espera, espera. ¿Esto qué es? ¿No nos echas la bronca?

—Que no, cojones. Vengo a informaros.

—Vale, bueno… —Brais trató de recomponerse mentalmente—. Ok, pero es normal que el coche tuviese restos del sargento si lo embistió. Aunque no tuviésemos confirmación, se daba por hecho.

—No me he explicado —dijo el comisario Santonja apretando los labios —. Los restos no los encontraron en el exterior del vehículo, los restos estaban dentro del coche. Más concretamente, en el asiento del copiloto.

Los dos oyentes no dijeron nada, pero casi se podía escuchar el runrún de sus cerebros trabajando a pleno rendimiento ante la información que acababan de recibir.

—Pues nada —dijo el comisario en la distancia—, ahora haced lo vuestro.

Capítulo 31 - Sin chonis no hay paraíso

Hacía un buen rato que el sol se había ido, aunque Brais, si hubiese estado al aire libre, tampoco se habría percatado. Tenía las piernas semiflexionadas, los brazos cruzados, el culo apoyado en la pequeña mesa con ala de su despacho mínimo… y la cabeza en otro sitio. Delante estaba Perico, que apretaba la nariz y hacía una mueca con la boca tras darle un sorbo al café recalentado de la máquina.

—¡Qué mojón de café! Deberían darnos un plus de peligrosidad nada más que por tenerlo cerca. Tiene que ser hasta radiactivo —dijo mirando el vaso de plástico humeante, al que, a pesar de las quejas, dio un nuevo tiento con idéntico resultado—. ¿Eoooo? ¿Me estás escuchando, Brais? Llevas casi una hora así, perdido.

—No le encuentro sentido —dijo más para sí mismo—. Antes nos estaban echando la bronca día sí y día también con que no tocáramos nada que oliera a militar, y ahora Agustín se descuelga pasándonos información como si fuéramos coleguis.

—El dato que nos ha dado es importante, pero tampoco soluciona nada —repuso Perico—. Que haya constancia de que el sargento Elestondo estaba en el coche lo único que nos dice es que quién usó ese Peugeot era el culpable y que lo llevó dentro. Seguramente al lugar en el que finalmente murió.

—Ya, ya. Si a todo eso ya le he dado vueltas y tienes toda la razón. ¿Pero qué coño ha cambiado con Agustín para ayudarnos de pronto? —Brais hablaba en voz baja, pero con esa aspereza suya que raspaba más que una lija de carpintero.

—Eso mismo estaba pensando yo —dijo tras otro sorbo—. Es raro. Muy raro. Igual alguien de más arriba le ha dicho que nos suelte cuerda… o que nos use de tontos útiles.

Brais se rascó la barba de tres días, gesto que en él equivalía a encender un pitillo. Se quedó mirando el fluorescente del techo, que parpadeaba como si quisiera añadir dramatismo a la escena. En realidad, la comisaría de distrito era un drama en sí misma considerada en atención a todos los focos y bombillas led que fallaban.

—Bah, aquí todo el mundo juega con cartas marcadas. Y nosotros, mientras, a oscuras y a verlas venir.

No hubo tiempo para más cavilaciones. Un portazo anunció la entrada del agente Federico García, que acababa de entrar a su turno.

—¿Qué pasa, poeta?

—Un hombre y una mujer preguntan por usted.

—¿Te han dicho específicamente mi nombre?

—No, no. Yo no doy datos personales —contestó el agente como si hubiese oído palabras sacrílegas—. Es solo que el caballero con traje de chaqueta, con la raya al lado y olor a fragancias me ha dicho que quieren hablar con un inspector con pinta de "jevi" y más largo que un día sin pan.

El poeta lo dijo con seriedad absoluta, no como Perico, que lanzó una sonora risotada.

—Pues el enchaquetado ese se va a enterar de cómo tratar a la autoridad. Me-me ca-cago en sus mu-muertos —gruñó Brais.

—Tranqui, colega —le frenó Perico interponiéndose entre el poeta y la puerta—. Relájate un poco, pichita. Esa tiene que ser Yénifer Roma Sosa, la novia de Fernando Revilla. Ya te dije que parecía que esperara la citación.

—Y el gilipollas que-que la acompaña, ¿quién es? El novio. Porque por muy cuadrado que esté y muy militar que sea, me lo co-como.

—Joder, Brais. Cuando te entra el baile de San Vito, te ofuscas y no riges, cojones. ¿Cómo va a ser el novio? ¿Crees que con lo hortera que es va a ir con traje de chaqueta y repeinado? ¿Y con las zapatillas deportivas de colorines? No le pega, pichita.

—Coño, es verdad —dijo Brais, que se aplacó totalmente, como si hubiese descubierto la paz trascendental al enfrentarse a la verdad de las palabras de su colega.

—A ti te pasa algo. —Perico no miraba, sospechaba—. Estás *atolondrao*, ido, *alelao*. Y no es solo el caso.

—Vamos a ver a la Yeni y al abogado.

—Es cierto —intervino el poeta—. Se me había olvidado decir que ese tipo se ha presentado como abogado de la señorita.

—Joder. ¿Cómo lo sabías? —preguntó Perico con una inflexión de sorpresa en su voz.

—Cuando me tranquilizo vuelvo a regir bien, carajote.

— o —

Llegó como quien entra en un desfile de barrio, moviendo las caderas como si estuviese en la pasarela Cibeles y no en una comisaría cutre de

Nueva Gades. Minifalda ajustada, chaqueta vaquera con pedrería, uñas imposibles de largas y labios recién inflados. Y todo ello componía un gesto típico de choni creída y echada *palante* que no pedía permiso a nadie.

Detrás de ella, con paso más contenido y un maletín de cuero negro que parecía recién sacado del escaparate, apareció el abogado Borja María de los Santos de la Iglesia Sánchez-Arjona. Nombre largo, cara de pocos amigos y un peinado engominado que sobreviviría a un levante de los buenos.

—Vaya, vaya —empezó Brais, ladeando la cabeza—. Si es que últimamente se está usted haciendo famosísimo, don Borja. Entre camellos, militares y señoras con glamour… va a tener que pedir cita previa hasta para comprar el pan.

La mujer siguió mascando chicle y observando con asco la sala de reuniones como si nada. El abogado, por su parte, miró a los policías por encima de las gafas con una mezcla de tedio y superioridad. No dijo nada, pero ese silencio de notario lo decía todo: "No me rebajo a contestar a payasos, por muy policías que sean".

Perico, mientras, carraspeó incómodo. Brais se inclinó hacia él y le susurró, sin quitar la vista de la pareja de dos que tenía delante:

—¿Tú no habías ido a hablar con este pavo o lo he soñado?

—Se me olvidó contarte —bisbiseó el subinspector—. Llamó su secretaria y me anuló la cita que conseguí de extrangis el mismo día que la tenía. Que el Borja Mari estaba muy liado y que no recibía a nadie. Le dije que era de la policía y me dijo que me recibiría el lunes

—Pues ahí lo tienes. Ha venido por su propio pie, el cabrón. —Sin quererlo, elevó un poco el volumen justo en la última palabra.

Brais levantó la mirada y vio que el abogado tenía la vista clavada en su boca y un gesto agresivo. Enseguida averiguó que entre sus habilidades estaba leer los labios. La mujer, no obstante, reclamó la atención de la sala: se había sentado de golpe, con cierto estruendo, en la incómoda silla metálica, junto al letrado, que se acomodó a su lado como un buen padre. Al otro lado de la mesa, Brais y Perico tomaban posición.

—Señorita Roma Sosa, gracias por venir —arrancó Perico con cortesía.

—De nada, picha —contestó ella borrando cualquier clase de glamour que pudiese haberse intuido en ella—. A ver si acabamos rápido, que es sábado y tenía planes —replicó mascando chicle con un ritmo que podía competir con la fotocopiadora del pasillo.

—Para empezar —dijo Brais con cierto misterio—, nos gustaría ver las fotos del viaje a Londres que hizo con su novio, Fernando Revilla.

Yeni se encogió de hombros.

—No he traído el móvil.

El abogado intervino con voz pausada:

—No existe obligación legal de aportar dispositivos personales. Tampoco nos habían informado al respecto. Si hubiese sido así, tenga por seguro que habríamos cooperado sin dilaciones, pese a que no podemos compartir que su investigación les haya llevado a mis representados.

Brais se apoyó sobre la mesa, tomó aire, lo miró fijamente y tras exhalar, regresó a Yénifer.

—Me resulta raro que una mujer de su edad y con su… —hizo una pausa para elegir bien las palabras— elegancia… no salga de casa sin el móvil pegado a la mano.

Yeni parpadeó, confundida. No supo si era un micromachismo, un piropo o una simple observación. Se limitó a fruncir los labios y mirar al abogado, que seguía con la cara de esfinge.

—En cualquier caso —añadió él—, la coartada de mi cliente ya ha sido comprobada. Fernando estaba en Londres con la señorita Roma Sosa. Incontestable.

—¿Incontestable? —ironizó Brais—. Eso mismo pensaba Colombo en todos los capítulos, y al final siempre pillaba a alguien.

El abogado negó con la cabeza antes de hablar:

—Lo que ustedes hacen con mi clienta y su novio puede interpretarse como acoso —sentenció sacando brillo a la palabra como si fuese un artículo del Código Penal.

—Pues denúncienos. Y ya de pa-paso, de-denuncie también a Colombo, que ese sí que acosaba bien —replicó Brais, medio tartamudeando de pura mala leche.

El silencio se volvió espeso, hasta que Brais soltó la bomba:

—Por cierto, Yeni, ¿qué nos dice de Gonzalo? El hermano de su novio.

Ella se puso rígida.

—¿Qué quiere que le diga?

—¿Cree usted que podría matar a alguien?

—Mi representada no va a… —intervino el letrado hasta que Yénifer elevó la voz para contestar y para escucharse.

—¿Gonzalo? ¡Ni de coña! Ese es un osito de peluche. ¿No lo ha escuchado hablar?

—Precisamente eso pensaba yo —dijo Brais, enigmático—. ¿Y cuándo fue la última vez que habló con él?

Yeni hizo un gesto exagerado, como buscando en la memoria de alguien que nunca había usado un calendario.

—Ufff, ni me acuerdo. Un año, a lo mejor. O más.

—Un año. Mucho tiempo.

—Yo no miento.

—Pero Gonzalo tiene llave de la casa. Eso nos lo dijo Fernando —arremetió Brais.

—Pues será verdad si él lo dice. Yo ni idea. Hace mucho que no lo veo.

Brais sonrió de medio lado, con sarcasmo.

—¿Y le parece atractivo Gonzalo? Se parece mucho a su novio, ¿no?

El abogado levantó la voz:

—No sé a qué viene esa pregunta, inspector. Es ofensiva y superficial.

—Inspector jefe —corrigió Brais—. Y no ofendo a nadie.

—Es improcedente. Usted parece creer que está en una telenovela. Y sepa que me consta, porque he investigado sus métodos, que son poco ortodoxos, cuando no rayan la ilegalidad.

—Pues me ha estudiado bien.

—Es mi trabajo. Y sepa que…

—Mire, señor leguleyo, el policía aquí soy yo, y esto es una conversación informal para conseguir resolver dos muertes.

—¿Dos? —preguntó el abogado sorprendido.

—Sí. Dos. Y lo que pretendo al respecto, quizás con mis métodos poco ortodoxos, pero son los que tengo, es debido a que los dos hermanos se parecen tanto que cualquiera podría confundirlos.

Yeni, lejos de incomodarse, sonrió con descaro.

—Yo los distingo muy bien. Por la cara… y por otras cosas. —Guiñó un ojo—. Y ahora, si no quiere ponerse más calentorro, nos vamos, ¿verdad, abogado?

Brais se atragantó con el aire.

—Eso-so lo diré yo-yo.

—Lo ves —insistió Yeni, con un tonillo burlón—. Como le diga a Fernando que te pones berraco con lo que digo…

—Nos vamos, inspector jefe —cerró el abogado, cargando el título de retintín.

Ya estaban levantándose cuando Brais lanzó su última bala, con voz tranquila:

—De todos modos, no se confundan. Nuestro principal sospechoso ahora es Gonzalo. Aunque nos extraña que lo sea, porque quien tenía problemas con el sargento era Fernando.

Por primera vez en toda la conversación, Yeni perdió la compostura. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos. No dijo nada, pero esa mirada valió más que mil palabras.

Camino a la puerta, Perico habló por primera vez en voz alta:

—Yo creo que ha sido Gonzalo, inspector jefe. Estaba raro cuando lo interrogamos, decaído. Eso es culpa.

Yeni no pudo evitar saltar.

—¡Eso es porque tuvo una ruptura sentimental hace muy poquito! Un mes.

Brais arqueó una ceja.

—¿Lo dejó su novio, no?

—No. Fue él quien dejó la relación.

El abogado la agarró del brazo y la condujo hacia la salida, con una sonrisa falsa.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Brais se volvió hacia Perico.

—Bien trabajao, Perico. Bien trabajao.

El subinspector sonrió con timidez. No duró mucho, porque apareció Vanesa con su carpeta bajo el brazo.

—¿Ya habéis finalizado con la *barbie*?

—Sí, ¿qué traes? —preguntó Perico.

—Nuevas nuevas.

—Joder, Vanesa —se quejó Brais.

—Noticias frescas —repitió con sendos sinónimos—. El titular del móvil de prepago que investigamos… es un finado.

Brais casi se atraganta.

—¿Qué? ¿Cómo que un muerto? Porque con finado te refieres a que estaba muerto, ¿verdad?

Vanesa explicó, con paciencia, que era posible dar de alta líneas online con fotos de DNI y algún *selfie* medio trucado.

—Pero eso no es lo mejor —añadió, misteriosa.

—¿Qué más? —preguntó Perico.

—He solicitado que me acepte y me agregue el titular de la cuenta de KT relacionada con el número de teléfono de prepago.

—Ya estamos —protestó Brais, que se dirigió al subinspector Vélez a continuación—. ¿Eso es lo que me dijiste de algo en chino que nos tenía que explicar Vanesa?

—Exacto —respondió Perico—. A ver, Vane, explícanos eso de la app rusa como si fuéramos tontos.

La agente Vanesa Remigio apretó los labios, como si no quisiese que se le escapara lo que estaba pensando en esos precisos instantes. Tras un par de segundos, se decidió a hablar y explicó, con profusión de detalles y tecnicismos, en qué consistía esa aplicación y los métodos y medios informáticos de los que se había valido para llegar a la conclusión que finalmente expuso al inspector jefe y al subinspector.

—¡Cojones! —exclamó Perico—. Así que eres una *hacker*.

Vanesa puso cara de no entender del todo.

—A ver si me entero —bufó Brais, ya desesperado—. Si entras en esa aplicación podrás… —dejó la respuesta en el aire con intención; la realidad era que no tenía ni puñetera idea de cómo continuar y albergaba la esperanza de que Vanesa siguiera con una nueva explicación.

Ella continuó: gracias a ingeniería social y métodos inductivos —o algo parecido, según quiso escuchar Brais— había detectado que el número de prepago había aparecido o estaba vinculado a esa cuenta de mensajería rusa. Y que casi estaba dentro a falta de aceptación por parte del titular de la cuenta.

—Detrás de esa cuenta estará Fernando, supongo —Brais la miró—. Pide una orden, porfa, Vanesa.

—Legalmente no se puede. Por cuestiones de política exterior internacional que no vienen al caso, no se otorgan permisos ni autorizaciones para examinar cuentas de dicha aplicación. Pero… tengo mis propios métodos —dijo Vanesa mostrando casi toda su dentadura al cien por cien.

—Eso no valdrá ante un juez —señaló Perico.

—Lo sé —intervino Brais—. Pero a nosotros sí nos vale. Que siga. Ya después veremos cómo encajamos las cosas. Pero lo primordial es llegar hasta el culpable, quien coño sea.

Vanesa sonrió con picardía.

—En cualquier caso, Vanesa —continuó el inspector jefe—, pide una orden para ver las llamadas del número de prepago a nombre del muerto.

—No. No es conveniente aún.

—¿Cómo? —preguntó indignado Brais—. ¿Te niegas?

La agente en prácticas Vanesa Remigio ni se inmutó ante el ataque frontal que empezaba a proponer Brais por su negativa. Simplemente aportó argumentos con la naturalidad que otorga el conocimiento.

—Prefiero esperar un poco más. Si saco más números de teléfono de la aplicación rusa, y preveo que puede ser así según lo que he escuchado al respecto de sus conversaciones —dijo mirando a Brais y Perico—, podremos pedir todas las órdenes en una sola. Así, con un poco de literatura en cuanto al hallazgo de dichos números de teléfono, el juez no sospechará que vienen de KT y podremos obtener toda la información necesaria.

—¡Joder, Vanesa! —Brais estaba entre cabreado y admirado—. Eres una cabrona lista.

Perico aplaudió en silencio.

En ese momento irrumpió el cabo Garrido, agitando un papel como si fuera un boleto de lotería premiado.

—¡Aquí está la triangulación del móvil de Gonzalo! —dijo el cabo ondeando unos cuantos folios.

Brais miró el reloj.

—¡Tarde! Son las 8 y cuarto. Tengo que irme. Ya me contáis —dijo Brais, que le arrebató los documentos y se los guardó tras hacer varios dobleces—. Garrido, saca otra copia para Perico.

—¿Vas al hospital, no? Dale recuerdos a Toño.

—No —respondió enseguida Brais, aunque rápidamente matizó—. A ver a mi padre voy después. Ahora he quedado con un viejo amigo.

—¿Tan poco te interesa lo de la ubicación del móvil de Gonzalo que te vas de copas o qué? —preguntó Perico, que de pronto se había encendido —. Porque manda huevos que nos movilices un sábado y tú te escaquees, por muy inspector jefe que seas.

—Yo no he dicho que me vaya de copas. joder —se defendió con cierta vehemencia para equilibrar el enfado de Perico—. Además, apuesto lo que sea a que el informe dirá que ese móvil estaba en Madrid. O eso, o que estaba apagado. Fijo. Lo importante es que tenemos la firma de Gonzalo recogiendo el paquete de las zapatillas exclusivas. Eso lo coloca aquí. En principio —puntualizó.

—¿En principio? —insistió Perico.

—En pruebas siempre hay vuelta de hoja —remató Brais, saliendo del pasillo como si el humo de un cigarro invisible lo guiara y él fuera un dibujo animado, muy negro eso sí, levitando tras él—. Anda, iros a descansar lo que queda de fin de semana. Salvo fuerza mayor, nos vemos el lunes; y, si tengo suerte ahora, espero que tengamos novedades entonces.

Brais se fue y dejó a Perico y a Garrido pensando si se quitaba del medio como un escaqueado de manual o iba a un mago para que le sacara de la chistera un conejo. Y era más bien lo segundo.

Capítulo 32 - De ninjas, gatos negros y sospechas

Un buen policía debe ser sigiloso; ha de sofocar sus pisadas para no alertar las defensas del delincuente. Un buen policía debe anticiparse; tiene que ser un magnífico jugador de ajedrez, capaz de calcular los movimientos del rival para emboscarlo con éxito. Un buen policía debe esconder sus pensamientos y sus planes; si sabe ocultar detrás de su rostro y de su lenguaje corporal sus verdaderas intenciones, podrá adentrarse en la mente criminal.

Brais era un buen poli. De los mejores —salvo cuando perdía el control y se enfadaba, lo cual sucedía a menudo—. En su interior, albergaba todas esas cualidades y capacidades, y sabía usarlas como un as llegado el momento. Como cuando, cual ninja, se disponía a cruzar discretamente el pasillo de la clínica de San Rafael con la misma mala cara con la que solía entrar en la comisaría, para que nadie le hablase, después de una noche en vela.

En la mano derecha cargaba una enorme bolsa de deportes, de esas que uno se lleva al gimnasio con la intención de sudar pecados con forma de chocolatinas, cervezas de más y hamburguesas grasientas. El suelo con forma de tablero guiaba su camino de silencio y, como si una fijación enfermiza se hubiese apoderado de él, solo pisaba los recuadros negros. Y era complicado, ya que acarreaba la bolsa como si dentro llevase algo mucho más valioso que un par de zapatillas sudadas. Por eso, cuando se cruzó con un celador, frenó en seco, sacó su teléfono y tras dedicarle una sonrisa mecánica al sanitario, comenzó a toquetearlo como si buscase en su interior la respuesta al misterio de la existencia. Puro disimulo.

Tras dejar atrás al celador y después de cruzarse con un par de enfermeras que terminaban turno y a las que dedicó una sonrisa beatifica, empujó la puerta de la habitación con el hombro. Entró como si le persiguiese el diablo y cerró de nuevo con un portazo. Dentro, Toño estaba medio recostado en el sillón, con las gafas en la punta de la nariz y el Heraldo de Gades abierto por la página de política local.

—¡Carallo, neno! —protestó tras un respingo—. ¿Quieres que me pasen de la planta de digestivo a la de cardiología! ¡Un poco más y se me sale el corazón por la boca!

Brais dejó la bolsa en el suelo con suavidad. Se pasó una mano por la barba de tres días y se encogió de hombros.

—Lo siento, papá —dijo con la culpabilidad rezumando por los ojos.

—Nada, nada. Tampoco es para tanto. Oye, por cierto, ¿qué has estado haciendo desde ayer? Solo por saber, eh. Que yo estoy perfectamente aquí.

—Ayer por la tarde quedé con Lolo Cabeza.

Toño, que seguía con el periódico en su regazo, levantó la vista de las páginas de papel amarillento como si hubiese escuchado el nombre de un difunto.

—¿El mismo Lolo Cabeza que yo conozco? ¿El calígrafo?

—Ese mismo. —Brais sonrió con ironía—. No abundan los peritos calígrafos por aquí.

—Carallo… —Toño negó con la cabeza—. Ese tío podía haber falsificado hasta las bulas papales. Qué bien se le daba. A ver… ¿Y qué pintas tú con él? —preguntó mirando sobre la montura de sus gafas victorianas.

—Trabajo. —respondió sin dar más detalles.

Toño lo observó con la misma suspicacia con la que miraba a los testigos en los interrogatorios cuando aún llevaba galones de comisario provincial.

—Vale, aceptamos pulpo como animal de compañía. ¿Y el resto del tiempo, hasta ahora? Son las cinco, Brais.

Hubo una pausa que se hizo demasiado larga. Brais se rascó la nuca, carraspeó y contestó sin mirar directamente a su padre:

—A ratos dándole vueltas a los dos asesinatos… y a ratos relajándome un poco.

—¿Relajándote? —Toño arqueó las cejas, malicioso—. ¿Mujeres, tal vez? O hombres, que sepas que a mí me da igual lo que hagas —continuó con una sonrisa de oreja a oreja.

El silencio de su hijo fue más elocuente que cualquier respuesta. Brais se limitó a hacer como que inspeccionaba la persiana mal ajustada de la ventana. Toño resopló, decidió no seguir por ahí y cerró el periódico.

—Lo que deberías haber hecho es descansar. Yo estoy mejor. Ya me levanto y camino un poco. Y además, Zuleidy llega a las diez de la noche. Tengo entretenimiento de sobra con mis lecturas y con las sopas de letras.

—¿Te han dicho algo de la resonancia? —cambió de tema Brais.

—Nada. Silencio administrativo. Ya sabes cómo va esto.

En ese instante, la bolsa de deportes soltó un ruido agudo. Toño abrió mucho los ojos.

—¿Qué carallo ha sido eso? Venía de ahí, de la bolsa. ¿Qué llevas ahí, insensato?

—Na-nada. —El tartamudeo lo delató.

Otro sonido igual de agudo encaminó las sospechas del excomisario. Era obvio que se trataba de un maullido, el cual se volvió de pronto insistente y llenó la habitación. Toño se incorporó como si acabara de descubrir un tesoro.

—¡No me jodas! ¡Es Calígula! ¡Hola, pequeño! —dijo con el tono más meloso posible.

Brais, resignado, abrió la cremallera de la bolsa y sacó un transportín con rejilla. Dentro, Calígula, su gato negro y malencarado, lo miraba con ojos amarillos de indignación.

Toño rompió a llorar de emoción, abrazando el transportín con un cuidado reverencial.

—Meu gatiño… —susurró—. Pensé que no lo volvería a ver.

Brais notó cómo una lágrima traicionera le resbalaba por la mejilla. Intentó disimularla tosiendo, pero Toño lo pilló.

—Estás tolo. —De pronto, cambió el gesto y lo reprendió—. ¡Pero cómo se te ocurre traer al gato aquí!

—Pe-pero… Creí que-que-que te alegrarías y…

—¡Claro que sí! ¡Pero se te puede caer el pelo si lo ven! —interrumpió Toño, aunque en seguida bajó la voz y añadió—. Gracias, neno. De corazón. Atranca la puerta con algo, anda.

Brais obedeció. Cogió en peso el sillón metálico y lo colocó de tal manera que fuera difícil abrir. Mientras, el gato ronroneaba como si estuviera en su propia cama.

—En breve me darán el alta —continuó Toño mientras acariciaba al gato negro—. Así que no te preocupes.

—Si no me preocupo, papá.

—Hablaba con Calígula.

—Jo-joder —protestó Brais; Toño, entretanto, se acaramelaba aún más con el felino—. ¿Y de lo que te quitaron, han dicho algo?

—Tampoco. Aquí la información se da con cuentagotas. Pero bueno, cuéntame tú. ¿Cómo va el caso?

Brais se acomodó en la silla, cruzó los brazos y empezó a desgranar, con la cadencia de quien recita un rosario de desgracias, lo que tenía hasta el momento.

—El primer muerto, el sargento, estuvo dentro del coche blanco. El Peugeot del ingeniero ese que el CNI vigila por espionaje. El tipo insiste en que le cogieron el coche, y parece verdad. Coartada completa y fiable y ningún motivo contra el sargento.

—Entonces, el que llevaba ese coche es el asesino.

—Todo apunta a que sí. Pero no hemos encontrado huellas en la zona del piloto. Limpio como una patena.

—Demasiado limpio —caviló Toño.

—Y ahora hemos mandado detener a Gonzalo, el hermano de Fernando Revilla, en Madrid. Te pongo en antecedentes, por si no te acuerdas. Fernando es quien le hacía la vida imposible al muerto, todo ello según lo que nos contó otro militar que conocía al sargento y que trabaja también en el Tercio de Armada, Francisco Cornejo.

—Ese Fernando es el que se fue a Londres con la novia mientras lo del atropello, ¿cierto?

—Buena memoria. Pues sí, ese mismo —confirmó Brais—. Cuando le dijimos que su coche estaba en la zona del crimen, se salió por la tangente diciendo que quizá su hermano lo había cogido; que tiene llaves de su casa y que sabía que ellos se iban de viaje. Inmediatamente rectificó, claro. Para no enmarronar a su hermano. Luego cambió de explicación y soltó que ya antes alguien había entrado en su coche para tenderle una trampa. Y que es probable que ahora haya pasado lo mismo. Lo justifica todo por envidia.

—¿Y por qué le tiene envidia la gente, según él?

—Porque está fuerte, porque le va bien y porque tiene una novia de escaparate.

—Un parvo —dictaminó Toño, usando su gallego más sonoro.

—Sí, un gilipollas. Pero un gilipollas con coartada perfecta y que, a falta de confirmación, trafica con drogas. Esto, lo de que que traficaba, nos lo dijo, aunque sin pruebas concluyentes, el militar que te nombré antes, Francisco Cornejo. El mismo que nos ha admitido, por otra parte, que quiso tenderle una trampa metiéndole una papelina en su coche. Total, un lío.

Toño meditó un instante. Se apretó los labios, cerró los ojos, los abrió y habló.

—Entonces —dijo tras unos segundos—, a ver si me aclaro. ¿Tú piensas que Fernando pudo encargarle al hermano hacerlo?

—Es una posibilidad. Gonzalo lo ha negado. Y lo raro es que su móvil estuvo apagado desde el jueves hasta el lunes por la noche. Cuando lo encendió, marcaba Madrid.

—Eso canta por soleares.

—Sí, además hay un detalle bastante elocuente: el viernes recepcionó unas zapatillas de colección en casa de Fernando que había pedido este. Tenemos cierta constancia.

—¿Cierta? —Toño lo miró con suspicacia, pero continuó hablando—. ¿Pero, y si fue Cornejo? Has dicho que ya le tendió una trampa del mismo estilo, aunque sin muerte de por medio, claro.

—No es él —aseveró Brais—. Tiene coartada en las dos muertes y, además, le puse una pequeña trampa sobre la marca del coche de Fernando y me corrigió sin dudar. Si fuera culpable, no habría caído. Se habría callado sin duda.

—Vale, lo descartamos entonces.

Brais suspiró.

—La clave está en Arturo. Quien tenga relación con él. Eso cerraría el círculo, porque las dos muertes están relacionadas.

—¡Carallo con los círculos! Siempre con frases hechas.

El inspector tartamudeó, consciente de la pulla.

—Bu-bueno, el caso es que las pruebas dicen lo contrario de lo que me dice la intuición. Pero veo claro que al menos uno de los dos hermanos tiene que ver con todo esto.

—Hazle caso a tu intuición, neno. Pero acompáñala de pruebas.

—Estoy en ello. A lo mejor tengo un as en la manga. Y un plan B.

—Así me gusta.

Brais se inclinó hacia adelante.

—Además, esta mañana he llamado a Fernando. Le dije, y es verdad, que necesitábamos ver su coche. Pero la realidad —prosiguió con una sonrisilla malévola— es que quería ponerlo nervioso diciéndole que habían detenido a su hermano.

—¿Y?

—Me dijo que ya lo sabía, que Gonzalo lo había llamado desde Madrid antes de pasar a disposición judicial. Y que él está convencido de que no pudo ser.

—¿Lo notaste nervioso entonces?

—Por primera vez, sí. Me juró que su hermano es un blando incapaz de matar a nadie.

—Pues sigue por ahí. Aprieta.

—Eso haré. Y aunque son idénticos de cara, de carácter no se parecen en nada.

Toño iba a decir algo, pero dejó sin efecto las palabras que iba a pronunciar a la par que abría tanto los ojos que parecía que se iban a salir de las cuencas.

—Tssss. Espera, espera. Quieto ahí. ¿Qué has dicho, Brais?

—¿De qué? —preguntó con una risita en que recorría su rostro.

—Lo de que son idénticos de cara.

—¿No te lo había dicho? —dijo con un mohín pícaro—. Son gemelos. Fernando y Gonzalo.

—¡*Cago no teu pai*! —maldijo en su lengua materna— ¡Qué cabronazo eres!

Brais parpadeó, sorprendido.

—¿Qué pasa?

—Que lo sabes. O, mejor dicho, lo intuyes. Y me apuesto lo que sea a que también sospechas cómo lo hizo y cómo lo encubrió. Estás nervioso, con ese nervio del que está a punto de cazar al lobo pero teme que se le escape.

—Vete a la mierda, papá. —Se levantó bruscamente, dando por zanjada la conversación.

—¡*Ao carallo, neno*! —gruñó Toño, pero de inmediato suavizó el tono —. Cuando lo pilles, cuéntamelo con pelos y señales.

Brais se detuvo en la puerta. Volvió sobre sus pasos, le plantó un beso rápido en la frente y replicó con una media sonrisa:

—Mucho dices que odias las frases hechas, pero bien que las usas. “Pelos y señales”… qué asco, papá.

Toño se echó a reír.

—Anda, ve ahí fuera y vence al mal y al capital. Que yo estaré vivito y coleando para escucharlo.

El inspector jefe recogió la bolsa, escuchó un último ronroneo cómplice de Calígula y salió al pasillo. La tarde en Cádiz seguía oliendo a mar y a algas, pero ahora también a un final inminente. Si todo salía bien, claro…

Capítulo 33 - Dos *heavys*, una *hacker* y el bueno de Perico

La comisaría de distrito estaba *on fire*. Bullía como casi todos los lunes a primera hora de la mañana: teclados aporreados, la máquina de café sudando y tosiendo para dar abasto a las necesidades de estimulante natural —o, más bien, sucedáneo—, agentes andando de un lado para otro en una aparente coreografía. Pero lo que más hacía hervir la sangre a Brais era ese olor que traían algunos policías que volvían al redil de la comisaría tras echarse al pecho el primer cigarro del día. ¡Qué bien sabía! —pensaba con un arrobamiento parecido al de Santa Teresa de Jesús.

Después de obligarse a no pensar más en el maldito tabaco, puso rumbo a su enjuto despacho de inspector jefe. Vestía una sonrisa torcida, aparte de su sempiterna chupa negra con motivos "heavys" y de sus habituales pantalones de pitillo a juego. Pero no era el único.

Venía acompañado de un tipo de su misma quinta, con una exuberante melena canosa recogida en cola. Al hombro llevaba otra chaqueta de cuero llena de parches rockeros. Cualquiera que los viera juntos pensaría que eran hermanos. O compinches de borracheras. Y no andarían desencaminados.

—Te debo una, Lolo —dijo Brais, guardando cuidadosamente unos documentos en la carpeta azul que llevaba bajo el brazo—. Y te debo otra por el sábado, que al final te dejé tirado.

—Pedazo de cabrón. —Lolo Cabeza se echó a reír, una carcajada profunda—. Encima que me dejaste pagando, te largaste con la morena. Y yo ahí, como cuando éramos pibes, buscando monedas en los bolsillos para pagar; y los camareros mirándome como si fuera un moroso.

Brais, que siempre tenía el resorte de la risa abierto con su colega Lolo Cabeza, soltó una risotada seca que resonó en el pasillo.

—Coño, tío, ya te invitaré la próxima. Los "Maiden" hacen gira el año que viene.

—¿Me vas a regalar una entrada? Porque si es eso —contestó el calígrafo, dándole una palmada en el hombro mientras se alejaba—, no tardes, que a este paso los únicos conciertos que vamos a ver van a ser de tributos.

—No te confundas. Te invito a una birra en el concierto, que últimamente cuestan casi lo que vale una entrada.

Ambos rieron durante toda la despedida. Un par de funcionarios, que salían con las manos llenas de carpetas, giraron la cabeza para ver qué coño se traían entre manos los dos rockeros trasnochados de la comisaría.

Perico apareció de la nada justo entonces, con una ristra de papeles en la mano y cara de querer enterarse de todo.

—¿Qué hacías con ese? —preguntó señalando a Lolo con un gesto de barbilla—. Me suena la cara, pero no lo ubico.

—Es Lolo, un colega —respondió Brais sin darle demasiada importancia.

—Ya me imaginaba, por las pintas. Pero qué hace aquí, en la comisaría.

—Es perito calígrafo.

Perico arqueó las cejas, como si le estuvieran tomando el pelo.

—¿Con esas pintas?

—Sí, coño. No todos llevan camisa de Pierre Cardin y chaqueta de Eutimio.

—Vale, vale. Supongo que es por lo de Gonzalo, ¿no? Quieres asegurarte de que no se te escapa cuando el abogado ponga en duda que es su letra la del albarán de entrega de las zapatillas.

—Claro —asintió Brais sin demasiado énfasis—. Más ahora que el repartidor que trajo el susodicho albarán no ha podido identificar a Gonzalo ni a nadie.

—Vaya… ¿Y ahora qué? —preguntó Perico, siguiéndole el paso por el pasillo—. ¿Dónde vas?

—Voy a hablar con Agustín para ponerlo al día de todo, que si no después me riñe porque los de arriba lo acribillan y no sabe por dónde le vienen los tiros.

—Ah, por cierto… —añadió Perico—. Tu colega ese, el coletas, había estado un buen rato esperándote antes de que llegaras. Todo bien con tu padre, ¿no?

Brais frenó un instante, con gesto serio. Miró alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie escuchaba. Perico, en atención al secretismo, adoptó el semblante del que espera una noticia delicada.

—Sí, sí —respondió y, automáticamente, bajó al máximo el volumen—. Esta mañana estuve en el Tercio de Armada, en San Fernando.

Perico abrió los ojos como platos.

—Ah, coño. ¿Otra vez con Francisco Cornejo? Ya teníamos claro que no tenía nada que ver con las muertes. Y, además, son los de estupefacientes

los que le tienen puesto el ojo.

—No, no. No iba por él —continuó a media voz—. Esta vez, como quien no quiere la cosa, intenté encontrar a alguien con la lengua suelta. A ver si me confirmaban lo del negocio floreciente de Fernando. Ya sabes, trapicheos de drogas y esas mierdas. Que me resulta muy raro que no lo hayan pillado nunca en un renuncio.

—¿Y? —preguntó Perico, muy interesado en el tema.

—Y nada —zanjó Brais—. No vi el momento ni se presentó la oportunidad. Con lo de las armas están con las alertas a tope por allí, así que mejor dejarlo como está. Y, bueno —continuó a la remanguillé—, de alguna manera ya tenemos medio encarrilada la investigación a falta de pruebas contundentes.

—Yo cada vez lo veo más claro. Fernando le pide al hermano que haga el trabajo sucio para que no puedan relacionarlo con el sargento Elestondo, ya que no lo conoce ni tienen relación. Así, si no hay móvil ni motivo y no se acredita que lo planearon así, y con un buen bufete de abogados detrás, será complicado que lo condenen. Y después, si tampoco se puede probar que han estado por Cádiz cuando murió, porque uno estaba en Londres y el otro en Madrid, menos aún. Lo que pasa es que la ha cagado el Gonzalito con lo de recoger las zapatillas deportivas del hermano. Si no, hubieran triunfado.

Brais negó con la cabeza.

—No lo veo claro.

—¿El qué no ves claro? —preguntó Pedro apretando el ceño, confundido.

—Y tampoco hemos triunfado nosotros —continuó Brais obviando la pregunta de Perico—. Falta unirlo todo con la muerte de Arturo. Y para eso necesitamos los números de teléfono alternativos de Fernando. Sin eso, estamos cojos.

—Ya… —Perico suspiró—. A ver si Vanesa saca algún as de la manga. Por cierto, ¿sabes algo de la investigación del robo de armas?

—Lo que sale en las noticias. Secretismo total. A saber.

—Pues no has visto lo de ayer.

—¿El qué?

—Que vuelven a asegurar que el arma que se encontró en Cádiz, en manos de un muerto, es decir, Arturo, podría ser de las robadas.

Brais se paró en seco.

—Ah, ya. ¡Manda carallo! Otra vez quieren cargarle el muerto a un muerto, igual que en el caso de la nave industrial abandonada. ¡Me cago en su puta cama! —resopló, apretando la mandíbula—. Voy a preguntarle al trepa de Agustín.

Como invocado por sus palabras, Agustín apareció en el pasillo, con gesto altivo.

—¡A mi despacho, inspector jefe López! —ordenó con voz seca.

—Te-tengo que-que… —empezó Brais.

—Ahora —cortó el comisario.

Antes de que ambos se dirigieran al despacho del comisario de distrito, Perico se inclinó hacia el oído de Brais, que esperaba un consejo de buen amigo:

—Escucha, cara trucha, no te creas que no me he enterado…

—¿Que-qué? —Brais se quedó blanco.

—Lo de la morena del sábado. Se lo he escuchado a tu colega, el Lolo.

—Ca-cabrón —masculló Brais entre dientes, mientras cruzaba la puerta.

— o —

El mismísimo comisario del distrito de Nueva Gades, Agustín Santonja, lo esperaba de pie en su despacho, con las manos apoyadas sobre la mesa y con cara de estar aguantando para iniciar una bronca incendiaria.

—¡Que sea la última vez que hablas de mí así, inspector jefe! —gritó. Después, de inmediato, bajó el tono—. Joder, Brais. Me estás poniendo en una situación imposible. Si vuelves a hacerlo, por muy colegas que seamos, te meto un expediente que te va a doler más que una almorrana del tamaño de una bola de billar.

Brais alzó una ceja.

—Sí, lo que quieras. Pero a lo mejor tengo motivos, Agustín.

—¿Qué coño quieres más? Además, os di la información del coche en el que iba el sargento antes de que muriera. ¡Me cago en todo, Brais! ¿Te crees que mi puesto es fácil?

—Es lo que te gusta, Agus. Sarna con gusto no pica.

—¡Vete a la mierda! Me están dando palos desde todos los frentes y estoy aguantando como puedo con tal de ser lo más honrado posible. Y tú y los tuyos, que deberíais ser también los míos, dándome leña.

—Uno de esos frentes será lo del robo de armas, ¿no?

Agustín dudó, se mordió la lengua, pero finalmente escupió.

—Estoy hasta los huevos de Gerardo.

—Te lo dije: es un hijo de puta muy peligroso. Es por lo del arma de Arturo, ¿no? Que ya no está entre las pruebas.

—La versión oficial es que se la llevaron a balística para confirmar su procedencia. Eso me dijo Gerardo.

—Eso es falso. Primero, la quitaron del medio con alevosía. Y segundo, se comprobó que esa pistola era del sargento Elestondo. Por el número de serie. Lo sabíamos desde el principio sin que balística tuviera que comprobar nada. De hecho, dudo mucho que en balística hayan hecho alguna prueba al arma. Arturo la cogió, sí, pero no está implicado en el robo. Es la típica cortina de humo para tapar vete tú a saber qué. Y tú —le señaló con el dedo— deberías hacer algo, joder. Somos la policía.

—Pues vamos a quedarnos quietos —soltó Agustín, tenso.

—¿Qué? ¡Vete al carajo!

—¡Brais! Te he avisado.

—¿No te das cuenta de lo que está pasando?

—Todo se va a arreglar solo —dijo Agustín poniéndole la mano sobre el hombro a Brais. Este enfocó dicha mano y enseguida desapareció—. Ya os pasé lo del coche blanco. Y cualquier cosa que salga, también la pasaré. Pero no me la juegues más. Esta vez no van a colgarle el muerto a un muerto, valga la redundancia. Confía en mí.

—¿Qué sabes?

—Tengo contactos. "To se va a arreglar", es lo único que puedo decir. Dedícate a tus muertes y ponme al día.

Brais bufó, pero acabó contándole, con desgana, lo último que sabían.

— o —

Al salir, se topó con Perico. Brais lo miró con la sospecha de que había estado espiando tras la puerta, cual vieja del visillo. Pero no tuvo tiempo de decir nada porque vio pasar a Vanesa. Dejó a su compañero con la palabra en la boca y se fue hacia ella.

—¿Qué tienes para mí, agente Remigio? —preguntó en voz baja.

Vanesa miró alrededor antes de hablar.

—Confirmado con Madrid: el abogado que está defendiendo a Gonzalo Revilla allí no es el mismo que consiguió poner en libertad a Arturo Marconi mediante el correspondiente *habeas corpus*.

—Joder. Eso… eso no me lo esperaba. Yo suponía que… —iba a decir cuando Vanesa lo interrumpió.

—Fue otro de su mismo bufete. Es decir, del mismo despacho de abogados que el letrado que liberó a Arturo y que ahora, según me informó el subinspector Vélez, representa a Fernando Revilla y a su pareja.

—¡Ah, valeee! —exclamó Brais aliviado—. Eso me gusta más. Eso encaja.

Perico, que se había acercado, los miraba con suspicacia.

—¿Quién me ha nombrado y con qué encaja?

Brais lo miró de reojo.

—Lo que yo pensaba: la vieja del visillo —le soltó el tirito para volver a la agente Vanesa Remigio—. ¿Y la cuenta rusa? Corrígeme si me equivoco, porque si me sacas de *Windows* y del *Word*, me pierdo, pero me dijiste que estabas a punto de entrar dentro de la cuenta de usuario de quién está tras lo de la app rusa. ¿Puede ser?

—Más o menos. Puede ser —respondió Vanesa, encantada de haberse conocido y adoptando una expresión de satisfacción y de misterio.

Sin embargo, la agente Remigio no continuó hablando. Simplemente se quedó así, de pie y callada, con los brazos en jarra y sonrisa ufana, disfrutando de un merecido momento de gloria.

—¡Coño, Vanesa! ¡Abre la boca, joder, que me desesperas! —explotó Brais.

—Picha, tranquilo, que eres muy capullo —le afeó Perico al inspector jefe—. Encima que nos saca las castañas del fuego la muchacha.

—¡Y ahora el otro con las frasecitas hechas! ¡Me cago en mi cama!

—No ocurre nada —dijo Vanesa, que no se había inmutado—. Ya estoy acostumbrada al pésimo carácter y a las groserías del inspector jefe López. —Brais se quedó estupefacto y ojiplático—. De hecho, estoy empezando a entender que se trata de un trauma sin resolver, probablemente de la infancia que…

—No-no sa-sabía que-que ahora te-tenías el título de psicóloga —tartamudeó Brais tratando de contenerse—. ¿Me-me vas a co-contar algo ma-más de la app rusa?

—Por supuesto. La cuenta en cuestión está vinculada a una dirección de correo electrónico que pertenece a la novia de Fernando —respondió ella sin más, consciente del efecto de su información.

—¡Joder! —dijeron a coro Brais y Perico.

—La usa cada dos meses y lo que publica son frases de autoayuda copiadas de internet. El último mensaje fue el sábado de la semana pasada, solo trece días después del anterior, lo que rompe la serie matemática. Y en cada mensaje…

—Espera, espera —dijo Brais con la mano en el mentón—. El sábado. Justo el día que murió el sargento Jorge Elestondo.

—Esto va cogiendo color —añadió Perico—. Pero aún así, falta los números de teléfono.

—Si me dejaran terminar… —se quejó Vanesa.

—Perdona, Vane —se disculpó Perico—. Continúa, por favor.

—Gracias, subinspector. Lo que quería decir es que en cada mensaje… —dijo aplicando un silencio al que solo le faltaba un redoble de tambor para darle más emoción. Carraspeó y se aclaró la voz antes de proseguir —... En cada mensaje, si uno presta atención, puede descubrir que, entre las palabras, hay dígitos mezclados en el texto. En concreto, nueve dígitos cada vez. Es decir, números de nueve cifras.

—O sea —completó Perico—, números de teléfono.

—Exacto —aseveró la agente—. Números de móvil concretamente, porque todos empiezan por seis. Y, por cierto, todos los que he podido comprobar son de prepago.

—¿Sabemos a quién pertenecen? —preguntó Brais con la ansiedad de un yonqui del barrio de los mártires esperando su ración de metadona.

—Me faltan varios, pero los que he podido examinar, pertenecen a difuntos.

—Vanesa, te besaría ahora mismo —gritó feliz el inspector jefe con los ojos haciendo chiribitas, lo cual resaltaba en la negrura de su atuendo. La agente Remigio puso cara de asco—. Pero no lo voy a hacer, porque quiero que pidas una orden al juez con las llamadas y mensajes, y con la ubicación si puede ser, de los dos últimos números de prepago, incluido el que ya teníamos y que nos pasó Francisco Cornejo. Ahí tiene que estar la clave. Con suerte, y si no me equivoco, ahí debe estar la relación entre el asesino, el sargento y Arturo.

—Me encargo de pedirlo, inspector jefe López.

—Hazlo ya, por favor, si eres tan amable —dijo sin asomo de broma esta vez.

Vanesa asintió como lo hacía casi todo, con eficiencia, y puso rumbo hacia su mesa.

Perico y Brais entraron inmediatamente en modo combate. Se empezaron a mover y a hacer las cosas a más velocidad, como cuando se aceleran los audios de *Whatsapp* a doble velocidad para terminar antes. El inspector jefe, sin parar quieto, mantuvo a toda prisa una conversación con el subinspector. Lo hicieron en voz baja, aunque con la rapidez con la que hablaban, nadie les habría entendido igualmente.

Al poco, cual autómatas, salieron del despacho, con la adrenalina empujándoles… O tirando de ellos. Mientras bajaban las escaleras, Perico no pudo aguantar. Paró, agarró a Brais para que también frenara, y lo miró a los ojos:

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Qué de qué? —respondió Brais.

—¿Entretanto qué hacemos? ¿Ya lo tenemos?

—No. Estamos cerca, pero falta. En realidad, todavía no tenemos nada absolutamente consistente. Pero este es el camino, que diría un *mandaloriano*.

—Joder con el frikazo —se metió con él—. Pero no estoy de acuerdo contigo. Tenemos mucho: teléfonos, las inyecciones de aire, el coche negro, la rivalidad, el coche blanco, Gonzalo con las zapatillas…

—Todo más o menos circunstancial. Si tuviéramos las jeringas…

—No creo que las encontremos. Aunque ni con eso estaríamos seguros de una condena en un tribunal.

—Por eso vamos a por el eslabón más débil —dijo Brais crípticamente con una sonrisa taimada.

—Ok. Lo que hablamos antes. ¿Me encargo yo, no?

—Sí, y mientras yo pongo en marcha todo lo demás. Por cierto, tienes treinta minutos para salir —señaló Brais tras consultar su móvil—. No podemos esperar más.

—¿Treinta? ¿Y qué tengo que hacer exactamente?

—Te cuento por el camino. Te llevo en mi coche con el pirulo puesto.

—¡Coño! ¡Joder! ¡Qué estrés!

—Venga, vamos, Perico, que no llegamos.

—Vale, vale. Pero con una condición.

—Escupe.

—Me tienes que contar lo de la morena.

—¡Vete al carajo! —le espetó a la remanguillé.

Ambos cruzaron el patio a toda prisa. El Dacia de Brais seguía donde lo había aparcado, pero finalmente optaron por un coche patrulla de incógnito. Sirenas listas para conectar si hacía falta, motor encendido, y la sensación de que la liebre estaba a punto de saltar.

Capítulo 34 - Un ratito a pie y otro conduciendo

El Dacia Logan enfiló el desvío hacia Bahía Sur después de abandonar la autovía entre Cádiz y San Fernando. Con un traqueteo y una vibración preocupantes, el coche aparentaba estar tan nervioso como Brais, que había pasado todo el rato, desde que se despidió de Perico a las doce del mediodía, valorando alternativas, escudriñando posibilidades y preparándolo todo para la traca final. Aunque no las tenía, para variar, todas consigo.

Las circunstancias lo habían acelerado todo y ahora, a las ocho de la noche, mientras conducía por la zona de Fadricas. custodiado por un coche patrulla que lo seguía, y con las luces de la ciudad ya encendidas, se sentía como un funambulista al que cualquier pequeña racha de viento es capaz de hacerlo caer al vacío de dos casos de asesinato sin culpable.

A pesar de tener demasiadas cuestiones agolpadas en su cabeza, tuvo tiempo de dejar un mensaje de voz a Perico sin soltar el volante:

—Pe… Perico, co-cojones, ¿dónde estás? —su tartamudeo reapareció con la fuerza de la tensión acumulada—. Llevo to-toda la tarde llamándote. Voy de camino a hacer la detención. Si todo está en orden, claro, que no lo está aún. ¿Has confirmado mi teoría? Mira, como suponía por lo que vio el poeta, se van hoy mismo de viaje y, la verdad, no creo que sea turismo precisamente. Pero no puedo hacer un arresto sin tenerlo todo atado, que después me como un marrón por detención ilegal sin pruebas, con el comisario provincial de los cojones por medio. Y ya sabes cómo acaba eso: expediente que te crió. Por favor, cuéntame pronto. La cuenta atrás está en marcha…

Colgó con un bufido. En la última rotonda antes de enfilar el último tramo hacia su destino, un Mercedes Clase A que no estaba dispuesto a ceder el paso obligado le pitó, pero él respondió con otro bocinazo, más largo, más cabreado.

—¡Cabrón! ¡Pichacorta! ¡Que tener un cochazo no te da prioridad, co-cojones! —bramó con el aderezo de un dedo corazón en vertical dirigido al dueño del Mercedes.

Estaba de los nervios. Entre otras cuestiones aún por corroborar definitivamente, había apostado fuerte a un solo número: el número de

teléfono que enlazaría al asesino y su cómplice con los dos muertos. Pero le faltaban las confirmaciones finales, los clavos que cerrarían la caja, pero que no terminaban de encajar.

Al entrar en la calle estrecha que era su destino, lo esperaba el poeta. Federico García, agente novato, de pie en la acera, parecía sacado de un cuadro de costumbrismo mal pintado: rígido, con la chaqueta mal abrochada y un *walkie* colgando torpemente del cinturón.

—Gracias, poeta —gruñó Brais, bajando la ventanilla.

—De nada, señor inspector jefe.

—Vete al carajo, coño —protestó mientras salía de su Dacia—. Te he dicho cien mil veces que no me lla-llames así.

—No pueden ser tantas, señor inspector jefe —dijo con su pachorra habitual—. Nos conocemos desde hace poco y…

—¡Jo-joder! ¡Me cago en mi cama! A ver… ¿Cómo está la situación?

—Ahí tienen el coche —señaló hacia un vehículo negro y enorme, un Audi Q7 para más señas, aparcado en plena calle peatonal y con los intermitentes puestos—. Han metido varias maletas grandes y han subido de nuevo a la casa. Ya no caben más.

—O sea, que se van ya.

—Mi instinto me dice que sí, señor inspector jefe —aseveró.

Esta vez Brais no prestó atención al título con el que el poeta, tan respetuoso y formal, siempre le obsequiaba. Su cerebro estaba funcionando a pleno rendimiento. Casi se podían escuchar los resortes que unían sus neuronas al funcionar. Buscaba a contrarreloj una solución, una salida. Un remedio. La luz de una farola ciega se encendió de repente, como una metáfora de la idea que acababa de asomarse a la mirada de Brais.

—Poeta, ven —le espetó con brusquedad al agente Federico— ¿Llevas encima el *walkie*?

—Sí, aquí está —respondió temeroso. Casi se le cae del susto.

—Trae para acá.

Federico iba a obedecer sin rechistar, pero Brais se le adelantó y le arrebató el aparato como si fuese el típico niño abusón del cole. A continuación se giró y, tras apretar el correspondiente botón, contactó con la policía local. El coche efectivamente estaba mal aparcado y aquello era la excusa perfecta para ganar tiempo. Solo faltaba que los viajeros no aparecieran antes. Brais invocó a todos los dioses y semidioses de los que se acordó, tarareó un par de coplillas cañeras de Metallica para apaciguarse

e incluso rezó para que el objeto de su deseo apareciera por aquella calle peatonal a la mayor brevedad.

Media hora después, una grúa hacía acto de presencia. Brais, algo aliviado, atendió al funcionario municipal y lo guió hacia el Audi, que seguía con los intermitentes puestos. Justo mientras el hombre estaba enganchando el vehículo, hicieron acto de presencia las dos personas a las que esperaban.

Fernando y su novia. Salían sin hablar, serios y con la urgencia pintada en sus rostros. Llevaban una mochila cada uno de la que se empezaban a desembarazar como paso previo a introducirse en el coche. Pero los pilló el destino con los pantalones bajados. Metafóricamente, claro.

El portero del edificio, un hombre de unos sesenta años con gorra y gafas de culo de botella, observaba la escena desde dentro de su garita como si asistiera a una película mezcla entre Fast & Furious y Torrente.

Fernando se quedó de piedra al ver a Brais recostado en la puerta del adosado vecino. Chándal de marca, tenis exclusivos —no los mismos que llegaron antes de la muerte del sargento Elestondo, sino otros—, gafas de sol colgadas del cuello. La Yeni, con *leggins* brillantes y sudadera ajustada, lo escoltaba con cara de mala siesta.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué coño quiere? —masculló Fernando con la mandíbula apretada sin poder borrar la sorpresa y la tensión de su rostro ni de su voz.

—Preguntarle un par de cosas. ¿Podemos hablar en un lugar menos frecuentado? ¿En su casa, por ejemplo?

—Nos íbamos.

—¿De viaje? ¿Muy largo?

—No. Una semana —contestó con sequedad—. ¿Por? ¿Esto es un interrogatorio?

—Responder una pregunta con otra es de lerdos. ¿No se lo han dicho nunca?

—¿Y a usted?

—Otra vez… —Brais sonrió con malicia. A Fernando no le pasó desapercibido.

Yeni salió disparada al escuchar el ruido metálico de la grúa.

—¡Se están llevando el coche! ¡Eh, tú, cabrón!

—Me cago en su p… —Fernando se asomó y vio cómo su Audi Q7 empezaba a elevarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brais con fingida ingenuidad.

—¿Tienes tú que ver con esto? —Fernando lo señaló con rabia.

—De nuevo respondiendo con preguntas —chasqueó la lengua Brais—. Vas de mal en peor.

—Me voy a cagar en tu… —volvió a apretar la mandíbula—. ¡Suelta mi coche o…! —vociferó fuera de sí.

—¿O qué? —La pregunta sonó una invitación a un duelo, pero Brais rectificó pronto—. Cuidado, Fernando. Que te pierdes —le espetó en un tono más sosegado—. ¿Te pones así de violento con todo el que te provoca o te busca las cosquillas?

—Déjalo, Fer —intervino Yeni, tirando de su brazo.

—¿Podemos hablar o no? —insistió Brais—. ¿Sabe lo de su hermano?

Eso detuvo el tiempo. Fernando lo miró, los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? —preguntó apretando los ojos—. ¿Está bien?

—Espero que sí. Aunque comerse el marrón de su hermano es una putada, sobre todo cuando ese marrón incluye dos cadáveres.

—¿Qué insinúa? —Fernando dio un paso adelante, la testosterona latiéndole en las sienes.

—Fer, vámonos ya —suplicó Yeni—. Las maletas son lo de menos. Cogemos un taxi y ya.

—¿Tanta prisa tienen?

—Perdemos el vuelo —contestó la choni sin que Fernando dejara de mirar a Brais con rabia—. Tenemos billetes que hemos pagado. Esa es la prisa.

—Ah, claro. Qué tonto soy. Creía que estaban huyendo.

La ironía de Brais goteaba como ácido. Se estaba haciendo el valiente, pero sabía que el hombre que tenía delante era capaz con casi total seguridad dejarlo KO sin demasiados problemas. En esos instantes se lamentó de haberle dicho a los del coche patrulla que se fueran de allí.

—¿Por qué íbamos a huir? No hemos hecho nada —Yeni plantó cara, aunque el temblor en su voz la delataba.

Brais la ignoró. Se giró hacia Fernando.

—¿Sabe qué? Al principio pensé que Gonzalo podía estar detrás de todo, que tenía algo con el sargento. Era la única explicación. Pero viendo que no había relación con Arturo, cambié de teoría: quizá Gonzalo había matado a los dos por encargo suyo.

—¡Menuda gilipollez! —saltó Yeni—. ¿Y tú eres madero? Fer no tiene nada que ver. Y Gonzalo tampoco; con lo bueno que es. Anda, vete por ahí —dijo agarrando a Fernando del brazo. Este se soltó de malas formas sin dejar de mirar a Brais con ira.

—Ya lo sé —insistió Brais—. Gonzalo no encaja. Es demasiado dulce comparado con este australopiteco.

—¿Qué? —ella se revolvió—. ¿Qué te ha dicho? No entiendo.

Algo había ocurrido. Fernando, hasta ese momento al límite de su rabia, se había tranquilizado. Había pasado de cien a cero en menos que lo que tarda un Ferrari en hacer lo contrario. Simplemente se había quedado quieto, sin caer en la provocación que le ofrecía Brais, y relajado tras respirar hondo un par de veces. Tras eso, y mientras palpaba el bolsillo trasero de sus pantalones, el militar habló con calma:

—Voy a buscar la cartera, Yeni. Me he dado cuenta de que me la he dejado arriba con las prisas. Cuando baje, llamo a Borja para que se pase por la comisaría y aclaramos todo esto de una vez por todas. ¿Le parece, inspector? Porque entiendo que me va a detener o, al menos, quiere que vaya a declarar a comisaría para ver si me declaro culpable de algo que no he hecho.

—Pues casi que sí. Es lo que tiene ser un asesino. Además de traficante. —dijo Brais, que le buscaba las cosquillas al militar, aunque sin demasiado éxito a la vista de su respuesta.

Fernando no reaccionó apenas; quizás un leve movimiento de la boca y un mínimo tic en el ojo. Pero se mantuvo sosegado. Aún así contraatacó, mientras el portero, incrédulo, observaba la escena desde su garita.

—Yo estaba en Londres —declaró Fernando—. Tengo una coartada. ¿Cómo coño iba a ser yo?

—Es buena la coartada, sí. Tengo que admitirlo. Pero Sherlock Holmes siempre está ahí cuando se le necesita. Ya sabe: si no es imposible, quitamos lo que sí lo es y dejamos… O algo así —terminó diciendo Brais algo frustrado por su desmemoria.

—Perdone, señor inspector —dijo Fernando muy serio—, pero… ¿es usted carajote?

Brais se lo pensó. Por su mente pasó la posibilidad de responder con la misma moneda de insultos, pero la dejó pasar sin más. En cambio, sí que se tiró a la piscina sin saber si había suficiente agua.

—He hablado con un perito calígrafo. ¿Sabe lo que es?

—Claro que lo sé. No soy estúpido.

—Pues resulta que no fue su hermano quien firmó la entrega de las zapatillas exclusivas que llevaba puestas cuando pasó por la comisaría. Las mismas que calzaba un tipo grandote que siguió al sargento a Urgencias.

—¡Joder! ¡Que yo estaba en Londres con mi novia! ¿Es usted gilipollas de verdad o se lo hace?

Brais mantuvo la calma una vez más.

—El perito dice que no fue Gonzalo quien recogió el paquete. Y yo estoy convencido de que fue usted.

—Eso no prueba nada.

—¿Me da su firma para comparar?

—Pida una orden.

—Sin problema.

Fernando se giró hacia Yeni.

—Lo dicho. Voy a coger la cartera con su permiso —dijo mirando a Brais.

Fernando se giró y puso rumbo hacia la puerta de su adosado. Yénifer, que se había quedado parada, de repente se puso también en movimiento y fue detrás de su novio a paso veloz.

Brais iba a contestar y a poner pegas al militar. Quería tenerlo cerca, pero justo entonces sonó su móvil. Era Lolo Cabeza, su colega perito.

—Lolo, por tus castas, dime que tienes ya el dictamen, porque me la he jugado a una carta —masculló con la mano sobre el móvil para evitar que le escucharan.

—(…)

—¡Joder, podías haberlo dicho antes! Vale, vale. Espera, me entra otra llamada.

Era un número desconocido. Aún así, un sexto o séptimo sentido le empujó a responder.

—¿Perico? ¡Hombre, coño! ¿Qué número es este? Te estaba esperando. Dame buenas noticias, anda, chiquitín, que me caigo con todo el equipo.

—No me toques los huevos, Brais. Me han robado el teléfono y la cartera.

—Me cago en la puta. ¿Dónde estás?

—En el Alvia, camino de Cádiz.

—¿Y?

—Objetivo cumplido. Gonzalo me lo ha contado todo.

—¿Cómo que todo?

—Que lo usaron de coartada. Que su hermano le amenazó. Y que, a través del abogado que le mandaron a Madrid, le prometieron protección. Está con un ataque de nervios, pero ha confirmado lo que sospechabas: el asesino tiene que ser Fernando.

Brais apretó los dientes. Miró hacia la puerta del edificio. Fernando y Yeni tardaban demasiado.

—Gracias, Pedro. Luego te cuento.

—¿Qué pasa?

Brais colgó el teléfono sin contestarle a su amigo y compañero. Había empezado a impacientarse. Quería zanjar ya todo aquello. Aunque todavía no se había confirmado la relación entre el asesino y los dos muertos, confiaba al cien por cien en que el examen del número de prepago confirmaría sus sospechas. Mentalmente preparó todo lo que iba a hacer a continuación. Incluso se palpó su arma reglamentaria y las esposas que iba a utilizar. Entonces entró otra llamada. Era el poeta.

—¿Dónde te has metido, cojones?

—He ido a buscar un café... Pero eso no es lo importante.

—Me ca-cago en tu ca-cama, poeta.

—Señor inspector jefe…

—¿Qué co-cojones quieres?

—Que se van. ¿Qué hago?

—¿Quién se va, jo-joder? ¡Habla cla-claro!

—Los sospechosos.

—¿Dónde-de estás?

—Detrás.

Brais, angustiado, giró sobre sí mismo a un lado y a otro sin verlo.

—¡Me-me estás to-tocando los huevos! ¿Dónde co-cojones estás? —refunfuñó moviendo el cuello en todas direcciones.

—Detrás, ya se lo he dicho —bisbiseó—. En la salida del garaje de detrás de los adosados. ¡Se van, se van!

—¡De-detenlos! ¡De-detenlos! —ordenó Brais con un bramido animal.

—¡Alto! ¡Están ustedes detenidos! —gritó el poeta en la distancia telefónica— ¡Ahhh!

Un disparo resonó en la línea. El corazón de Brais se encogió. Corrió hacia la calle lateral, luego giró y enfiló lo que parecía una rampa. Brais se asomó…

—¡Federico!

Capítulo 35 - En estos tiempos, un poeta es un héroe

La escena era un desastre: una luz tenue que a duras penas vencía a la oscuridad; la puerta automática del garaje cerrándose y abalanzándose sobre el agente Federico García, que yacía en el suelo con la pistola aún humeante; Fernando, con los brazos en alto y otra arma de fuego tirada a no demasiada distancia de aquél; Y Yénifer, en cuclillas, emitiendo un chillido cual gaviota enjaulada.

Brais llegó justo a tiempo para pegarle una patada al arma que estaba en el suelo a poca distancia de Fernando; a continuación se encargó de ponerle las esposas. El portero de la pequeña urbanización, que había seguido al inspector jefe a la carrera, se santiguaba en la esquina como si hubiera asistido a un milagro.

—Fernando Revilla, queda usted detenido… —empezó a recitar Brais sin tartamudear y con la vista puesta en el agente Federico García, al que tenía en mente dirigirse en cuanto asegurase la escena—. ¡Aguanta, poeta!

— o —

Lo ocurrido apenas un par de horas antes seguía coleando en las cabezas de todos los presentes en la comisaría de distrito de Nueva Gades. Fernando Revilla, con cara de boxeador sonado y la choni —Yénifer, aunque en comisaría todos ya la llamaban simplemente la choni— habían entrado esposados, no sin antes dejar tras de sí una escena tan ridícula como heroica. El poeta, con la camisa manchada de polvo y un leve dolor en el hombro derecho, era el inesperado protagonista de la captura. Aquel golpe de la puerta automática del garaje había provocado que se le disparara el arma, y que por un instante todos creyeran que aquello acabaría en tragedia. Pero no: Fernando, al verse encañonado, soltó la pistola como si quemara y se rindió con una cobardía que no cuadraba con la fanfarronería que hasta entonces había mostrado.

Detenidos. Los dos. Y con honores para el poeta, al que ya algunos en la comisaría llamaban medio en broma medio en serio “El poeta justiciero”. La noticia corría de boca en boca: el novato había salvado la situación cuando nadie lo esperaba.

Ahora, en plena madrugada, la comisaría de Nueva Gades estaba inusualmente animada. Los calabozos se llenaban de ecos metálicos, de pasos que resonaban y de voces excitadas. Como siempre, había olor a tabaco en la ropa de quienes volvían de una visita a la calle, y a la humedad marinera que se colaba por las ventanas mal selladas. Perico y Brais, aún con el cansancio metido en los huesos, observaban a cierta distancia una escena que rozaba lo empalagoso: Vanesa, la administrativa de plantilla y devota confesa del poeta, le hacía carantoñas mientras le masajeaba el hombro dolorido con suavidad y le susurraba algo al oído.

Brais arrugó la cara.

—Me ca-cago en mi cama —masculló—. A ver si este —dijo señalando con la cara al poeta— se lo va a creer ahora y se va a pensar que es el gallo del corral.

Perico sonrió.

—La envidia nunca es buena, mata el alma y la envenena —se mofó del inspector jefe—.

Déjalos, hombre. Es su minuto de gloria.

Brais resopló, se estiró la chupa de cuero y levantó la voz:

—¡A ver, poeta! Deja de pelar la pava y ven pa'cá.

Vanesa lo fulminó con la mirada. El poeta dudó unos segundos, pero finalmente obedeció, acercándose con el paso cansado y todavía un tanto incrédulo de su propia hazaña.

—Cuéntanos qué pasó —ordenó Brais.

—Ya lo he contado —respondió Federico, bajando la voz mientras sonreía a Vanesa, que lo miraba embelesada.

—Sí, pero el subinspector Vélez no lo ha escuchado —Brais señaló a Perico—. Y qué mejor que sea el propio héroe el que narre sus hazañas —dijo con un sarcasmo palpable que no pasó desapercibido para nadie.

El poeta sonrió sin ganas, carraspeó y comenzó su relato.

—Pues nada… Había ido a buscar un café y, de paso, a estirar las piernas mientras daba una vuelta a la manzana. Llevaba varias horas vigilando la casa de los interfectos, tal y como me mandó el señor inspector jefe. —Brais negó con la cabeza, pero le dejó continuar—. El café no lo pude comprar, porque no encontré ninguna cafetería, pero al volver vi que una puerta automática de garaje se estaba cerrando. Miré con atención para no acabar atropellado por un coche y fue entonces cuando los vi.

Se tomó un respiro dramático, consciente de que tenía público.

—Cojo el teléfono *ipso facto*, llamo al señor inspector jefe mientras me meto dentro… Y de pronto caigo en la cuenta de que el edificio donde viven Fernando y la choni tiene salida para coches por atrás.

—Sí —confirmó Brais—. Un nuevo fallo en nuestro haber no contar con eso. Tenía que haberlo previsto.

—Sí, hombre —dijo Perico—. Ahora nos tenemos que estudiar toda la arquitectura de la ciudad antes de hablar con nadie. ¡Venga ya!

—No, Perico, no. Es nuestro trabajo —argumentó Brais—. En fin. La cosa es que Fernando tiene un cochazo, pero no tiene plaza de garaje en su casa, así que lo tiene que aparcar siempre fuera, en otro parking. Por eso precisamente lo dejó en la calle peatonal con los intermitentes puestos. Venga, continúa —apremió al poeta.

—¿Por dónde iba? —dijo Federico rascándose la coronilla con el dedo índice—. Ah, ya. Pues eso… En ese momento, cuando detecto a los sospechosos, hablo con el señor inspector jefe y, a instancias suyas, les doy el alto. A continuación todo sucedió muy rápido, pero para eso nos han entrenado, ¿no? —añadió sonriente—. Fernando mete la mano en el costado y entiendo que va a sacar un arma. Entonces saco la mía. Y justo cuando lo encañono, ¡zas!, la puerta automática, que ha empezado a abrirse, me golpea en el hombro y se me dispara el arma.

El poeta se frotó el hombro con gesto dolido.

—Yo creo que el tipo ese —continuó Federico—, Fernando Revilla, pulsó el botón para que se abriera cuando me vio allí. Supongo que era su intención —conjeturó con la mirada en el techo—. Menos mal que no les di. Ellos se asustaron. Y Fernando soltó la pistola, como si se hubiera dado cuenta de que lo tenía todo perdido. Y ahí… pues nada...

Brais se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—Pues nada, no —dijo—. Ahí llegué yo para que el mulo del militar no cogiera el arma que tenía a su lado tirada y la liara parda. El límite entre una cagada trágico-patética y una heroicidad es muuuuuy difuso.

—Eres muy envidioso, y lo sabes —le espetó Perico.

Vanesa volvió a mirar mal a Brais. El poeta se quedó callado, observándolo con los ojos entornados.

—¿Qué pa-pasa? ¿Po-por qué me miráis así? —preguntó con el ceño fruncido.

Ninguno de los dos respondió. Ambos, casi al unísono, decidieron largarse de escena antes de que aquel inspector con cara de perro rabioso les

aguara más la fiesta.

Perico murmuró, divertido:

—Ellos sí que son listos. No como tú, pringao.

—Lo que tú digas —bufó como el que no ha escuchado nada—. Bueno, Perico, cuéntame otra vez lo que te pasó en Madrid, anda —le dijo Brais en cuanto se quedaron a solas.

Perico suspiró.

—Te prometo que intenté llamarte antes, pero la cosa se complicó. Me robaron la bolsa donde guardo las llaves, la cartera y el móvil.

—Eso es un eufemismo para no decir que era una mariconera de toda la vida, ¿no? —le soltó con una sonrisa malvada.

Perico gruñó.

—Llámalo como quieras, pero el caso es que desapareció mientras pagaba un café en la estación de Atocha. Tenía solo unas monedas sueltas en el bolsillo, las estaba contando, se las di al camarero y cuando me giré, la mariconera había volado.

—Un policía nacional desplumado en plena estación. No me extraña que se descojonaran los de seguridad.

—Ahora entiendo. Quieres cachondearte de mí. Pues sí, se rieron —admitió muy serio—. Hasta que me puse borde. Muy borde. De hecho, me recordé a ti. —Le dedicó un dedo corazón enhiesto—. Y entonces reaccionaron los muy hijos de puta.

Brais soltó una carcajada sonora.

—Menos mal que me tienes de maestro, Pedro.

—Tus muertos —le soltó sin mucho ímpetu—. Tuve que denunciar exprés, casi a empujones, para que me dejaran subir al Alvia. Menos mal que la placa sí la guardaba en el bolsillo. Y aún así, iba con el culo apretado pensando que me quedaba en tierra. Faltaba solo media hora para que saliera el tren y había un montón de gente haciendo cola.

—¿Y por qué coño tardaste tanto en llamarme?

Perico miró a Brais como diciendo “tú eres imbécil”. Brais sintió el peso de su mirada y pronto se dio cuenta de que algo fallaba.

—¿Y tú eres el policía ágil de mente? Eres un papanatas. Eso es lo que eres, picha.

—¿A qué viene eso? —preguntó Brais.

—¡Cojones! —exclamó Perico, indignado—. ¿No te he dicho que me mangaron la maric… digo, la bolsa, con el móvil dentro? Últimamente estás

hostiao.

—Vete a la mierda —respondió a las hostilidades con otra bravuconada —. ¿Y tú, como buen policía con recursos, no podías haber pedido prestado un teléfono enseñando tu placa? Una placa sí —dijo metiendo el dedo en la llaga—, eso brillante que tienes dentro de la cartera.

—¡Vale! ¡Me has pillado! Con todo el estrés y el agobio, cerré los ojos un momento para relajarme un poco y…

—Y te quedaste frito, ¿a que sí?

—Cuando me di cuenta, habían pasado dos horas.

Brais se dobló de risa.

—¡Pedazo de desgraciado! ¿No habías dormido tus diez horitas de rigor, no, marmota?

—Joder. Fue sin querer —se disculpó avergonzado—. Encima, cuando me desperté, totalmente perdido y desubicado, le pedí un móvil prestado al chaval de al lado. Cuando lo miré bien, tenía unas pintas de quinqui de manual. Pero el muy cabrón fue el que desconfió de mí. Me pidió la placa para confirmarlo. ¿Te puedes creer? Y cuando la saqué, pensé que me la iba a mangar también. Me puse otra vez en plan Brais López, es decir, en plan hijoputa y tartamudeando, y al final me dejó llamar. Eso sí: desde entonces me miraba todo el vagón como si yo fuera el delincuente.

—Ahora puedes ver un poco cómo es mi mundo y cómo es mi vida. Anda, venga, cuéntame lo del abogado y Gonzalo Revilla.

Perico se enderezó, poniéndose más serio, y comenzó el relato. Contó, casi con las mismas palabras que Gonzalo le había referido, lo que vivió desde que fue detenido en la comisaría de distrito de Tetuán. En resumen, le habló casi entre lágrimas y con el mismo tono suave y dulce que usó en buena parte del interrogatorio por videoconferencia, de las amenazas del abogado que le había mandado su hermano. Por lo visto, el picapleitos le dijo, con una verborrea plagada de tecnicismos leguleyos, que debía asumir la culpa de las dos muertes o tendría problemas. Dejó en el aire un cúmulo de consecuencias desagradables que derrotaron a la primera las resistencias de Gonzalo. Para meter más presión, el abogado no dudó en mencionar que tienen gente en todas las cárceles, aunque lo trató de suavizar argumentando que unos pocos años, con buena conducta, pasaban muy pronto y que antes llegaría un merecido tercer grado. Pero que si cantaba algo sobre su hermano, no iba a cumplir la condena íntegra, sino que iba a salir mucho antes incluso…

—Qué buena amenaza la del picapleitos. Me cago en su cama… —Brais se pasó la mano por la cara—. Este Fernandito es más peligroso de lo que parecía. Y con más poder. Habrá que apuntar ese bufete de abogados para próximas ocasiones.

—Ya lo creo. Y cuando pude hablar con Gonzalo a solas, estaba raro, en *shock*. Me costó que se soltara, pero al final cantó. Me pidió, como en las pelis yanquis, entrar en el programa de protección de testigos.

Brais soltó otra carcajada.

—¿Y qué le dijiste?

—Que lo hablaría con el fiscal del distrito.

—¡Jajajaja! No te jode. Bueno, ¿lo tenemos para la causa?

—Sí. Tengo su declaración firmada.

—Entonces, ¿era como yo pensaba?

—Sí, pedazo de sieso. Eres muy largo. En todos los sentidos.

—¡Lo sabía! —exclamó feliz—. Como Sherlock Holmes. Aunque tú tampoco eres malo. De hecho, te diste cuenta igual que yo, cuando la choni se contradijo y admitió que sabía que Gonzalo lo había dejado con su novio un mes antes. Elemental, querido Watson —le espetó con malicia.

—Además de largo, eres muy tonto. Pero sí. Fue él, Gonzalo, el que viajó a Londres. Lo pasó fatal, porque odia a la novia de su hermano, que lo toma como su mascota cada vez que lo ve. Tuvieron que posar en todos los sitios típicos para hacerse fotos y que cuadrara la coartada. Y como es casi calcado a Fernando, no le pusieron pegas en el aeropuerto.

Brais se frotó la barba, pensativo.

—Eso conlleva dos cosas: vamos a acusar a la choni también, por encubridora, y esas muertes se van a considerar asesinatos. Hubo premeditación y alevosía en lo del sargento Elestondo. Y en lo de Arturo, además, el agravante de eliminar a un testigo para tapar el primer crimen.

—Lo mismo que habría hecho si su hermano hubiese cantado. Menudo elemento.

—Menudo hijo de la gran puta —concluyó Brais, mirando al techo como si buscara respuestas allí—. En fin. Vamos a la sala de interrogatorios, ¿no?

—Venga.

Brais alargó la mano y la colocó sobre el hombro de Perico. Ambos encaminaron sus pasos hacia el pasillo.

Cuando llegaron al patio, la comisaría, pese a la hora, estaba en ebullición. Dos agentes cuchicheaban cerca de la máquina de café sobre la valentía del poeta, exagerando ya la historia: que si había derribado a la mole de Fernando Revilla de una patada, que si había desarmado a la choni mientras atenazaba a su maromo. Brais escuchó de refilón y negó con la cabeza.

—Esto se va a convertir en leyenda urbana antes de que amanezca.

—Y mientras tanto, nosotros a currar —contestó Perico, encogiéndose de hombros.

El pasillo hacia los interrogatorios, vacío, invitaba al cansancio. Afuera, la noche de diciembre en Nueva Gades —y en toda Cádiz— seguía húmeda y salobre, como si la Bahía quisiera colarse también en la comisaría. Pero dentro, lo que iba a empezar ya no dependía del mar ni del levante. Dependía de Brais López, el inspector jefe más borde de Nueva Gades, con mal humor crónico, heavy y tartamudo ocasional. Él era el que, con la inestimable ayuda de su lancero fiel, el buenazo del subinspector Pedro Vélez, debía colocar todas las piezas en su sitio para encarar, de una vez por todas, el desenlace de aquel puzle que había comenzado con un cadáver en la autovía.

Y lo haría con trabajo, pero también con la ironía, como siempre. Porque en Nueva Gades y en Cádiz, el humor es la última defensa contra la rutina del crimen y, en general, contra cualquier afrenta.

Capítulo 36 - Los muertos del gorila

La sala de interrogatorios de la comisaría de distrito de Nueva Gades, a las once de la noche, parecía un frigorífico barato. Pero no solo porque hiciera un frío de muerte y una humedad de padre y muy señor mío, sino más bien por culpa de la luz blanca y parpadeante y del zumbido que emitían un par de fluorescentes. Sin embargo, a pesar de eso, el interrogado estaba rojo de rabia y furia y sudando como si acabara de terminar una exigente sesión de *crossfit*.

Perico se había ausentado un momento, pero Brais, desde el espejo unidireccional, aún observaba la imagen de aquél, esposado, en pie delante de una mesa metálica con más arañazos que la culata de un fusil CETME de instrucción. Tres policías, por precaución, escoltando a un gorila iracundo con el ceño permanentemente fruncido en tanto no hacían acto de presencia ambos interrogadores.

Fernando Revilla Estellar no se había sentado, pese a la orden de los agentes. Se mantenía erguido, con la camiseta sudada pegada a su cuerpo hipertrofiado de gimnasio y con un incendio en la mirada. El primer agente que lo había descrito como un "gorila con rabia" se había quedado corto: era un búfalo acorralado que se sabía herido. El agente que decidió que las esposas no se le quitarían ni un segundo había acertado de lleno; ni siquiera su reconocido abogado protestó al verlo entrar con las muñecas atadas.

El silencio inicial pesaba como plomo. Brais y Perico permanecían de pie observándolo sin pestañear. El detenido les devolvió la mirada presa de la incomodidad que aquéllos esperaban obtener. Allí, el único que se removía era el abogado, un tipo de traje caro, cara vinagre y apellido kilométrico: Don Borja María de los Santos de la Iglesia Sánchez-Arjona. Había entrado con gesto solemne y ahora miraba a su cliente como quien contempla un mal negocio.

Brais carraspeó, se quitó la chupa de cuero, la colocó sobre el respaldo de la silla y habló, dirigiéndose primero al letrado:

—Lo primero, pedirle disculpas por las horas, señor abogado —dijo con un sarcasmo evidente mientras se quitaba miguitas imaginarias de una camiseta negra con una calavera ardiente y el nombre de un grupo heavy metal—. Seguro que tiene otros malhechores en su agenda para mañana temprano.

Borja María lo fulminó con los ojos, pero no replicó. En cambio, Fernando soltó un bufido gutural.

—Y ahora —continuó Brais, girándose hacia el detenido—, vamos a lo serio. Sabemos que fuiste tú, Fernando. Te vamos a acusar de ser el culpable de dos asesinatos. ¿Algo que decir?

—Yo estaba en Londres de viaje —replicó con voz ronca el militar—. Cuando…

—Y una mi-mierda —lo cortó Brais con un golpe seco sobre la mesa. El estruendo retumbó en la sala. El tartamudeo, cuando apareció, lo hizo como metralla—. Cuando supe que tú y tu hermano erais ge-ge-gemelos, lo entendí. Te felicito. Era un muy buen plan. En realidad, siempre sospeché que eras tú, pero tenías una coartada de lujo.

Fernando arqueó una ceja y trató de sonreír con desprecio, pero la ira le podía, así que solo fue capaz de hablar entre dientes, con la mandíbula apretada.

—La sigo teniendo. Estaba en Londres con mi novia.

Brais giró la cabeza hacia el abogado con fingida solemnidad.

—¿Y usted qué opina, Don… Borja María de los Santos de la Iglesia Sán-chez-Arjona? —se detuvo a mitad de apellido, jadeando con teatralidad —. Casi me quedo sin res-pi-rar.

El abogado apretó los labios con furia.

—Mi cliente ya lo ha dicho. No hay nada más que añadir. Exijo la inmediata puesta en libertad sin cargos del señor Revilla.

Brais sonrió con sorna y levantó la mano hacia Perico.

—Subinspector Vélez, por favor, muestre al señor abogado los resultados del peritaje caligráfico.

Perico, que se había mantenido callado hasta entonces, colocó sobre la mesa un par de folios con membrete oficial.

—Aquí los tiene. Como podrá comprobar, la firma del receptor del envío no coincide con la letra del hermano del acusado. En cambio, sí hay coincidencias parciales con la de Fernando.

El abogado los hojeó apenas un segundo antes de lanzarlos de nuevo sobre la mesa.

—Todos sabemos que un informe pericial depende de quién lo pague. Y que se desmonta con otro en cualquier juicio. Si eso es lo único que tienen, junto con un viaje perfectamente documentado con billetes, fotografías y

demás acreditaciones oficiales —dijo con soberbia—, reitero la solicitud formal de puesta en libertad de mi cliente.

Brais se inclinó hacia él con gesto de fastidio.

—Borja Mari, para el carro, ¿vale? ¿O es que se cree que va a conseguir lo mismo que con el pobre Arturo?

El abogado se removió en la silla.

—Oiga, no consiento que…

—Mire, señor abogado de nombre inabarcable —lo interrumpió Brais —. Arturo Marconi Gonsalves fue asesinado poco después de que usted lograra soltarlo. Y a usted lo avisó un camello que, misteriosamente, está a sueldo de su cliente, Juan Lucena Rete. Igual que Arturo. Todo muy casual, ¿no le parece?

—Yo solo hice mi trabajo. Lo que ocurriera después no puede ser de mi incumbencia ni mucho menos de mi responsabilidad. Además, la muerte de Arturo fue, hasta donde yo sé, un suicidio.

—Ni de coña, amigo. Por cierto, cuando dice Arturo, ¿se refiere al señor Marconi, no? ¿O usted solo respeta y trata con deferencia al que le paga? Por cierto —dijo Brais antes de que el letrado pudiese hablar—, queda en el aire quién le contrató para asistir al señor Marconi.

Un nuevo silencio denso. Se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Ya veo, ya —señaló Brais asintiendo varias veces—. Pensaba que con su noble ascendencia y su escudo de armas sabría leer entre líneas. Usted defiende a gente implicada en una trama de drogas que ha dejado dos muertos en la Bahía. Dígame: ¿en su despacho le defenderían a usted llegado el caso?

Borja María se incorporó un poco.

—¿Me está amenazando?

—Ahí quería llegar yo —repuso Brais con media sonrisa. Luego miró a Perico—. ¿Verdad, subinspector Vélez?

Perico se encogió de hombros, pero apoyó la jugada.

—Así es. De hecho, un compañero suyo se desplazó a Madrid para asistir en la defensa del hermano del detenido, ¿no?

El abogado se puso rojo.

—¿Y qué?

—Pues que según debe saber, a Gonzalo Revilla, el hermano de Fernando, lo presionaron. Por decirlo de una forma muy suave. Le

insinuaron que, como sí o sí iba a acabar en la cárcel, mejor que no hablara con nosotros. Que si no, podría tener problemas dentro.

—Eso es su palabra contra la mía… es decir, contra la de ese abogado.

—Bueno, sí y no. Ya sabe usted —Perico alzó la ceja—, a veces alguien se olvida de apagar la grabadora y… A lo mejor no vale como prueba ante un juez, pero la prensa seguro que lo valora en su justa medida.

Fernando, que se había mantenido al margen hasta entonces, explotó.

—¡Hijos de puta! ¡Voy a…!

El ruido de la silla arrastrada contra el suelo resonó como un disparo, pero las esposas lo mantuvieron clavado a la mesa. El abogado trató de calmarlo con un gesto brusco.

—Fernando, siéntate.

Brais, sin perder la calma, lo remató:

—Qué mal perder, ¿no, Fernando?

El silencio se alargó unos segundos hasta que el abogado retomó la palabra.

—La coartada de mi cliente es insalvable para ustedes —dijo en voz baja, sabedor de que era todo en vano.

—¿Ah, sí? ¿Otra vez con lo mismo? —Brais se echó hacia atrás, cruzando los brazos sobre su cabeza—. Pues su cliente ya se ha dado cuenta de que no.

—¡Ese maricón es un puto mentiroso! —gritó Fernando a la vez que se levantaba de su asiento.

El único que permaneció impasible en aquella sala fue Brais. Tanto Perico, como el abogado y el policía que se había quedado en el interior por si fuese necesario inmovilizar al búfalo llegado el caso, dieron un respingo cuando el acusado estuvo a punto de hacer levitar la mesa, clavada en el suelo.

—Tranquilo, majete —dijo Brais, aún repanchingado y dirigiéndose a Borja Mari—. Me consta que Gonzalo ha admitido sin lugar a dudas que él y no su cliente estuvo en Londres con la novia de su hermano. Invitado por Fernando para hacerse pasar por él. Obviamente —añadió—, lo de "invitado" es un eufemismo.

El abogado, con los ojos abiertos al máximo, aún mirando con desconfianza a su cliente y con el susto en el cuerpo, se rehízo mínimamente y parpadeó.

—Eso es imposible.

—Nada es imposible en Nueva Gades. Y menos aún con imágenes de aeropuertos que ya hemos solicitado. Barajas, Gatwick… todo se analiza con la biométrica. Por muy gemelos que sean, siempre hay diferencias. Será solo para corroborar lo que ya sabemos.

Fernando giró la cabeza hacia su abogado, suplicante.

—Borja, haz algo, que para eso te pago. Y bien.

—¿O qué, Fernando? —se burló Brais, que se echó hacia adelante—. ¿Sabes cuándo la cagaste? Cuando metiste en la ecuación a tu hermano. Tú fuiste el que nos dirigiste hacia él al decirnos que pudo coger tu Audi de lujo. Sin eso, lo de que tu buga —añadió sonriendo— estuviese por Torregorda poco después de la muerte del sargento quizás se hubiera quedado en una anécdota.

El letrado se removió incómodo.

—Eso tampoco prueba nada —dijo, ya sin aplomo ninguno.

—Ni usted mismo se lo cree, señor De los Santos de la Iglesia. Y ahora, si no le importa, vamos a seguir con el interrogatorio.

— o —

La madrugada se había abierto paso cuando Brais encendió el enésimo cigarro del día. El humo le supo a alivio, a victoria a medias. El viento del sur, predictor de tormentas, lo despeinó mientras caminaba hacia el coche. Se sentía hecho polvo. Casi no era capaz de abrir los ojos. Le pesaban los párpados una barbaridad. Pero se sentía bien. Le dio otra calada a un cigarro, que, de repente era un bolígrafo con sabor a café “cagalera” de máquina.

—¡Coño, Brais! ¡Despierta! —le gritó Perico, que entraba en el despacho mínimo de Brais con un vaso de plástico con un líquido negruzco y humeante en su interior—. Que te vas a tragar el bolígrafo.

—¿Qu-qué pa-pasa? —dijo escupiendo el boli hacia el suelo con una mezcla de miedo y asco.

—Que te has quedado frito. Anda, vete para casa, cojones.

—¿Y el gorila con rabia?

—A disposición judicial. Pero no te preocupes. Lo tenemos atado y bien atado.

—¿Qué hora es?

—Ya te lo he dicho. La hora de irse a casa. Tu padre ha llamado preguntando por ti.

—Me cago en mi cama.

— o —

Eran las ocho y media. En casa, Toño ya lo esperaba. El sillón orejero eléctrico —un regalo improvisado de su hijo— lo mantenía erguido, aunque con gesto de desconfianza mientras leía la última novela de Petros Markaris.

—No sé por qué coño me has tenido que comprar este sillón, neno… —refunfuñó, acomodándose—. Aunque… es muy cómodo, sí señor.

Brais lo observó en silencio unos segundos, todavía serio.

—Deberías estar más contento, rapaz —continuó Toño—. Has resuelto un caso enrevesado, con más trampas que una coquina. Cuéntame, ¿qué pasó con ese militar de gimnasio?

—Yo solo no. Mi gente es muy buena. Los mejores.

—Ya, ya. Es un decir. El equipo, primero. Pero bueno, cuéntame, carallo —pidió quitándose sus gafas.

—El gemelo malo va a pasar una buena temporada haciendo pesas en la cárcel. Lo difícil será que allí pueda meterse toda la mierda que usaba para inflarse.

Toño arqueó una ceja.

—Los batidos esos que toman los chavales no son tan malos, ¿no?

—Pero los esteroides y demás porquerías sí.

—Ya, claro. Pero venga, cuenta.

Brais suspiró.

—Hablando de inyecciones, encontramos jeringas en la casa de Fernando. Compatibles con los pinchazos que tenían los dos muertos. Un indicio nada más y obviamente no las mismas; las que usó las haría desaparecer. La forense encontró la similitud con las que tenían el sargento y Arturo. Pinchazos de aire, embolia gaseosa. Ya sabes…

—Lorena, ¿no? —preguntó Toño con una sonrisa socarrona—. ¿Eso te lo ha dicho la forense, verdad?

—Sí, Lorena —respondió Brais con desdén—. Pues ella lo dejó claro. Fernando lo intentó una primera vez en Cortadura, pero lo asustó la presencia de la mujer que encontró a Elestondo. El sargento llegó a Urgencias vivo porque no pudo meterle aire suficiente, según parece. Y habría salido adelante sin problemas… si no hubiera vuelto.

—¿Por qué volvió?

—Por dos cosas: la pistola y la *GoPro* que usaba cada vez que salía a correr para grabar sus sesiones. Necesitaba recuperarlas, porque entendía que ahí podría tener la prueba para ir contra Fernando. Y sí, es la misma cámara que yo encontré.

Toño asintió.

—Y Fernando lo esperaba allí.

—Exacto. No fue suerte. Primero lo siguió él en el coche blanco. Pero tras ver que iban al hospital, y para no levantar posibles sospechas y aunque estuvo rondando Urgencias, usó a Arturo, su camello, para seguirlo. Lo tenemos en los registros de llamadas del teléfono de prepago que nos pasó Francisco Cornejo, compañero también en el Tercio de Armada. Lo mandó tras él desde la Laguna, aprovechando que Arturo tenía su casa cerca, en una calle paralela al hospital.

—Entonces, Arturo lo vio todo.

—Sí. Creo que lo siguió más de la cuenta. Desde la playa. Y seguramente presenció cómo Fernando lo metió en el Peugeot 206 blanco que mangó para evitar sospechas. Después lo dejó tirado en Torregorda para que alguien lo atropellara. Y, hasta ahí, le salió perfecta la jugada.

—Pero, Brais, ¿cómo eligió al Peugeot 206 ese? ¿Por qué?

—Supongo que lo habría visto ahí a menudo cuando iban de maniobras. Ese coche, según lo que Agustín me dijo *soto voce*, lo usaba el ingeniero espía detrás del que iba el CNI para guardar documentaciones confidenciales sobre las pruebas que hacen allí de balística. Entiendo que era una buena opción, porque estaba siempre aparcado por la zona y no levantaría sospechas ni provocaría que alguna denuncia de robo le jodiera el plan.

—Y luego lo de la pistola del sargento Elestondo en manos de Arturo…

—La pistola fue su sentencia. Fernando tuvo que matarlo. No podía permitirse un testigo con un arma que lo delataba y que podía relacionarlo con él. Y, bueno —prosiguió Brais—, el resto de teléfonos de prepago que usaba Fernando, fueron su verdugo. Encontramos un mensaje del sargento Elestondo, llamadas de compradores de coca y demás sustancias, y llamadas y mensajes de Arturo y Juan Lucena Rete. Toda las relaciones al descubierto.

Toño suspiró, mirando hacia la ventana.

—Ya. Pero el problema más gordo para el mulo ese terminó siendo su propio hermano. Una cadena es tan débil como el más débil de sus

eslabones —recitó Toño de memoria.

—Tal cual —confirmó Brais—. Pretendía colgarle el muerto a Gonzalo, nunca mejor dicho. Y creo sin miedo a equivocarme mucho, que si su hermano no le hubiese amenazado a través de un abogado y si no hubiese ido Perico a Madrid a hablar con él, no habría dicho nada. Perico es un crack de la empatía —dijo sonriendo.

El silencio se instaló un instante en el pequeño salón de casa de Toño y Brais, roto solo por el maullido lastimero de Calígula, que rondaba el comedero vacío. Toño lo miró con ternura paternal y un toque de ironía. A Brais también.

—Al final lo has resuelto, neno. Aunque casi te dejas la salud por el camino.

Brais sonrió con algo de melancolía.

—La vida es difícil a veces. Por cierto —continuó con un guiño—, dile a Zuleidy que me voy a echar un buen rato en la cama. Para que no me despierte con la aspiradora, ya sabes.

Se marchó a su cuarto. Seguía preocupado por su padre, pero por primera vez en mucho tiempo, notó que podía respirar sin que la rabia ni el miedo lo asfixiara.

Capítulo 37 - Epílogo

El Heraldo de Gades, todo un gigante —con pies de barro— del periodismo en la Bahía, había tirado la casa por la ventana con su portada del martes y el titular a toda plana que la acompañaba:

«NO HUBO ROBO DE ARMAS: ERA UN SEÑUELO DE LA INVESTIGACIÓN»

Habían hecho acopio de toda la creatividad y la sapiencia periodística de sus más de cien años de historia, así como de sus corresponsales, editores, redactores… Y, sin embargo y pese al ingente trabajo, no pudieron adelantarse al "panfleto gratuito ese de mierda", tal y como lo denominaba todo el consejo de dirección del Heraldo.

Luis Aguirre, el amigo periodista de Brais, cabeza pensante y mano ejecutora de La Gaceta de Gades, fue, no solo más efectista, sino también más sincero y honrado con la realidad de lo que había ocurrido alrededor del presunto robo de armas en el Tercio de Armada de San Fernando. Tan sincero y honrado que sus palabras provocaron un terremoto mediático que fue reproducido a lo largo de todo el país, con las consiguientes consecuencias políticas.

Brais estaba leyendo ambos periódicos sentado en una mesa del bar de Juaqui. Llevaba un cigarro entre las manos que hacía girar por sus dedos como un prestidigitador en paro. Lo había encontrado tirado en el suelo, impoluto según le había dictado su sed de nicotina. Más de veinte minutos llevaba sin atreverse a encenderlo, como si alargar el momento de decidir qué hacer con él le diera un respiro a su mono de tabaco. Volvió a la lectura y la barriga le empezó a doler. El artículo del Heraldo incluía también una potente exclusiva: declaraciones del comisario provincial, trajeado, corbata sobria, sonrisa de funcionario con futuro político. Según él, la investigación había demostrado que no había armas robadas, que todo había sido un señuelo urdido por la propia policía para destapar una trama mucho más seria; pero no informaba a qué tipo de trama hacía referencia, lo que haría volar la imaginación de todos: se amparaba en un supuesto secreto de sumario para no desvelarla.

Brais resopló.

—"Un éxito de la cooperación entre instituciones", dice el cabrón. Un éxito, mis cojones —gruñó en voz baja, mientras daba un golpe con el dedo índice sobre la vieja mesa de mármol.

Juaqui lo miró con disimulo, le dedicó una mueca de las suyas y siguió con su trabajo, que era poner cafés a toda leche a polis malhumorados. Además, en Cádiz, con el levante haciendo de las suyas, nadie se sorprendía ya de ver a un tío hablando solo. Y en Nueva Gades, cerca de la comisaría de distrito, a nadie le llamaba ya la atención ver a un tipo de uno noventa, con cara de cabrón y chupa de cuero negra maldiciendo a voz en grito.

Brais sacó el móvil y marcó con rabia contenida.

—¿Luis? —su voz tartamudeó de pura mala leche—. Dime que estás leyendo la misma mierda que yo.

Del otro lado, el periodista suspiró. Se oía de fondo el tecleo de una redacción nerviosa.

—Lo estoy leyendo, sí. Y me estoy cagando en toda mi estirpe, Brais. Porque ahora resulta que el muerto de la autovía, el tipo que encontró su arma, las presiones, la pistola extraviada, las amenazas… todo eso se maquilla para que el comisario salga en la tele como un salvador de vete tú a saber qué. Menos mal que me adelanté para poder contar la verdad. Y me consta que está llegando a la gente. Maravillas de internet.

—Un hijo de puta gordo es el Gerardo de los huevos. Menudo comisario provincial —rugió Brais—. Joder. Y el tío mierda dice que el asesinato era un señuelo. Le dan igual los muertos. Menos mal que estás tú para sacar a la luz que las armas que no se encontraban se pagaron sin que fueran entregadas en sus destinos, igual que ha pasado en otros cuarteles. A ver si pasa algo y le cae una buena al Ministro y a su coleguita, el comisario provincial.

Luis bajó la voz.

—Sí, bueno. Pero esto del periodismo para mí se está convirtiendo en profesión de alto riesgo. Desde que publiqué lo del falso robo de armas he recibido tres mensajes anónimos la mar de bonitos. “Cierra la boca o te la cerramos nosotros” es lo mejor que me han soltado. Así, tal cual.

Brais sonrió con ironía torcida.

—Bienvenido al club. ¿Quieres que te pase mi colección? Tengo tantas amenazas que podría abrir un museo.

—Sí, pero tú eres un cabrón con placa y pistola. Yo solo tengo un carné de prensa y un sueldo de becario.

—Yo-yo no soy un ca-cabrón —negó Brais con un tartamudeo que le salió del alma—. Simplemente soy rebelde porque el mundo me hizo así.

Pero eso no blinda a nadie. Que te amenacen es la confirmación de que estás escribiendo donde escuece.

Luis rió, aunque sin ganas.

—Pues mira dónde me has metido con tus informaciones secretas y privilegiadas. Eres un hijo de puta, Brais —dijo Luis—. Pero bueno, un hijo de puta de los que uno se alegra de tener cerca.

—Eso díselo a mi padre —replicó con sorna—. Dice que soy más borde que el barranco de la Garganta Verde.

Colgaron. Brais apuró la caña mientras doblaba los dos periódicos. Dejó unas monedas en la barra y se marchó tras despedirse de Juaqui con un movimiento de la cabeza. Un pequeño sofoco al salir hizo que agradeciese una de esas rachas de viento traicioneras tan abundantes por el norte de Nueva Gades y muy cerca del mar. Sin pensarlo, se puso a andar. Necesitaba despejarse. Y cuando necesitaba despejarse, solo había un lugar donde encontrar oxígeno del bueno y alimento para su alma: "Mala sintonía", su tienda de música favorita, sita en la calle Dublín.

— o —

La tienda, un acogedor zulo lleno de vida, olía al cartón viejo de los discos antiguos, a vinilo añejo y a las varitas de incienso que ponía Charles —Carlos, según su carnet de identidad—, para contrarrestar el olor a humedad. Brais recorrió las estanterías con calma. El día había sido largo, y aunque su cabeza seguía procesando el caso y el cabreo con la noticia del Heraldo de Gades y las declaraciones del comisario provincial, su corazón pedía un respiro.

Los dedos largos fueron acariciando fundas. Esta vez, no sabía por qué motivo, había tirado para grupos patrios. Quizás —supuso—, por ver tanto la bandera española en su periplo a través de diferentes instalaciones militares. Triana, Medina Azahara, Leño, Barón Rojo, Ñu… Hasta que dio con un vinilo de Héroes del Silencio. La portada un poco raída, la tipografía desfasada, y sin embargo le pareció brillar como un hallazgo arqueológico. Justo entonces, como por arte de magia, comenzó a sonar una de las canciones del disco —Senderos de traición— que tenía entre manos: maldito duende. Comenzó a cantar para sus adentros cuando un sobresalto hizo que desafinara incluso en el interior de su mente.

—Buena elección, señor inspector jefe.

La voz femenina le obligó a dar un respingo. Se giró en seco. Allí estaba Lorena Fajardo, la forense. Vestía vaqueros oscuros y chaqueta corta, el pelo recogido en una coleta que dejaba escapar mechones rebeldes. Lo miraba con media sonrisa, sabedora de que el que habla primero, habla dos veces por lo menos.

—En mi humilde opinión —continuó ella—, es el mejor disco de Héroes. Y eso que los otros no se quedan atrás. ¿Te gusta?

Brais sintió que la garganta se le cerraba.

—Si-si-sí. Muy chu-chuli.

Lorena arqueó una ceja.

— ¿Chuli? ¿En serio? El otro día apenas tartamudeaste… —le dijo con un guiño.

—No-no-no —se corrigió, ruborizado.

Ella rió abierta.

—Últimamente el destino hace que nos encontremos a menudo —le soltó con el aderezo de un guiño—. Anda, vámonos a tomar una birra. He llegado pronto y estoy matando el tiempo.

—¿Ha-has que-quedado? —preguntó él, intrigado y celoso.

—Sí. Con una amiga. Pero aún falta. ¿Vamos o qué?

Brais asintió con un gesto imperceptible. Dejó en su sitio el álbum y siguió, como hipnotizado, a la heroína de su silencio.

— o —

Eligieron una terraza pequeña, en una calle estrecha que desembocaba en la turística plaza de la Constitución de 1812. Nueva Gades empezaba a encender sus farolas, y en el aire empezaba a rondar el olor a pescado recién frito.

Brais, con una Cruzcampo fría entre las manos, se permitió un instante de paz. Lorena hablaba de música, de conciertos, de anécdotas de autopsias que parecían chistes macabros. Él asentía, tartamudeaba menos, incluso se sorprendía riendo y hablando de sus cosas.

Hasta que apareció una chica. Morena, labios pintados, gesto enfadado.

—Lorena, ¡pero si quedamos hace más de media hora! Te he estado llamando.

Lorena puso cara de circunstancias y señaló discretamente a Brais. La otra captó el mensaje al vuelo.

—Ah… ya. Perdonaaaa —dijo alargando las disculpas mucho mientras abría los ojos más todavía—. Me habré confundido de hora. Perdona, ¿eh?

Brais se puso rojo como un tomate. La amiga sonrió con picardía.

—Nada, nada, lo dejamos para otro día. Justo te iba a decir que me acaba de surgir algo.

Se fue con un guiño rápido. Lorena bebió un sorbo de cerveza sin inmutarse. Brais intentó articular palabra, pero en ese instante sonó su teléfono.

—¿Co-cómo? ¿Dónde? —el gesto se le endureció de inmediato y el tartamudeo se disipó—. Eso está en Nueva Gades… Me da que no muy lejos de donde estoy ahora. Mándame la ubicación a mi móvil de todas maneras, que no me suena la calle. Voy para allá.

Colgó, se levantó y dejó unas monedas sobre la mesa. Miró a Lorena.

—Lo-lo siento mu-mucho, Lorena. Esta noche… tenemos trabajo.

Ella asintió, sin sorpresa. Y en los ojos de ambos brilló algo más que el reflejo de las farolas.

— o —

Brais caminó rápido hacia su Dacia Logan. La notificación del móvil mostraba la dirección. Era difusa. Parecía una calle secundaria, cerca de la Punta de San Felipe, justo dentro del muelle industrial, en la frontera entre Nueva Gades y el centro histórico de Cádiz. Un cuerpo nuevo.

La ciudad parecía contener el aliento. El viento de levante soplaba flojo, tirando a sur y, con ello, presagiando tormenta.

Encendió el motor y, mientras la radio, como si se tratase de una señal, le devolvía una de las últimas estrofas de “Maldito duende”, canturreó para sí:

—Amanece tan pronto. Y yo estoy tan solo. Y no me arrepiento de lo de ayer…

Pisó el acelerador. Y Nueva Gades, como siempre, le devolvió un silencio que no era más que las palabras de los que ya no pueden hablar.

FIN

Muchas gracias por leer "*AUTOVÍA HACIA EL CRIMEN*". Es un honor saber que has llegado hasta aquí.

Si te ha gustado, no olvides dejar una **RESEÑA** y tu sincero comentario sobre esta lectura al final del libro o en la propia página de compra de Amazon.

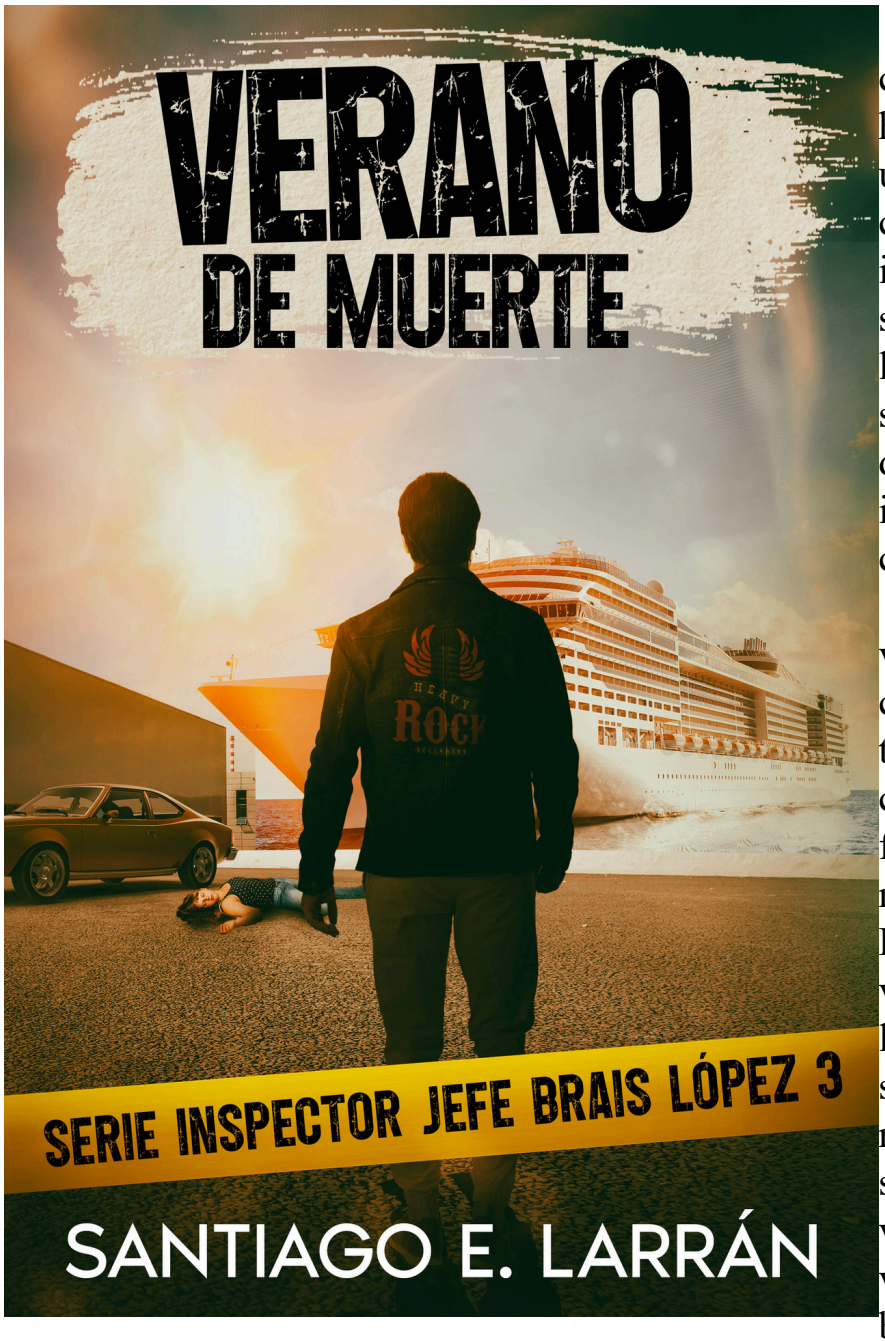
Tu opinión, tus sensaciones y tu parecer son muy importantes para mí. Me ayuda a crecer como escritor y a crear mejores historias, además de a que otros lectores como tú conozcan la novela.

La serie del Inspector Jefe Brais López continuará con:

¡¡Y aquí tienes, como anticipo, el primer capítulo del tercer libro de la serie!! (Al final del mismo tienes un QR con el enlace a la preventa)

VERANO DE MUERTE
(Serie inspector jefe Brais López nº3)

Capítulo 1 – Bienvenido al paraíso



El paraíso, cuando de Cádiz se habla, está siempre a un soplo de convertirse en un infierno. Uno seductor, atractivo y lleno de un embrujo sobrenatural, como dijo aquel, pero infierno al fin y al cabo.

Es cierto que en verano, el calor —la caló— no aprieta tanto como en otras ciudades merced al frescor que regala el mar —la mar—. Pero cuando el viento de levante lleva de la mano a un sol justiciero y, de repente, frena en seco su marcha, la vida gaditana se vuelve un suplicio bochornoso.

—Maldito levante en calma, me cago en mi cama —protestó Brais, chupa de cuero en ristre, mientras se quitaba el sudor con el dorso de la mano.

—Picha mía, a quién se le ocurre coger la chaqueta de cuero en julio. Y encima vas de negro. Todo el sol se te pega a saco, cojones —le restó Perico, que sufrió enseguida las consecuencias de hablar mientras subía las empinadas escaleras de una finca rehabilitada en el centro de Nueva Gades.

Tuvo que parar para recuperar el resuello en un descansillo, doblado como una avestruz en busca de la salvación.

—Por la mañana refresca —trató de justificarse Brais, que miró hacia atrás y vio a su compañero, el subinspector Pedro Vélez, dando boqueadas como un pez fuera del agua—. Pero al menos lo mío no viene de serie —terminó diciendo con una sonrisilla malévola.

El calor de julio en Cádiz estaba siendo una condena. Con cambio climático o sin él, la realidad era que se había convertido otra vez, como el anterior año, en el mes más caluroso de la historia en la ciudad.

Y, para colmo, el mediodía no ayudaba. Ni siquiera en Nueva Gades, donde la estructura de calles cuadriculadas solía facilitar el tránsito de un aire que en verano siempre refrescaba, viniese de donde viniese.

Pero el viento no corría. Las persianas bajadas trataban de guardar el poco frescor, las gentes se refugiaban en cualquier sombra y las gaviotas, rendidas, se quedaban clavadas en las cornisas, con el pico abierto como si fueran a hablar para quejarse del bochorno y la falta de peces.

El inspector jefe Brais López subía con más clase y menos esfuerzo, pero también resoplaba.

—Joder —se quejó—. Mucha rehabilitación del casco histórico, pero ni un puñetero ascensor. Y encima nos encasquetan la ola de robos de guante blanco solo porque el primero fue en un piso de Nueva Gades. Bueno, por eso y porque, con las vacaciones, hay menos policías disponibles que sitio en la Caleta un domingo de verano. ¿Tú qué opinas, Perico? —le preguntó con malicia, sabedor de su falta de oxígeno.

—Tus muertos… a caballo…

Perico jadeaba tocándose el costado y mirando hacia el techo con la boca abierta para facilitar la entrada de aire en sus pulmones.

—Pero que triste, de verdad —sentenció Brais en un tono más serio y hosco.

—¿A qué… te refieres? ¿A… la… falta de… personal? —preguntó el subinspector con su último estertor, parado en el rellano entre el tercer y el cuarto piso.

—No, coño. Aquí antes vivía gente de verdad —refunfuñó Brais—. vecinos que se saludaban, niños jugando a la pelota en la calle, olor a berza a las dos. Ahora, turistas con chancletas, calcetines y neveras de playa que llegan a las tres de la mañana como si la ciudad fuese su frigorífico.

—¡Los muertos del turismo! —exclamó alguien.

Inspector y subinspector se asomaron a través del barandal de la escalera.

—Sí, sí. Aquí abajo —dijo un hombre que rondaba los setenta, calvo, bajito y con bigote, asomado a la puerta de su casa, en la tercera planta—. Soy el último galo libre, como la aldea de Astérix. El único vecino autóctono que queda en el bloque.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Perico, empático como siempre.

—Por el momento. Hasta que me suba otra vez el alquiler uno de esos jodidos asustaviejas y me eche de mi casa para vender el edificio a un fondo buitre —respondió con un tono sombrío en la voz—. ¿Ustedes son policías?

El hombre, que vestía camiseta de tirantes, barriga descolgada y una mirada que mezclaba dignidad y cansancio, dio un par de pasos hasta salir del todo de su domicilio. Allí plantado, con los brazos en jarra, esperaba la respuesta a su pregunta.

—Sí, somos policías —contestó Brais—. ¿Le podemos ayudar en algo?

—Pues sí. Podrían hacer algo con esta invasión. ¡Que le den a los guiris, sean nacionales, comunitarios o extracomunitarios! —reivindicó de repente casi a voz en grito—. Mucho hablar de que el turismo es la panacea y que deja dinero, pero estos ni un euro dejan. Traen la compra de su tierra, comen en casa y solo van un día a por *pescaíto* frito al freidor para poder subir la foto a esas mierdas de "istagrá" o "feisbú" o como coño se llamen.

—Señor, tomamos nota. Incluso puedo llegar a estar de acuerdo —añadió Brais—. Pero venimos por el robo que han denunciado.

—¿Qué robo? —preguntó sorprendido el viejo.

—En el cuarto derecha. ¿Ha visto usted algo raro?

—Sí, a una familia de pijos malajes con niños repipis y porculeros que van con cangrejeras y calcetines. Una monería, vamos. Con la caraja que llevan encima, seguro que se han dejado la puerta abierta.

—Gracias por la información, caballero —le dijo Perico con una sonrisa forzada—. Lo tendremos en cuenta.

El viejo resopló; parecía que iba a decir algo, pero finalmente desistió; simplemente se limitó a dedicarles una mirada frustrada y dio media vuelta con gesto de capitán de navío que abandona el barco a su suerte.

Arriba, en el cuarto, la puerta del piso turístico tenía un cartelito con el logotipo de un sol sonriente y un código QR. Llamaron e inmediatamente abrieron. Dentro, la familia esperaba alineada como en una foto de comunión. El padre, repeinado, con polo rosa Lacoste y cuello levantado. La madre, delgadísima, gafas de sol enormes tipo máscara que no se quitaba ni bajo techo. Y dos niños hiperactivos que enseguida empezaron a orbitar en círculo alrededor de sus padres, que permanecían impasibles al caos.

—¡Por fin! —saltó la madre—. Llevamos más de media hora. Esto en Boadilla no ocurre. ¡Nos han robado!

Un silencio incómodo, que rompió Perico.

—¿Qué les han robado? —preguntó mientras abría la libreta y empuñaba su bolígrafo.

—Dinero en efectivo, dos mil euros. Y unos pendientes de oro y zafiros de mi señora —dijo el pater familias, con uno de sus inquietos retoños abrazado a la pierna—. Estaban en una maleta de mano que guardamos bajo la cama.

Señaló una pequeña Samsonite impoluta de carcasa rígida que yacía en la esquina de la entrada. Mientras Perico se acercaba a la familia para concretar detalles con los padres, Brais se agachó para revisar la maleta. Palpó con los dedos la cerradura y el contorno de la goma. Ni un arañazo. Luego se dirigió a la puerta de la entrada. Miró, buscó, examinó. Igual: limpia, sin marcas en el bombín ni cerco alguno.

—Con permiso —dijo Brais, que se encaminó al salón del piso.

Fue directo al balcón, que permanecía cerrado, con los topes puestos y cierres nuevos e impecables.

—¿Las ventanas del cierro estaban abiertas? —preguntó elevando el volumen de su voz.

El padre se acercó al lugar en el que el inspector jefe continuaba examinando los ventanales.

—No. Cerradas. Ya sabe, para que no se vaya el frío del aire acondicionado.

La madre también se unió al examen, junto con Perico, que siguió a la dama, libreta en mano. La mujer se cruzó de brazos y apretó los labios. Su lenguaje corporal hablaba bien fuerte, pero se empeñó en verbalizar su desconfianza.

—¿Van a detener a alguien o no? Porque nos vamos en dos días.

—Claro, señora —dijo Brais con una mueca—. Ahora mismo le iba a escribir a los ladrones un mensaje de Whatsapp diciéndoles que se den prisa y que traigan lo robado. Haremos lo que podamos —concluyó mirándola de frente.

La mujer apretó los labios aún más. Parecía que iba a explotar. Y cuando lo hizo descargó su furia sobre los niños, que a grito pelado se perseguían entre sillas.

—¿A qué hora salieron esta mañana del piso? —preguntó Perico, sin levantar la vista.

—A las diez —contestó el padre—. Fuimos a la playa de la Victoria y hemos vuelto hace cosa de una hora. Lo justo para darnos cuenta de lo que faltaba y llamarles.

—¿Cerraron con llave?

—Por supuesto. Dos vueltas. No somos lerdos —espetó la madre—. Nosotros trabajamos mucho como para dejar puertas abiertas como se hace por aquí. Supongo que es una cuestión de idiosincrasia y… ya saben.

Uno de los rapaces golpeó a Brais en la espalda con un flotador. Este lo recogió y con los ojos fijos en el niño, lo dejó clavado en la lámpara del techo, como quien cuelga un trofeo. Luego, le dedicó una sonrisa malévola a ambos churumbeles, que se marcharon raudos a otra estancia con el susto en el cuerpo. Pero el inspector regresó a la madre cuando creyó entender lo que insinuaba.

—Sí, seguramente, señora. Aquí somos muy flojos y no tenemos dónde caernos muertos —ironizó.

—Disculpe, señor agente —intercedió el padre—, pero…

—Inspector jefe y subinspector, respectivamente, si no le importa —le corrigió Brais.

—Perdón, señores. Es que nos alarma todo esto. No nos sentimos seguros.

—Es comprensible —medió también Perico para aliviar el ambiente enrarecido entre la mujer y Brais, que se miraban con algo más que cariño —. Pero tenemos que hacer preguntas.

—Sí —intervino Brais—. Y la cuestión es que aquí tampoco hay indicios de cerraduras forzadas, *bumping* ni nada por el estilo.

—¿Tampoco? ¿Es que ha habido más robos? —preguntó el matrimonio a coro, desconcertado.

Se disponían a responder con vaguedades y lugares comunes, pero un fogonazo desvió su atención.

—Heraldo de Gades —se presentó un hombre con cámara réflex y una acreditación al cuello.

—¿Quién carajo es este? —tronó Brais.

—Lo manda Agustín —susurró Perico, encogiéndose de hombros—. Lo escuché decir que hay que dar buena imagen para el turismo.

Brais clavó los ojos en el fotógrafo, pendenciero.

—Dos fotos y te largas. Dos —le advirtió.

El fotógrafo, sonrisa forzada, agachó un poco la rodilla y disparó dos veces. En la segunda, Brais salió con los ojos como platos y el dedo corazón fingiendo rascarse la nariz. El tipo guardó la cámara con una mueca de triunfo y salió silbando, tan contento.

—Ya verás dónde acaba esa mierda —dijo Perico.

—En la portada, fijo —respondió Brais—. Con un titular bonito: “El dedo acusador de la Policía no señala al ladrón precisamente”.

La madre volvió al ataque.

—¿Nos van a decir quién ha sido o no? No podemos irnos sin saberlo y sin que nos devuelvan lo robado. Además, ha estado tocando con esas manazas suyas las cerraduras y los pomos.

—Mire, señora —Brais respiró hondo—. Esto no es CSI. No tengo a Grissom en el maletero ni a Horatio en la guantera.

—Lo que mi compañero quiere decir —medió de nuevo Perico— es que esto lleva su tiempo, no como en la tele . Este es un piso turístico. Pasan decenas y decenas de personas al mes, sin contar con los limpiadores. Por mucha huella que tomarán de la científica, no sería de mucha utilidad.

El padre se puso digno, hinchando el pecho.

—En nuestra ciudad la policía es mucho más profesional.

—Pu-pues vuelva a su ciudad —sonrió Brais con ácido en la voz—. A lo me-mejor allí le está espe-perando el CSI al completo.

Perico, consciente del tartamudeo de Brais y lo que significaba, se aclaró la garganta para salvar el momento a la vista de la borrasca que se avecinaba.

—Estamos investigando varios casos iguales. Todos a turistas, sin forzar puertas, sin señales. No es el primero y me temo que tampoco será el último, por desgracia.

—¿Pero van a hacer algo? —bufó el padre.

—Sí —dijo Brais—: anotar todo y analizar toda la información que recabemos; y, de paso, recomendarles que guarden el efectivo en una caja fuerte o similar. No sé dónde viven, pero una maleta de mano es el primer lugar donde mira hasta un ladrón con ética.

Revisaron de nuevo ventanas, marco a marco, el pasador del balcón, los alfeizares, el rodapié bajo el mueble de TV. Nada. El ladrón trabajaba limpio; tan limpio que, al principio, más de uno en comisaría pensó en denuncias para cobrar el seguro. Pero ya iban once con ese mismo calco.

—Total, que vamos a tragarnos robos todo el verano —murmuró Perico.

—Con la mitad de la plantilla de vacaciones —añadió Brais—, tu dirás…

De la cocina salió un golpe seco. El crío del flotador colgante había tirado una sartén. Brais cerró los ojos un segundo.

—O los ata o llamo a Menores —dijo sin mirar a los padres.

La madre se apresuró a atrapar a los dos niños como si fueran gatos mojados.

—Vamos a necesitar que redacten un inventario de lo sustraído, ¿de acuerdo? —señaló Perico.

El matrimonio asintió con el rostro aún contraído por la irritación.

—¿Y han visto a alguien sospechoso últimamente? ¿Alguien cuyo rostro se repitiera en sitios distintos? ¿Alguien que no les cuadrara? —preguntó Brais.

—Ummm —el padre se llevó la mano al mentón. Que yo sepa, nadie —concluyó—. ¿Verdad, Sonsoles?

—No sé. Creo que no. Si somos gente maja.

Brais esbozó una mueca indescifrable.

—A veces los ladrones escuchan y observan a sus objetivos a cierta distancia, pero sin estar demasiado lejos. Puede ser cualquiera —dijo Perico.

El matrimonio dio muestras de buscar en sus recuerdos. Ambos miraban hacia el techo, en estado de arrobamiento y con las manos entrelazadas, con

los dos niños a sus pies. Una estampa religiosa contemporánea que se rompió con los golpes que empezaron a darse los chiquillos.

—En los primeros pisos que vimos —continuó Perico— llegamos a pensar que no había robos, sino gente buscando que el seguro pagara. Pero cuando se repitió el modus, con todo limpio, sin desorden, sin nada forzado… nada de nada… Solo alguien que entra y sale como Pedro por su casa.

—El que sea —añadió Brais— es un crack de las cerraduras. O eso o tiene una llave maestra de todos los pisos de Cádiz. Así que…

El móvil de Brais comenzó a vibrar en su bolsillo, pero no hizo siquiera el ademán de mirarlo. Le estaba pesando demasiado la mañana y el resto de días que llevaban de avisos de robos encadenados. Y, encima, su amigo Agustín, el comisario de distrito, dándoles más calor aún con los "robos a turistas", como si con eso se fueran a arreglar todos los problemas de la ciudad.

—Pues no sé a qué esperan. Deberían estar en la calle buscando a los ladrones —insistió la madre.

—Señora, en eso estamos —respondió Brais antes de ser interrumpido.

El vecino autóctono del segundo se había asomado de lejos por la puerta entreabierta.

—¡El turismo es la ruina! ¡La ruina!

—Cierre, hombre —gritó Brais sin volverse—. Que entra la caló.

Perico hizo fotos con el móvil: cerradura, ventanas, la maleta Samsonite… El ambiente olía a aire acondicionado mezclado con crema solar con aloe vera y colonia Varón Dandy descatalogada.

Entretanto, el padre esbozó una sonrisa diplomática mientras contenía a su ofendida esposa.

—Nos vamos pasado mañana —dijo—. Si no se sabe nada hasta después, ¿cómo nos avisan?

—Al número de teléfono que faciliten en la denuncia formal que interpongan en comisaría —respondió Perico.

—¿Cómoooooo? —gritó la mujer, desatada—. Yo no voy a ir a ninguna parte.

—Pues si no ponen denuncia…

—¡Esto es inconcebible! ¡Un despropósito! ¡Un…!

—¿Me permite, señora? No escucho el teléfono y me están llamando de comisaría —le soltó Perico, al que también se le había agotado la paciencia.

El subinspector se puso el móvil en la oreja y contestó. Su expresión cambió de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Brais.

—Espera —le dijo Perico, que aún escuchaba concentrado lo que le decían por teléfono. Levantó la mano y, tras unos segundos, se despegó un poco del móvil y sin dejar de atender habló telegráficamente y en susurros a su compañero—: de comisaría. Muelle industrial. Conservera. Dos muertos.

Brais se quedó un segundo en blanco. El calor le quemó, el sudor invadió su frente, los gritos infantiles le cegaron y los párpados cayeron a plomo.

—¡Me cago en mi cama!

—Encima vamos a hacer doblete —dijo Perico tras colgar, a medias entre la broma y la derrota.

Brais ni siquiera se despidió de la sagrada familia. Simplemente alargó la mano para recoger el flotador, que seguía clavado en la lámpara; a continuación se limitó a dejar su tarjeta en el recibidor de la entrada. Tras eso, salió por la puerta cabizbajo, sin mirar siquiera al vecino del segundo, que continuaba allí plantado con la indignación tatuada en su rostro. Perico le siguió.

En la calle lo primero que recibieron fue una bofetada de fuego. El aire olía a fritura de alguno de los bares especializados en turistas a la brasa. Otra familia anunciaba su llegada al bloque con el chirriante sonido de las maletas a ruedas lijando los adoquines de la acera.

—A este paso, nos vamos a comer todos los delitos de la ciudad, Brais, picha —se quejó Perico.

—¿Acaso lo dudas? Somos los únicos pringaos que no se han cogido vacaciones.

—Bueno. Los ladrones y los asesinos también siguen trabajando.

—Quien no se consuela es porque no quiere.

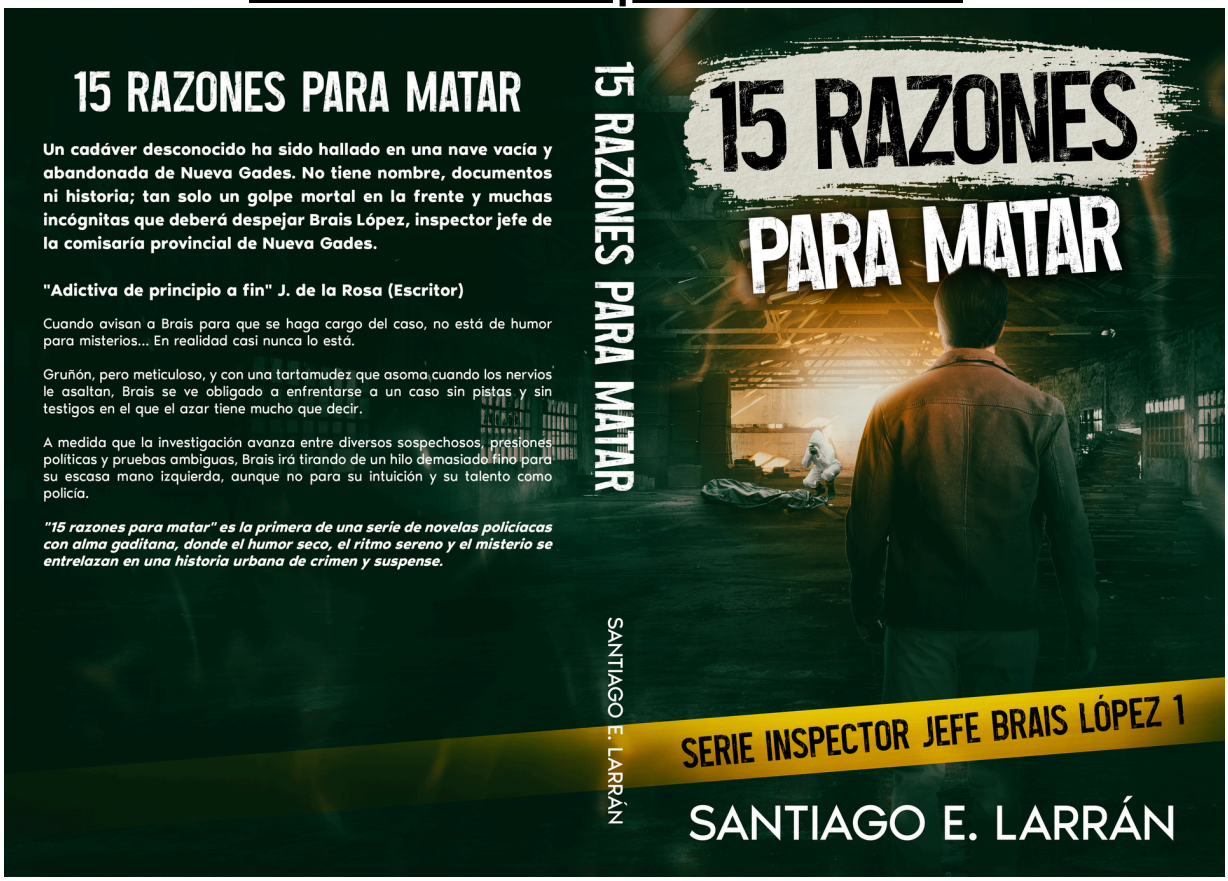
PERO LA HISTORIA NO ACABA AQUÍ…

SI QUIERES, PUEDES RESERVAR ANTES QUE NADIE “VERANO DE MUERTE”, LA 3ª AVENTURA DEL INSPECTOR DE POLICÍA MÁS BORDE DE CÁDIZ, BRAIS LÓPEZ.

SOLO TIENES QUE ESCANEAR CON TU MÓVIL ESTE QR:



Y si no has leído aún la **1ª entrega de la serie del inspector jefe Brais López**, atrévete a acompañarlo leyendo "15 razones para matar".



Nota del autor

Los hechos, personajes y situaciones que se narran en esta novela son pura ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Por otra parte, he de advertir que buena parte de los lugares en los que se desarrolla la historia son inventados; así, Nueva Gades, la zona en la que se ubica el grueso de su devenir, sí que pertenece a mi querida ciudad de Cádiz, pero solo existe y existirá (salvo hecatombe) en mi imaginación y en algunas de las novelas que de ella salgan.

Es tan solo una manera de **conseguir** cierta libertad a la hora de narrar sin sentirme preso de l**a** realidad.

Contacto con el autor

Si tienes cualquier problema con la correcta visualización de esta edición, o si quieres mandarme algún comentario o sugerencia, puedes ponerte en contacto conmigo a través de los siguientes medios:

Correo electrónico: santilarran@santilarran.com
Página web: www.santilarran.com

Prometo contestar.